WARHAMMER 40,000

LA LLAMADA DEL DEBER

SANDY MITCHELL

LA LLAMADA DEL DEBER

Serie Ciaphas Cain, volumen 5.

“Duty Calls” por Sandy Mitchell.



SOLO PARA PERSONAL AUTORIZADO



TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DEL PERGAMINO ORIGINAL:

ERUDITO ESCRIBA
CARACTACUS MOTT



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado en Terra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. El camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Los mejores guerreros son los Adeptus Astartes, Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial junto a las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de individuos. Es vivir en la época

más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas, carnicerías y las carcajadas de dioses sedientos de sangre.

NOTA EDITORIAL:

En muchas ocasiones Caín hace alusión, al menos en las partes de sus memorias que hasta ahora he tenido tiempo de revisar y editar, al hecho de que de vez en cuando se veía envuelto en asuntos de la Inquisición, generalmente bajo mis órdenes.

No ha de extrañar que las circunstancias por las cuales se convirtió en un agente activo, aunque siempre muy a su pesar, de la Santísima Inquisición de Su Majestad, hayan dado lugar a innumerables debates y especulaciones entre mis compañeros inquisidores, es por ello que he elegido publicar el siguiente extracto de los **Archivos Caín**. En este documento, Caín narra con sus propias palabras, la primera ocasión en la cual pude hacer uso de algunos de sus dudosos talentos tras nuestro primer encuentro en Gravelax, apenas dos años antes.

Los lectores más sagaces se darán cuenta de que algunos sucesos narrados en este escrito ya fueron anunciados en documentos anteriores, concretamente en el relato de las actividades de Caín durante el "*Primer asedio de Perlia*". Este extracto, sin embargo, trata los eventos que ocurrieron una docena de años más tarde, al comienzo de su período de servicio con el 597º Valhallano; cabe notar que cuando Caín se refiere a sus experiencias previas, debe recordarse que lo está haciendo con un considerable grado de retrospección (aunque no tanto como lo que haría más tarde, durante el Segundo Asedio de 999.M41, durante la Decimotercera Cruzada Negra).

Como siempre, en la narración, Cain tiende a centrarse en su propia participación en los hechos, excluyendo virtualmente cualquier otra consideración, y como siempre

he tratado de corregir eso mediante la inclusión de material procedente de otras fuentes, allí donde me ha parecido apropiado.

Desafortunadamente, uno de los testigos más confiables, y asimismo menos legibles de ese período de su carrera, sigue siendo Jenit Sulla, cuyas destacadas destrezas marciales son una vez más desatadas contra el indefenso lenguaje gótico. Los lectores que posean una capacidad de apreciación de la literatura apenas superior a la más básica podrán sentirse tentados a omitir estos pasajes, al considerar que la claridad adicional que brindan es escasa recompensa para el supremo esfuerzo que requiere afrontar tal lectura.

A pesar de mi propia participación en gran parte de lo que sigue, he resistido a la tentación de añadir mis propios comentarios al texto, más allá de unas breves notas a pie de página y ocasionales apuntes donde lo he considerado necesario. Asimismo, he continuado dividiendo el documento original, agrupando el texto en capítulos con el fin de facilitar su lectura. Como de costumbre, el resto del texto se mantiene fiel a las palabras del propio Cain, sin cambios ni modificaciones.

Amberley Vail, Ordo Xenos

CAPÍTULO I

Si había albergado alguna esperanza de llevar una vida tranquila una vez llegásemos a Periremunda, esta no tardó en marchitarse. Gajes del oficio, ya saben.

Para cuando llegamos, el regimiento había pasado casi medio año en la disformidad, exceptuando los pocos días que pasamos en el espacio real sobre Simia Orichalcae, además de un periodo algo más extenso en Coronus Prime debido a nuestro inesperado regreso allí **(1)**, obviamente sometidos a intensos interrogatorios por parte de Amberley y sus lacayos de la Inquisición, por lo que incluso el hecho de que todo el planeta pareciera estar a punto de caer en la anarquía no fue capaz de disminuir el entusiasmo de los soldados ante la perspectiva de poder encontrarse de nuevo en tierra firme a corto plazo. De hecho, la perspectiva de quedar atrapado ante un enemigo de carne y hueso, en lugar de los horrores metálicos de inexpresivos rostros a los que nos habíamos enfrentado en aquel mundo de tumbas congeladas, supuso realmente un cambio positivo desde el punto de vista de los soldados.

(1) *Caín y el 597º se habían topado con una tumba necrona en un mundo helado al que habían sido enviados a defender unas instalaciones del Mechanicus de una incursión orca. El hecho de que muchos de ellos sobrevivieran a tal experiencia es un testimonio del considerable ingenio de Caín.*

-**Al menos estos bastardos sangran**- sentenció el comandante Broklaw, resumiendo con su habitual franqueza el estado anímico del regimiento. La coronel Kasteen, oficial al mando del 597, asintió pensativamente, coincidiendo con la evaluación de su oficial ejecutivo.

-**¿Alguien conoce el motivo de esta rebelión?**- preguntó Kasteen.

Me encogí de hombros.

-**No tengo ni idea**- admití. Como de costumbre, no me había molestado en leer los informes proporcionados por el Munitorum y, como era habitual, tampoco me había perdido mucho. Sabía que Broklaw estudiaba detalladamente esos informes, aunque fuera tan solo para ahorrarle a Kasteen el tedioso trabajo de leerse toda aquella veborrea y para poder proporcionarla un concienzudo resumen de los mismos. Por ello, si ninguno de ellos conocía la razón que medio planeta estuviera a punto de estallar en una rebelión armada, entonces obviamente aquella información no constaba en dichos archivos.

-**En cualquier caso, estas situaciones son tan cambiantes que, todos los informes que recibimos cuando salimos de Coronus, estarán actualmente totalmente obsoletos**- afirmé.

Ambos oficiales se mostraron de acuerdo, y como otras tantas veces antes, no me dejó de sorprender el contraste entre ellos; el cabello rojo y los ojos azules de Kasteen destacaban vívidamente contra su pálida tez y los apagados tonos de su uniforme, mientras que los ojos de color gris pizarra de Broklaw hacían juego con los colores de su uniforme, combinando también con su cabello oscuro y rasgos igualmente pálidos **(2)** de manera que parecía fundirse con las sombras que lo rodeaban.

(2) *Una característica común de la población originaria de mundos helados, quienes tienden a exponerse al exterior lo menos posible.*

Estábamos reunidos de pie en el rincón más tranquilo que habíamos podido encontrar en lo que se estaba convirtiendo en nuestro centro de mando, apoyados en la barandilla de un pórtico de metal que daba al extenso patio de

rococemento. Ante nosotros, los soldados acarreaban las cajas y el equipo, discutiendo acaloradamente sobre dónde se suponía que debían ir, mientras nuestros visioingenieros **(3)** conectaban los cables con lo que me pareció un total desprecio respecto a los posibles peligros de tropiezos o electrocución accidental. (En cualquier caso, dado que la mayoría de ellos eran al menos tanto de metal como de carne, no creo que una ocasional sacudida eléctrica les hubiera molestado demasiado. Es más, juraría que algunos de ellos hasta disfrutaban con ellas).

(3) *Enginseers en el original.*

En otras palabras, nuestro despliegue fue tan eficiente como siempre, y como de costumbre, me conformé con dar un paso atrás y dejar que los mandos subalternos se encargasen de las tareas más sucias y/o tediosas, mientras yo me ocupaba de problemas más serios, como por ejemplo, asegurar que mi estancia en aquel peculiar mundo fuera lo más cómoda posible. A ese respecto recibí la inestimable ayuda de Jurgen, mi ayudante, que había harto probado ser tan indispensable como terrible era su olor corporal. Con la seguridad de que en aquellos mismos instantes ya estaría tomando posesión de los mejores aposentos para mi propio uso, al tiempo que instalaba mi oficina en un lugar lo más inaccesible posible, donde tanto solo necesitara ser molestado por los asuntos más urgentes, volví a prestar atención a la conversación.

-**¿Por qué siempre se rebelan los trabajadores?**- preguntó retóricamente Broklaw. Difícilmente se puede negar que, a lo largo y ancho de todo el Imperio, estas revueltas se producen con tediosa regularidad, y solo para acabar siendo sofocadas con encomiable vigor, por las autoridades pertinentes, razón por la cual este tipo de sucesos rara vez son considerados como hechos notables.

Por lo general, tienden a ser actos espontáneos y poco organizados, provocados por una queja o una injusticia local, siendo fácilmente contenidos por las fuerzas policiales locales o las Fuerzas de Defensa Planetarias. Sin embargo la insurrección en Periremunda era totalmente diferente.

Por una parte, era muy raro que una campaña coordinada de violencia se extendiera casi simultáneamente por casi toda la superficie planetaria, sin ninguno de los habituales signos previos de advertencia, como por ejemplo: disturbios, protestas o la quema de fotos del gobernador **(3)**. Más extraño aún era que el planeta en cuestión, al menos en su mayor parte, era próspero, con una población poco imaginativa y temerosa del Emperador, con un gobernador que realmente parecía preocuparse por el bienestar de sus ciudadanos. También era algo sin apenas precedentes el hecho de que en respuesta se desplegaran casi una docena de regimientos de la Guardia Imperial. Esto significaba que algún alto mando del Estado Mayor del subsector pensaba que no se podía confiar en las Fuerzas de Defensa Planetarias para contener la situación si esta continuaba deteriorándose, lo cual implicaba a su vez que se dudaba de su lealtad. Puedo asegurarles que solamente aquel pensamiento fue más que suficiente para hacer que comenzasen a picarme las palmas de mis manos, de esa incómoda forma en la que solían hacerlo cuando mi subconsciente juntaba las piezas y generaba inconscientemente una imagen que a mi cerebro no le gustaba nada de nada.

(3) *E incluso, en ocasiones, al propio gobernador.*

-Creo que en breve podremos comenzar la reunión informativa-, comentó Kasteen, después de que un grupo de sudorosos soldados arrastraran su escritorio hacia la oficina que había elegido para su uso personal tan pronto como habíamos tomado posesión de la maraña de

almacenes que nos habían sido asignados como guarnición temporal, en la periferia del campo de aterrizaje de Starport **(4)**. Aquella localización me generaba sentimientos encontrados, por un lado, me sentía bastante contento, pues siempre alivia saber que se está cerca de una opción de retirada por si las cosas se acababan torciendo, y contar con un espaciopuerto lleno de lanzaderas con capacidad orbital a tiro de piedra es algo realmente difícil de superar. Desgraciadamente, esto también significaba que estábamos bien situados para ser elegidos como unidad de despliegue rápido, y ser enviados a cualquier lugar donde pudieran surgir problemas, y dado que mis palmas ya me picaban un poco, era más que probable que aquellos problemas no tardaran demasiado en materializarse. Llegó otro grupo de soldados al despacho de Kasteen, cargando con las sillas para el escritorio. Acto seguido nos sentamos, observando la panorámica de los ventanales que daban a la planta baja del almacén. Comprendí el por qué la coronel había elegido uno de los despachos con paredes de cristal en la galería de la entreplanta, aproximadamente en el centro, orientado frente a las grandes puertas que daban acceso a los muelles de carga. Desde allí tenía una imponente vista de todo lo que ocurría en el nucleo principal del edificio.

(4) *La poco original denominación del aeródromo local de Darien, en Hoarfell.*

También podía observar las pistas del campo de aterrizaje cuando las puertas estaban abiertas, como era el caso en aquel momento, y por las que entraba un constante flujo de vehículos al tiempo que los soldados descargaban cajas y mas cajas de la parte trasera de los camiones que se encontraban en las bahías de carga, mientras las ráfagas de copos de nieve se colaban desde las pistas exteriores, donde los motores de nuestros Chimeras rugían mientras se abrían paso a través de una delgada capa de nieve. Por supuesto, para los estándares de cualquier valhallano, hacía muy buen tiempo, y por ello, la mayoría de los hombres y

mujeres no llevaban más ropa de abrigo que la camisa del uniforme, e incluso algunos de ellos incluso se habían remangado las mangas. Sin embargo, para mí hacía un frío del carajo, y estaba tan agradecido como siempre por mi abrigo de comisario, en el cual me arrebujé tanto como pude, tratando de ignorar el frío que se colaba a través de la puerta. De repente, la brisa helada se impregnó con un repugnante olor a calcetines sudados con al menos un mes de uso continuado, y mi ayudante hizo acto de presencia.

-**¿Una taza de tanna, señor?**- preguntó, depositando una bandeja sobre la mesa de madera que acababan de colocar.

-**Gracias, Jurgen**- dije, aceptando agradecido la aromática bebida, mientras mi ayudante les entregaba sendas tazas de té a Kasteen y a Broklaw, quienes casi por reflejo contuvieron la respiración cuando se les acercó. Tomaron un sorbo de sus bebidas pensativamente, yo les imité tratando de contener el impulso de beber el mío de un trago, disfrutando del calor que se extendía gradualmente por mi cuerpo con cada sorbo. Sin pedirlo, Jurgen volvió a rellenar mi taza.

-**De nada, señor**- comentó al tiempo que me entregaba una placa de datos - **Hace unos minutos ha llegado esto dirigido a su atención, señor.**

Cogí la placa y le eché un rápido vistazo antes de mirar a los dos oficiales.

-**Bueno**- empecé, tratando de contener un repentino estallido de entusiasmo ante la perspectiva de poder viajar temporalmente a un lugar un poco más cálido. -**Supongo que esto podría proporcionarnos algunas respuestas.**

-**¿Quién lo envía?**- preguntó Kasteen, sin ocultar la sorpresa en su voz. Prácticamente acabábamos de llegar a

la zona y, desde luego, no llevábamos tiempo suficiente en tierra como para que alguien en Periremunda se diera cuenta de nuestra presencia, y mucho menos para que nos enviara un mensaje.

-**El Arbiter local (4)**- respondí. Puse la placa sobre el escritorio, para que ella pudiera leerla. -**Quiere hablar sobre los protocolos jurisdiccionales, en caso de que a nuestros chicos se les vaya la mano durante su tiempo libre**- Aquella era una solicitud bastante común cuando uno o varios regimientos de la Guardia llegaban a cualquier planeta, de manera que, cuando los soldados empezaban a hacer de las suyas (lo cual invariablemente harían, o mi trabajo hubiera sido bastante inútil), todos los involucrados supieran si debían ser entregados a los tribunales locales, a sus mandos o directamente al Comisariado.

(4) *Como muchos otros mundos de provincia, Periremunda tenía tan solo un representante permanente del Adeptus Arbites, encargado de supervisar el trabajo de los cuerpos policiales locales.*

Por supuesto, sobre aquella cuestión uno podría obtener tantas respuestas diferentes como comisarios hubiera en el planeta, pero en mi caso, yo siempre pedía que cualquiera de nuestros soldados que se metieran en problemas quedara directamente bajo mi custodia. Un hábito que adquirí justo al comienzo de mi carrera, con el 12º Regimiento de Artillería de Valhallan, y que con el paso de los años no he encontrado motivo alguno por el que cambiar de forma de actuar. Por una parte, creaba entre los soldados la impresión de que me preocupaba por su bienestar, y que siempre hacia todo lo posible por cuidar a uno de los nuestros, lo cual era bueno para la moral en general, y por otro lado me daba, con bastante frecuencia, una buena excusa para dejar las instalaciones del regimiento en busca de actividades más agradables. En las

ocasiones en que no podía encargarme, o estaba realmente demasiado ocupado, siempre podía confiar en que Jurgen se hiciera cargo del papeleo.

Me encogí de hombros.

-**Supongo que podría devolverle la llamada, pero...**

-**¿Estás pensando en ir personalmente?**- preguntó Kasteen.

Asentí. -**Estoy seguro de que apreciarían la cortesía, y nunca está de más causar una buena impresión**- eso sin mencionar el hecho de que la capital planetaria estaba a un buen par de miles de metros más abajo, y era un lugar malditamente más cálido que Hoarfell, donde en aquellos momentos estábamos acuartelados.

Broklaw me observó preocupado.

-**Al menos descansa un poco primero**- me aconsejó. -**Has estado en pie desde que entramos en órbita.**

-**Como todos, me temo**- dije, tratando de parecer que reprimía un ligero bostezo. En realidad, no estaba tan cansado, pues me las había apañado para echar una pequeña siesta en el viaje del transbordador, que no solo me había reanimado ligeramente sino que me había otorgado la ventaja adicional de evitarme la inevitable indisposición de Jurgen durante el vuelo atmosférico. Nunca he sabido si realmente llegaba a vomitar, algo que estaría muy por debajo de la dignidad que él se imaginaba que le confería su exaltada posición como ayudante personal de un comisario, pero su ansiedad combinada con las nauseas físicas provocaba que en aquellos viajes se pusiera terriblemente nervioso, y ello tendía a exacerbar su ya de por sí poderoso aroma corporal. De hecho, durante el último

vuelo había sudado como un auténtico orko, algo que todos los que habíamos viajado con él no pudimos dejar de notar. Me encogí de hombros en respuesta a Broclaw al tiempo que lo explicaba. -**Además, es una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Si alguien puede explicarnos que es lo que realmente está sucediendo aquí, ese es el responsable del Arbiter local.**

-**Buen argumento**- convino Kasteen. -**Si crees que estás dispuesto, entonces adelante**- me miró de reojo. -**Cualquier cosa que puedas sonsacarle será más fiable que los documentos que podamos obtener a través de los canales habituales.**

-**Eso mismo estaba pensando yo, cuanto más sepamos sobre a qué nos enfrentamos, mejor nos podremos prepararnos para afrontarlo**- afirmé.

Mirado ahora en retrospectiva, aquellas no eran más que palabras vacías, pero en aquel momento no tenía idea de lo poco que nadie sabía en realidad sobre el verdadero estado de las cosas en Periremunda, con la excepción de un puñado de personas que sabían demasiado como para poder dormir tranquilas.

NOTA EDITORIAL:

Aunque Caín es razonablemente explícito acerca de las peculiaridades topográficas de Periremunda, solo se molesta en describirlas cuando de alguna manera estas repercuten en sus propias experiencias; algo que, por supuesto, es totalmente coherente con su actitud en todos sus escritos. Por lo tanto, he interpolado el siguiente extracto, con el cual espero que sea mucho más fácil de comprender la situación.

***"De lugares interesantes y gente ociosa: Guía para trotamundos"* por Jerval Sekara, 145.M39**

Como muchos mundos con características inusuales, los orígenes de la historia de Periremunda están envueltos en conjeturas y leyendas. Uno puede estar razonablemente seguro de que originalmente fue descubierto en algún momento alrededor de la mitad del M24 por el explorador Acer Alba, solo para ser olvidado de inmediato debido a su prematura muerte, probablemente en un duelo de honor por las atenciones de una cortesana. Tras el redescubrimiento de las notas de Alba por el Magos Provocare, un incansable explorador, cuyos puntos de vista poco ortodoxos atraían con frecuencia la desaprobación de sus compañeros, el planeta fue finalmente colonizado en los primeros años del 27º Milenio.

Lo que hace al planeta digno de la atención del viajero ocasional, al menos por un corto periodo de tiempo, es el hecho de que, de acuerdo a cualquier definición razonable de la frase, el mundo es en su conjunto inhabitable. Las regiones ecuatoriales no están lo que se dice calientes sino más bien al rojo vivo, la propia roca burbujea en el fondo de en un mar de magma líquido en constante movimiento, mientras que el resto de la superficie es un desierto

desecado en el que nada parece capaz de sobrevivir. Hay, sin embargo, dispersas bolsas habitables, no menos cómodas que otros mundos más favorecidos por el Emperador. Las vastas mesetas, demasiadas para contarlas, se elevan desde esta base árida hasta la altura suficiente como para contar con un aire más fresco y donde la vida es posible, mientras que cientos de las más grandes, que pueden extenderse por decenas de kilómetros, cuentan con ciudades, granjas y una industria similar a la de otros planetas más agradables que a la mayoría de nosotros nos complace llamar hogar.

El clima y la temperatura son más bien una cuestión de altitud que de geografía, lo que permite al viajero ocioso la posibilidad de experimentar una amplia variedad de entornos con poco más esfuerzo que el requerido para contratar un vehículo aéreo y un piloto, aunque, como suele ser el caso con los planetas remotos, se recomienda cierta precaución cuando se trata de encontrar alojamiento, ya que incluso los establecimientos locales más prestigiosos al examinarlos más de cerca, pueden resultar algo básicos respecto a las comodidades que ofrecen.

CAPÍTULO II

El Arbiter se sintió halagado por mi solicitud de reunirme con él en persona, algo que en cierta forma me esperaba, acostumbrado como ya estaba a que mi reputación me precediera, y apenas había transcurrido otra hora antes de encontrarme volando una vez más. Jurgen había logrado conseguir asientos en un vuelo de correo urgente con destino a Principia Mons **(1)**, y se mostraba orgulloso de haber podido encontrarnos transporte tan rápidamente, aunque pude notar que su alegría quedaba parcialmente mitigada por el hecho de que tendría que volar por segunda vez en un mismo día. En cualquier caso, soportó aquel sufrimiento con el flemático estoicismo que le caracterizaba, y tan sólo su gesto sombrío y la blanca palidez de sus manos eran el mudo testigo de la incomodidad que sentía incluso antes de que hubiéramos dejado la plataforma de despegue. (Aunque, siendo Jurgen, supongo que sería un poco más exacto decir que la capa de suciedad de sus nudillos había adquirido una tonalidad más pálida de la habitual). Probablemente ambos hubiéramos salido ganando si lo hubiera dejado en el acuartelamiento, pero el protocolo exigía que mi ayudante me acompañase en una visita oficial a un representante imperial de alto rango, por ello no nos quedó otra que hacer de tripas corazón y aguantarnos, Jurgen tratando de ignorar la incomodidad de su rebelde estómago, y yo tratando de no imaginar la reacción del Arbiter cuando me presentara con él a mi lado.

Tal vez fue por aquella razón que dirigí mi atención hacia el paisaje que estábamos sobrevolando, y por primera vez me fijé en el planeta al que habíamos llegado a proteger. Por los informes sabía que estábamos acuartelados en la meseta

más alta y desolada de aquel mundo de contrastes, pero al ver con mis propios ojos desde el aire lo extraño de la posición de nuestra base, eso nos dejó unas impresiones respecto al planeta que ningún tipo de informe habría podido conseguir. Hoarfell era enorme, se extendía muchos kloms **(2)** desde el punto de desembarco de la nave de transporte, con lo que tuvimos la sensación de haber llegado a cualquier otro planeta del Imperio. Ahora, a medida que nuestra lanzadera se dirigía hacia el sureste, por primera vez pude apreciar la magnitud real de la ciertamente curiosa ubicación de nuestra base de operaciones.

***(1**) La capital planetaria. Teóricamente, este tan poco imaginativo apelativo hacía referencia al accidente geográfico, la meseta, sobre la cual se construyó la ciudad, Principia Urbi, otro ejemplo de la falta de imaginación de los fundadores. Como esta se había extendido tanto como para abarcar la mayor parte de la superficie de la meseta, al final ambos términos se habían convertido en sinónimos. Si Caín fue consciente de este hecho, no perdió ni siquiera un segundo en comentarlo.*

***(2)** Klom - Kilómetros; un coloquialismo común de Valhallan que Caín había asimilado, entre otros, por su prolongada asociación con los nativos de ese mundo.*

Lo primero que me llamó la atención fue el campo en el que habíamos aterrizado, debido a que, al igual que la mayoría de las otras instalaciones terrestres dispersas por la faz del planeta, combinaba las funciones de puerto estelar con las de un aeropuerto para el tráfico atmosférico local. Obviamente dicho tráfico local era más que considerable, dada la peculiar topografía del planeta. Con muy pocas excepciones, las que se daban cuando las mesetas habitadas adyacentes estaban lo suficientemente cerca y a una altitud similar como para permitir la construcción de viaductos entre ellas, volar era la única forma de viajar de una pequeña isla habitada a otra. Como resultado, la

cantidad de tráfico aéreo que cruzaba los cielos del planeta era realmente asombrosa, a pesar de su relativamente modesta población, de aproximadamente mil millones. Incluso en el breve viaje a Principia Mons, que duró menos de una hora, avisté innumerables vehículos aéreos, que iban desde aerodeslizadores biplaza hasta voluminosos dirigibles de carga del tamaño de almacenes, alrededor de los cuales zumbaban enjambres de minúsculos vehículos aéreos que pululaban junto a ellos como si de una nube de insectos se tratara. Cuando nos elevamos por encima de la ciudad de Darien, el núcleo habitado más poblado de Hoarfell, me encontré pensando en aquel nido de avispas de fuego con el que había tropezado en Calcifrie (lo cual resultó ser muy útil para disuadir al grupo de incursores eldar que en ese momento me estaba persiguiendo, pero estoy divagando), al ver un interminable enjambre de brillantes insectos metálicos girando alrededor de las plataformas de aterrizaje y que se iba empequeñeciendo a medida que nos alejábamos. Aunque la concentración más densa de naves se localizaba sobrevolando el espaciopuerto, había muchas otras que revoloteaban alrededor del resto de la ciudad, aerodeslizadores privados y aerocoches en su mayor parte. Tome nota mental de sugerirle a Kasteen que desplegáramos nuestros Hydras lo antes posible; demasiados pilotos estaban sobrevolando nuestra guarnición para mi gusto. Más tarde descubriría que ella se me había adelantado, y para cuando regresé ya había impuesto una zona de exclusión en un radio lo suficientemente amplio como para irritar gravemente a los controladores de tráfico locales. **(3)**

(3) *Tanto es así que la prohibición fue burlada en varias ocasiones por los civiles, hasta que un “disparo de advertencia” derribó a un vehículo aéreo lleno de concejales de la ciudad que regresaban de un banquete en las instalaciones del Gremio de Industriales, aunque afortunadamente no hubo heridos. Tras ese incidente se seguio la norma a rajatabla y nunca volvió a suceder nada similar.*

A medida que ascendíamos, alejándonos de la ciudad, pude observar el paisaje que la rodeaba: un desierto de nieve y hielo a través del cual destacaban algunas colinas y terrenos escarpados en apagados tonos de negro y gris, que se alzaban hasta atravesar capas de plomizas nubes, por lo cual resultaba difícil afirmar dónde terminaba la roca y dónde comenzaban las nubes. En algún lugar, a nuestro alrededor, estaba el punto más alto del planeta, pero era imposible discernir cual era de entre las vagas manchas que veíamos en la distancia, aparte, claro está, del hecho de que me importaba un pimiento. Súbitamente, con inesperada brusquedad, el paisaje se desvaneció. Apenas tuve tiempo de vislumbrar brevemente la cara de un escarpado acantilado de proporciones bastante asombrosas, aunque inmediatamente lo dejamos atrás, tragado por la oscuridad que iba envolviendo el paisaje, y de pronto, el mundo a nuestro alrededor desapareció para ser sustituido por una capa de densas nubes.



Felizmente nuestro primer avistamiento de Principia Mons fue mucho más agradable. A medida que descendimos, las nubes se fueron dispersando, en primer lugar volviéndose blanquecinas, hasta que finalmente comenzaron a aparecen huecos entre ellas, lo que permitió el paso de los rayos del sol, revelando un cielo de un azul muy vivo. (Al menos eso me pareció, aunque dado que los últimos meses había estado atrapado en una sucesión de naves estelares, se me puede perdonar si exagero un poco). Jurgen no parecía más incómodo de lo normal, así que lo dejé con sus cosas, y

eché otro vistazo través de la ventanilla, ansioso por ver lo que revelaría la ausencia de nubes.

No es exagerado decir que a lo largo de mi vida he visto algunos paisajes realmente notables, desde las Agujas de la propia Santa Terra hasta las auroras de Fabulon, pero el paisaje de Periremunda era único en su clase. Debajo de nosotros, los últimos vestigios de lluvia se tornaron en vapor, para volver a formar nubes sin llegar nunca a tocar la árida superficie inferior del planeta, donde la roca desnuda al rojo vivo alternaba con océanos de arena en perpetuo movimiento.

Varias veces volamos sobre tormentas de arenas de varios kilómetros de altura, tan potentes que en pocos segundos habría arrancado la carne de los huesos de un hombre desprotegido, pero estaba tan por debajo de nuestra posición que me parecieron delgadas películas de polvo que se desplazaban barriendo la superficie planetaria. El estremecedor parpadeo de descargas eléctricas destacaba profundamente en su interior, un eco extraño del estallido sónico que dejaba la estela de nuestro avión. Y en todas direcciones, hasta donde el ojo desnudo podía llegar, se veían columnas de roca, cada una separada de su vecina más cercana por decenas o cientos de kilómetros, orgullosos y solitarios gigantes, como si de los troncos de un titánico bosque petrificado se tratase. Desde arriba, parecían islas refulgentes, resplandecientes de vida, en marcado contraste con la imponente desolación que las rodeaba. Al pasar cerca de algunas de ellas, pude distinguir los bosques, lagos, colinas y valles, así como las inconfundibles señales de la vida humana, todo en miniatura, como las maquetas con las que juegan los niños curiosos o nobles diletantes.

Debíamos haber cruzado o bordeado una docena o más de estas extraordinarias mesetas en nuestro viaje, aunque la mayoría pasó tan rápido que apenas tuve tiempo de captar ningún detalle. Algunas estaban relativamente despejadas, con apariencia de ser comunidades agrícolas de un tipo u otro, mientras que otras parecían completamente cubiertas de maleza, ahogadas en una profusión de vegetación selvática que solo un Catachan podría apreciar. Otras daban cobijo a comunidades del tamaño de pequeños pueblos, mientras que algunas, de apenas un kilómetro de diámetro, parecían completamente deshabitadas.

Recordé haber visto una estadística, aunque no sabía en donde, según la cual había aproximadamente dieciocho mil mesetas dispersas por todo el planeta que tenían población de algún tipo, **(1)** y me estremecí al pensar en los problemas logísticos que implicaría desplegar las fuerzas de la Guardia Imperial enviadas en la defensa del planeta. Incluso divididos en escuadrones, lo cual sería absurdo, una simple docena de regimientos nunca podría cubrir siquiera una fracción de ellas. Todo lo que podíamos hacer era esperar hasta que nuestros enemigos mostraran sus cartas abiertamente en algún lugar donde pudiéramos concentrar nuestras fuerzas contra ellos. Una esperanza vana, por supuesto, si sabían lo que estaban haciendo, y los pocos informes que teníamos parecían confirmar que así era. Si alguna vez había habido un planeta ideal para la guerra de guerrillas, ese era Periremunda.

***(1)** Lo que implica que, a pesar de su afirmación en sentido contrario, probablemente había hojeado los informes durante el viaje desde Coronus.*

Afortunadamente tuve poco tiempo para más de estas pesimistas reflexiones, ya que finalmente Jurgen se levantó con una expresión esperanzada.

-¿Estamos llegando, señor?- preguntó.

Asentí.

-Así es-, le dije. Solo podía haber unas pocas áreas verdaderamente urbanas en un mundo como este, y dudaba que cualquiera de las otras fuera tan densa como aquella. Un leve temblor atravesó la estructura de nuestra pequeña embarcación cuando, una vez más, reducimos la velocidad por debajo de la del sonido, disminuyendo el rugido de los motores, lo que nos permitió dedicar unos momentos para contemplar la ciudad mientras nos dirigíamos hacia el campo de aterrizaje.

En muchos sentidos, Principia Mons era agradablemente familiar, con la superficie de la meseta cubierta por una jungla de bloques habitacionales, fábricas, templos y otras estructuras similares que generalmente se pueden contemplar al aproximarse a cualquier ciudad razonablemente poblada a lo largo y ancho del Imperio. Unas cuantas áreas abiertas permanecían libres de edificaciones, principalmente alrededor de los acantilados perimetrales de la meseta.

Había un puñado de parques dispersos a lo largo de los márgenes exteriores de la ciudad, y otro más, prácticamente en el centro, que parecía tener un enclave fortificado de algún tipo justo en el medio **(2**), pero en su

mayor parte el lugar parecía completamente urbanizado. A medida que nos acercábamos, pude ver que el kilómetro superior de la meseta estaba perforado con innumerables túneles, con estructuras y unidades industriales colgando de la pared rocosa. Aquel aspecto no era del todo inédito para una colmena, y sentí una leve y cálida nostalgia ante aquel pensamiento **(3).** Sin embargo, no duró mucho, y rápidamente fue reemplazado por la comprensión de que, a pesar de su posición elevada, la capital planetaria poseía unos barrios bajos capaces de rivalizar con los de una comunidad más convencional. En mi experiencia, los alborotadores tendían a buscar refugio en ellos como las ratas de cloaca lo hacen en un desagüe, y para sacarlos de allí, se necesitarían hacer esfuerzos dignos del propio Horus.

***(2)** Los jardines del palacio del gobernador: de manera poco común, se dividían en un jardín interior, al cual el acceso se limitaba estrictamente a los miembros de su familia, y otro exterior, abierto a los ciudadanos de la ciudad en festivales y días festivos.*

***(3)** En muchos lugares a lo largo de sus memorias, Caín afirma haber sido nativo de un mundo colmena, pero cúal era ese mundo sigue siendo un misterio.*

En cualquier caso, aquel no era mi problema, me dije con firmeza, pues ya había tenido más que suficientes quebraderos de cabeza similares en Gravalax y Simia Orichalcae. Además, mi sitio estaba con el 597º en Hoarfell, por frío y poco atractivo que aquel lugar fuera, donde al menos tenía la ventaja de estar cómodamente libre de túneles donde pudieran ocultarse los herejes. No tuve más tiempo para seguir reflexionando sobre ello, pues una repentina presión contra mi columna vertebral me indicó que los impulsores de aterrizaje acababan de activarse, y poco después ya estábamos de nuevo en tierra firme, para gran alivio de Jurgen.

Al desembarcar nos recibió una brisa fresca, ligeramente perfumada con los olores del promethium quemado y del metal enfriándose, pero le dí la bienvenida a todo aquello, y entrecerré los ojos reflexivamente. El sol todavía estaba un poco por encima del horizonte, y aunque el primer rubor de la puesta de sol comenzaba a teñir las nubes sobre nosotros, éste aún brillaba entre las plomizas nubes grisáceas y las tormentas de nieve que cubrían Darien. Agradecí la calidez del lugar, y me desabroché el abrigo, cuidándome de situarme a barlovento de Jurgen mientras lo hacía. Tras servir a su lado el tiempo suficiente, ya me había dado cuenta de que el aumento repentino de la temperatura pronto tendría un efecto similar en su olor corporal. Miré a mi alrededor para orientarme.

-**Parece que nos están esperando**-, comenté.

Un vehículo de tierra cruzaba la pista de rococemento entre el edificio de la terminal y nosotros, flanqueado por un par de aeromotos que circulaban en modo terrestre con un suave zumbido, portando sendos banderines con los emblemas del Adeptus Arbites ondeando al viento. Mi ayudante asintió, esquivando a un servidor, que parecía tan decidido a recuperar los paquetes de la bodega del avión de mensajería que ni siquiera registró nuestra presencia.

-**Y vienen a buscarnos con estilo**-, añadió con un toque de aprobación en su voz. Si había algo que a Jurgen le gustaba, aparte de las placas de datos porno, era una firme adhesión al protocolo, preferiblemente con tanta pompa y ceremonia como fuera posible. Para ser sincero, un Salamander o un simple utilitario me hubieran ido igual de bien, más aún si hubiera sabido a lo que me iba a conducir aquella muestra de cortesía, pero debo admitir que, en

aquel momento, me sentí bastante satisfecho. No he viajado en limusina con mucha frecuencia, y la efusividad de la bienvenida que me estaban brindando suponía un buen presagio para la reunión que nos esperaba.

La limusina se detuvo al pie de la rampa de embarque, y un joven con un uniforme impecablemente ajustado salió a nuestro encuentro, me hizo un vigoroso saludo, mientras miraba de reojo a Jurgen, con un asombro apenas contenido.

-¿Comisario Caín?-, preguntó, como si pudiera haber alguna duda posible al respecto, y asentí devolviéndole el saludo lo más marcialmente posible.

-**Correcto**-, le respondí al tiempo que señalaba a mi maloliente compañero-. **Este es mi ayudante personal, el Artillero (1) de Primera Feric Jurgen.**

(1) *Jurgen había estado sirviendo con el 12ª Artillería de Valhallan cuando fue asignado al servicio de Caín, por lo que su rango militar era el de artillero en lugar de soldado o soldado raso entre los regimientos de línea de la Guardia Imperial.*

-**Justicar (2) Billem Nyte**-, se presentó el joven, a la vez que asentía en dirección a Jurgen con tanta cortesía como pudo reunir, sin duda notando el contraste entre su propio e inmaculado uniforme y el desastroso conjunto de mi ayudante, quién en lugar de vestir el uniforme parecía que el uniforme le vestía a él.

(2) *El nombre local para los agentes de la ley. Como se ha señalado en otra parte, la nomenclatura aceptada para tales funcionarios varía ampliamente de*

un mundo a otro, y como muchos viajeros experimentados, Caín se refiere a ellos simplemente como Arbites, a pesar del hecho de que están simplemente subordinados al Adeptus en lugar de ser verdaderos agentes del mismo. En este caso, sin embargo, los distingue con toda precisión, como suele hacer cuando se encuentra con ellos.

-**El Arbiter Keesh me ha enviado a recibirle**.

-**Muy considerado por su parte**-, dije, saludando con la cabeza a los dos escoltas motorizados antes de entrar en el vehículo y acomodarme en un asiento tan mullido que por un momento pensé que necesitaría mi espada sierra para abrirme camino cuando quisiera salir. Ninguno de nuestros acompañantes hizo el menor gesto, aunque las viseras reflectantes de sus cascos hacían que fuera difícil estar seguro de ello. Luché contra un fugaz recuerdo de los guerreros necrones a los que nos habíamos enfrentado hacía poco, y bajé la ventanilla tan pronto como Jurgen se apretó a mi lado, descolgando su fusil láser para pasarlo por la puerta. (Como la mayoría de los soldados de la Guardia, hubiera preferido cortarse el brazo antes que ir a cualquier lugar sin su arma reglamentaria, una actitud por la que le había estado más que agradecido en innumerables ocasiones)-. **Debo decir que esto es mucho más cómodo de lo que esperaba.**

Un pequeño minibar de madera de naal, que por sí solo valía más que la nave en la que habíamos llegado, albergaba seis copas de cristal y un par de decantadores. Al descubrir que uno de ellos contenía un fragante amasec de una añada excepcional, me serví una copa generosa y me acomodé para disfrutar del viaje.

-**Es el vehículo personal del Arbiter**-, comentó Nyte con un toque de orgullo, sin duda disfrutando de su estatus como uno de los pocos justicars a los que le dejaban jugar con el-. **Soy su amanuensis**.

-**Entonces me aseguraré de darle las gracias cuando le vea**-, le dije, notando la expresión de Jurgen por el rabillo del ojo, y actuando rápidamente para evitar la inevitable competencia por la superioridad que iba a surgir entre los dos ayudantes, ahora que Jurgen se había dado cuenta de que Nyte era más que un simple chofer. Nyte captó la indirecta y volvió al asiento del conductor, sin duda agradecido por la mampara blindada que ahora le separaba del compartimiento de pasajeros.

A primera vista, las calles de Principia Mons apenas diferían de las de cualquier otra ciudad imperial que hubiera visitado en los últimos años, aparte claro está, de la visible falta de daño de artillería. Avanzamos a lo largo de una amplia avenida entre edificios de agradables proporciones, donde la falta de espacio en la parte superior de la meseta en la que nos encontrábamos no parecía haber tenido un efecto apreciable en la arquitectura local. Había esperado un ambiente más agobiante, pero en general todo se veía sorprendentemente abierto y ordenado. Al cabo de un rato, se me ocurrió que esta aparente contradicción explicaba claramente el importante detalle que había apreciado durante el vuelo: los Periremundanos simplemente habían construido hacia abajo en lugar de hacia arriba. (No es algo que me tranquilizara, la verdad, pues debilitaban la parte superior del terreno en el que se asentaba la ciudad, pero supuse que sabían lo que se hacían). En definitiva, fue un viaje extraordinariamente agradable; al menos hasta que llegamos al lugar en el que alguien intentó matarnos.

CAPÍTULO III

Debo señalar que, cuando nos tendieron la emboscada, fue cuidadosamente ejecutada y muy profesional. Supongo que debería haber esperado algo por el estilo, pues incluso antes de que abandonáramos Coronus, se nos advirtió que los insurgentes a los que nos íbamos a enfrentar parecían estar bien organizados, y que eran mucho más efectivos de lo habitual, pero el hecho de estar disfrutando de un lujo al que no estaba acostumbrado, y de la aparente normalidad de las calles que observaba por la ventanilla, me había hecho caer en una ilusoria sensación de seguridad, algo completamente opuesto a con mi habitual normalmente fiable vena paranoia.

Nuestra escolta iba despejando el camino con sus parpadeantes luces y aullantes sirenas, atravesando velozmente el constante flujo del tráfico civil, que de otro modo habría impedido que avanzásemos tan rápido, por lo que no me sorprendió demasiado notar como un monociclo pesado se pegaba a nuestra parte trasera tratando de ponerse a nuestro rebufo y así aprovechar la brecha que estábamos abriendo, para así lograr una velocidad mucho mayor de la que su piloto podría esperar alcanzar en condiciones normales a lo largo de las atestadas vías. No pude ver parte del rostro de piloto, pues su cabeza estaba protegida por un casco que no era muy diferente del de nuestras escoltas, aparte de un llamativo dibujo de llamas que lo adornaba, a juego con la pintura roja y amarilla de su vehículo y el traje de cuero carmesí que el piloto y su pasajera vestían. Sin embargo, la chica que viajaba con él iba con la cabeza descubierta, a excepción de un par de gafas protectoras, y su cabello castaño ondeaba al viento

como si de una bandera se tratara, y tuve que luchar para contener el impulso de saludar mientras se acercaban.

-¿Qué demonios...?-, exclamó Nyte, con su voz resonando en mi dispositivo de comunicaciones cuando pisó a fondo los frenos con tal brusquedad que me arrancó del abrazo de la tapicería, y casi me hizo derramar la bebida. Había un gran camión cruzado delante de nosotros, bloqueando el paso, con la sección de su cabina encajada contra los pilares de un paso superior. Evidentemente, su conductor había juzgado mal la distancia al tratar de detenerse para dejarnos pasar. La cabeza tractora se había quedado encajada y el remolque bloqueaba la carretera.

-¡Apartad esa cosa del medio!-, exclamó a través de su comunicador.

-Yo me encargo-, dijo uno de los escoltas, evidentemente en la misma frecuencia, y aceleró. Un momento después, se detuvo junto a la cabina y comenzó una fuerte discusión con el conductor.

-Algo no va bien-, dije, sintiendo un familiar picor de advertencia en las palmas de mis manos. El conductor ya debería haber bajado de su vehículo para al menos evaluar los daños, y disculparse ante el agente. Confié en mis instintos sin dudar un segundo, después de todo lo que habíamos pasado juntos, mientras que Jurgen tomaba firmemente el fusil láser que había dejado apoyado en su regazo, y le quitaba el seguro.

-¿A qué se refiere, señor?-, Preguntó Nyte, un instante antes de que el monociclo que nos seguía acelerara hasta situarse en paralelo a nuestro vehículo, de mi lado, y, de pronto, me encontré mirando el cañón de una escopeta automática. La chica que la sostenía me sonrió, una amplia sonrisa en un rostro anguloso que de alguna manera parecía tener más dientes de lo anatómicamente posible, y apretó el gatillo. Un fuerte chasquido retumbo en la lujosa cabina, y por un momento me pregunté por qué no estaba muerto, antes de que el característico olor de aire ionizado me dijera que Jurgen había logrado disparar primero.

La chica cayó hacia atrás del sillín del monociclo al tratar de esquivar el disparo, y en respuesta disparó una pesada bala perforante, destinada a destrozar el cristal antibalas de la ventanilla, que evidentemente esperaban estuviera subida (y así habría sido, si hubiera estado acompañado por alguien que no fuera Jurgen), y que terminó impactando a escasos centímetros de mi hombro.

-¿Qué demonios ha sido eso?-, exigió saber Nyte, un tanto lento de reflejos a mi entender, para tratarse de un agente de la justicia Imperial, hasta que comprendí toda su atención debía estar centrada en la carretera.

-¡Emboscada!-, exclamé en respuesta, sacando mi pistola láser, aunque nunca tuve la oportunidad de usarla contra el motorista que seguía a nuestro lado. Nyte reaccionó de inmediato, dando un volantazo al pesado vehículo a fin de sacar al monociclo fuera de la carretera. Nuestro aspirante a asesino chocó contra la baranda, realizó una elegante parábola y rebotó contra uno de los pilares del puente que estaba delante, y que aún estaba bloqueado por el camión.

-No voy a poder esquivarlo-, dijo Nyte, derrapando lateralmente hasta que acabamos golpeando otro par de vehículos, saliendo rebotados en sentido opuesto para finalmente detenernos orientados en dirección contraria, frente a un flujo aparentemente interminable de vehículos, y bloqueando totalmente la carretera, con lo que los vehículos comenzaron a ocupar cada metro cuadrado de la carretera de rococemento a nuestro alrededor. Una camioneta, que, de acuerdo con el llamativo anuncio que llevaba en su lateral, pertenecía a una empresa de saneamientos, se estrelló contra nuestro costado y quedó literalmente encajada contra las puertas.

-Este lado también está atascado-, informó Jurgen amablemente, y luego disparó contra un civil ataviado con una horrorosa chaqueta estampada de estridentes colores verde bilis y naranja, y como si fuera poco, llevaba el pelo teñido de púrpura y peinado en punta, como si acabara de meter un dedo en un enchufe. Solamente la chaqueta ya era lo suficientemente ofensiva como para justificar su ejecución sumaria, aunque lo que había atraído la atención de Jurgen había sido un detalle algo más pragmático: la escopeta que portaba, del mismo modelo que la que habían intentado usar los motoristas un momento antes, y que, sin duda, habrían logrado su objetivo, si mi perfectamente comprensible deseo de aire fresco no nos hubiera permitido disparar primero.

-¡Estamos atrapados!-, gritó Nyte, sonando más enfadado que asustado, lo que supongo que habría sido tranquilizador si yo no hubiera estado aterrorizado por los tres. El loco de la chaqueta se cubrió detrás de un vehículo lleno de aterrados civiles, que se bajaron rápidamente y

huyeron a la carrera. Miré a mi alrededor con la esperanza de ver a los escoltas que sabía que tenían que estar allí. Sin embargo, me imposible divisarlos al tener la visibilidad bloqueada en casi todas las direcciones.

-No, para nada-, dije, activando mi espada sierra a máxima velocidad, al tiempo que la alzaba para empezar a practicar una salida a través del techo. El compartimiento se llenó de chispas y olor a quemado, pero estaba logrando cortar el blindaje, y tras un momento logré eliminar una sección de la carrocería lo suficientemente amplia como para salir y subir al techo.

Pueden estar seguros de que no me quedé allí mucho tiempo, pues hacer de blanco fácil nunca ha ocupado un lugar destacado de mi lista de prioridades. Me deslicé rápidamente para ponerme a cubierto, y entonces traté de recordar lo que había visto.

El tirador con un pésimo gusto para la moda estaba en una buena posición para complicarnos la vida tan pronto como asomásemos la cabeza, pues nos tenía bien enfilados. Sabía que las escopetas podían cargarse con todo tipo de sorpresas, y dudaba que nuestros antagonistas, quienquiera que fueran, se limitaran a algo tan obvio como usar cartuchos de dispersión o postas. La gran cantidad de civiles a nuestro alrededor hizo casi imposible adivinar cuántos más de ellos se estaban acercando a nuestra posición, pero tenía pocas dudas sobre de dónde venían. Mientras me escondía detrás de la reconfortante forma de la limusina blindada, había visto al conductor de la camioneta que había bloqueado la carretera, saltando por fin de la cabina, con una pistola de algún tipo en la mano.

-Siete hostiles están cercando al Justicia Móvil (1)-, informó el escolta que había sido enviado para encargarse del transporte que había bloqueado el camino. Entonces, nos llegó un estruendo de disparos desde aquella dirección.

(1) *El nombre en clave del vehículo personal del Arbiter en Periremunda (Rolling Justice en el original). Algo teatral, pero por regla general este era un pequeño mundo bastante aburrido, así que supongo que no se podría culpar a los justicars por tratar de hacer que un trabajo rutinario de chofer fuera un poco más interesante.*

-Corrección, seis, repito, seis hostiles, uno ha caído.

-¡Rolin, Dawze, volved aquí!-, ordenó Nyte, con su voz teñida del peculiar timbre plano de alguien que se esfuerza para mantener el control, a pesar de una descarga de adrenalina lo suficientemente grande como para haber despertado a una keth hibernando-. **A todas las unidades en la cercanía, acudan a estas coordenadas.**

-Todavía estoy inmovilizado-, respondió el escolta, mientras el tableteo de armas ligeras justificaba sus palabras. Una segunda voz intervino en el mismo canal, presumiblemente el otro escolta, donde sea que demonios se hubiera metido.

-Puedo verlo, Dawze. Está detrás de ese coche rojo, a tus dos en punto. Puedo rodearlo y acabar con él-.

-Negativo-, espetó Nyte**-. Vuelve aquí y protege al comisario.**

Alentadoras palabras sin duda, pero yo tenía una mejor comprensión de la situación como para darme cuenta de lo difícil que le iba a resultar cumplir esa orden. Rolin habría tenido más posibilidades de detener una avalancha con una cucharilla que de llegar hasta nosotros, y eso también se aplicaba a los refuerzos que Nyte estaba pidiendo. Si quería salir vivo de esta no me quedaba otra opción que coger el toro por los cuernos y hacerme cargo de la situación, como de costumbre.

Bueno, al menos contaba con ayuda. Un olor familiar a mi espalda me informó de quién me había acompañado, la única ayuda en la que sabía que podía confiar.

-El justicar ha acabado con uno-, confirmó Jurgen, deslizándose por el hueco entre el parachoques trasero de nuestro automóvil y un triciclo motorizado con un gran contenedor metálico entre sus dos ruedas delanteras. A juzgar por el aroma de las semillas de soja viridiana que emanaban de el, así como por el atuendo de su asustado piloto, que nos miraba como si de repente se estuviera enfrentando a un par de orkos, estaba lleno de comestibles de algún tipo destinados a ser vendidos en algún puesto callejero. Jurgen alzó de nuevo su fusil láser y escupió una ráfaga sin apuntar en dirección al escondite del tipo de la escopeta.

-**Maldita sea, se me ha escapado esa escurridiza babosa del demonio-,** se quejó antes de percatarse de que tenía delante a la vendedora, y entonces se sonrojó visiblemente**-. Lo siento señorita. No me había dado cuenta de que había damas presentes.**

La pura incongruencia de la situación y su intento de buenos modales pareció tranquilizar a la chica, quien al menos comprendió que no estaba alucinando, y tragó convulsivamente.

-No se preocupe por mí-, dijo ella, su voz temblaba bastante menos de lo que hubiera esperado. Aparentemente estaba tan tranquila como era posible bajo las circunstancias, y tragó saliva nerviosamente antes de continuar. **–Por cierto, ¿quiénes son ustedes?, Y por la disformidad, ¿qué está pasando?**

-Ciaphas Caín, Comisario del Regimiento 597 de Valhallan, y Jurgen, mi ayudante. Estamos bajo un ataque terrorista-, le conteste lo más brevemente posible, volviendo mi atención a las cosas importantes. Dawze había acabado o incapacitado a un enemigo, y estaba intercambiando fuego con otro. Eso dejaba a cinco hostiles convergiendo hacia nuestra posición. Teníamos localizado a uno de ellos, que no iba a ir a ninguna parte, lo cual dejaba a cuatro enemigos en paradero desconocido. Las palmas de mis manos empezaron a picar.

-¿Dónde están el resto de los hostiles?-, pregunté. Me quedé quieto un momento, esperando que Rolin o Dawze pudieran tener una pista, pero no hubo suerte.

-Los perdí entre la multitud-, contestó Rolin algo azorado.

-¡Oh, por el amor del Emperador!-, exclamé-. **¡Usa los ojos!, ¡si no está huyendo es que es uno de los**

malos!

De repente, la descarga de una escopeta impacto contra el contenedor del triciclo, y su dueña chilló, al tiempo que se escondía detrás de mis piernas como un perrito asustado. Levanté la vista a tiempo para ver a un joven con la túnica de un funcionario de bajo nivel del Administratum de pie en el techo de la camioneta de saneamiento, tratando de apuntarnos para disparar de nuevo. Antes de que pudiera conseguirlo, lancé un tajo con mi espada sierra que le seccionó la pierna izquierda a la altura de la rodilla haciéndole caer frente a mí, donde pude cortarle la cabeza con un sencillo mandoble. La vendedora ambulante volvió a gritar, con los mechones verdes en su cabello ahora ensuciados por salpicaduras de una sustancia escarlata que le daba un aspecto bastante poco favorecedor.

-Uno menos-, informé**-. Nyte, ¿dónde narices está?**

-En camino, señor-, respondió el justicar, apareciendo finalmente por el agujero en el techo de la limusina, portando entre sus manos un stubber pesado, lo que explicaba por qué había tardado tanto; sin duda había estado buscando en un depósito de armas cuidadosamente escondido. Balanceó el stubber para apuntar, y destrozó el frontal del vehículo detrás del cual se refugiaba el villano de la moda con una salva de calibre pesado. El hereje de tan horrenda chaqueta se hizo a un lado, alzando su propia arma, pero antes de que pudiera disparar, Jurgen le alcanzó en el torso con una breve y certera descarga. El terrorista se estremeció un momento antes de quedarse totalmente quieto. Nyte se volvió para mirarme, e hizo un gesto victorioso con su arma.

-Y con ese ya van tres -, dijo, con un rastro de suficiencia en su voz. Luego, antes de que pudiera decirle algo útil, como *"agacha la jodida cabeza, idiota",* una ráfaga le alcanzó en el pecho, y cayó pesadamente al suelo en el lado opuesto del vehículo. Su armadura parecía haber soportado la mayor parte del golpe, pero también había mucha sangre. Después de un momento, se levantó lo suficientemente como para desplomarse contra la carrocería, aún estaba vivo y a cubierto, pero si se no me equivocaba, de ahora en adelante no podríamos contar con él.

-Tenemos una baja-, me informó Jurgen, como si yo no estuviera allí, pero supongo que podría haber hecho el comentario para nuestros escoltas.

-Sigo bajo ataque-, dijo Rolin, un momento antes de que un chisporroteo de armas ligeras confirmase sus palabras**-. Dos hostiles, mujeres, parece que llevan automáticas.**

Hubo un momento de pausa.

-Cuidado, uno está tratando de llegar a vosotros...-, y entonces el canal de vox se cortó de repente.

-Rolin ha caído-, confirmó Dawze un momento después**-, y el hostil con el que me he estado enfrentando se está retirando-.** Su voz dejaba escapar una nota de perplejidad**-. ¿Por qué lo hace? Me tenía atrapado.**

-No lo sé-, dije, las palmas de mis manos me picaban ahora como nunca**-, pero parecen estar muy bien coordinados-.**

Miré los cuerpos inmóviles de los terroristas que habíamos despachado. Ninguno de ellos tenía ningún tipo de equipo de comunicación que pudiera ver.

-¿Puede ver a alguien que parezca estar al mando?

-Negativo-, respondió Dawze confundido-**. Pero sinceramente, no me he fijado en ellos tanto como para poder asegurar que hablaran entre ellos.**

Una horrible sospecha comenzó a agitarse en lo más profundo de mi mente. Sin embargo, no tenía tiempo para preocuparme por ello en este momento, pues una ráfaga de fuego impacto contra el metal a nuestro alrededor.

-¡Que el Emperador nos proteja, vamos a morir!-, gritó la vendedora ambulante, acurrucada tan cerca del rococemento que daba la impresión de estar tratando de mimetizarse con una de las marcas viales. Tal y como sonaba, no iba a ser útil, así que mientras Jurgen les devolvía el favor con un par de ráfagas, apuntando en la dirección general de la que parecían provenir la mayoría de los proyectiles, la miré a los ojos adoptando mi expresión más tranquilizadora de comisario.

-Aun no estamos muertos-, le dije, con toda la confianza en mí mismo que pude reunir**-, y no vamos a morir aquí. Cuando me puse este uniforme juré proteger el**

Imperio de los enemigos del Emperador y, hoy, tú eres el Imperio. De acuerdo... -. Me detuve, recordando de repente que no tenía ni idea de cómo se llamaba la muchacha. Ella asintió, claramente adivinando el porque me había detenido.

-Zemelda Cleat-. Respiró hondo y se enderezó, recogiendo el arma que el joven había dejado caer cuando le despache con la espada**-. Y puedo cuidar de mí misma, gracias.**

-Buena chica-, dije, reflexionando que al menos ella podría atraer su fuego, incluso si las posibilidades de que le acertara a algo con un arma tan basta fueran mínimas**-. Apoya la culata en tu hombro, aprieta suavemente el gatillo y que el Emperador guíe tu mano.**

Ella siguió mis instrucciones con cierta cautela, haciendo una mueca ante el ruido y el retroceso, y luego esbozó una feroz sonrisa.

-¡Mola!-, exclamó con aprobación, y escupió un flujo constante de disparos a nuestros enemigos, quienes, ahora que lo pensaba, parecían muy reacios a aprovechar su aun superior potencia de fuego.

-¿Por qué no están avanzando?-, preguntó Jurgen, sin esperar realmente una respuesta**-. Nos tienen completamente atrapados.**

-Tal vez están esperando que nos dejemos llevar por el pánico-, dije, tratando de aparentar una confianza que estaba muy lejos de sentir**-. Están esperando a que nos**

pongamos nerviosos y demos un paso en falso-. Eso puede parecer algo suicida, por supuesto, pero en la realidad funciona. El reflejo de lucha o huida está profundamente arraigado en la psique humana y tiende a surgir en los momentos más inesperados, por ello nuestros soldados de la Guardia están tan bien entrenados para anularlo, además claro está, de contar con gente como yo vigilándoles por encima de sus hombros en caso de que ese entrenamiento falle.

-Tendríamos que ser bastante estúpidos-, señaló Jurgen innecesariamente**-. Podemos resistir aquí todo lo que queramos-.**

Eso era totalmente cierto, estábamos en una posición fácilmente defendible, incluso si eso era más por suerte que por otra cosa; aún más ahora que los últimos inocentes (aparte de Zemelda) estaban desapareciendo del área de combate, con lo cual cualquiera que no llevara el uniforme de un justicar era un objetivo. Mi ayudante se encogió de hombros, explayándose con bastante más detalle de lo que me hubiera gustado**-. A menos que tengan granadas o un lanzallamas, por supuesto.**

-Por supuesto-, repetí, mientras un frío estremecimiento de horror recorría mi espalda. De repente, sus tácticas tenían mucho más sentido: mantener la cabeza baja mientras alguien se acercaba lo suficiente como para lanzar a un par de granadas sobre la barricada que nos protegía. A menos que algunas de las escopetas que parecían preferir estuvieran llenas de salvas inferno, en cuyo caso ni siquiera necesitarían acercarse tanto, solo tendrían que apuntar en nuestra dirección y encender la barbacoa.

-¿Puede ver si alguno de los que puede ver lleva granadas?-, le pregunte a través del comunicador.

-No-. Su voz cambió, tomando un tinte de curiosidad**-. Puedo ver movimiento en el camión. Dos, tal vez tres o más. Estoy cambiando de posición para ver mejor.**

-Tenga cuidado-, dije, mientras una vocecita interior me gritaba. Disparé un par de tiros con mi pistola láser hacía un borrón de movimiento detrás de un robusto camión azul a unos cuatro o cinco vehículos de distancia, y fui recompensado con un movimiento repentino al haber asustado a quien se escondía tras aquel vehículo. Nuestra accidental barricada recibió un par de descargas, y luego todo volvió a quedar en silencio.

-Definitivamente tres, y se mantienen a cubierto-, informó Dawze después de un momento**-. Se mueven rápido. Por los dientes del Emperador, son rápidos. Me muevo para para interceptarles.**

-¡Quédese donde está!-, le ordené, mientras la sospecha trataba de contener aumento de nuevo, dejándome un cosquilleo de miedo en la boca del estómago. Traté de sacudirme esa sensación con irritación. Las cosas ya estaban lo bastante mal, como para encima perder el control.

-Está bien-, me tranquilizó Dawze**-. No saben que estoy aquí. Puedo acabar con el primero incluso antes de**

que ... — un grito interrumpió su comentario**-. Emperador de Terra, ¿qué diablos es...?**-, y su vox se quedó mudo.

-Aquí vienen-, dijo Jurgen, tan calmado como si me informase de que mi baño estaba listo en lugar de una horda de demonios avanzando hacia nosotros y les envió otra ráfaga con su fusil láser. Un momento después, se agachó a mi lado, trayendo consigo una poderosa oleada de su personal fragancia, e hizo una mueca-. **Parecen bastante decididos.**

-¿En serio?-, le respondí.

Zemelda se agachó en mi lado, su cara blanca de miedo. Una lluvia de fuego pasaba sobre nuestras cabezas, y solo podía esperar que Nyte hubiera tenido el suficiente sentido como para mantener la cabeza baja.

-No están tratando de matarnos-, dije, sin consolarme con la idea**-. Esto es solo para evitar que volvamos a disparar.**

-Bueno, pues está funcionando-, comentó ella apretando la mandíbula**-. ¿Por qué lo hacen?**

-Para que puedan acercarse. Deben saber que la ayuda está en camino, por lo que necesitan acabar con nosotros lo más rápido posible.

Jurgen asintió**-. Lo llamamos fuego de cobertura. Cuando dejen de dispara, será cuando hagan su**

jugada.

Nos miramos el uno al otro con sombría comprensión.

-Y es entonces cuando dispararemos nosotros-, expliqué, lo más sencillamente posible, para que la civil lo entendiera**-. Dispara a todo y a cualquier cosa que parezca una amenaza. ¿Lo entiendes?**

-Claro como el agua-. Zemelda se veía tan verde como su cabello, pero asintió de todos modos.

-**Perfecto**-. De repente, el ruido se detuvo y nos levantamos juntos, buscando objetivos. Jurgen encontró uno de inmediato, dos mujeres portando escopetas automáticas que cargaban hacia nosotros con la furia de un orko berseker. Una estaba vestida con un uniforme del medicae, la otra envuelta en una bata verde mar que borraba el contorno de su cuerpo, pero no lo suficiente como para ocultar algo extrañamente maligno en su figura, una sutileza que quedó en evidencia cuando observé como una tercera mano emergía de su vientre para reemplazar el cargador.

-Híbridos Genestealer-, exclamó Jurgen, reconociéndolos al instante tras de nuestro encuentro con sus hermanos en Gravalax, abriendo fuego en modo automático y atrapándolos a ambos en una tormenta de rayos. La falsa medicae trastabillo, su uniforme destrozado por los impactos y mostrando las placas de quitina que cubrían su tórax, mientras el horror de tres brazos trataba de cubrirse detrás de un automóvil abandonado. Zemelda comenzó a

hacer agujeros a través del metal que lo protegía con su arma, con una expresión de horror aturdido en su rostro. Prevenido por un parpadeo de movimiento en el rabillo del ojo, me di la vuelta, justo a tiempo para disparar a otro agresor, vestido de forma tan chillona como el difunto villano de la moda, acertándole directamente en la cara con un rayo de mi pistola láser. Chilló y se derrumbó hacia atrás, cayendo desde el techo del camión de saneamiento con un golpe húmedo y carnoso, mientras otra figura con un mono de trabajo sin distintivos se abalanzó hacia mí con las manos en forma de garras preparadas para destrozarme. Desafortunadamente para él, mi espada tenía un alcance superior a sus brazos, y lo corte en pedazos antes de que pudiera siquiera tocarme.

-¿Qué son esas cosas?-. Preguntó Zemelda, aún intercambiando disparos con el híbrido escondido detrás del auto, mientras Jurgen intentaba obtener una línea de visión clara sobre la que estaba vestida de medicae.

-Xenos-, le expliqué**-, cruzados con humanos, que ni siquiera saben que han sido contaminados con genes extraños/alienígenas. Los hemos encontrado escondidos en mundos de todo el sector.**

Levanté la vista y me quedé helado. Tres genestealers de pura raza avanzaban hacia nosotros, saltando a través de la maraña de vehículos atascados con la malignidad de los perros de caza que perciben el olor una presa indefensa. Me dirigí a jurgen.

-¡Olvida a los híbridos!-, peligrosos como eran, empalidecían en comparación con la amenaza real. Había

visto a varios puracepas destrozando una armadura Terminator a bordo del *Engendro de Condenación*, **(1)** y sabía que, si llegaban hasta nosotros, podíamos darnos por muertos.

(1) *Un pecio espacial (Spawn of Damnation en el original) que Caín abordó junto a Astartes del Capítulo de los Recobradores, mientras actuaba como oficial de enlace de la Guardia Imperial durante la campaña de Viridia.*

Concentramos nuestro fuego contra las criaturas que se acercaban, pero éstas eran increíblemente rápidas y ágiles, y la mayoría de nuestros disparos erró el blanco. Logramos derribar al primero momentáneamente, pero se puso en pie casi de inmediato, mientras que los otros le adelantaban sin detenerse a ayudarle. Para empeorar aún más las cosas, fuimos atacados de nuevo por los híbridos equipados con armas automáticas, lo que nos obligó a agachar la cabeza, eso por no hablar de apuntar correctamente. Al ver aquellas babeantes fauces, no tuve la menor duda de que todos estaríamos muertos en tan solo unos instantes, y como me suele suceder en esas situaciones, me encontré sobrenaturalmente sensible a cada detalle de lo que me rodeaba.

Tal vez fue eso lo que primero me alertó del leve temblor en el rococemento debajo de mis pies, como si algo grande y rápido se estuviera acercando. En cualquier caso, recuerdo claramente sentir un leve temblor, pero antes de poder comentarlo con mis compañeros, me di cuenta de que algo estaba sucediendo la calle.

Un objeto amarillo brillante surgió de repente interponiéndose en el camino de los genestealers,

enfrentándose a ellos. Por un momento me encontré sospechando de algún tipo de vehículo de combate, pero en cuanto se enderezó, me di cuenta de lo que realmente se trataba.

-¡Alabado sea el emperador!-, exclamó Zemelda, sorprendida, y tengo que admitir que no podría haber estado más perplejo si hubiera aparecido el Emperador en persona. Un camión estaba siendo empujado a un lado por algo de tamaño aproximadamente humano, pero completamente cubierto de una armadura metálica finamente forjada, que reflejaba los rayos del sol con un inconfundible tono dorado. Era más pequeña que las armaduras que usaban los Astartes, pero aun así era muy poderosa, e incluso a aquella distancia, pude confirmar que había sido creada por un maestro artesano cuya habilidad ciertamente habría impresionado al propio Tobamorie **(2).**

(2) *El armero de los Reclamadores, que parecía haber considerado a Caín como lo más cercano a un amigo como era posible para cualquier persona ajena a su Capítulo.*

Mientras observábamos, apenas creyendo lo que estábamos viendo, el guerrero dorado lanzó el pesado camión sobre los genesteales que cargaban hacia nosotros, aplastando a dos de ellos contra los demás vehículos con un grito de metal desgarrado. Tras un breve instante, un rancio icor comenzó a gotear a través de la maraña de restos, haciendo obvio que ninguno de los dos se iba a levantar de nuevo.

-¿De dónde sale ese?-, preguntó Jurgen, con su familiar expresión de leve desconcierto que me resultaba gratamente reconfortante dadas las circunstancias.

-Supongo que de ahí abajo-, le dije, señalando una tapa de alcantarilla tirada en la calzada junto a un oscuro agujero en la pista de rococemento**-. De las cloacas de la subcolmena.**

No tenía tiempo para más especulaciones, ya que el puracepa superviviente cargó contra el guerrero dorado, y contuve el aliento temiéndome lo peor; pero la figura vestida con armadura esquivó a la criatura fácilmente, con una gracia casual, que parecía más adecuada para el salón de baile que para el campo de batalla, al tiempo que lo agarraba por uno de sus brazos y se lo arrancaba de cuajo.

El genestealer chilló y trató de zafarse, pero el enemigo al que se enfrentaba parecía tan ágil como él. Cuando el horror quitinoso trató de volver a cargar una vez más para escabullirse, el misterioso guerrero alzó su brazo derecho, donde llevaba incorporado un poderoso bólter. Una breve ráfaga fue todo lo que necesitó para reducir la horrible criatura a una simple y repugnante mancha.

-Bueno, hemos sido afortunados-, dije, tratando de sonar desenfadado en beneficio de Zemelda, pero no debería haberme molestado. Todavía estaba tan sorprendida ante aquel inesperado giro de los acontecimientos que dudo mucho que se hubiera enterado si en aquel mismo instante el propio Emperador la hubiera dado una palmada en el hombro.

-¿Pero quién es?-, preguntó Jurgen. Me encogí de hombros.

-Creo que estamos a punto de averiguarlo-, le respondí. Efectivamente, nuestro misterioso salvador caminaba hacia nosotros a paso lento, deteniéndose el tiempo suficiente para acabar con los híbridos restantes con un par de ocasionales descargas de bolter. Intentaron pelear con él, pero era un esfuerzo inútil, sus balas simplemente rebotaban en la reluciente armadura dorada como gotas de lluvia.

Tengo que admitir que sentí una punzada de aprensión cuando la figura refulgente se nos acercó, permitiéndome por primera vez ver todo el esplendor de su armadura. Era, como había supuesto, el trabajo de un maestro, de eso no había ninguna duda. La elegancia de su diseño y ejecución era demasiado obvia, al menos para cualquiera que hubiera pasado tanto tiempo como yo escuchando a Tobamorie dando interminables discursos sobre juguetes de la tecnohechicería de uno u otro tipo. Apenas había sido arañado por las balas de los híbridos, la completa complejidad de su decoración seguía intacta y sin daños.

No estaba, como había aparecido por primera vez, hecho completamente de oro (lo que, dada la suavidad de ese metal en particular, no habría dado mucha protección a su portador). Más bien, se habían realizado grabados en oro sobre en una superficie pulida de un metal mucho más oscuro, formando una intrincada filigrana, que mostraba los íconos de los santos y las escenas conocidas de la vida del Emperador en Terra. Sin embargo, a pesar de toda su belleza, no se disimulaba su letal poder, el cañón del bólter en su antebrazo derecho y el débil crepitar del ozono alrededor del puño de poder en su guantelete izquierdo hablaban sin tapujos del poder destructivo que su usuario era capaz de manejar. La figura se detuvo a un par de

metros de distancia y, para mi sorpresa, se dirigió a mí por mi nombre.

-Hola, Ciaphas-, me saludó a través de una unidad de Vox en su pecho. La voz sonaba familiar, aunque no podía estar completamente seguro hasta que un guantelete dorado se levantó para levantar el visor de su casco. Se alzó con un siseo de sellos atmosféricos abiertos, y un rostro que recordaba perfectamente, enmarcado con un cabello dorado, me sonrió, con un pícaro brillo en sus profundos ojos azules**-. Realmente debemos dejar de vernos así.**

Disfrutando claramente de mi sorpresa, que en este punto debo admitir habría podido competir con la de Jurgen, la sonrisa de Amberley se ensanchó aún más.

CAPÍTULO IV

Con la debida modestia, he de decir que me recuperé notablemente rápido dadas las circunstancias **(1)**. Enfundé mis armas, mientras Jurgen se colgaba el fusil láser sobre su hombro e iba a buscar un botiquín de primeros auxilios antes de que Nyte muriera desangrado. Afortunadamente, la limusina parecía estar bien equipada con algo más que armas ocultas, y después de solo uno o dos minutos buscando entre los restos pudo comenzar a cortar las correas que sujetaban lo que quedaba de la armadura corporal del justicar con su cuchillo de combate. Nyte se encontraba bastante mal, y Jurgen rompió un frasco de sales aromáticas bajo su nariz, felizmente inconsciente de cuán inútil era ese gesto.

(1) *Eso dice él. Recuerdo que estuvo bastante rato con la boca abierta.*

-Recuerdo que la última vez fue más agradable-, admití, recordando haber pasado la mayor parte hablando sobre la amenaza necron en el palaciego entorno de su suite en un hotel, antes de que se me ocurriera la pregunta obvia**-. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?**

Amberley sonrió de nuevo.

-Lo mismo que tú, me imagino. Intentando salvar a Periremunda de una infestación de genestealers. Aunque esperaba que Keesh hubiera tenido la oportunidad de explicarte lo que estaba pasando antes de que lo descubrieras por ti mismo.

-Yo también hubiera preferido eso-, dije asintiendo, antes comprender totalmente lo que acababa de decir**-. ¿Quieres decir que los Arbites ya lo saben?**

-Por supuesto. ¿Por qué más crees que insistieron en que enviaran a la Guardia Imperial para contenerla? Como puedes suponer, las FDP están, sin la menor sin duda, comprometidas.

Asentí lentamente. Había visto lo mismo anteriormente, tanto en Gravalax como en Keffia.

-¿Entonces la infestación está bien implantada?

Amberley asintió lo mejor que pudo dentro de la colección de ferretería que vestía.

-En mi opinión, estamos peor que en Gravalax. Hemos eliminado al patriarca, por lo que su propagación debería ralentizarse un poco, pero en breve evolucionará otra forma más pura para reemplazarle, puedes apostar por ello.

Se volvió un poco, con un leve zumbido de servos, y miró a Zemelda, que todavía estaba de pie detrás mío con la boca abierta, con el arma colgando flojamente de su mano.

-¿Por cierto, quién es tu amiguita?

-Zemelda Cleat-, la presente como si estuviésemos en una recepción formal**-. Una desafortunada espectadora, me temo. Zemelda, esta es la Inquisidora Vail, una vieja amiga mía.**

-¿Inquisidora?-. La cara de Zemelda palideció aún más, si eso era posible, y echó un vistazo a su espalda como si estuviera a punto huir, pero el sentido común se impuso y se mantuvo firme. Amberley asintió y le sonrió, con esa cálida sonrisa amistosa que la mayoría de las personas parecía encontrar tranquilizadora.

-Del Ordo Xenos. Así que, a menos que seas una alienígena, no debes preocuparte por nada de lo que pueda hacer.

-Ya veo-. La vendedora ambulante claramente no se relajó, pero a pesar de todo sonrió vacilante**-. Nadie me va a creer, ya sabe, acerca de conocer a un inquisidor en persona, y además a un comisario-.** Ella me miró de nuevo, y algo pareció hacer clic detrás de sus ojos.

-¡Oh!, ¡madre mía!, ahora caigo, es usted ese comisario. Caín: el que liberó Perlia, y todas esas otras cosas.

Aunque era muy halagador ser reconocido por una joven indudablemente atractiva, algo de lo que me percate en ese momento, comencé a sentirme un poco preocupado. La forma en que ella balbuceaba no evidenciaba otra cosa que un shock demorado, tras la descarga de adrenalina estaba

comenzando a volver a la realidad, algo nada sorprendente dadas las circunstancias.

-Esto lo acaba de arreglar, definitivamente pensarán que me lo estoy inventando.

-Me temo que no puede decírselo a nadie-, dijo Amberley con amabilidad, sin duda llegando a la misma conclusión que yo**-. Mi presencia aquí es un secreto, como también lo es la verdadera naturaleza del enemigo.**

Levantó el brazo derecho del traje de poder, y por un momento me pregunté si simplemente iba a resolver el problema con un rápido disparo del bólter, pero simplemente estaba extendiendo la mano para abrir el depósito de comida del maltrecho triciclo de Zemelda. Con sorprendente destreza, dado el grosor de las garras mecánicas que cubrían sus manos, sacó un trozo de un hojaldre envuelto en algo de color gris, y luego se detuvo, con una expresión de disculpa.

-**Lo siento, no tengo cambio. Nadie pensó en bolsillos cuando diseñaron esta cosa. Ciaphas, ¿te importaría prestarme un par de créditos?**

-Naturalmente -. Revolví en los bolsillos de mi abrigo hasta sacar un puñado de monedas, pero Zemelda negó con la cabeza.

-Olvídelo, por favor. Acaban de salvarme la vida. Eso debería valer al menos unos cuantos pasteles-, explicó

encogiéndose de hombros**-. Además, el envoltorio se ha roto, por lo que de todos modos no se mantendrán calientes el tiempo suficiente como para poder venderlos. Sírvanse ustedes mismos.**

Realmente los bocadillos no me parecían tan apetitosos, pero, evidentemente, Amberley había tenido una tarde agotadora (algo que descubriría más tarde), y aceptó la invitación casi con tanta presteza como Jurgen, una vez se dio cuenta de que había comida gratis al alcance de su mano (**2).**

(2) *En realidad, solo comí dos, y para empezar no eran tan grandes. Y había gastado mucha energía; limpiar un nido genestealer es realmente agotador.*

–Vivirá-, me informó mi ayudante mientras engullía con ganas, echando una última mirada a Nyte, que parecía un poco más tranquilo ahora que la hemorragia se había detenido y su salvador estaba situado de nuevo a favor del viento**-. ¿Quiere que revise a los demás?**

-No hace falta-. Amberley lamió un chorrito de salsa de la comisura de sus labios y consultó una pantalla de auspex incrustada en su casco**-. No detecto más signos de vida en los alrededores, así que es mejor que nos pongamos en marcha.**

-¿Hacia dónde?-, le pregunté. Amberley miró la tapa de pozo de la que había salido unos momentos antes.

-¿Tú que crees?-, preguntó, cargando a Nyte sobre su hombro con una mano mientras hablaba.

-¿Qué pasa con los cuerpos?-, añadí**-. Si se supone que la presencia de genestealers es un secreto….**

-No hay problema-, me aseguró alegremente, separando una pieza que estaba adherida a su armadura y tirándolo a un lado**-. Hay tanto promethium derramado alrededor que no hay dificultad en incinerar toda evidencia.**

Dio un par de pasos hacia el oscuro agujero en la calzada y miró en nuestra dirección.

-Yo en vuestro lugar no me entretendría. Esa carga Inferno solo tiene un temporizador de dos minutos.

Bueno, aquello fue suficiente para que me pusiera en movimiento, pueden estar seguros de ello. Me detuve tan solo para agarrar a Zemelda por el brazo e instarla a que nos siguiera, pues ya había hecho una excursión a través de un túnel infestado de genestealers con Amberley y quería contar con tantos cuerpos armados entre los posibles problemas y yo como me fuera posible. Corrimos hacia la seguridad relativa de los túneles. Apenas lo habíamos logrado, encajando la pesada tapa metálica en su lugar, antes de que el suelo se sacudiera sobre nuestras cabezas y una leve nubecilla de polvo cayera del techo para manchar mi gorra. Zemelda tosió tímidamente.

-Disculpen, dijo, pareciendo algo perdida ante los focos incorporados en el traje de Amberley**-, ¿Pero qué hacemos ahora?**



Aquella era una pregunta bastante buena, por supuesto, pero, como yo ya me esperaba, Amberley la obvió, absorta en sus cavilaciones, y comenzó a caminar con lo que parecía con un ritmo pausado, pero que nos obligó a los demás a trotar para seguirla el ritmo. Los túneles eran anchos y altos, revestidos con cables y conductos, lo que no significaba nada para mí, aunque supuse que tenía algo que ver con la infraestructura de la ciudad sobre nuestras cabezas.

A juzgar por los sellos de cera frescos colocados en registros de conexiones espaciados cada pocas docenas de metros, y el leve aroma persistente del incienso quemado que aun flotaba en el aire, casi oculto por los más frescos del polvo y la humedad, los tecnosacerdotes locales los visitaban con frecuencia. Un par de veces pasamos santuarios al Omnissiah, y su presencia me alegró el corazón. Nunca he llegado a entender realmente los aspectos doctrinales del compendio de engranajes que los mecanos adoran como su versión del Emperador **(1),** pero si estaban allí tan a menudo como implicaban aquellos íconos, no habría mucho riesgo de encontrarse con un culto de genestealers. (No es que realmente esperara esto tan cerca de la superficie, tienden esconderse en las profundidades, pero a aquellas alturas, como apreciarán, no estaba de humor para dar nada por sentado). Fue aproximadamente en aquel momento que noté otra luz en la distancia, moviéndonos hacia nosotros, y comencé a sacar mis armas.

(1) *Un apodo bastante común y ligeramente despectivo aplicado a los tecnosacerdotes y visioingenieros en la Guardia Imperial.*

Sin embargo, Amberley no parecía preocupada, solo miraba en mi dirección con una leve mueca de diversión, antes de saludar alegremente.

-Los encontré-, dijo ella.

-Espléndido-. Reconocí al orador de inmediato, aunque estaba en medio del grupo, las túnicas de su escriba se veían aún más incongruentes de lo habitual en aquel entorno subterráneo. Incluso si no hubiera visto su rostro y su distintiva vestimenta, lo habría identificado de inmediato por su voz seca y pedante, eso por no mencionar su característica logorrea.

-Había estimado las posibilidades de llegar a tiempo, dada la velocidad máxima media de esa armadura y considerando una ruta relativamente libre a la superficie, aproximadamente ochenta y siete y dos tercios por ciento, aunque tras mis observaciones de la ruta por los túneles que tomaste, suponiendo que estuvieran libres de enemigos, probablemente lo reduciría a del orden de ochenta y seis y un cuarto ...

-Hola Mott-, dije, y el sabio de Amberley finalmente dejó de balbucear el tiempo suficiente para saludar cordialmente.

-Comisario Caín. Un placer verte de nuevo.

Me preparé para otro torrente de palabrería, pero aparentemente la frase no provocó más asociaciones aleatorias en su peculiar mente augmentada, por lo que le quedé profundamente agradecido. A medida que nos acercábamos al pequeño grupo de personas, no me sorprendió encontrar otra cara familiar, que se quedaba lo más atrás posible. Adivinando la razón de su reticencia, empujé a Jurgen hacia la parte trasera de nuestro grupo, tratando de maximizar la distancia entre ellos.

-Y Rakel. ¿Cómo lo llevas? -, la salude. Loca como siempre supuse, pero en aquel momento, la mascota psíquica de Amberley parecía tan lúcida como siempre, simplemente miraba a Jurgen con un grado de odio aún más profundo que la mayoría de las personas. Aunque claro, la mayoría de las personas no se desmayarían o sufrirían convulsiones si éste se les acercara **(2).**

(2) *Caín no está exagerando aquí, Jurgen era un paria, uno de esos individuos increíblemente raros con la habilidad innata de anular cualquier influencia psíquica o hechicería a su alrededor. Fue la reacción de Rakel cuando se conocieron en Gravalax lo que primero me llamó la atención sobre su don.*

-Siento una sombra-, murmuró ella. Evidentemente no podía evitar aquel tipo de comentarios, pensé**-. Y tiene hambre-.** Vestía un uniforme, que como la mayoría de la ropa que poseía, parecía demasiado pequeña para ella, y como resultado, mostraba demasiado de su generoso escote. Pero para sus estándares, supongo, serían prácticos. Para mi sorpresa llevaba una pistola láser. Habría pensado que con un arma en sus manos sería un peligro mayor para cualquiera que estuviera con ella que para el enemigo, pero si Amberley creía que podía confiar en ella, no iba a ser yo quien discutiera al respecto.

-Eso es una pena-, dije secamente**-. Si lo hubiéramos sabido, podríamos haber traído algunos más de aquellos bocadillos con nosotros.**

-Ciaphas-. Amberley me miró con reproche**-. No te burles de la psíquica, te lo ruego. Ha tenido un día duro.**

-Como todos-, dijo un joven alegre con una ingobernable melena rubia. Había tres miembros del grupo que no reconocí, dos de ellos eran el tipo de músculo contratado que Amberley había empleado brevemente en Gravalax hasta que los genestealers acabaron con ellos, mientras que el tercero estaba envuelto en la túnica de un tecnosacerdote. Asentí cordialmente, sintiéndome mucho más feliz por estar rodeado de personas armadas. (Aparte de Rakel, por supuesto, pero a menos que ella me apuntara a mí o a Jurgen, no parecía tener mucho sentido quejarse).

-Me encantará conocer vuestra historia-, dije**-, tan pronto como lleguemos a donde sea que vayamos.**

-¿No lo he dicho?-, preguntó Amberley con tono ingenuo, Nyte todavía colgaba inanimado de su hombro, como una bufanda débilmente retorcida**-. Vamos al edificio de los Arbites-.** Ella me sonrió de nuevo-**. Odiaría que llegaras tarde a tu cita, es tan importante ser puntual.**

-Qué considerada por tu parte-, la conteste, decidido a no parecer demasiado sorprendido por su comentario**-. ¿Entraste a las cloacas desde allí?**

-Correcto-, confirmó el joven. Tenía una pistola automática colgada del hombro y una bandolera con cargadores alrededor de su pecho. Al igual que Rakel, estaba vestido con un uniforme de combate, aunque en su caso estaba bien ajustado, sin ningún aspecto que faltase al decoro. Dio la impresión de que había adoptado el papel de guía de Zemelda, algo a lo que ella ciertamente no parecía importarle. Su afable actitud se correspondía con una cara que, si bien no era exactamente hermosa en el sentido convencional, era lo suficientemente agradable, acentuada por el mechón de cabello rubio que caía continuamente sobre su rostro ocultando sus ojos. Cada vez que aquello pasaba, echaba la cabeza hacia atrás para retirar el cabello, con un gesto tan automático que parecía genuinamente inconsciente de ello, y asumí que era el motivo por el que había recibido su apodo hasta la primera vez que lo vi desaparecer entre las sombras **(1)**.

-El nombre es Pelton, por cierto, pero mis amigos me llaman Flicker.

1) NdT. *Juego de palabras respecto a la habilidad para ocultarse de Pelton. Fliker se podría traducir como moverse sigilosamente.*

-¿Cómo te llaman tus enemigos?-, le preguntó Zemelda, y Pelton se encogió de hombros.

-No sabría decirte-, dijo**-, los he matado a todos.**

Zemelda se rio, pero sentí que un escalofrío me recorría la espalda. En Gravalax, Amberley había reclutado a un grupo de asesinos y psicópatas para realizar una redada en un

nido genestealer, y uno de ellos nos había atacado en el peor momento posible.

Sin duda, sintiendo mi malestar, Amberley me sonrió.

-Flicker es inofensivo-, me aseguró**-. A menos que yo le diga lo contrario.**

Asentí con la cabeza al otro hombre, que había se encontraba junto a Rakel, ya sea por acuerdo previo o por propia iniciativa.

-¿Qué hay de él?-, le pregunté. En todo caso su sonrisa se ensanchó.

-¿Simeon?. Oh, el sí que es peligroso, cierto. Pero sobre todo para sí mismo.

No tuve ningún problema en creer aquello. El hombre era de constitución débil, pero parecía arder con una energía nerviosa que le hacía casi visible incluso en la espesa oscuridad de los túneles. Llevaba un chaleco sin mangas, repleto de bolsillos, y su lacio y grasiento cabello no lograba ocultar el delgado y flexible tubo que se intrudućía en la base de su cráneo desde algún lugar de su chaleco.

-Lo encontré en una legión penal, una de esas en las que emplean inyectores químicos para mantener a raya a la carne de cañón. Slaught, psychon, blissout, lo que sea, es adicto. Si le retiro su implante, morirá sin remedio. De todos modos, lo hará más tarde o

más temprano. Mientras tanto, los sistemas automáticos lo mantienen más o menos estable, variando las proporciones del cóctel.

-No acabo de ver cómo alguien así puede ser útil-, dije lentamente**-. De todos modos, siempre y cuando los tranquilizantes funcionen no me quejare.**

-Se ganó su paga en un nido de genestealers-, dijo Amberley**-. Le di una dosis de slaught y lo dejé a su aire. A partir de ahí tuve que esforzarme para mantenerme a su altura, creo que entiendes a que me refiero.**

Asentí.

-¿Por qué no usaste el traje de poder en Gravalax?-, le pregunté. Amberley se encogió de hombros, los servos chirriaron cuando intentaron ralentizar el paso, y la forma reclinada de Nyte se balanceó ligeramente sobre su hombro.

-Se suponía que allí sólo estábamos haciendo un reconocimiento-, me recordó**-. Este trasto es muy útil cuando sé que me esperan combates a corta distancia, pero no está precisamente diseñada para pasar desapercibida-.** Los servos se quejaron de nuevo**-. Además, no es del todo fiable. Tiene tendencia a averiarse en los peores momentos.**

-Al traje no le pasa nada malo-, advirtió el tecnosacerdote, con el típico acento del sistema Caledonia**-.**

Si te empeñas en ponerte en medio de descargas de fuego pesado, poco puedo hacer para que siga funcionando-. Agitó una mecadendrita desdeñosa en mi dirección**-. Mientras os dedicabais a corretear por Gravalax, yo estaba reconstruyendo el sistema hidráulico primario y volviendo a consagrar el núcleo de fusión.**

-No escuché ninguna queja por tu parte mientras te escondías detrás de mí-, respondió Amberley, con su tono jocoso que me daba a entender que el tecnosacerdote era tan parte de su séquito como Mott y Rakel. El tecnosacerdote se encogió de hombros, un gesto sorprendentemente humano para uno de su clase, aunque parecía un poco rígido, insinuando grandes mejoras augméticas debajo de su sucio manto blanco. Un par de mecadendritas ondeaban perezosamente sobre sus hombros, y los ojos debajo de su capucha estaban en blanco y reflejaban la luz de los focos.

-Un verdadero sirviente del Omnissiah da gracias por su protección, independientemente de la forma en que esta se presente-, le respondió**-. Y los bolters son malos para mi salud.**

Sus ojos plateados me miraron pensativamente.

-Como parece que mi señora no se va a molestar con presentaciones, lo haré yo mismo. Soy el Cogitador Yanbel.

-Ciaphas Caín-, dije automáticamente. Señalé en dirección a mi ayudante, que parecía haber encontrado otro de los bocadillos de Zemelda en una de las múltiples bolsas que siempre llevaba consigo, y estaba poniendo la mayor parte más o menos en la boca**-. Y este es Jurgen. No se deje engañar por su impresión inicial, es tolerable la mayor parte del tiempo. Si no te le acercas demasiado.**

-El paria-. Comento Yanbel asintiendo**-. Lo sé. Ella se ha tomado muchas molestias para traerles aquí.**

Se interrumpió cuando Amberley le dirigió una mirada penetrante y luego volvió su deslumbrante sonrisa hacia mí. El comentario que se le había escapado al tecnosacerdote no me sorprendió, pero no por eso fue bienvenido. Aunque la posibilidad de pasar un tiempo con Amberley siempre me agradaba, no era menos cierto que siempre la acompañaba algún tipo de misión suicida.

-Que halagador-, dije, dirigiéndome directamente a ella**-. Pero no puedo evitar preguntarme el por qué.**

-Todo en su momento-. Conocía lo suficiente a Amberly para saber que la expresión coqueta con la que me miraba era un aviso más que suficiente para que dejara de hacerle preguntas.

-Keesh te lo explicará todo. Aquí hay mucho más de lo que puedo resumir en un par de frases-. El brillo de una nueva travesura destacó de nuevo en sus ojos**-. Además, no querría estropearte la sorpresa.**

-¿Sorpresa?-, le pregunté, tratando de mantener un tono relajado para que no notase lo inquieto que me sentía.

Amberley asintió.

-Ya lo verás-, concluyó alegremente.

CAPÍTULO V

Poco tiempo después nos detuvimos frente a una pesada puerta de hierro, como muchas de las otras que habíamos atravesado en nuestra caminata desde el lugar de la emboscada, y Simeon se aplastó contra la pared como si estuviera esperando otro ataque. Su febril mirada iba continuamente de un lado a otro a lo largo del túnel, alerta ante cualquier señal de movimiento que pudiera traicionar a un enemigo, y noté por primera vez que su rostro pálido y sus brazos estaban cubiertos de viejas cicatrices. Llevaba una escopeta, presumiblemente porque no podía hacer uso de nada que requiriera mucha precisión, y la mantenía cerca de su cuerpo, listo para utilizarla con la facilidad de un veterano de combate.

Cada vez que sus ojos se topaban conmigo mientras pasaba su mirada de un lado a otro del túnel, parecía estremecerse y, como podrán comprender, aquello me pareció un poco desconcertante debido a su evidente estado mental y al hecho de que estaba armado. Le mencioné el hecho a Amberley, y ella negó con la cabeza**. -No es por ti-,** dijo ella, empujando contra la puerta. El metal se dobló un poco, pero no se movió, y ella dio un paso atrás, suspirando con irritación**-. Es por tu uniforme.**

Bueno, aquello tenía sentido, supongo, habría sido el comisario de su regimiento quien lo enviara al infierno de las legiones penales.

-¿Qué hizo?-, pregunté, curioso. Amberley se encogió de hombros, con el gemido de los servos con los que ya estaba

empezando a familiarizarme.

-Le pudo la presión. Ordenó que se ejecutara a todo un pelotón por no saludar a un oficial superior en medio de un bombardeo de artillería, y ejecutó él mismo a siete soldados con su arma antes de que lo redujeran. Trágico.

-Son cosas que pasan-. Yo también me encogí de hombros**-. Algunos oficiales subalternos simplemente no pueden soportar la presión del combate. Para eso estamos los comisarios.**

-Él era el comisario-, dijo Amberley, y miré al pobre desgraciado con una curiosa mezcla de horror y pena. Probablemente hayan escuchado historias sobre miembros del Comisariado que fracasan y caen en lo más hondo, pero nadie las presta atención, y aquella fue la primera vez que vi a uno de mis compañeros caídos. Aunque no tuve mucho tiempo para pensar en ello.

-Discúlpame-. Yanbel se deslizó suavemente por delante de nosotros sobre pequeñas ruedas unidas a las plantas de sus pies auguméticos y comenzó a hacer algo complicado en una de las ubicuas cajas de conexiones con sus mecadendritas, con sus manos ocupadas con un pequeño incienso/incensario y, para mi sorpresa, uno de los pasteles que aparentemente había logrado escamotear a Jurgen sin que este se percatase. Todo un logro, sin duda. Encontró mi mirada y se encogió de hombros.

-Ya ha pasado un tiempo desde el almuerzo-, explicó como si tal cosa. Fue algo que me sorprendió, pues la mayoría de los tecnosacerdotes que había conocido antes se habían mostrado indiferentes al sabor de la comida, considerándola simplemente como combustible para el cuerpo (que supongo que en aquellas circunstancias era lo mismo), así que me tomé su improvisada merienda como confirmación de una impresión a la que había llegado hacía mucho tiempo, y es que uno de los requisitos para pertenecer al equipo de Amberley era tener algún tipo de excentricidad **(1)**.

***(1)** No como tal, pero como la mayoría de mis colegas inquisidores sin duda estarán de acuerdo, la naturaleza de nuestro trabajo tiende a ponernos en contacto con una proporción más alta que la media de personas cuya visión de la galaxia es un tanto poco convencional.*

-Ah, ya está.

Con un zumbido de servos, la hoja de metal comenzó a moverse para dejarnos entrar, y el tecnosacerdote sonrió a Amberley.

-Treinta y siete segundos. Tal vez deberíamos decirle al Arbiter que es hora de que actualice sus protocolos de seguridad.

-Lo tendré en cuenta-, dijo Amberley con sequedad, abriéndose camino hacia el espacio iluminado tras la puerta.

La seguí y me encontré en un área de servicios no muy diferente de los que hay en las bodegas/sótanos de los

edificios de todo el Imperio: polvo, tuberías, un escurridizo roedor o dos, y una escalera que conducía hacia arriba. La principal diferencia con la mayoría de los otros que había visto era el grupo de justicars que nos apuntaban con sus armas, pero Amberley no parecía demasiado molesta por eso, y con la mayor parte de su séquito entre el grupo armado y yo, supuse que tampoco tenía mucho de lo que preocuparme. En cualquier caso, pronto como me di cuenta de que la mayoría de ellos comenzaron a relajarse una vez que la pesada puerta empezó a cerrarse detrás de nosotros.

-La inquisidora ha regresado-, informó el líder de la escuadra, presumiblemente a una autoridad superior a través de un vox incorporado en su casco, ya que el hecho era muy obvio para todos en la habitación. Luego su voz vaciló un poco**-. Con personal… adicional.**

-Soy el comisario Caín-, dije, dando un paso adelante para tomar la iniciativa antes de que pudiera tener la impresión de que yo era solo otro de los subordinados de Amberley**-. El Arbiter me está esperando. Me temo que me desvié un poco en el camino a nuestra reunión.**

-Eso suena como una historia interesante-, una nueva voz intervino desde la parte superior de las escaleras. Levanté la vista y vi a un hombre de pelo gris, con el inconfundible uniforme negro de un Arbiter, mirándonos con cierta curiosidad**-. Aunque espero escuchar los detalles en un entorno más agradable.**

-Necesitamos un medicae-, dijo Amberley, dejando a Nyte al cuidado de los dos justicars que tenía más cerca. El

arbiter Keesh retrocedió para dejarlos pasar y volvió a ocupar su posición en lo alto de las escaleras.

-¿Y los otros dos agentes?-, preguntó.

-Lo lamento, pero no lo lograron-. Amberley miró en mi dirección.

-Ciaphas le comentara con todo detalle lo sucedido, estoy segura.

-¿No estará tratando de librarse de una sesión informativa?-, Preguntó Keesh.

Amberley negó con la cabeza.

-Me uniré a ustedes tan pronto como me haya cambiado de atuendo, preferiría ponerme algo más cómodo-, dijo, luego dirigió a su banda de inadaptados, ahora a la que aparentemente se había incorporado Zemelda, hacia las escaleras y subió por ellas hasta que se perdieron de vista. Acostumbrado como estaba a leer el lenguaje corporal de las personas, no pude dejar de notar la forma en que Pelton y Keesh evitaban el contacto visual entre ellos, visiblemente tensos. Así pues, la conversación de Pelton con la vendedora de cabello verde pareció haberse convertido en lo más interesante de la galaxia, mientras que por su parte el Arbiter se centró por completo con los informes que estaba recibiendo a través del sistema de comunicaciones **(2)**. No había tiempo para dilucidar este pequeño misterio, dado que, en aquel momento, Jurgen y yo

nos estábamos acercando a la parte superior de la escalera, pero tomé una nota mental al respecto.

(2) *Que Caín supuestamente escuchó gracias a su comunicador.*

-Comisario Caín-. Keesh extendió una mano para estrechar la mía, gesto al que respondí automáticamente, y sonrió con auténtica de sinceridad**-. Bienvenido a Periremunda. Lamento que su recepción no haya sido tan cordial como nos hubiera gustado.**

-Está bien-, dije suavemente**-. Lamentablemente, me temo que le hemos abollado el coche.**



-Debe haberse tratado de un simple caso de confusión de identidad-, dijo Keesh, una vez que estuvimos cómodamente instalados en su oficina y hube presentado un resumen rápido y conciso de nuestras aventuras en el camino desde el aeropuerto. Era una habitación grande y bien equipada, varias plantas más arriba, con una vista espectacular de la ciudad y el espacio abierto más allá, mientras el cielo se tornaba rojo y dorado cuando el sol finalmente se ponía detrás de las agujas de roca en el horizonte**-. Obviamente, los insurgentes pensaron que era yo quien viajaba en el coche, y esperaban que mi asesinato arruinara nuestros esfuerzos para erradicarlos.**

-Suena plausible-, estuve de acuerdo, tomando una copa de amasec de calidad aún mejor que la cosecha que había encontrado en el decantador que había sido vaporizado por la bomba incendiaria de Amberley**-. Al fin y al cabo, no llevo tiempo suficiente en el planeta para tener mis propios enemigos.**

-Aparte del que todos nos estamos enfrentando-, dijo Amberley secamente. Estaba tendida en un sofá apoyado contra una de las paredes, después de haberse puesto una bata de un color gris ahumado, que hacía resaltar el azul de sus ojos, con una delicada taza de porcelana de café en la mano. Asentí en acuerdo.

-¿Qué tan arraigada está la infiltración genestealers? -, pregunté.

-Demasiado-, dijo Keesh, mirando a las luces que comenzaban a encenderse en las calles Principia Mons**-. A juzgar por la cantidad de nidos que hemos descubierto en el último año, han estado aquí durante generaciones. Nadie sospechó siquiera su presencia hasta que comenzaron su campaña de insurrección.**

-Lo cual nos plantea la siguiente pregunta: ¿por qué ahora?

Me quedé mirando pensativamente a Amberley.

-Estamos ante un problema muy grave, ¿correcto?

-Así es-. Se encogió de hombros, con lo que la suave y ligera tela de su batín se ondulo, y uno de los lados se desplazó descubriendo de su hombro**-. Al menos hemos sacado de la ecuación al patriarca, con lo que esperamos haber ganado algo de tiempo, al menos en esta zona. Estamos seguros de que hay otros, en nidos en otras mesetas.**

-¿Como Hoarfell?-, pregunté ansiosamente, y para mi alivio ella negó con la cabeza.

-No podemos descartarlo, por supuesto, pero por ahora creemos poco probable su presencia allí, pues aún no hemos recibido informes de disturbios.

Ella me miró de manera apreciativa, sin duda adivinando mi principal preocupación.

-Por supuesto, pensamos que debe haber al menos una célula de híbridos. Darién es una ciudad lo suficientemente grande como para que se oculten, incluso sin un complejo de túneles debajo.

-Eso es cierto-, estuve de acuerdo, el recuerdo de la urbe en expansión que había visto desde el aire me vino a la mente. Sin embargo, no tenía sentido preocuparse por eso en este momento**-. ¿Puedo decirle a la Coronel Kasteen a qué nos enfrentamos en realidad?**

-Naturalmente, para ser honesta, ya contábamos con ello-, reconoció Amberley, después de un rápido intercambio de miradas con Keesh, quien no estaba del todo satisfecho con aquella respuesta, pero comprensiblemente no estaba dispuesto a discutir con un inquisidor. Obviamente, ella se percató de su inquietud, sin embargo, le dirigió una penetrante mirada antes de continuar**-. El 597º ayudó a eliminar la infestación de genestealers en Gravalax-,** explicó**-, y también han combatido antes a los tiránidos. Serán mucho más eficaces si saben con qué están tratando.**

-Entiendo-, comentó Keesh, claramente más apaciguado**-. Entonces por favor comisario, informe a su gente lo antes posible. ¿Supongo que puede confiar en la discreción de su coronel?**

-Por supuesto-, dije, tratando de no sonar molesto por la pregunta. Al fin y al cabo, de haber estado en su lugar a buen seguro que yo hubiera hecho la misma pregunta.

-Muy bien-. Keesh se volvió y activó un hololito incorporado en su escritorio. Apareció una imagen de Periremunda que giraba lentamente, parpadeando levemente tal y como sucedía con la mayoría de estos dispositivos. Iconos azules marcaban los principales centros de población y los rojos las ubicaciones de las células de culto detectadas y eliminadas en el último año aproximadamente, desde que comenzaron a actuar. Los puntos ámbar señalaban aquellos lugares en los que se creía que algunos miembros habían escapado a las acciones de los justicars y de la Fuerza de Defensa Planetaria, y una erupción de enfermizos iconos morados en los lugares donde se sospechaba la existencia de células, pero que aún

no había sido comprobado. Él asintió con la cabeza a Amberley**-. Ahora puedo entender su insistencia en que ese regimiento en concreto fuera asignado aquí.**

-Me pareció prudente-, dijo Amberley, lanzando una mirada de reojo hacia Jurgen, quien estaba sentado incómodamente en un rincón de la habitación, masticando distraídamente otro de los bocadillos que había guardado en las profundidades de su uniforme. Al adivinar el significado oculto de aquella mirada, no pude evitar estar de acuerdo con ella. El peculiar don de mi ayudante había roto el vínculo telepático de la prole que habíamos descubierto en los túneles debajo de Mayoh, **(1)** y podría ser igualmente efectivo allí. Por supuesto, eso implicaba que ella esperaba que nos acercáramos lo suficiente a aquellas malditas cosas para que sus habilidades se activaran, lo cual era algo que me inquietaba enormemente. Para distraerme del pensamiento, señalé el hololito.

(1) *La capital planetaria de Gravalax.*

-¿Podemos ver la disposición de nuestras fuerzas?

-Por supuesto-, respondió Keesh, manipulando los controles hasta que apareció un número de íconos de un reconfortante color verde. Reconocí el código de identificación del 597º con bastante facilidad, y los otros regimientos de la Guardia parecían tan bien desplegados como cabía esperar en estas circunstancias, dos de ellos estacionados aquí en la capital. Sin embargo, la gran mayoría de las unidades imperiales que aparecieron pertenecían a las Fuerzas de Defensa Planetarias, y noté cuántas de ellas estaban desplegadas cerca de los

contactos de color ámbar o púrpura con un grado considerable de inquietud. Lo indiqué con un gesto de mi mano.

-Supongo que esas unidades son consideradas potencialmente poco fiables, ¿cierto? -, pregunté, y Keesh asintió.

-Por supuesto-, dijo. Sentí un escalofrío de aprensión cuando me di cuenta de la magnitud del problema. No todas las unidades de FDP estarían comprometidas, por supuesto, pero si bastantes de ellas, con lo cual siempre habría un riesgo allí donde fueran desplegadas. Había visto soldados infectados que se volvían contra sus propios compañeros sin la más mínima advertencia tanto en Keffia como en Gravalax, e incluso la posibilidad de que pudiera ocurrir allí tendría un efecto corrosivo en la moral. Peor aún, a medida que la magnitud del problema se hiciera cada vez más evidente, la escalada de desconfianza entre los militares inevitablemente provocaría enfrentamientos e incidentes de fuego amigo entre unidades completamente libres de infección.

Contemplé la tormentaque estaba a punto de caer sobre nuestras cabezas con una creciente sensación de temor. Si solo una fracción de lo que estaba viendo allí era verdad, Periremunda estaba al borde del colapso y de hundirse en un abismo de anarquía mucho peor que cualquier cosa que hubiera visto en Keffia o Gravalax. En aquellos mundos, la infiltración genestealer había sido descubierta a tiempo, y efectivamente neutralizada antes de que la ebullición alcanzase el punto de explosión, por así decir, pero aquí ya estaba empezando a supurar. Fue en ese momento que noté un ícono desconocido entre lo que comenzaba a parecer

una proporción lamentable de pequeñas manchas verdes, y lo señalé con cierta perplejidad.

-¿Qué es eso?-, pregunté**-. No es ni una unidad de la Guardia ni de las FDP.**

-Es un convento-, explicó Keesh, evidentemente sorprendido de que no hubiera reconocido el símbolo-. **La Orden de la Rosa Blanca (1) tiene aquí una pequeña sala capitular, bendiciendo a Periremunda con su presencia-.** Se encogió de hombros**-. Eso es realmente una suerte para nosotros, dadas las circunstancias.**

(1) *Una de las Ordenes Minoris, que se separó de la Orden de la Rosa Sagrada en la última parte del 39M.*

-Muy bien-, dije diplomáticamente. Eso era lo que nos faltaba, un grupo de fanáticas cantas salmos, vistiendo armaduras de poder y que se interpondrían en el camino de una respuesta militar debidamente coordinada. No había tenido mucho contacto personal con las órdenes militantes de la Eclesiarquía en el pasado, pero en las pocas ocasiones en que si lo había tenido, había encontrado su innegable destreza marcial tan estrechamente relacionada con una estrechez mental tan agudizada que aun arriesgándome a molestar al Emperador, desplegarles coordinados con fuerzas convencionales en cualquier cosa que se asemejara a un plan de batalla coherente era casi imposible. Lo mejor que uno podía esperar era indicarles una dirección donde hubiera algo importante para el enemigo, gritar *"¡hereje!"* Y dejar que lo destrozasen. Si había suerte, harían un buen uso de sus fuerzas acabando con el enemigo, e incluso si no

lo lograban, al menos no estarían allí para matarle a uno a sermones.

-Estoy seguro de que podremos encontrar algo útil que puedan hacer-, dijo Amberley, claramente no más convencida de eso que yo. Algo en la forma en que habló hizo que las palmas de mis manos volvieran a picar, y la miré por un momento, con una repentina y espantosa sospecha comenzó a moverse en el fondo de mi mente.

-Hay algo más que no me han dicho, ¿no es así? -, pregunté, encontrándome con su mirada. Después de un momento ella asintió.

-Está en lo cierto, pero se trata de algo altamente clasificado. Puede informar a su coronel, y al comandante Broklaw, si lo considera oportuno, pero si lo que voy a decir sale de ese círculo antes de la sesión informativa oficial, me voy a enfadar mucho y habrá consecuencias.

-Lo comprendo-. Asentí, sin querer imaginarme las consecuencias de que Amberley perdiera los estribos.

-¿Y esta información es?-. No estaba seguro de querer saberlo, pero ahora no podía retroceder y quedar en evidencia. Estaba seguro de que Amberley tenía más de un indicio de mi verdadera personalidad en aquella época, pero Keesh ciertamente todavía creía en la leyenda de Caín el Héroe, y disuadirlo me parecía una muy mala idea. Amberley tomó un pequeño sorbo de su café.

-Ya escuchaste a Rakel cuando estábamos en los túneles-, dijo, y yo asentí. En aquel momento me había parecido el galimatías habitual de psíquica desequilibrada, pero ahora, sabiendo lo que sabía con respecto a la escala de la infestación, sus palabras tenían un sentido horrible.

-Ella dijo algo acerca de una sombra-, comenté tratando de aparentar que tenía la boca llena de amasec para ocultar la pausa que hice tras esas palabras haciendo como que meditaba sobre aquello, cuando en realidad había sido simplemente un intento de ocultar un momento de pánico**-, y que estaba hambrienta.**

Me fijé en la serie de iconos que marcaban los conocidos y probables "*cultos de genestealers*" sin atreverme a creer la conclusión a la que inevitablemente conducían las evidencias.

-Han empezado a contactar, ¿verdad?

-Exacto-. Amberley asintió con la cabeza, colocando su taza de café en una cercana mesita, tan aparentemente imperturbable como si solo hubiéramos estado charlando sobre el clima**-. Rakel les interceptó hace unos días. Es por eso por lo que asaltamos el nido, con la esperanza de detenerles matando al patriarca.**

-¿Y ha funcionado?-, Preguntó Keesh, y para mi indecible alivio, Amberley asintió.

-Hasta cierto punto. La red telepática entre los genestealers e híbridos todavía está activa, por

supuesto, pero sin un patriarca que actúe de enlace con la mente de la colmena, no pueden funcionar como baliza-. Explicó volviéndose a encoger de hombros**-. Por supuesto, esta fue solo la señal más fuerte, pero solo nos queda esperar que los otros nidos sean mucho más débiles y no estén cerca de adquirir esa capacidad por un tiempo. Eso nos daría tiempo suficiente para acabar con ellos.**

-Eso si Rakel puede soportar la tensión, claro-, la dije, sintiendo una inesperada punzada de compasión por la psíquica. Cierto que tenía una voz que sonaba como unas uñas arañando una pizarra, y que estaba casi completamente loca, incluso en un buen día, pero ser sometida al impío contacto de una llamada de alimentación genestealer no debía haber sido nada divertido. Y tener que esforzarse en volver a hacerlo una y otra vez, el Emperador sabría cuántas veces, parecía un excesivo peso para su frágil mente y sus rollizos hombros.

-Supongo que por eso te acompañaba, ¿verdad?

Amberley asintió.

-Nos condujo directamente al corazón del nido-, dijo sonriendo con orgullo**-. No esperaban visitas, aparte de qué pensarían que podrían ocuparse de cualquiera, así que prácticamente no había guardias en los accesos.**

Recordando mi propio duelo frenético con el patriarca del culto de Gravalax, blandiendo una espada sierra contra

garras más que capaces de rasgar el blindaje de un Baneblade, sacudí la cabeza comprendiendo a que se refería.

-Supongo que no pensaron que necesitasen ninguno-, dije, tan indiferente como pude**-. Sé por experiencia propia que un patriarca es más que capaz de cuidar de sí mismo.**

-Se defendió con saña-, le concedió Amberley a Keesh, con un destello de oscuridad en sus ojos, que momentáneamente distaba mucho del tono distendido que estaba manteniendo**-. Pero el traje ayudó, y los otros mantuvieron a los puracepas fuera de mi camino mientras acababa con él.**

A pesar de su actitud casual, no pude evitar imaginar ver algo del horror de aquella batalla campal en sus ojos, y asentí lentamente. Ella y sus compañeros tuvieron suerte de salir con vida, y no había ninguna garantía de que fueran tan afortunados la próxima vez. Por supuesto, si no lo hubiera hecho, o si no hubiera estado vigilando las frecuencias de vox de los justicars y escuchado lo que estaba sucediendo a medida que se acercaban a la superficie, Jurgen y yo también habríamos sido asesinados, y los eventos en Periremunda habrían tomado un curso muy diferente.

-Pero ella todavía puede sentir esa sombra-, dije, volviendo a las palabras de la psíquica**-. Eso significa…**

-Sí-. Termino de decir Amberley sombríamente**-. Hemos parado la fuente, pero la señal ya ha sido enviada. Posiblemente tan solo hemos comprado un poco más de tiempo para prepararnos, pero hay una flota**

colmena en camino, y no hay nada que podamos hacer para detenerla.

NOTA EDITORIAL:

Dado que no todos los que lean esto estarán tan familiarizados como los miembros de mi propio Ordo (o para el caso, como el propio Caín) respecto al estado de la amenaza tiránida tal y como lo percibimos a principios de los años 30 del M41, el siguiente extracto puede resultar particularmente útil para aclarar el papel preciso de las infestaciones genestealer que generalmente preceden al ataque de las flotas de colmena.

De La abominable horda quitinosa: una breve historia de las guerras tiránidas por Arten Burrar, 095.M42

Durante la mayor parte del último cuarto del M41 fue posible creer que la amenaza tiránida al Imperio había sido, si no completamente erradicada, al menos efectivamente contenida. Ciertamente las flotas escindidas de la Flota Colmena Behemoth continuaron apareciendo de vez en cuando a lo largo y ancho de la frontera oriental, diminutos fragmentos del inmenso monstruo de destrucción que había sido detenido a un terrible coste por los Ultramarines en la desesperada batalla para salvar Macragge, pero por más formidables que estas fueran, en general podían ser manejadas mediante las fuerzas combinadas de la Armada Imperial, los Astartes y la Guardia Imperial. Solo en raras ocasiones lograron arrasar completamente un mundo, pero cada vez que pudieron hacerlo, lograron reponer su reserva de biomasa en el proceso, aumentando su fuerza. Por lo tanto, la doctrina estratégica predominante desde la derrota de Behemoth en el 745 hasta el horroroso descubrimiento de dos nuevas flotas en la última década del milenio, cada una más grande y más letal que su predecesora por un

orden de magnitud, simplemente había consistido en buscar y eliminar todos los rastros de estos diabólicos organismos allí donde se puedan encontrar.

Dada la inmensidad del Imperio y los abismos inimaginables entre las estrellas que lo componen, no era sorprendente que aquellas flotas escindidas fueran extremadamente difíciles de localizar. Sin embargo, los incansables defensores de los dominios bendecidos del Emperador tenían una ventaja significativa que les permitió predecir la aparición de estos enjambres con bastante éxito.

Se recordará que uno de los primeros y más impactantes descubrimientos que se hicieron después de la aparición de la flota Behemoth fue la presencia de genestealers, una más entre la desconcertante variedad de organismos encontrados por los valientes defensores del Imperio. La naturaleza insidiosa de esas criaturas había sido descubierta mucho tiempo atrás: incontables mundos habían sido infestados con su progenie mutante, y solo la vigilancia de la Santa Inquisición, eliminando tales cánceres en el cuerpo del Imperio con una incansable diligencia ***(1)****, por la cual todos deberíamos dar gracias, permitió impedir la pérdida de muchos de esos mundos. Por primera vez se hizo evidente que estas criaturas eran, de hecho, la vanguardia de las flotas colmena, que buscaban mundos maduros para el saqueo y que de alguna manera invocaban a las hordas tiránidas para que acudieran a su encuentro y se alimentaran de ellos.*

(1) *Aunque según mi experiencia, la gratitud por nuestros esfuerzos no es exactamente muy común.*

Durante décadas, el mecanismo exacto por el cual se comunicaban siguió siendo un misterio, pero después del exhaustivo estudio por parte del Inquisidor Agmar del incidente en Ichar IV, quién fue capaz de predecir la aparición de la Flota Colmena Kraken, lo que era una mera conjetura se convirtió en un hecho probado. Al parecer, cuando una prole genestealer se infiltra con éxito en la población de un mundo humano (o, para el caso, uno manchado por la presencia de una de las razas xenos, como los orcos, tau o eldar), permanece oculta, aumentando su número e influencia en el más completo secreto, hasta infectar a una proporción crítica de la población. Es entonces cuando el enlace telepático de la prole se vuelve tan poderosa que comienza a irradiar su posición a través de la disformidad, actuando como un faro para las entidades maléficas que lo engendraron.

Aunque el tamaño sin precedentes de la infestación en Ichar IV la convirtió en la primera ocasión en que los astrópatas de todo el subsector pudieron detectar fácilmente esta señal, reivindicando la teoría más allá de toda duda posible, algunos inquisidores del Ordo Xenos ya habían especulado con esa idea, y algunos incluso afirmaron haber utilizado psíquicos directamente para interrumpir la señal con éxito en más de una ocasión ***(2).*** *Incluso aquellos que dudaban de la veracidad de esta afirmación, no pudieron proponer explicaciones alternativas, y finalmente se vieron obligados a aceptar el incontrovertible hecho de que, dondequiera que hubiera un culto genestealer, si crecía hasta volverse lo suficientemente fuerte como para comenzar a actuar abiertamente contra las autoridades imperiales, entonces una flota colmena acabaría por presentarse en cuestión de meses. Por lo tanto, se convirtió en una cuestión critica tanto para el Munitorum como para el Almirantazgo, el controlar de cerca tales brotes y asignar tantos recursos*

como se pudieran desviar de otros frentes de batalla a las cercanías de estos mundos.

Sin embargo, debe recordarse que nuestro glorioso Imperio es enorme, y no todos los mundos amenazados fueron lo suficientemente afortunados como para ser socorridos a tiempo.

***(2)** En qué punto una mujer menor podría sentirse tentada a decir "ya te lo dije".*

CAPÍTULO VI

Con toda aquella información que digerir, es fácil de entender que mi viaje de regreso a Hoarfell no fue precisamente agradable, mi sombrío estado de ánimo no se había visto aliviado precisamente por el hecho de que, cuando finalmente abandoné el edificio de los Árbites, me encontré inmediatamente rodeado por un grupo de idiotas de las agencias de noticias y chismorreos locales, así como de civiles agitando periódicos con mi foto en primera página y haciéndome preguntas de lo más absurdas.

No tenía ni la más mínima idea de cómo se enteraron de mi presencia, pero tenía mis sospechas. Se suponía que la presencia de Amberley en Periremunda era un absoluto secreto, por lo que la presencia de un auténtico Héroe del Imperio (al menos de cara al público), sería una distracción estupenda para sus actividades. En cualquier caso, oculté mi irritación con la facilidad que me otorgaba el pasarme la vida simulando ser algo que no soy, y me inventé una serie de motivos creíbles para justificar mi presencia. (Lo cual, dadas las circunstancias, estoy seguro de que comprenderán que estaban lejos de ser los asuntos más importantes que ocupaban mi mente). Además, tenía a Jurgen para pasarle todo el papeleo a alguien de la oficina de Keesh, asumiendo que así Nyte tendría algo que hacer durante su recuperación.).

-¿Tiene algún comentario que hacer sobre el ataque terrorista de esta tarde en la carretera de acceso al puerto estelar?-, gritó un periodista. Sonreí con suavidad para las cámaras.

-Cualquier persona que amenacé a los leales súbditos del Emperador es un hereje a mis ojos-, le respondí, decidiendo jugar al soldado fanfarrón, papel que sabía que los civiles se iban a tragar hasta el fondo. Adopté una pose heroica, una mano en la empuñadura de mi espada sierra**-. No me importa lo bien que los traidores crean estar ocultos, serán descubiertos y pagaran el más alto precio por su traición. Pueden estar seguros de ello. Sólo saben hacer ruido, como ya sabrán ustedes-.** Era el tipo de comentarios que me había acostumbrado a soltar desde que recibí mi fajín de comisario, y que realmente nunca había esperado que nadie se tomara en serio; Al menos no lo suficientemente en serio como para que alguien intentase matarme.

Pero me estoy adelantando. En aquel momento no pensé más en el incidente, desechándolo como otra molestia menor en lo que se estaba convirtiendo en un día bastante malo, a pesar del inesperado placer de volver a Amberley tan pronto y abrirme camino a través de las cloacas hasta la bodega de Amasec de Keesh. Después de desviar algunas preguntas más con respuestas vagas pero tranquilizadoras, seguí a Jurgen hasta el coche, algo menos lujoso, que Keesh había contratado para llevarnos de vuelta al aeródromo, con el distintivo miasma de mi ayudante ejerciendo su silencioso poder para alejar al grupo de periodistas casi tan efectivamente como un disparo de su fusil láser, durante el sombrío viaje de regreso para reunirme con el regimiento. Tenía la fuerte sospecha de que sería la última hora, más o menos, de relativa paz y tranquilidad que podría disfrutar durante mucho tiempo.



-Genestealers-, dijo Broklaw, asintiendo lentamente, con la expresión de un hombre que acababa de darle un bocado a un pastel de raíz amarga pensando que era de zarzamora. Al menos no soltó el típico *“¿Estás seguro?”* como hubieran hecho otros hombres en su posición, pero tanto él como Kasteen me conocían lo suficientemente bien como para saber que no exageraría sobre algo así. (O al menos creían que no lo haría, lo que viene a ser lo mismo)-. **Deberíamos haberlo adivinado**.

-Al menos ya sabemos qué debemos buscar-, dijo Kasteen, tomando la taza de tanna que Jurgen le entregaba mientras hablaba. Nos habíamos reunido en su nueva oficina, que ya empezaba a tener un aspecto profesional, con un montón de placas de datos abarrotando su escritorio y una pila de tazas de tanna vacías que se tambaleaban precariamente en un lateral. El puesto de mando al que acudimos después también parecía estar preparado, con los auspex, las unidades de vox y los cogitadores totalmente funcionales, y el complemento habitual de soldados tratando de pasar desapercibidos. La mayoría de los visioingenieros habían desaparecido, lo que indicaba que habían hecho funcionar todos sus aparatos tan bien como se esperaba, y se habían ido a atender a nuestro equipo de combate, algo que siempre era una perspectiva reconfortante. Lo último que necesitábamos si el enemigo lanzaba un ataque sorpresa era encontrar que la mitad de nuestro equipo no funcionaba.

Asentí, tomando mi propia bebida y sofoqué un bostezo. A pesar de lo que les había dicho a Kasteen y Broklaw antes

de partir para Principia Mons, las agotadoras actividades del día empezaban a pasarme factura. Al menos las puertas de carga de las bahías de carga estaban cerradas esta vez, por lo que ya no me molestaba el aullido del viento, pero evidentemente no había dejado de nevar en Darien durante el tiempo que estuve fuera, y la habitación estaba terriblemente helada, al menos para mí gusto. Use la taza de tana para calentar agradecido mis dedos. (Aparte de los augméticos, por supuesto, en los que apenas podía notar la diferencia).

-Informad a los soldados discretamente-, aconsejé**-, y ni una palabra a las unidades locales de las FDP.**

—Por supuesto-, dijo Kasteen, recostándose en su silla. Éramos conscientes de que podían estar comprometidos, puesto que la infestación genestealer estaba muy extendida en Periremunda, luego si se enteraban de que lo sabíamos, ello provocaría una inmediata reacción de las unidades rebeldes. Era más práctico recopilar toda la información que pudiéramos sin armar ruido, identificar las unidades infectadas y atacarles antes de que se dieran cuenta.

-Parece que la inquisidora sabe lo que se hace-, dijo Broklaw. Conociendo a Amberley tan bien como yo, y habiendo aprendido más de lo que realmente me hubiera gustado saber sobre como funcionaba la inquisición (pero mucho menos de lo que iba a descubrir antes de que terminara la batalla por Periremunda), encontré el comentario mucho menos tranquilizador que el mayor. Sin embargo, sentí que sería injusto desengañarlo, por no decir imprudente, así que me mordí la lengua.

-¿Comentó algo más?-, preguntó Kasteen, mirándome a través de las vaharadas de vapor que se elevaban de su tazón de tanna.

Hasta aquel momento, para ser honesto, no había decidido si debía o no compartir con ellos la última bomba de Amberley, pero ahora que me estaba preguntando directamente al respecto no podía ver ninguna buena razón para ocultarlo. Confiaba en ellos dos tanto como cualquiera aparte de Jurgen, y al menos no sería el único preocupado por las noticias, así que asentí lentamente.

-Lo hizo, pero es algo que no puede salir de esta habitación-. Los miré gravemente, subrayando la necesidad de discreción con toda la sutileza de un actor de segunda categoría que actúa en la última fila de la galería**-. Fue muy clara al decirme que sólo podía confiaros a vosotros dos la siguiente información-.** Kasteen y Broklaw asintieron solemnemente, apenas molestándose en ocultar lo orgullosos que se sentían al participar de un secreto sobre el que la mayoría de sus superiores seguirían felizmente ignorantes durante las próximas semanas. Por supuesto, su satisfacción probablemente no duró más de un par de minutos, pero eso ya no fue culpa mía. Hice un gesto de mirar hacia la puerta para asegurarme de que estaba cerrada y las expresiones de expectación crecieron en las caras de mis colegas.

-Puedes confiar en nosotros-, dijo Broklaw.

-Eso mismo le dije al Arbiter. La inquisidora Vail, por supuesto, ya es consciente de ello-, expliqué. Kasteen inclinó la cabeza ante el implícito cumplido.

-Puedes asegurarla que nos haremos merecedores de su confianza-, dijo. Nunca estuve muy seguro de cuánto sabía Kasteen de hasta donde llegaba mi relación personal con Amberley, pero, por lo general, parecía dar por sentado que al menos nos manteníamos en contacto, y tal vez sospechara que yo era uno de sus pocos miembros de su equipo de agentes secretos (lo cual era cierto, por supuesto, aunque yo me di cuenta de ello cuando ya que no había forma escaquearme: estoy seguro de que la mayoría de los hombres de esta galaxia están familiarizados con el sentimiento de frustración cuando una mujer le dice a uno: *"Cariño, necesito que me hagas un pequeño favor"*, pues la respuesta va implícita a la pregunta. Pero cuando la mujer que hace la pregunta es una inquisidora, es incluso menos sabio de lo normal decir: "*No*".) Y si pensaba que había algo entre nosotros mejor que mejor, pues al fin y al cabo desviaba la atención de Jurgen, quien a fin y al cabo era el activo más importante de Amberley, así como el candidato más improbable para el trabajo.

-Bien-, comencé, bajando la voz por instinto**-, porque si algo de esto se publica, el malestar que hemos visto hasta ahora entre la población parecerá una simple pelea de borrachos de bar. Cundirá el pánico, y con las FDP en entredicho, nunca podremos contenerlos.**

-La flota colmena ha sido avistada, ¿verdad?-. Preguntó Kasteen, su rostro aún más pálido que de costumbre.

-Aun no-, dije**-, pero Amberley está convencida de que está en camino. Rakel parece pensar que puede**

sentir su presencia en la disformidad.

-Entonces no tenemos mucho tiempo-, dijo Broklaw. Parecía, si acaso, más sorprendido por la noticia que la coronel, pero los dos se estaban recuperando rápidamente, y casi no podía culparlos por estar algo desconcertados. El 597º se había formado a partir de los maltrechos restos de otros dos regimientos, el 296º y el 301º, después de que la defensa de Corania redujera ambos a menos de la mitad de su tamaño original. Un enjambre tiránido había masacrado a sus amigos y compañeros, y si había un enemigo del imperio al que no sintiesen gana alguna de enfrentarse, aquel era los horrores gestados en las flotas colmena Tiránidas. Algo que yo comprendía, pues hasta aquel momento ya había visto más que suficientes de esas horribles criaturas como para llenar varias vidas.

-Comenzaré a preparar un plan de contingencia para mantener la meseta libre de las esporas para cuando empiece el bombardeo. Si podemos impedir que nos alcancen, podremos aguantar aquí indefinidamente.

-Bien pensado-, dijo Kasteen, mirando en mi dirección mostrando su habitual confianza en mí.

-Si algo se puede decir de la irregular geografía del planeta, es que nos dará la opción de pelear. La mayoría de sus esporas caerán en los desiertos o los pozos de lava, donde no tendrán nada que consumir. Perderemos algunas de las mesetas, sin duda, pero las deshabitadas las podemos esterilizar desde el aire y recuperar las demás de la manera tradicional.

-Bueno, eso suena como un plan-, dije, tratando de ocultar mi propia sensación de alivio. Ella tenía razón, por supuesto, las mismas condiciones que hacían que Periremunda fuera una pesadilla cuando se trataba de erradicar la infestación genestealer, jugaría directamente a nuestro favor cuando se trataba de luchar contra los tiránidos. Algo me decía que no iba a ser tan sencillo, pero la idea era reconfortante.

-También comenzaremos a trabajar en algunas maniobras de acción inmediata para enfrentarnos a las criaturas más comunes-, agregó Kasteen**-. Si los incorporamos a los entrenamientos de contrainsurgencia estándar, nadie fuera del regimiento debería notarlo, y será bueno para la moral de nuestra propia gente.**

-Haré que los comandantes de las compañías comiencen a organizarlo-, dijo Broklaw, antes de hacer una pausa para mirarme antes de continuar**-. De todos modos, tan pronto como sepan que estamos cazando híbridos, querrán empezar practicar técnicas antiránidas. No tenemos porque que decirles que ya sabemos que los van a necesitar.**

-De acuerdo-, dije, aliviado al escuchar que nuestra gente estaría lo más preparada posible para la tormenta que se aproximaba sin tener que romper mi promesa a Amberley. La mayoría de los soldados recordaban muy bien cómo había comenzado la desesperada batalla por Corania. Una operación de rutina para eliminar un culto genestealer, que se había convertido rápidamente en una batalla total para sobrevivir una vez que los genestealers habían lanzado la llamada a la flota colmena. Cuando esta llegó al sistema,

solo la casual presencia en el sistema de una flotilla de la Armada, y la relativa debilidad del enjambre tiránido, impidieron que el asedio se convirtiera en algo mucho peor **(1).** En todo caso, sospecharían más si no tomásemos precauciones para evitar que se repitiera ese desastre**-. Entonces, lo dejo en vuestras manos.**

(1) *Caín presumiblemente había escuchado la historia de los supervivientes, ya que estos eventos tuvieron lugar antes de unirse al regimiento. Cualquier persona que desee una explicación más completa de ellos se remite al capítulo ochenta y siete de La abominable horda quitinosa de Arten Burrar, citado anteriormente.*

Por supuesto, desafortunadamente no fue tan sencillo. Encontré mi camino hacia los cuartos que Jurgen había ocupado para mí, una habitación bastante cómoda por cierto, en un rincón tranquilo de la guarnición, que además la mayoría de los Valhallanos estaban evitando debido al calor emitido por la central eléctrica en el sótano, y me fui directo a la cama, agradecido por fin de tener la ocasión de desconectar por unas horas. Para mi pesar, el sueño se hizo de rogar y, cuando por fin me envolvió, estaba acompañado de horrendas visiones de los enjambres tiránidos a los que me había enfrentado anteriormente, letales mareas de destrucción que asolaban campos, desiertos y ciudades.

CAPÍTULO VII

Durante los días que siguientes, y a pesar de mi comprensible temor, Darien no se vio afectado por ninguna insurrección civil: una circunstancia que debería haber sido reconfortante, aunque me hizo sentir aún más inquieto e incómodo. Mi paranoia, normalmente muy fiable, seguía insistiendo en que cuanto más tranquilo pareciera todo, peor sería la situación cuando todo estallara, y por ello no pude disfrutar de la calma que nos rodeaba, al menos no tanto como me hubiera gustado, ni siquiera a pesar del feliz descubrimiento de que Darien poseía un número razonable de restaurantes de buena calidad y discretos locales de juego, realmente ansiosos por adquirir el prestigio que aparentemente creían que les otorgaría ser visitados por un Héroe del Imperio. Fuera como fuera, lo pase bastante bien durante mi tiempo libre, a pesar de las bajas temperaturas, algo que mis compañeros de armas encontraban de lo más agradable.

-Hemos completado el despliegue-, informó Broklaw, señalando la imagen del hololito, con las mangas subidas hasta los codos a pesar de que con cada palabra resultaba visibles las nubecillas de vaho de su aliento debido al frio reinante.

Me incliné hacia la imagen, sacudiendo la delgada capa de nieve que se había depositado en mi gorra en el breve trayecto desde mis aposentos, y mientras lo hacía, tome nota de la disposición de nuestras fuerzas. Habían sido desplegados por toda la meseta con una velocidad y eficiencia que dudaba que alguien que no fuera nativo de

un mundo helado pudiera haber igualado, y a primera vista no pude encontrar nada que criticar.

Dos compañías completas, la primera y la segunda, habían sido asignadas para defender Darien y los alrededores de nuestra propia guarnición, y si eso parece excesivo dadas las circunstancias, se debe tener en cuenta que la ciudad era la mayor concentración de vida en Hoarfell, por lo tanto atraería con total certeza a cualquier organismo tiránido que alcanzase la superficie con tanta seguridad como un bufé de ''*coma todo lo que pueda*" lo haría con Jurgen; por no mencionar Starport, que representaba nuestra única línea de retirada si las cosas se nos iban de las manos.

Atrapados como estábamos en una pequeña meseta rocosa, teníamos muy poco espacio para maniobrar, y si finalmente los tiránidos amenazaban con superarnos, nuestra única opción sería correr hacia los transbordadores y que "*Horus pille al último*". No por primera vez me encontré bendiciendo la previsión de quien hubiera decidido acuartelarnos tan cerca del campo de aterrizaje. Así que asentí con aprobación ante lo que veía.

-**Tienes la ciudad bien cubierta.**

-Eso creo-, concordó Broklaw**-. Pensé en separar a un par de pelotones de la primera compañía para reforzar la vigilancia del perímetro más exterior, pero si las cosas se ponen tan mal como para necesitarlos allí, entonces los necesitaremos aquí incluso más desesperadamente para ayudar a defender a los civiles.**

El bueno de Broklaw hablaba como si aquello fuera posible, pero todos sabíamos perfectamente que, si alguna vez el enjambre lograba alcanzar las calles de la ciudad, los civiles serían presa fácil para los tiránidos. En tal escenario nos tendríamos que esforzar a fondo tan solo para sobrevivir. Y cualquier civil que lograra salir con vida sería un extra bienvenido.

-El cuarto y el quinto (1) parecen más que capaces de mantener la línea-, le tranquilicé y Kasteen asintió con la cabeza.

(1) *La Tercera Compañía era la unidad de apoyo logístico del regimiento, compuesto principalmente de transporte, medicae, zapadores y otras unidades especializadas. Aunque tan capaces de luchar como cualquier otro soldado en caso de apuro, solo se contemplaba su despliegue en la línea del frente en las emergencias más extremas.*

-Eso creemos-, dijo enérgicamente. Había un puñado de aldeas periféricas dispersas alrededor de las colinas y los valles, asignando a la mayoría de ellos uno o dos pelotones, que debían ser capaces de responder ante cualquier incursión en un tiempo récord, dado el accidentado e invernal terreno.

-Hemos logrado superponer la mayoría de las áreas de patrulla, por lo que las posibilidades de que algo logre pasar sin ser detectado han reducidas al mínimo.

-Bien pensado-, le dije. Realmente yo no apostaría nada por las posibilidades de que alguien sobreviviera al encuentro con un lictor u otra de esas abominables criaturas especializadas, a menos que contase ser un pequeño

aperitivo, pero la estrategia debería ser efectiva contra las criaturas más comunes y organismos similares, impidiendo que pasasen inadvertido a través de nuestras líneas. Señalé algunas aldeas y estaciones mineras dispersas sin iconos de la presencia de tropas amigas.

-¿Qué ocurre con esos?

Kasteen se encogió de hombros con desdén.

-Asentamientos con menos de cien personas: en algunos casos apenas una docena. No vale la pena el esfuerzo de intentar defenderlos.

Bueno, supongo que los habitantes podrían sentir algo diferente acerca de sus hogares, pero no pude reprochar la lógica militar y asentí con la cabeza.

Les hemos dicho a los locales que evacuen a los centros de población más cercanos. Algunos lo han hecho, pero otros insisten en quedarse-. Ella se encogió de hombros de nuevo**-. Es su decisión. Si quieren ser carnaza para los tiránidos, no voy a arriesgar a ninguno de mis soldados para salvarlos.**

-Lo entiendo-, porque era lógico, además me reconfortaba la idea de tener tantos soldados fuertemente armados como fuera posible entre las hordas quitinosas y mi preciada persona. Me aparté de la fluctuante pantalla**-. ¿Estamos haciendo algún progreso en el otro asunto que discutimos?**

-Desgraciadamente no mucho-, dijo Kasteen, girándose para señalar su oficina y nos dirigimos hacia allí. El asunto en cuestión era un tanto demasiado sensible para poder hablar de ello abiertamente donde cualquier soldado podía escucharnos, aunque estaba bastante seguro de que a aquellas alturas la mayoría de ellos debería haber sido capaz de unir los puntos por sí mismos una vez se les había dado la orden de estar atentos a cualquier signo de actividad genestealer. Esperó hasta que cerré la puerta, reduciendo la interminable cháchara del centro de mando a un apagado murmullo, antes de continuar.

-Hemos estado en contacto con todas las agencias habituales, pero hasta ahora no podemos confirmar cuales de las unidades locales de las FDP están comprometidas-. Me entregó una placa de datos, que decía lo mismo con muchos más detalles, y la deje sobre su escritorio tras de una breve ojeada**-. Por supuesto, tampoco podemos confiar completamente en ninguna de nuestras fuentes.**

-Es muy posible que los híbridos se hayan infiltrado en los Arbites, el Administratum, en la seguridad de Starport y, por lo que sé, en la eclesiarquía local y quizás hasta entre los basureros.

-Más o menos lo que esperábamos-, admití, tratando de no sonar demasiado descorazonado ante aquella terrible perspectiva y la desconfianza que sus palabras habían generado. Broklaw me miró de manera especulativa.

-¿Podría su amigo en Principia Mons ser de alguna ayuda para reducir el alcance de la infiltración?-, preguntó mientras me lanzaba una mirada inquisitiva. Amberley podría tener alguna información más sólida, pero si así era, no la había compartido. Y aquel era el caso, sin duda tendría excelentes razones para no hacerlo. Fuera como fuera, no estaba dispuesto a preguntarla. La necesidad de saber esta penada con la pena de muerte, concretamente en el versículo veintitrés del catecismo **(1)** que seguían la mayoría de los inquisidores.

(1) *La versión abreviada del catecismo más utilizada por los capellanes de la Guardia Imperial cuenta con veintidós versículos, ya que los servicios en el campo de batalla tienden, por obvia necesidad, a ser lo más breves posible.*

-Lo dudo-, le dije. El asunto era bastante discutible de todos modos, ya que había estado desconectada durante más de una semana, limpiando cualquier otro nido de puracepas que hubiera podido rastrear, en un intento de bloquear cualquier señal psíquica que Rakel creyera que podía sentir que los señores de la prole trataban de emitir a través de la disformidad**-. Además, está fuera de la ciudad.**

-Entiendo-. Kasteen parecía ligeramente decepcionada-**. ¿Quizá si hiciese una discreta llamada al Arbiter?**

-Podría intentarlo-, dije, sin mucha esperanza. Keesh había avanzado muy poco en el problema antes de nuestra llegada, y ciertamente se habría comunicado para informar de cualquier nueva noticia que hubiera obtenido. Por otro lado, organizar una reunión con él me daría una excusa para regresar al clima más civilizado, para mi gusto, de Principia Mons, al menos por unos días, y después de helarme el culo

en Hoarfell durante lo que me parecía una eternidad, no estaba preparado para dejar pasar la oportunidad, por pequeña que esta fuera, sin pelear por ella**-. Si os parece avisaré a Jurgen para que haga la llamada.**

-No perdemos nada por intentarlo-, dijo Broklaw**-, las únicas personas en todo el planeta en las que sabemos que podemos confiar son las de este regimiento-.** Hizo una pausa para dirigirme una mirada con gesto serio**-. Ese sigue siendo el caso, ¿no?**

-Sí-, le confirmé. Después de mis experiencias en Keffia, donde los híbridos genestealers habían logrado infectar a los miembros de la Guardia enviados para erradicarlos por el sencillo método de usar bares y prostíbulos como centros de infección, allí donde las posibles víctimas podían ser aisladas e infectadas. Por ello, tan pronto como regresé a Hoarfell con la desagradable noticia de a lo que realmente nos estábamos enfrentando había colocado rigurosos controles en todos los establecimientos de aquel tipo y ordenado a la tropa que no se acercara a ellos. Los soldados se habían quejado, por supuesto, pero en su mayor parte habían cumplido con la restricción. En realidad, tan solo unos pocos de ellos me habían visto ejecutar a los soldados infectados que teníamos entre nuestras propias filas en Gravalax, pero la historia se había extendido lo suficientemente rápido, y nadie parecía estar dispuesto a ser el siguiente. Hubo algunos casos inevitables, que vulneraron la orden, bien por ganas de probar que podían escabullirse o bien por pura estupidez, pero ninguno de ellos había mostrado las reveladoras heridas de la implantación genestealer cuando los justicars nos los habían devuelto, y me aseguré de que perdieran las ganas de volver a intentarlo. Les dejé pasar la noche convencidos de

que iban a ser ejecutados por la mañana. Después de aquello, el problema desapareció.

-Bueno, algo es algo-, dijo Kasteen.



La respuesta a mi solicitud de una reunión con Keesh fue tan gratificante como inesperada, mi ayudante me despertó temprano a la mañana siguiente con una taza de tanna y la noticia de que el propio Arbiter estaba en el vox pidiendo hablar conmigo. Me levanté de la cama y cogí el comunicador de donde lo acostumbraba a guardar, debajo de mi almohada, junto a la pistola láser. Me ajusté el pequeño transceptor en mi oreja y tomé un trago de la fragante bebida mientras Jurgen me entregaba los pantalones.

-Caín al habla-, dije tan rápido como pude mientras tomaba aire**-. Gracias por devolverme la llamada tan pronto.**

-Nuestra mutua amiga dejó muy claro que deberíamos cooperar-, dijo Keesh, demasiado astuto para mencionar el nombre o el título de Amberley incluso a través de un enlace cifrado**-. Así que he pensado que debía avisarle de algo que escuchará a través de los canales habituales en las próximas horas. Acabamos de recibir un mensaje astropático de Coronus.**

-Es una excelente noticia-, le dije, tomando un poco más de mi tanna. El mero hecho de que un mensaje se hubiera transmitido significaba que la flota colmena aún estaba a cierta distancia de Periremunda, puesto que la sombra que proyectaba en la disformidad aun no podía interrumpir las comunicaciones, o bien era lo suficientemente débil para que el área de la interferencia fuera significativamente menor de lo habitual. La voz de Keesh adoptó un tono más cauteloso.

-Sí y no-, dijo con cautela, y sentí que las palmas de mis manos comenzaron de nuevo a picarme. A pesar de su intento de sonar tranquilo, obviamente algo lo perturbaba seriamente**-. Estoy seguro de que le alegrará saber que tenemos refuerzos en camino-.** Bueno, eso era motivo de optimismo. Vaciló un momento antes de continuar.

-Siento que viene un *''pero''*-, dije, logrando enmascarar mi propio malestar con bastante éxito.

Keesh se aclaró la garganta.

-Mi departamento ha descubierto algo de en los últimos informes de inteligencia, que arroja una nueva e inquietante luz sobre la situación. El General Supremo me ha ordenado informar a todos los comandantes en persona-, dijo, la implicación era obvia, pero evidentemente era algo de lo que no quería hablar a través del vox**-. Huelga decir que me refiero a los comandantes de la Guardia Imperial.**

Mejor que mejor. Mantener a las Fuerzas de Defensa Planetarias a oscuras tan solo confirmaba la sensibilidad de las noticias que nos iba a comunicar. Mis palmas comenzaron a picar más que nunca**-. Y a los comisarios también, por supuesto-,** se apresuró a añadir.

-Por supuesto-, repetí, tomando nota mental de los tiempos y medidas de seguridad que comenzó a recitar. Cuando el enlace se cortó, me encontré preguntándome si sería demasiado tarde para meterme de nuevo en la cama y colocarme las mantas sobre la cabeza hasta que todo desapareciera, pero por supuesto, ya no había ninguna posibilidad de hacerlo. Hice una pausa solo para terminar mi tanna, y el bocadillo de grox caliente que Jurgen había logrado encontrar para mí en algún lugar, y fui a comunicar a la coronel las buenas noticias.

CAPÍTULO VIII

-¿Alguna idea de qué se puede tratar?-, preguntó Kasteen, más por reflejo que porque esperase una respuesta.

Negué con la cabeza.

-No fue más específico-, le contesté, maldiciendo el viento que barría el puerto estelar desde el borde de la meseta, apenas a un kilómetro de nosotros. Estaba un poco harto de la actitud infantil de Kasteen, preguntando lo mismo cada poco tiempo, y me estaba poniendo bastante nervioso. En el fondo la entendía, la espera nos estaba poniendo de los nervios, y nos estábamos poniendo en lo peor. En suma, estábamos rayando la histeria. Lo único positivo, ironía aparte, de la situación es que al final comprobamos que nuestras más alocadas especulaciones se habían quedado cortas respecto a lo malas que iban a ser las noticias que íbamos a recibir al llegar a la capital. Me envolví un poco más en mi abrigo, y traté de no temblar demasiado visiblemente.

Estábamos parados en el borde de una plataforma en medio del aeródromo. El motor del Chimera que nos había llevado allí ronroneaba silenciosamente a nuestras espaldas, impregnando el aire con el aroma de promethium quemado, mientras un viento frío azotaba ráfagas de nieve contra mi cara, dando igual hacia donde me girase. Por supuesto, ninguno de los valhallanos que nos acompañaban parecía incomodo por las bajas temperaturas, pues a su entender aún estaba lejos de hacer lo que ellos entendían por frío. La

mayoría de los escuadrones que nos acompañaban llevaban los gorros y los sombreros de piel más frecuentemente asociados con regimientos de su mundo natal, y pensé que era una precaución razonable después de mi última visita a Principia Mons, pero todos llevaban abiertos los pesados abrigos, dejando a la vista los chalecos antibalas estándar. (Aparte de Kasteen, ahora que lo pienso, quien se había vestido un uniforme de gala para la ocasión y no quería que se empapara antes de reunirse con el Arbiter).

-¿Alguna señal de la lanzadera? -. Le pregunté a Jurgen, y él negó con la cabeza tristemente, anticipando la incomodidad de un nuevo vuelo.

-Volveré a contactar con Control de Tráfico Aéreo, comisario-, prometió, y comenzó a hablar con alguien a través de su vox con su mezcla habitual de razonable calma e inquebrantable tenacidad.

-Gracias-. Eché un vistazo a mi cronómetro**-. No me gustaría hacer esperar al Arbiter y al Lord General -.** Por supuesto, técnicamente podría mantenerlos a la espera por tiempo indefinido, gracias a mi posición, sin contar con mi fraudulenta reputación, pero me resistía a hacerlo. Por una parte, quería escuchar las malas noticias que Keesh tenía para nosotros lo antes posible, para poder comenzar a preocuparme por algo real en lugar de por todas las horribles posibilidades que mi imaginación seguía presentándome, y por otro lado, en Gravelax le había causado una buena impresión al Lord General, y quería aprovechar las circunstancias para reforzarla. La edad me había enseñado que nunca está de más estar a bien con las personas al mando, especialmente cuando sus decisiones podrían afectar significativamente mis posibilidades de

pasar las próximas veinticuatro horas con mi cuerpo aun intacto. En aquel momento, sin embargo, solo quería subir a bordo del transbordador, que ya llegaba con diez minutos de retraso, y el maldito viento me estaba matando.

-Al parecer hay un pequeño problema en el control del tráfico-, informó Jurgen al cabo de un momento**-. Y han puesto a todas las naves en espera mientras lo resuelven.**

- ¿Qué tipo de problema? -, pregunté inquieto, y cambie inmediatamente de frecuencia para escuchar por mí mismo que es lo que estaba pasando. La inquietud que me invadía se vio inmediatamente reforzada por el inconfundible tono de pánico reprimido de la voz del controlador de tráfico.

-HL 687, responda. Al habla Darien Down, (1) llamando al HL 687. Continúa desviándose de su trayectoria asignada. Corrija el rumbo y responda de inmediato.

(1) A diferencia de ***Darien High****, el control de tráfico orbital de las instalaciones de Starport. Un juego de palabras: el control del tráfico atmosférico es responsabilidad de* *Darien Down* *y del tráfico orbital se encarga* *Darien High.*

-Han perdido el contacto de uno de los dirigibles pesados de carga -, explicó Jurgen amablemente**-. Estaba entregando un cargamento de promethium a los tanques de almacenamiento en el borde de la meseta, pero sus líneas de amarre se rompieron, y se está desplazando a través del campo en dirección a la ciudad.**

-Y una mierda a la deriva-, exclamó Kasteen, entrecerrando los ojos y mirando hacia arriba. Una vasta sombra comenzaba a asomar entre la neblina opalescente, abriéndose paso a través de las nubes de nieve, creando en un eclipse parcial**-. Esa cosa se está moviendo con un objetivo.**

-Tienes razón-, dije, y un escalofrío de temor me recorrió la espalda con un efecto más agudo que el creado por el viento.

Un zumbido bajo de motores reverberaba desde la pista de rococemento cubierto de nieve que nos rodeaba. Miré al Chimera que esperaba al ralentí.

-Lustig, ¿podemos derribarlo con los bolters pesados?

-Podemos intentarlo-, asintió el veterano a cargo del escuadrón, corriendo hacia el vehículo**-. Gafe, conmigo.**

-Sargento-. La soldado Penlan, cuyo apodo tengo que admitir que no era del todo inmerecido, se unió a la carrera tras la estela del líder de su escuadrón, y la cicatriz de la quemadura en su mejilla se sonrojó con el esfuerzo repentino. A pesar de su reputación de ser algo propensa a los accidentes, sentí que Lustig había tomado la decisión correcta. Era una soldado sólida y competente, con pocas probabilidades de perder la cabeza, e íbamos a necesitar una mano firme en las armas pesadas si queríamos tener alguna oportunidad para derribar al gigante lleno de combustible sin afectar a su volátil carga. Eso me recordó...

-Al habla el comisario Caín-, emití a través de la frecuencia del control de tráfico con mi código de anulación del comisariado**-. En vista de la situación de peligro inminente para la población civil, asumo inmediatamente el mando bajo jurisdicción militar.**

En realidad, por supuesto, no tenía ni idea de si la ciudad estaba en riesgo o no, pero hay que reconocer que sonaba bien, y si había juzgado bien las voces que había escuchado a través del vox, el personal de Control de Tráfico estaría más que ansioso por pasarle el problema a cualquier otra persona lo suficientemente tonta para querer ponerle la mano encima, es decir, a mí.

-¿Cuánto promethium transporta esa cosa?

-Tres kilotoneladas-, dijo el controlador, lo que hizo que mi sangre helará aun más que en Simia Orichalcae**-. Si detona ...-,** comenzó a decir, aunque su voz se fue apagando y no terminó la frase. No podía culparlo; una explosión de semejante magnitud volatilizaría la mayor parte de la ciudad, incluyendo el puerto estelar y nuestra guarnición. Con una vertiginosa sacudida de comprensión, comprendí horrorizado por qué Amberley y Keesh no habían podido descubrir ninguna actividad de los genestealers en Darien. Los malditos híbridos habían huido del lugar en previsión de aquella atrocidad, que si tenía éxito, a buen seguro provocaría pánico y disturbios en todo el planeta. Sin embargo, y yendo a lo que realmente me importaba, yo ardería con el resto de la ciudad. Así que costase lo que costase, teníamos que detener aquel dirigible.

-Apuntad a las celdas de gas de elevación (1)-, indiqué a Lustig y Penlan, observando aliviado que los depósitos del gas aerostático cubiertos por una gruesa tela estaban a cierta distancia del conjunto de tanques de combustible, que colgaban de la parte inferior de la estructura. Cada uno de los tanques era lo suficientemente grande para aparcar en el a todos nuestros Chimeras y aun sobraría espacio. Las ráfagas de balas explosivas debían desgarrar el material de las celdas con relativa facilidad, liberando el gas y privando a la aeronave de su capacidad de vuelo. Me dirigí a los demás soldados.

***(1)** Los depósitos de gas que mantienen el dirigible en el aire, que sestaban subdivididos en varios compartimentos, celdas, de modo que permanecería en el aire aun en el improbable caso de que una o más se rompieran accidentalmente.*

-Vosotros apuntad a los motores-. Eran un poco más sólidos, era cierto, pero no contaban con blindaje alguno, y los rayos de nuestras armas portátiles debían ser capaces de causarles un daño más que razonable.

-Me parece bien-, coincidió Kasteen, sacando su arma y acertando de lleno con un par de disparos en el motor delantero de estribor, que comenzó a gotear líquido y a soltar un hilillo de humo. Solo entonces recordé que habitualmente llevaba una pistola bolter, pero ella todavía no parecía habernos hecho volar, así que la dejé y me dirigí de nuevo hacia el Chimera, con Jurgen trotando tras mis talones, como siempre. Sería capaz de supervisar las cosas mucho más eficazmente sin que el viento me arrojase nieve en mi cara cada pocos segundos, posiblemente distrayéndome en un momento crucial, y si las cosas salían terriblemente mal, tendría una mejor oportunidad de escapar de los peores efectos de la bola de fuego detrás de

una gruesa placa de blindaje. (No era una probabilidad de sobrevivir mucho mayor, eso es cierto, pero si tengo que elegir entre una muerte prácticamente segura y otra totalmente segura, siempre escogeré aquella que me dé la más ligera esperanza). Había esperado que Kasteen me siguiera, pero ella parecía estar divirtiéndose, jugando al tiro al blanco con los soldados, que habían tomado sus fusiles, haciendo agujeros en los motores con gritos de júbilo con cada impacto.

Me zambullí dentro del robusto y pequeño vehículo justo cuando Penlan, que estaba en la torreta a los mandos del bólter, comenzaba a disparar, y un momento después se le unió Lustig con el bolter delantero, aunque apenas podía elevarlo. No es que importara, supongo, el objetivo era ciertamente lo suficientemente grande como para que no tuviera problemas en acertarle. A pesar de que ya estaba prácticamente encima de nosotros, cuando saqué la cabeza de la escotilla superior para ver qué estaba pasando, aún pude ver a Lustig trazando una línea de agujeros a lo largo de su borde exterior. (Un poco temerario, tal vez, pero siempre podría volver a meterme en el interior del vehículo si las cosas parecían calentarse incómodamente, y si iba a preservar mi reputación inmerecida de liderar desde el frente, tendría que conseguir que se me viera).

-¡Mierda!-, maldijo Lustig cuando la parte trasera del dirigible finalmente superó el punto donde nuestro armamento secundario podía alcanzarlo. Penlan no estaba teniendo tal dificultad, sus ojos estaban pegados al objetivo del objetivo, haciendo girar la torreta a mí alrededor para hacer unos buenos destrozos a lo largo de un flanco del bamboleante gigante.

-Jurgen-, grité**-. ¡Da la vuelta a este cacharro!**

-Sí, señor-, respondió, y al instante nuestro motor rugió, volviendo a la vida. Las cadenas del Chimera lanzaron un chorro de hielo congelado mientras comenzaba a moverse, permitiendo que nuestra arma secundaria delantera contara nuevamente con un ángulo de tiro capaz de alcanzar al dirigible.

-¿Vale así?

-Bastante bien-, dijo Lustig, confirmando el hecho un momento después, perforando de nuevo las celdas de gas.

-¡Esta funcionando!-, Informó Kasteen, su voz resonó tensa en mi comunicador personal, y al mirar hacia el dirigible perforado, me vi obligado a asentir. Definitivamente estaba perdiendo fuerza, la tela se iba aflojando, ondeando en varios lugares donde antes había estado tensa por la presión del gas en su interior. El dirigible podía haber sufrido pocos daños, pero sin duda le habíamos herido. Dos de sus motores estaban echando humo, aunque ninguno de ellos se había apagado, los rotores se inclinaban hacia abajo para proporcionar la mayor elevación posible al tiempo que mantenían su progreso inexorable hacia la desprevenida ciudad.

-¡Sigan disparando!-, sin duda la orden más innecesaria de mi vida, pero todos la cumplieron con un entusiasmo. Penlan rotó la torreta para alcanzar otro puñado de celdas de gas tan rápido que casi pierdo el equilibrio.

Fue en aquel momento que me di cuenta de otro peligro, que se me había escapado ante la perspectiva más inmediata de ser inmolado. A medida que el leviatán, que descendía lentamente, perdía cada vez más altitud, las amarras que colgaban bajo el comenzaban a tocar el suelo, como los zarcillos de una inmensa medusa, levantando pequeñas ventiscas de hielo y nieve a medida que avanzaban. Consciente del hecho de que cualquier persona que se enredara con uno de ellos sería destrozada y, por lo tanto, no estaría en condiciones de seguir garantizando mi seguridad, emití una advertencia general a través del Vox.

-Cuidado con las amarras-, comuniqué, con otra mirada hacia arriba mientras lo hacía. La última ráfaga de proyectiles de bólter parecía haberle dado el golpe de gracia. El dirigible definitivamente estaba perdiendo altura y maniobrabilidad, bamboleándose mientras descendía.

-Muy bien, señor-, respondió Jurgen, tomando mis palabras tan literalmente como siempre lo hacía, poniendo de repente al Chimera en marcha atrás.

-¡Demonios!-, masculló Penlan sorprendida por el súbito tirón, apretando sin querer el mando de giro de la torreta, que rotó descontrolada con un gemido de servos maltratados. El granizo de proyectiles de bólter se desvió del objetivo, impactando en algún lugar en la maraña de piezas metálicas que cubrían el siniestro módulo del contenedor cisterna, hinchado con su volátil carga. Retiró el dedo del gatillo, pálida como la nieve, y me miró con los ojos abiertos como platos bajo su gorra-. **Lo siento señor, eso me ha cogido por sorpresa.**

-También a mí-, admití forzando una sonrisa despreocupada sobre el rictus de que parecía decidido a adueñarse de mi rostro**-. Pero no te apures, parece que no ha pasado nada…**

-Puedo ver llamas-, informó Kasteen, con la voz más tensa que nunca. Sentí como una garra helada estrujaba mi corazón, y con dificultad me obligué a mirar hacia arriba. Era cierto, había aparecido una intensa llamarada naranja en el tanque de estribor y, misericordioso sea el Emperador, se iba extendiendo mientras miraba. En cualquier momento, toda la carga explotaría, llevándose consigo a todo el puerto estelar, y a nosotros con el. Incluso si de alguna manera pudiéramos subir a bordo y vencer a los híbridos que ocupaban la cabina de vuelo, lo habíamos dañado tanto que nunca podríamos volar con suficiente rapidez a algún lugar donde pudiera explotar de manera inofensiva, y mucho menos lograr escapar en una sola pieza si hiciéramos el intento.

Justo en aquel desolador instante tuve un golpe de inspiración. Mirando alrededor desesperadamente por alguna forma de salvar nuestras vidas, o al menos mi cuello, vi uno de los cables de amarre abriéndose camino a través de la plataforma de aterrizaje frente a nosotros, una pequeña nube de nieve, vapor y roca pulverizada se alzaba a su alrededor, a modo de pequeño anticipo del apocalipsis por llegar.

-¡Jurgen!-, grité**-. ¡Carga contra el cable de amarre!**

No tengo dudas de que la mayoría de los hombres en su lugar habrían al menos dudado, probablemente

preguntándose si había yo había perdido el juicio, pero entre las virtudes bien ocultas de mi ayudante estaba la de una gran deferencia a la autoridad, y obedeció mi orden sin preguntar o dudar un solo segundo. La suspensión del Chimera vibró fuertemente cuando cambió bruscamente de marcha para avanzar a toda velocidad, algo que ningún otro conductor habría siquiera considerado intentarlo. Cuando soltó el embrague, el motor lanzó un agudo chirrido que habría puesto los pelos de punta incluso a un eldar. A pesar del abuso que había sufrido, el Chimera saltó hacia adelante como un perro tirando de la correa, lanzándome contra el borde de la escotilla con tanta fuerza que sentí como el impacto me provocaba un par de hermosos hematomas, incluso a pesar de contar con la protección que me ofrecía mí grueso abrigo, y me encontré deseando haber pensado en ponerme mi propia armadura debajo del abrigo, antes de que toda mi atención quedara atrapada en la urgente necesidad de recuperar el equilibrio. Mis compañeros, al menos, estaban sentados, lo cual les protegía de lo peor de los bandazos, pero aun así no me atreví a abandonar el puesto de observador de la torreta. Solo tendríamos una oportunidad, y no iba a ser nada fácil.

La sincronización iba a ser absolutamente crucial.

-Penlan-, dije, rezando al Trono Dorado para que la agresiva conducción de Jurgen no la hubiera desorientado**-, prepárese para girar la torreta mi señal. Tan rápido como pueda, y no pare, pase lo que pase. ¿Entendido?**

-Perfectamente, señor-, asintió con rostro sombrío, demasiada experimentada como para hacer una pregunta en una situación tan crítica.

-¡Preparaos para el impacto!-, exclamó Lustig que ocupaba el puesto del copiloto. Le hice un gesto afirmativo con la mano, justo en el momento que Jurgen nos lanzaba contra el cable de amarre, más grueso que mi antebrazo, y que estaba abriendo un surco poco profundo a través del sólido rococemento de la pista de aterrizaje. Todo el vehículo se sacudió por la violencia de la colisión, quedando una parte del cable atrapado bajo nuestro vehículo. Desde mi privilegiada posición en la escotilla superior, pude ver como se abollaba la gruesa armadura frontal del Chimera, y en un instante de pánico creí que destrozaría el motor o nos haría volcar, pero Jurgen luchó con los controles y nuestras orugas se clavaron en la superficie sólida de rococemento bajo la fina capa de aguanieve. Luego, el cable que se retorcía sin control comenzó a caer hacia nosotros, amenazando con arrancarme la cabeza, momentáneamente atrapado por el peso de nuestro vehículo.

-¡Ahora!-, grité, saltando al interior a través de la escotilla para salvar mi propia vida. Penlan comenzó a rotar la torreta, más rápido de lo que los visioingenieros encargados del mantenimiento de nuestros vehículos hubieran creído posible, o aprobado, naturalmente. Por un momento pensé que mi desesperada apuesta había fracasado, ya que completó dos vueltas completas, luego, con un sonido de metal desgarrado, repentinamente se detuvo, llenando el compartimiento de pasajeros con el desagradable olor a cable quemado.

-Lo siento, señor-, dijo Penlan, mirándome con tristeza**-. Se ha atascado.**

-Está bien-, la conteste. Levanté mi cabeza de nuevo, solo para asegurarme, y mi corazón dio un vuelco de alegría. El cable colgante se había enrollado en la torreta, tal como esperaba que hiciera, envolviéndose a su alrededor y casi arrancando de su sitio el bólter, que ahora colgaba inútilmente de lo que quedaba de su soporte**-. ¡Jurgen, baja la rampa!**

-A la orden, señor-. Mi ayudante obedeció, su voz tan despreocupada como si le hubiera ordenado traerme una taza de tanna, y la rampa de trasera descendió rápidamente, raspando la superficie de la pista mientras el cable colgante nos sacudía como si fuéramos un pez enganchado en un anzuelo.

-Lustig, Penlan, ¡váyanse!-, grité, deseando poder seguirlos, pero aún me quedaba algo por hacer. Los dos soldados obedecieron al unísono, la disciplina y la inexplicable confianza que tenían en mi se combinaron para hacer que se movieran aún más rápido de lo que esperaba. Cuando pasaron por delante de mí, saqué mi espada y comencé a cortar las pesadas bisagras que soportaban la gruesa plancha de metal**-. ¡Jurgen, acelere!, ¡diríjase hacia el borde!**

-¿Ciaphas?-, la voz de Kasteen sonaba un poco extraña, menos nítida e incisiva de lo habitual**-. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?**

-No estoy del todo seguro-, admití, mientras mi espada sierra comenzaba a cortar las bisagras con una lluvia de chispas casi tan espectacular como la estela que generaba la rampa contra el suelo. Con el motor aullando en señal de

protesta, comenzamos a coger un poco de velocidad, dolorosamente despacio al principio, mientras el maltrecho metal de nuestro casco resonaba como si estuviera recibiendo fuego enemigo, debido a la tensión del cable enredado y la inmensa inercia del dirigible descendiendo lentamente. Bruscamente, la rampa de abordaje se soltó, y el vehículo saltó hacia adelante, acelerando**-. Pero no se me ocurre otra cosa.**

-Que el Emperador te proteja-, dijo Kasteen, y luchando contra la sospecha de que podría ser la última vez, si mi suerte me fallaba, la saludé con tanta tan indiferencia como pude y me apresuré a regresar al asiento que tan recientemente había dejado libre Lustig.

-¿Cuál es el plan, señor?-, preguntó Jurgen, su visión medio bloqueada por el cable colgante y la tela de araña de las grietas que atravesaban el cristal blindado del visor. La verdad es que el puesto del artillero no estaba mucho mejor, pero tenía a mano el visor del bólter y para mi inmenso alivió este aún funcionaba, con lo cual pude usarlo para guiarnos. Al menos eso haría las cosas un poco más fáciles.

-Un poco más a la izquierda-, dije, observando uno de los brillantes reflectores anaranjados que marcaban el límite del campo de aterrizaje, y dirigiéndonos lo más lejos posible de los depósitos de Promethium del espaciopuerto. No tenía sentido hacer que las cosas se pusieran aún peor de lo que ya estaban, si aquello era posible. El maltrecho TPB **(1)** respondió al clásico tirón de los controles con lo que parecía un gemido de resignación.

(1) *Transporte Blindado de Personal, APC en el original (Armored Personnel Carrier).*

-¡Ciaphas!-, me llegó la voz de Kasteen a través del vox**-. Está perdiendo altura más rápido que nunca. ¡Va a caer justo encima suyo!**

-Entonces será mejor que me dé prisa-, le conteste, luchando contra el impulso de mirar hacia arriba y ver cuán cerca tenía las tres mil toneladas de promethium en llamas**-. ¿Cómo va el fuego?**

-Se está extendiendo con rapidez-, me contestó con tono sombrío. Estaba visto que las cosas mejoraban, pero no como yo deseaba. Usando toda la fuerza de voluntad que me quedaba, y que por cierto me sorprendió conservar aún alguna, conseguí concentrarme. Volví mi atención al visor del bolter, y observé una estrecha franja de nieve acumulada. Solo íbamos a tener una oportunidad.

-¿Puede bloquear el acelerador con algo?-, le pregunté a Jurgen, y él asintió, dirigiendo una ráfaga de halitosis en mi dirección mientras me miraba.

-No hay problema-, me aseguró, comenzando a hurgar en su abigarrada colección de bolsas y correas con su mano libre**-. Oh, me estaba preguntando donde había metido esto.**

Sacó lo que se parecía sospechosamente a los petrificados restos de uno de los pasteles de Zemelda, aunque como en aquel momento estaba totalmente concentrado en el bolter,

y dado que comprensiblemente no estaba dispuesto a dedicar ni un solo momento a observar la cosa que tenía en la mano, y que quería mantener lo más lejos de mí que me fuera posible, cabe la posibilidad de que me equivocara. En cualquier caso, introdujo lo que fuera que tenía en la mano en la ranura del control del acelerador y asintió con evidente satisfacción**-. Firme como nuestra fe en el Emperador-,** dijo alegremente.

-Bien-, contesté, esperando que aquello aguantase lo suficiente, pero aquel no era el momento de considerar el asunto. El muro perimetral del puerto estelar se alzaba frente a nosotros, y disparé el bólter, esperando que la barrera fuera tan frágil como había deducido. A menudo se parecen más a fortificaciones que a vallados, destinados a contener la explosión en caso de que un transbordador sufra un accidente, pero allí no tendría sentido tomar aquel tipo de precauciones. Lo único más allá del muro era un precipicio que sólo el Emperador sabía cuántos kilómetros de profundidad podría tener, y el muro solo estaba allí para evitar que el ocasional empleado de Starport que visitase las instalaciones periféricas se cayera por el borde. Con un poco de suerte, el diseño sería el más barato posible, y no tan sólido como la mayoría de las construcciones civiles. Para mi inmenso alivio, tuve razón: el muro que tenía frente a mí se desintegró en una lluvia de fragmentos y polvo de ladrillos, revelando una franja terriblemente estrecha de matorrales cubiertos de nieve, con una vista vertiginosamente desconcertante de las cimas de las nubes más allá.

-¡Ciaphas!, ¡Está justo encima de ti!-, gritó Kasteen, con voz estridente a través del vox, y salté de mi asiento.

-¡Corre!-. Le grité a Jurgen, y salimos disparados hacia el acceso en la parte posterior del Chimera, nuestras botas golpearon el suelo metálico creando sonidos casi lo suficientemente fuertes como para ahogar las quejas del maltrecho vehículo y su sobrecargado motor. Saltamos casi simultáneamente mientras el piso metálico debajo de nosotros desaparecía, y el vehículo pasaba sobre los escombros donde había estado el muro y desaparecía por el borde del abismo. Por un instante me pregunté si íbamos a lograrlo. Luego mis botas impactaron sobre la hierba, resbaladiza por la escarcha, de modo que perdí el equilibrio, y acabé cayendo pesadamente de rodillas y arrastrado por la inercia. Por un momento me dominó el pánico, mientras trababa de buscar algo a lo que agarrarme, pensando que estaba deslizándome hacía ese terrible abismo. Entonces mis manos agarraron un arbusto que se aferraba tenazmente a la tierra en el borde del mundo, y mi corazón se relajó al detenerme. Respiré hondo, y el familiar hedor de mi ayudante me informó que él también lo había logrado, y me puse en pie.

-Ahí va-, comentó Jurgen, sentándose en un trozo del muro que habíamos derribado, mientras el dirigible en llamas rozaba el borde superior de las secciones no dañadas del agujero que habíamos hecho en el muro, derribando una pequeña avalancha de ladrillos. Me quedé sin aliento, agradeciendo el no haber tratado de ver hasta qué punto se habían extendido las llamas durante nuestro salvaje viaje a través de la pista. Estas ya estaban lamiendo ávidamente todos los tanques de promethium, el metal brillando con el calor, y evidentemente el desastre era inminente.

Lentamente, el gigante herido cayó al abismo, más y más rápido a medida que escapaban los últimos vestigios de

gas, cargando con su propia carga letal y el nuestro balanceante querido Chimera.

-¡Ciaphas!, ¿estás ahí?-, me preguntó la voz de Kasteen al oído, y respiré hondo, tranquilizando mi voz lo mejor que pude.

-Estoy bien-, le aseguré**-, y Jurgen también-.** Algo retumbó como un trueno lejano, y un momento después, una ráfaga de calor pasó por nuestras caras, convirtiendo la nieve a nuestro alrededor en vapor. Muy abajo, las nubes brillaban en rojo oscuro, como si de alguna manera el sol se pusiera bajo nuestros pies. Tomé aire profundamente de nuevo, tratando de no toser mientras inhalaba la cálida niebla que nos empezaba a rodear**-. Pero me temo que vamos a necesitar otro Chimera.**

NOTA EDITORIAL:

Lo siguiente se adjunta sin comentarios, aparte de decir que fue uno de los muchos artículos similares publicados por los panfletos de noticias locales.

Extracto de “Periremunda Hoy: Las Noticias Que Importan en Su Planeta”, 224.933.M41

¡HERÓICO COMISARIO SALVA A DARIEN!

¡ANUNCIADA TERRIBLE CATASTROFE!

Fuentes cercanas a la oficina de los Arbites en Principia Urbi ***(1)*** *han confirmado los abundantes rumores que circulan desde el medio día. La despreciable campaña que libran los terroristas, contra todo lo que es bueno y sagrado en nuestro mundo bendecido por el Emperador, ha visto frustrado su ataque más audaz hasta la fecha, gracias nada menos que al Comisario Ciaphas Caín, el famoso Héroe del Imperio, que recientemente juro aplastar personalmente a los traidores que se esconden entre nosotros, y quién además hizo todo lo posible para salvar a nuestra asediada ciudadanía.*

(1) *Un periodista que se encontraba en los aledaños del espaciopuerto.*

El valeroso comisario estaba presente en el espaciopuerto de Darien cuando un transporte de promethium, cuya tripulación había sido infiltrada por la escoria herética, fue

dirigido hacia el corazón de la ciudad en un ataque suicida para detonar la carga que transportaba, aniquilando tanto un punto estratégico vital como es Starport, así como a más de un millón de inocentes ciudadanos. Reaccionando sin perder un instante, y sin pensar en su seguridad personal, el Comisario Caín logró fijar una de los cables de amarre del dirigible a un blindado cercano, para posteriormente lanzarlo por el borde de la meseta, arrastrando de ese modo la mortal carga, momentos antes de que esta explotase, evitando así lo que habría sido una herida mortal para esa indefensa comunidad.

Afortunadamente para Periremunda, y el Imperio del cual nuestro amado mundo natal es una parte tan vital, el Comisario Caín se libró, por la gracia del Emperador, de compartir el destino de aquellos cuyo fallido plan tan heroicamente había frustrado, escapando ileso para continuar su implacable búsqueda para descubrir y eliminar a los enemigos de Su Divina Majestad dondequiera que se escondan.

El sobresaliente coraje y devoción al deber del Comisario Caín fue presenciado por la Coronel Regina Kasteen, la escultural Valquiria pelirroja al mando del regimiento en el que sirve nuestro héroe. Al preguntarle si hay algo de verdad en los rumores sobre una relación romántica entre ellos, ella modestamente declinó hacer comentario alguno. ***(2)***

(2) *Hecho en extremo improbable conociendo a Kasteen, aunque cualquier cosa que ella hubiera contestado realmente a tal pregunta, ciertamente no habría sido adecuada para su publicación.*

CAPÍTULO IX

Al parecer las noticias viajaban rápido en Periremunda, y una vez más me encontré preguntándome si Amberley sería la responsable de ello **(1).** Cuando llegamos al aeródromo de Principia Mons nos vimos casi inmediatamente rodeados por un grupo de reporteros y cámaras que gritaban como orkos sobre mi supuesto heroísmo en Hoarfell. Afortunadamente Kasteen y yo habíamos conservado a nuestra escolta, a pesar de la pérdida del Chimera, y pudimos caminar a través de la horda sin ser molestados, mientras que Lustig y sus soldados los mantenían a raya con el juicioso empleo de las culatas de sus armas y largas sartas de juramentos. Tal vez igualmente afortunado, desde mi punto de vista, fue el hecho de que los Valhallanos consideraban el clima excesivamente cálido, lo cual se tradujo en que habían descartado sus abrigos, y el ligero uniforme de verano de Kasteen mostraba su figura a considerable distancia, desviando así una buena parte de la atención hacia ella.

(1) *Puedo confirmar que en este caso no había resultado necesario mi intervención.*

-Coronel, comisario-. Nyte nos estaba esperando en la entrada de la terminal, se le veía un tanto desaliñado dadas las condiciones y estaba rodeado por un grupo de justicars fuertemente armados. Era evidente que aquella vez había decidido no cometer el mismo error, algo que me hizo comenzar a olvidar la preocupación por la pérdida de nuestro Chimera. Se cuadró en un saludo marcial, ignorando deliberadamente a Jurgen.

-No esperaba que trajera una escolta tan numerosa.

-Yo podría decir lo mismo-, repuse, consciente de la multitud que nos rodeaba, y decidí interpretar el papel que todos parecían esperar de mí. La mención de la razón de nuestra mutua cautela estaba, por supuesto, fuera de discusión. Hice un gesto con la cabeza en dirección a la salida.

-¿Nos vamos?

-Sin perder un solo instante-, dijo Nyte, dirigiendo a sus justicars hacia el exterior. Para mi sorpresa, en lugar del coche terrestre que había estado esperando, me encontré la achaparrada silueta acorazada de un Rhino aguardándonos, con su motor ronroneando suavemente y el Aquila, símbolo del Adeptus Arbites, ondeando en los banderines que lo adornaban de una manera que me recordó un poco a la antigua limusina de Keesh. Lo miré dubitativamente.

-No estoy seguro de que haya espacio para todos.

-El equipo Uno (2) puede viajar subido al chasis-, ofreció Lustig, con una mirada al coronel**-. Así también podremos mantener los ojos abiertos ante cualquier señal de problema.**

(2) *Como muchos regimientos con amplia experiencia en la guerra urbana, el 597º dividía rutinariamente sus escuadrones en dos equipos de fuego de cinco soldados cada uno.*

- Eso debería ser perfectamente satisfactorio, ¿no es así?-, comentó Kasteen asintiendo en dirección a Lustig.

-Por supuesto-, dijo Nyte, aunque su tono transmitió precisamente lo contrario. Con presteza los soldados treparon a la carrocería del Rhino, encontrando asideros convenientemente preparados que las tropas se sujetaran a ellos, mientras que el resto de nosotros entramos a través de una de las puertas laterales, que se cerraron tras nosotros con una tranquilizadora solidez.

Miré a mi alrededor, orientándome casi de inmediato. Habían pasado algunos años desde la última vez que había estado en un Rhino, pero el diseño era casi el mismo que aquel en el que había viajado de vez en cuando durante mi breve período como enlace con los Recobradores, aparte del hecho de que los asientos se encontraban a una altura más adecuada para los simples mortales en lugar de para gigantes acorazados de los Astartes. En sus vehículos, siempre me encontraba con las piernas colgando como si fuera un niño intentándose sentar en la silla de un adulto, lo que siempre me dejaba un tanto cohibido, pues me hacía sentir fuera de lugar. Sin embargo, el techo era tan alto como recordaba, con más espacio para la cabeza del que estaba acostumbrado en un Chimera, pues debía acomodar a las enormes servoarmaduras de los Astartes. La única diferencia real que observé fue al armero situado en el mamparo que dividía los compartimentos de la tripulación y los pasajeros. En lugar de los voluminosos bolters, demasiado pesados y e imposibles de ser manejados eficazmente por cualquier persona con músculos no reforzados por la tecnohechicería, contenía equipo antidisturbios, porras y escopetas.

-¿Vamos a ir por la misma ruta que el otro día?-, Pregunté, mientras nos poníamos en movimiento. Nyte negó con la cabeza.

-Esa carretera aún está cerrada por reparaciones-. Comentó dirigiéndome una sonrisa cómplice**-. Parece dejamos allí una huella bastante profunda.**

Asentí, dándome cuenta de que no quería mencionar la presencia de Amberley frente a los soldados rasos, y probablemente tampoco ante su propia gente. Kasteen asintió también.

-El comisario Caín nos lo contó todo-, dijo, con el suficiente énfasis en el ''*todo*'' para resolver cualquier duda que pudiera tener sobre si la consideraba de confianza o no. Nyte inclinó la cabeza, comprendiendo su significado de inmediato, y Kasteen continuó con toda la seguridad de un diplomático vadeando espinosas cuestiones políticas**-. Me alegra ver que se ha recuperado tan rápido de sus heridas.**

-Estoy lo suficientemente bien como para cumplir con mis obligaciones para el Arbiter-, le aseguró Nyte. Jurgen murmuró algo acerca de archivar papeles y regar plantas en la oficina, aunque fingí no haberle oído.

Después de un período relativamente corto de sacudidas en el interior del Rhino, que no fue más incómodo que la mayoría de los viajes que había experimentado en aquellos tipo de blindados, y una mejora considerable respecto a otros (al menos no estábamos bajo fuego enemigo y aquello

era una mejora) nos detuvimos y la escotilla se abrió de golpe. Seguí a Nyte y Kasteen afuera, para ser recibidos por un Lustig algo azotado por el viento.

-No hay señales de problemas-, informó, saludándonos a la coronel a mí con un movimiento fluido.

-Perfecto, reúne al equipo y vayan a ver si les pueden servir algo de comer-, dije. Sospechaba, con razón, que la sesión informativa iba a ir para largo. Miré a Kasteen**-. Aquí deberíamos estar lo suficientemente seguros.**

-Me imagino que sí-, respondió ella, con un destello de diversión brillando en sus ojos. Cruzamos en enorme búnker subterráneo, sin duda bajo la misma roca en la que se asentaban los cimientos del edificio de los Árbites, donde estaban estacionados una buena cantidad de Rhinos como el que nos había llevado hasta allí. Parecían preparados y listos para arrancar a la dura luz de las luminarias suspendidas del techo. Los soportes de las armas destellaban donde les alcanzaba la luz, y un par de ellos estaban siendo revisados por un grupo de visioingenieros. Una gruesa puerta blindada de adamantium se cerró detrás de nosotros, sellando la rampa de salida**-. No tenía idea de que los agentes de la ley locales estuvieran tan bien armados.**

-Este equipo pertenece a los Arbites-, nos informó Nyte, dejando a uno de sus subordinados para que se ocupara de Lustig y sus soldados, y liderando el camino por un corredor con paredes de rococemento hasta una puerta de tamaño más convencional**-. Solo se nos permite su uso en caso de una emergencia civil importante.**

-Me imagino que la situación actual puntúa para ello con nota-, dije, y él asintió con seriedad.

-Me temo que así es-, contesto. Sin embargo, cualquier otra cosa que pudiera estar a punto de decir tendría que guardárselo para sí mismo, ya que una voz alegre nos llamó desde algún lugar más adelante.

-¡Ciaphas! Después de todo lo has logrado-. Amberley estaba esperando junto a una puerta de madera lisa, que podría haber conducido a cualquier parte. Estaba vestida de forma sencilla pero llamativa, con un tabardo gris moteado sobre el tipo de uniforme que estaba más acostumbrado a ver en los oficiales Árbites, aunque el suyo destacaba más, al ser de un rojo profundo en lugar de color negro medianoche. Su cabello estaba recogido en una cola de caballo con una cinta del mismo color, que hacía juego casi exactamente con los rubíes colocados en las cuencas de los ojos del minúsculo cráneo en el centro de la estilizada letra "I" del sello de la Inquisición que colgaba de su cuello, forjado en oro y no más grande que mi pulgar**-. Pareces sorprendido de verme.**

-Así es-, admití**-, y agradablemente, he de añadir-,** lo cual también era verdad, y su sonrisa se ensancho un poco.

-Eres un descarado adulador-, dijo**-, pero gracias de todos modos-.** Abrió la puerta y entró**-. Sin embargo, me temo que no tenemos mucho tiempo para socializar.**

La seguí, entrando en un corredor con una alfombra excesivamente mullida en al que los pies se me hundían casi hasta el tobillo y con las paredes llenas de retratos que supuse que representaban a los desafortunados Arbiter asignados previamente a aquel atrasado mundo (a menos que los hubieran llevado hasta allí como parte del mobiliario cuando Keesh o alguno de sus predecesores tomaron el control del edificio). También había por doquier tapices donde se representaban juicios notables y situados entre ellos había citas en delicados trazos con artículos legales escritos en Alto Gótico, de modo que, cuando miré hacia atrás, no pude decir dónde se encontraba la puerta de servicio por la que habíamos entrado desde el área del edificio abierta al público. Amberley aminoró un poco el paso, se puso a caminar a mi lado y me cogió del brazo.

-Buen trabajo esta mañana-, dijo**-. Si esa barcaza de combustible hubiera alcanzado su objetivo, las cosas se nos hubieran puesto muy cuesta arriba.**

-Ciertamente habría sido nuestro fin-, le dije. Amberley negó con la cabeza y sus ojos se nublaron por un momento.

-Estoy hablando de la situación global. Si las cosas son tan malas como creemos, necesitaremos contar con Darien-. Me apretó el brazo de manera amistosa y volvió a sonreír**-. Por no mencionar a nuestros activos allí-.** Comentó asintiendo con la cabeza a Kasteen mientras hablaba, dando a entender que se refería al regimiento, aunque sus ojos estaban descansando en Jurgen, quien caminaba uno o dos pasos detrás de mí, como de costumbre. Al escuchar aquello, sentí un leve cosquilleo premonitorio en las palmas de mis manos, cuando se me ocurrió la idea de que había mucho sobre aquella situación

que aún no me habían dicho. Pero para eso es lo que se suponía que era aquella reunión informativa.

Antes de que pudiera formular una respuesta adecuada, entramos en un amplio vestíbulo, y Amberley se detuvo ante un par de puertas dobles talladas, a través de las cuales podía oír un murmullo de conversación.

-Aquí estamos-, dijo ella, apartándose. Parecía estar a punto de añadir algo más, pero la unidad de vox integrada en el colgante alrededor de su cuello sonó suavemente, y una débil voz le murmuró algo que no pude captar.

-¿Está absolutamente segura?-, preguntó, y escuchó de nuevo**-. Lo sé, ella nunca es lo que se dice clara, pero ... déjalo, voy para allá-.** Ella me devolvió la mirada**-. Me tengo que ir. Un planeta en peligro, ya sabes cómo es.**

-¿No te vas a quedar para la reunión?-, le pregunte desconcertado.

Amberley negó con la cabeza, con un leve gesto de burlón en su rostro**-. Mi presencia aquí es un secreto, ¿recuerdas? No estoy dispuesta a mostrarme en un escenario frente a la mitad del planeta-.** Ella me lanzó una sonrisa deslumbrante, sus ojos brillando con malicia**-. No le digas a nadie que estoy aquí; odiaría tener que matarte.**

-También yo preferiría que no tuvieras que hacerlo-, le aseguré, tratando de sonar como si estuviera bromeando,

y no del todo seguro de que así fuera.

-Intentaré verte más tarde-, dijo Amberley, vacilando a punto de dar la vuelta para irse**-, y si no puedo, me pondré en contacto tan pronto como sea posible. Comprenderás mucho más cuando hayas escuchado lo que Keesh tiene que decir.**

-Te estaré esperando-, dije, y extendí una mano para abrir la puerta.

-Nosotros no podemos pasar de aquí-, dijo Nyte, adelantándose apresuradamente para impedir el avance de Jurgen**-. La sesión informativa está restringida solo al personal de alto rango.**

La expresión habitual de apacible imbecilidad de Jurgen comenzó a endurecerse, transformándose en la máscara de obstinación que había contenido incluso a almirantes y generales hasta que pude molestarme en tratar con ellos, y le dirigió a Nyte una mirada fulminante.

-Voy con el comisario, a menos que él me diga lo contrario-. Consciente de la sonrisa apenas oculta en la cara de Amberley, yo asentí juiciosamente.

-Técnicamente tiene razón, por supuesto-, le dije a Nyte**-. El rango militar de Jurgen es demasiado bajo para permitir que me acompañe-.** De hecho, era lo más bajo posible y aún lo consideraba un Guardia en lugar de un auxiliar, pero eso no era lo importante**-. Sin embargo, ya que está aquí como mi ayudante, es un**

representante del Comisariado en lugar de la Guardia Imperial, lo que significa que tiene carta blanca para ir a cualquier lugar que exijan sus deberes. ¿No es así, inquisidora?

-Ciertamente-, asintió Amberley, manteniendo un gesto serio con cierta dificultad.

-Ya veo-, respondió Nyte sonrojándose un poco, sin duda lamentando haber iniciado aquella conversación**-. Entonces lo dejo a su criterio.**

Se alejó por el pasillo y Jurgen me miró plácidamente, desaparecido de su rostro todo rastro de agresividad.

-¿Algo que pueda hacer por usted, comisario?

Negué con la cabeza

-No se me ocurre nada-, admití.

-Muy bien, señor-, se aposentó en uno de los sofás esparcidos por el lugar con un suspiro de satisfacción, y sacó un termo de tanna y una placa de datos porno de su colección de bolsas.

-Si no le importa le esperaré aquí, ¿le parece bien?

-Será lo mejor-, admití. Después de todo, había tenido un día ajetreado hasta el momento, así que no sería mala idea

que descansara un poco mientras pudiera. Reprimiendo una punzada de envidia, me volví hacia Kasteen e hice un gesto hacia la puerta.

-¿Entramos?

-Adelante-. Abrí la puerta, con una última desconsolada mirada al trasero de Amberley, y pasamos juntos.

Lo primero que me sorprendió fue el ruido, un murmullo de voces superpuestas que resonaban desde el techo abovedado que teníamos encima, y luego mis ojos observaron la escena. Estábamos en un gran anfiteatro, con escalones de asientos bien acolchados orientados hacia un podio central en el que Keesh ya estaba sentado, charlando con la inconfundible figura del General Supremo Zyvan, el líder militar de nuestra pequeña fuerza expedicionaria. Evidentemente me recordaba de Gravalax. Levantó la vista, busco mí mirada un momento e inclinó la cabeza a modo de saludo. Por supuesto, solo aquello atrajo la atención de todos los demás, y varias decenas de cabezas giraron en nuestra dirección, el ruido ambiental disminuyó considerablemente cuando los notables reunidos registraron la presencia del héroe del día. Miré a mi alrededor, buscando un lugar para sentarme, mientras todos los ojos en la habitación giraban en mi dirección.

—Comisario-, me saludó Zyvan, con una sonrisa amistosa que se abría paso más allá de su pulcramente recortada barba**-. Un placer verle de nuevo-.** Zyvan asintió con la cabeza hacia Kasteen**-. Y por supuesto también a usted, coronel.**

De repente, conscientes de que éramos las únicas dos personas en la sala que aún estaban de pie, Kasteen asintió formalmente.

-Mi General Supremo-, dijo, buscando un asiento tan discretamente como urgentemente lo hacía yo.

-Permítanme-. dijo Un tecnosacerdote de primer nivel, moviéndose para hacernos hueco para los dos. Agradecidos, Kasteen y yo nos deslizamos en el banco a su lado con gratitud. Su túnica ocultaba algunas extrañas y sólidas protuberancias, que me empujaban incómodamente de vez en cuando, pero al menos ya no estaba de pie, como un blanco de prácticas en el campo de tiro. Su mandíbula inferior había sido reemplazada por metal, una rejilla de malla fina donde debería haber estado su boca, pero a pesar de no poder sonreír, asintió a modo de saludo, que parecía lo suficientemente sincero, y su unidad voxcoder logró infundir un tono afable a sus palabras

-Magos Lazurus, a su servicio.

-Comisario Caín-, le contesté, como si él no lo supiera ya, y le señale a mi compañera**-. Y la coronel Kasteen, del 597º de Valhallan.**

—Su reputación le precede, comisario-, dijo Lazurus, con cierto rastro de diversión. Recordé la necesidad de reforzar mi posición en la reunión mientras todavía tenía las miradas puestas en mí, así que me dirigí hacia Zyvan.

-Mis disculpas por demorarles a todos-, dije, proyectando claramente mi voz a través del zumbido ahora silenciado de la conversación como me habían enseñado cuando era un joven cadete**-. Me temo que nuestro piloto sufrió un ineludible retraso en la salida del vuelo.**

-Eso parece, afortunadamente para todos nosotros-. Zyvan aceptó las disculpas con la gracia que esperaba, y luego, para mi sorpresa, me sonrió**-. Tal vez, antes de irse, tenga la amabilidad de contarme los detalles durante la cena.**

-Será todo un placer-, le aseguré, sin dudar lo más mínimo que su chef personal sería mucho más creativo que los cocineros del 597º.

-Si no se espera a nadie más, tal vez podamos comenzar-, dijo Keesh, mirando alrededor de la habitación. Zyvan asintió con la cabeza.

-Cierren la sala-, ordenó, y una escuadra de sus guardias personales tomó posiciones alrededor del anfiteatro, cubriendo las salidas con sus armas de fuego preparadas.

A medida que avanzaban por los pasillos, aproveché la oportunidad para observar a las personas presentes, un poco sorprendido por su diversidad. Por supuesto, había muchos uniformes de la Guardia, coroneles de todos los regimientos que se encontraban actualmente en Periremunda, algunos de ellos acompañados por una selección de sus oficiales superiores, y casi todos con sus

comisarios a cuestas. Reconocí algunas caras conocidas de otras guerras, pero la mayoría me eran desconocidos. Aparte de Lazurus había pocos tecnoadeptos, pero los que estaban allí parecían agruparse a su alrededor, como si formaran parte del mismo grupo.

Después de las dudas que Keesh había expresado sobre la lealtad de las FDP, no me sorprendió su ausencia, pero sí había una institución local que parecía gozar de la confianza del Arbiter. Bajo el podio, observando atentamente a Zyvan y a él desde la primera fila, había un pequeño grupo de figuras ataviadas con una brillante armadura plateada, envueltas en capas negras, con la solitaria imagen de una rosa blanca.

-Hermanas de batalla-, dijo Kasteen, con un evidente tono de asombro en su voz. Asentí.

-Supongo que si alguna fuerza planetaria puede ser considerada como inmune a los genestealers, tienen que ser ellas-, admití. Después de todo, era poco probable que transmitieran la mancha incluso si estaban infectadas, y en la atmósfera de piadoso culto al Emperador en la que vivían, dudaba que alguien tocado por los xenos escapara a su detección por mucho tiempo.

-Por la gracia del Emperador-, dijo Kasteen, y yo asentí de nuevo, algo menos feliz de verlas de lo que evidentemente estaba la coronel. Había visto a las Sororitas desatadas en el campo de batalla con anterioridad, y como he dicho, siempre me han parecido tácticamente un instrumento contundente, mientras que a mi entender, lo que en aquellos momentos necesitábamos era sutileza. Por

supuesto, aquella opinión estaba a punto de cambiar notablemente, pero en aquel justo instante no tenía ni idea de ello.

-Como la mayoría de ustedes ya saben-, comenzó Zyvan, mientras un hololito parpadeaba erráticamente al activarse, proyectando un mapa del subsector sobre su cabeza**-, hemos recibido un mensaje de Coronus. Otras dos divisiones de la Guardia Imperial han logrado llegar a tiempo para unirse a la flota expedicionaria, y se espera que lleguen al sistema en poco más de una semana, junto con un grupo de batalla reforzado de la flota del sector,eso si las corrientes de la disformidad continúan siendo favorables.**

-Alabado sea el Emperador por su previsión-, dijo la mujer que vestia una servoarmadura decorada con mayor profusión, y las otras hicieron la señal del Aquila al escuchar aquel santo nombre. Zyvan asintió bruscamente.

-En efecto. Sin embargo, todavía no han llegado, no lo olvidemos. La flota enjambre también está en movimiento, y tan cerca que podemos estimar su ubicación gracias a la sombra de la disformidad que nuestros astrópatas han detectado. Está en algún lugar, por aquí.

Una mancha vaga surgió, cubriendo una gran porción de espacio.

-Como puede verse claramente, dependiendo de dónde se encuentre realmente la mayor parte de la flota tiránida, podrían llegar a nosotros hasta una semana antes de que lo hagan nuestros refuerzos, o quince días después. Simplemente no hay forma de saberlo qué hasta que no lleguen aquí.

Una oleada de inquietud comenzó a circular por la sala, y pensé que era hora de recordarle a la gente qué la clase de héroe que se suponía que era.

-Me he enfrentado a los tiránidos anteriormente-, dije**-, y también la coronel. Son enemigos formidables, se lo garantizo, pero ambos somos una prueba viviente de que pueden ser derrotados.**

-Bien dicho-. Zyvan me miró con algo parecido a la aprobación**-. Pero hay una complicación adicional a tener en cuenta.**

-Los cultos genestealers-, comenté asintiendo**-. Necesitamos purgar las unidades de las FDP antes de que lleguen los tiránidos, para poder estar seguros de ellos antes de lanzarlos a la lucha.**

-Estamos haciendo todo lo posible para acelerar el proceso-, nos aseguró Keesh**-, pero precisamente al hacer eso se ha descubierto un nuevo problema-.** Algo en la forma en que habló hizo que las palmas de mis manos volvieran a picar, y simplemente asentí, esperando a que continuara, sin saber si podía confiar en mi voz para no traicionar mi repentina oleada de aprensión.

-Muy bien-, dijo Zyvan. Su mirada de acero barrió la habitación, la fuerza de su personalidad se apoderó de todos a su vez**-. Lo que están a punto de escuchar es un asunto muy delicado. No es exagerado decir que la supervivencia de este mundo puede depender de su discreción-.**

La cosa empeoraba, pensé. Ya conocía el talento de Zyvan para lo dramático, un rasgo que habría de conocer mucho mejor en los años venideros, pero algo acerca de su lenguaje corporal me dijo que en este caso no estaba exageraba un ápice. Hizo un gesto con la cabeza hacia Keesh.

-Anoche descubrimos una camada de híbridos, que se habían infiltrado con éxito en las Fuerza de Defensa del Sistema-, comenzó el Arbiter sin preámbulos**-. La purga aún continúa, pero entre las instalaciones comprometidas se encontraba esta.**

El hololito parpadeó y comenzó a proyectar una imagen parpadeante del sistema de Periremunda, con una de las estaciones orbitales externas resaltada en rojo.

-Orbital Argus Cinco-, explicó Zyvan amablemente**-. Una de las ocho plataformas del éter que conforman la red de auspex de todo el sistema.**

-Exactamente-, continuó Keesh, volviendo al tema**-. Por supuesto, en el momento en que nos dimos cuenta de que una instalación tan sensible había estado bajo**

el control del enemigo, comenzamos una revisión inmediata de los registros de datos. Los resultados de los cuales han sido, como mínimo, bastante inquietantes.

-¿En qué sentido?-, preguntó una voz, de nuevo la mujer de la llamativa armadura, y el eco de su voz resonó en la sala. El tono de su voz transmitía una sensación de fuerza y calidez que me reconfortó. Fuera lo que fuera que el arbiter estaba explicando, no era nada bueno, de eso estaba seguro, y sentí un intenso deseo que abreviara, de que fuera al grano de una vez, nos contara las malas noticias, y al menos así acabar de una vez.

-Abadesa Eglantine-, Keesh asintió, reconociendo su presencia con un cansancio que indicaba en gran medida que se habían encontrado antes, aunque rara vez cara a cara, lo que supongo que no era sorprendente: la ley trataba con evidencias físicas, mientras que la Eclesiarquía trataba con cuestiones de fe, con lo cual el terreno común entre ambas era generalmente bastante nimio**-. ¿Quiere añadir algo?**

-Tan sólo que un verdadero servidor del Emperador no debe sentir inquietud alguna, por muy malas que sean las noticias-, dijo la mujer**-. Él protege.**

Ella inclinó la cabeza, y el resto de su séquito hizo lo mismo. Antes de que pudieran sugerir que orásemos todos juntos o algo por el estilo, Keesh decidió ir directamente al tema, que probablemente era lo que Eglantine había pretendido que hiciera.

-Los registros de datos fueron manipulados-, dijo**-, para ocultar el hecho de que los espíritus de las máquinas de los auspex habían sido cegados en un estrecho arco en todo el sistema.**

Algo que podría haber sido una aguda inhalación sacudió el augmético cuerpo del tecnosacerdote que estaba a mi lado, seguramente por el pensamiento de la blasfema profanación de los cogitadores de la estación Argus, algo que evidentemente le angustió sobremanera. El hololito volvió a cambiar, y un delgado embudo violeta apareció como un arañazo en la planta del sistema de Periremunda, que iba desde el planeta hasta la periferia del sistema. Inevitablemente, la imagen en el hololito comenzó a encogerse, Periremunda, su sol y los demás planetas y hábitats disminuyeron a un solo punto, como si flotaran en el agua del baño y fueran succionados por una tubería de drenaje.

-El área afectada solo se extendía hasta el halo (1) del sistema-, dijo Zyvan**-, pero nuestros tecnoadeptos y navegantes pudieron extrapolar la línea extendiéndola más allá de los límites del alcance del auspex.**

(1) *La franja de escombros cometarios que marcan el límite nominal de un sistema solar.*

Con una sombría sensación de fatalidad, observé cómo la imagen continuaba reduciéndose hasta que se restauró la vista anterior del subsector. Como sabía que lo haría, la delgada línea violeta se extendía varios parsecs desde

Periremunda, finalmente desapareciendo en la siniestra sombra que rodeaba la flota colmena tiránida.

-¿Cuánto hace que se cometió esta traición?-, pregunté, impaciente por escuchar lo que aún no nos habían contado, y que desgraciadamente iba a ser muy malo. Keesh me miró directamente, con un rostro más serio y sombrío, como nunca antes le había visto.

-Los registros fueron manipulados en el 847.932-, dijo sombríamente. Comencé a calcular la cantidad de tiempo que había transcurrido, un escalofrío de miedo temblando por mi espalda, pero antes de que pudiera alcanzar una respuesta, Keesh me ahorró la molestia**-. Así que parece muy probable que una avanzada de la flota enjambre haya aterrizado sin ser detectado hará unos seis meses. No es que los tiránidos estén en camino, señoras y señores. Ya están aquí.**

CAPÍTULO X

Bien, pueden estar seguros de que aquello llamó la atención de todos, el clamor resultante me dio tiempo al menos para enmascarar mi propio terror. Era una noticia mucho peor que el escenario más pesimista que Kasteen y yo habíamos podido imaginar durante nuestra exasperante espera en el espaciopuerto de Darien. La coronel me miró con los labios apretados.

-Esto va a afectar seriamente a nuestra estrategia-, dijo, con un optimismo que me dejó totalmente sorprendido**-. Hemos estado trabajando en el supuesto de que teníamos que lidiar con una invasión desde el espacio. Si los tiránidos ya están en el planeta, tendremos que fortificar a fondo nuestras posiciones.**

-Una vez que sepamos por donde van a venir-, estuve de acuerdo. Si ya estuvieran en Hoarfell, las criaturas exploradoras podrían estar al acecho en cualquier lugar. El engaño y camuflaje eran los objetivos para lo que habían sido creados.

Sin embargo, había una pequeña posibilidad de que pudiéramos deducir su presencia, aunque solo fuera por interpolación**-. Tan pronto como regresemos, necesitaremos acceso a todos los archivos de las FDP y de los justicar de Hoarfell de los últimos seis meses. Personas desaparecidas, fallos en el auspex, rumores que un amigo le cuenta a otro… cualquier cosa extraña o sospechosa.**

Kasteen asintió.

-Eso si esos archivos son fiables, claro-, dijo, planteando la vieja pregunta de hasta que punto podríamos confiar en instituciones que bien podrían haber sido infiltradas por los cultos genestealers.

-Por ahora vamos a tener que fiarnos-, le dije**-. Es lo único lo que tenemos**.

Kasteen asintió de nuevo, mirándome con gesto infeliz**-. Voy a poner a Ruput en ello tan pronto como pueda enviar un mensaje-,** dijo. En aquellos momentos la sería imposible ponerse en contacto con Broklaw, las medidas de seguridad que Keesh había implementado para esta reunión anulaban cualquier transmisión Vox saliente.

-Bien-, dije, y levanté mi voz por encima del murmullo general**-. ¿Puedo hacer una pregunta?**

Como suele ocurrir en estos casos, un hombre que aparentaba saber lo que estaba haciendo era suficiente para que todos los demás respiraran profundamente, al menos metafóricamente hablando, y comenzaran a calmarse. El hecho de que en este caso estuviera respaldado por mi fraudulenta reputación de mantener la calma en situaciones de crisis probablemente tampoco me perjudico.

-Por supuesto, comisario-, dijo Keesh, con tono aliviado, aunque aquello se debió al hecho de que todo el mundo estaba empezando de nuevo a prestar atención, o que

parecía haber evitado que la delegación de Sororitas se lanzara a cantar el segundo verso de “*Que el Emperador nos acoja en su seno*” **(1)**, aunque no lo puedo asegurar. Consciente de que, una vez más, era el centro de atención, adopte una postura de modestia sin pretensiones.

(1) *himno que invoca la protección del Emperador en tiempos de peligro, un tanto torpe para los gustos modernos, pero aún bastante popular entre los piadosos más aferrados a la tradición.*

-¿Se ha detectado algún rastro de una vanguardia tiránida en alguna de las mesetas?-, las palabras de Amberley sobre la necesidad de que Darien estuviera bajo nuestro control, desde un punto de vista táctico, solo tenían sentido si se consideraba que otras mesetas con instalaciones de puertos espaciales estaban en entredicho. Después de todo, con dos divisiones de Guardia Imperial viajando a través de la disformidad, necesitaríamos un lugar para que aterrizasen cuando llegaran.

-No-, admitió Keesh, su evidente alivio ante la respuesta genero pequeñas ondas de tranquilidad alrededor del auditorio**-. Al menos eso indica que, independientemente de la infiltración que se haya producido, esta ha sido a pequeña escala.**

-¿Cómo puede estar tan seguro?-, preguntó Eglantine, con un rastro de aspereza en su voz, como si una de sus novicias no hubiera memorizado correctamente un versículo de una preciada oración. Keesh la miró con enfado apenas contenido.

-Debido a la geografía única de este planeta, eminencia. La superficie habitable de Periremunda es una diminuta fracción del total, y en su mayor parte está densamente poblada. Si una fuerza de infiltración ha llegado al planeta, esta debe ser lo suficientemente pequeña como para evadir la detección en tales condiciones, o bien permanece aislada en una de las mesetas menores, y en tal caso estarían efectivamente atrapada. El General Supremo y yo nos inclinamos por el punto de vista anterior, y anticipamos pocas dificultades para tratar con ellos una vez que revelen su presencia.

Eglantine no parecía más convencida.

-Si aterrizaron en alguna de las mesetas-, señaló.

-La mayor parte del planeta es un desierto.

-Si bajaron al desierto, podrían estar en cualquier parte.

-Si han aterrizado en el desierto, entonces ya estarán muertos-, le aseguró Keesh. Sabiendo lo duros que podían ser aquellos horrores quitinosos, yo no estaba tan seguro de eso, y por su expresión dubitativa, parecía que Zyvan compartía mi opinión.

-Sin embargo-, intervine**-, no nos costaría nada hacer un examen orbital completo para asegurarnos de ello. ¿Quizás nuestras naves en órbita podrían hacer ese trabajo?**

-En ello están-, me aseguró Zyvan, con un gesto de aprobación**-. Hasta el momento no han encontrado nada, aunque es muy difícil obtener imágenes precisas de las zonas más profundas con los auspex.**

Asentí, recordando la gran tormenta de arena que había sobrevolado en mi primera visita a Principia Mons. Cualquier cosa podría estar escondida debajo de eso, o bien bajo las humaredas de los volcanes ecuatoriales. Sin embargo, el hecho de que no hubieran podido encontrar a aquella monstruosa horda que todos temíamos, tranquilizó a todos los presentes.

Una vez que sus mentes se hubieron liberado de la posibilidad de ser arrollados bajo una marea de monstruos en cuanto pusiéramos un pie fuera del auditorio, la atención de todos volvió a los asuntos más mundanos de la táctica y logística. Esto básicamente se redujo a que todos los comandantes de regimiento recibieran carta blanca para asegurar la meseta que les había sido asignada de la manera que consideraran más adecuada, planes de contingencia para evacuar a la mayor parte de la población civil a las mesetas defendidas por la Guardia si llegaba la flota colmena, o en caso de que la supuesta fuerza de infiltración mostrase sus cartas (o garra, o garras desgarradoras) antes de que aparecieran nuestros refuerzos, y un informe de los progresos de Keesh sobre el dolorosamente lento proceso de identificación de las unidades de las FDP que ya estaban definitivamente libres de contaminación genestealer y en las que se podía confiar para luchar sin tener a alguien mirando por encima del hombro, preparados para aniquilarlos con un bombardeo de artillería a la primera señal de traición.

El número de unidades de absoluta confianza seguía siendo deprimentemente bajo, y parecía muy probable que nos viéramos obligados a desplegar unidades dentro de la siguiente categoría de confiabilidad, que Keesh había definido como apenas razonablemente fiables. Fue cuando el hololito mostró esta segunda lista, mucho más grande, que Eglantine interrumpió una vez más.

-¡Esto es igual a poner en duda la lealtad de mi propia hermandad!-, exclamó furiosa, con un perfecto tono dramático.

Parecía que había visto en la lista el nombre de la Milicia de Gavarrone, la unidad de las FDP con base en la misma meseta donde la Orden de la Rosa Blanca tenía su convento, y dado que Gavarrone era un feudo de la eclesiarquía, en teoría independiente del gobierno planetario, sujeto únicamente al derecho canónico, había optado por interpretar el hecho como un intento velado de cuestionar la lealtad de la iglesia misma.

Para ser honesto, no tengo ninguna duda de que Keesh habría disfrutado de la oportunidad de atacar a su rival en la interminable disputa entre la iglesia y el estado, pero, dadas las circunstancias, era demasiado sensato como para hacer un problema de aquello, y adoptó una postura más diplomática ante la furiosa canonesa.

-Estoy seguro de que nadie aquí querría hacer algo así-, la aseguró, con su voz estudiadamente neutral**-. Si su fe en los hombres de las fuerzas de defensa planetarias gavarroniano es tan fuerte como la que**

tiene en sus hermanas de batalla, entonces puede desplegarlos donde y como crea conveniente.

Incapaz de replicar al arbiter ante el riesgo de tener que apoyar tácitamente las dudas a las que se había opuesto, Eglantine simplemente asintió con fuerza claramente enfadada.

-Prevalecemos por la gracia del Emperador-, sentenció la canonesa.

-Entonces nuestra victoria está asegurada-, dijo Keesh suavemente, dando vueltas a un cuchillo entre sus manos. Obviamente la reunión se prolongó hasta última hora de la tarde.



Afortunadamente incluso las cosas aburridas acaban por terminar, y finalmente Keesh y Zyvan nos despidieron con unas pocas palabras sobre la necesidad del secreto absoluto que aún resonaban en nuestros oídos. Lo cierto es que yo pensaba que todo aquello no era necesario, ya que no creo que ninguno de los presentes ignorara las consecuencias de que se hiciera pública la noticia de la amenaza tiránida a los civiles antes de que todos nuestros preparativos estuvieran en su lugar. La ciudadanía ya estaba lo suficientemente asustada con la idea de que los traidores y los herejes andaban poniendo bombas al azar, y si llegaban a sospechar la amenaza real que se extendía sobre su mundo

natal, el pánico y el desorden civil serían casi imposibles de contener.

Respiré el aire relativamente fresco del vestíbulo con gratitud, mi cabeza palpitaba por el aburrimiento y la fatiga, y miré a mi alrededor, buscando a Jurgen, pero parecía haberse desvanecido por completo, dejando solo un leve recordatorio de su presencia flotando en el aire alrededor del sofá que había ocupado. También había una evidencia un poco más tangible de que había estado allí: una bandeja que contenía una delicada tetera de tanna de porcelana y una taza, ambos vacíos, así como un plato a juego decorado con los restos aplastados de lo que alguna vez había sido un pastelillo de arándanos. Una hilera de migajas y detritos menos identificables delimitaban el espacio donde habrían estado sus pies.

-¿Comisario?-, Lazurus estaba de pie a mi espalda, con algo bajo su túnica zumbando débilmente**-. ¿Le preocupa algo?**

-En realidad no-, dije, ocultando mi irritación lo mejor que pude. La vista de los restos del improvisado picnic de Jurgen me había recordado lo hambriento que estaba. No tenía ni idea de donde lo habría sacado, y sabía que no debía preguntar**-. Me preguntaba a dónde habrá ido mi ayudante.**

-Estoy seguro de que lo encontrará enseguida-, dijo Lazurus suavemente, su voz bajó a un nivel donde nadie más a nuestro alrededor podía oírlo**-. La inquisidora Vail parece tener una fe considerable en su habilidad para encontrar lo que está perdido-** dijo, estudiando mi

cara en busca de una reacción, que a mí me gusta pensar que yo estaba demasiado entrenado como para mostrarla, a pesar de la repentina conmoción de escuchar el nombre de Amberley en los labios de un extraño (aunque en realidad él no los tenía, como ya he mencionado antes, pero ya saben a que me refiero).

-Tuvimos suerte con Gravalax-, dije, tan suavemente como pude, demasiado acostumbrado a disimular como para no saber navegar fácilmente entre ambigüedades. Evidentemente, Lazurus era consciente de que Amberley y yo nos conocíamos, y fácilmente podría estar jugando a intentar pescar algo si tenía alguna sospecha sobre su presencia en el planeta. Obviamente tenía mucha práctica en aquel tipo de juegos. Lazurus asintió afablemente.

-Eso he oído. Buena suerte para encontrar a su ayudante.

Comenzó a alejarse, y tal y como yo esperaba que hiciera, luego se volvió hacia mí, como si de repente le hubiera venido algo a la cabeza.

-Oh, eso me recuerda. ¿Hay alguna pista prometedora sobre Metheius?

Por supuesto, no sabía quién me estaba hablando, pero estaba lo suficientemente cansado y hambriento como para no poder resistir la tentación de molestarlo un poco.

-Nada concreto-, le dije, con la vacilación suficiente para hacerle creer que me estaba resistiendo, y él asintió de

nuevo, como si le acabara de confirmar algo.

-Por supuesto. Primero tendrá que hablar con la inquisidora-. Asintió de nuevo afablemente, e hizo la señal de la rueda dentada**-. Que el Omnissiah regule sus sistemas.**

-Y a usted—, dije con suavidad, preguntándome qué más no me había contado Amberley.

-Parece que has hecho un amigo-, dijo Kasteen, acercándose un poco más ahora que el tecnosacerdote se había ido. Por alguna razón, los mecanos siempre le provocaban recelos, incluso nuestros propios visioingenieros, aunque podía ocultarlo lo suficientemente bien si tenía que hacerlo. Sin embargo, eso no significaba que a ella le gustara estar cerca de ellos, y tendía a encontrar algo en lo que concentrarse cuando había alguno presente, si podía, claro está.

Mientras había mantenido mi extraño tête-a-tête con Lazurus, había estado conversando con su contrapartida de uno de los regimientos Harrakoni, y por fortuna se había perdido toda la conversación.

-Posiblemente-, dije con cautela, y miré alrededor buscando a Jurgen de nuevo. La multitud en el área del vestíbulo comenzaba a disminuir, y empezaban a aparecer grandes huecos entre el gentío, pero todavía no había señales de mi errante ayudante. Volví la cabeza y pude ver una fluctuación de movimiento por el rabillo del ojo, pero cuando miré en esa dirección no pude ver nada. El último

contingente de la Guardia Imperial se alejó, haciéndose a un lado para dejar espacio a Eglantine y su escolta, dejándonos a Kasteen ya mí con nuestras cosas.

-Será mejor que te adelantes. Ya te alcanzaré en cuanto encuentre a Jurgen.

-De acuerdo-. Respondió Kasteen asintiendo enérgicamente, tan consciente como yo de que teníamos la imperiosa necesidad de volver a Hoarfell lo más rápido posible para ponerlas nuevas medidas en marcha, y desapareció por el pasillo, mientras pulsaba un botón en su comunicador**-. Lustig, nos vamos. Quiero una conexión vía vox con el Mayor Broklaw tan pronto como estemos lo bastante alejados del campo de amortiguación-.** Al quedarme solo suspiré impaciente, y miré alrededor, esperando encontrar alguna pista sobre el paradero de Jurgen. No podía haber ido muy lejos, pues al tocar la tetera noté que aún estaba caliente.

Aquel simple gesto detectivesco me salvó la vida. Cuando me agache, inclinándome hacia delante por la cintura para estirar la mano y tocar la pieza de porcelana, volví a percatarme de ese movimiento en mi visión periférica, y una brisa fría pasó rozando mi mejilla. Aquella era una sensación con la que ya estaba muy familiarizado, un arma afilada de algún tipo que cruzaba el aire demasiado cerca para mi comodidad, y saqué mi espada, lanzando una serie de mandobles en un esquema defensivo que había practicado tan a menudo que ya me salían por acto reflejo, sin necesidad de pensar en ello. Giré en redondo, buscando un objetivo y me encontré frente a una habitación vacía.

Sentí como se me secaba la boca, y en la parte posterior de mi lengua pude probar de repente el acre regusto a ozono de la brujería. Me había enfrentado a psíquicos antes, por supuesto, pero casi siempre en compañía de Jurgen, y luché contra una creciente marea de pánico. Empujé aquel miedo tan lejos como pude, en un rincón de mi cerebro posterior, donde podría usarlo para acelerar mis reflejos sin interferir en mis posibilidades de supervivencia, repase la habitación en busca de ese indicio de movimiento borroso de nuevo. Capté el parpadeo en mi visión periférica justo a tiempo, y bloqueé un golpe por instinto, sintiendo más que viendo el golpe, y fui recompensado con el inconfundible gemido de los dientes duros como diamantes que de mi espada sierra cortando el acero.

-¡Frot!-, dijo una voz cerca de mi oído, con un tinte de sorpresa agraviada en ella, y lancé una estocada hacia la fuente del sonido, pero por supuesto, mi invisible agresor tenía la ventaja de poder ver la zumbante espada en mi mano, y esquivó fácilmente el golpe.

-¡Jurgen!, ¡Kasteen!-. Grité**-, ¡volved aquí! -.** Pero la estática siseó en mi comunicador, totalmente bloqueado. Parecía que el psíquico, quienquiera que fuera, tenía la habilidad de bloquear a la vez las comunicaciones, así como mis sentidos **(1).**

(1) *Muy probablemente así era; El cerebro humano funciona con impulsos eléctricos diminutos, por lo que es perfectamente posible que el campo de enmascaramiento del psíquico también afectase a cualquier artilugio electrónico en la vecindad.*

-Estás solo, héroe-, me increpó la voz, y rápidamente me puse en guardia por instinto, siendo recompensado de

nuevo con otra sacudida cuando desvié otro golpe no más efectivo que el anterior**-. Oh, muy bueno, o quizás muy afortunado.**

La voz tenía el timbre quejumbroso de alguien insignificante e incompetente que finalmente tiene la oportunidad de avasallar a alguien a quien considera aún más insignificante, y la repentina oleada de ira que acompañó a aquella comprensión fue lo suficientemente fuerte como para liberarme del miedo que me atenazaba, al menos de su mayor parte. Después de todos los monstruosos enemigos que había enfrentado y superado, no estaba dispuesto a caer derrotado por un matón tan patético.

-He luchado contra demonios y brujas de verdad-, dije, manteniendo mi voz tranquila**-. Un psíquico de tres al cuarto no es un gran desafío-.** Podría parecer que picar al tipo que trata de asesinarle a uno no fuera de lo más sensato, pero dadas las circunstancias pensé que no tenía nada perder. Tarde o temprano lograría traspasar mi guardia, y la mejor oportunidad que tenía era sacarlo de quicio y esperar que cometiera un error. Con un poco de suerte descubriría su posición el tiempo necesario para permitirme cortarlo en dos.

-¡Soy lo suficientemente poderoso como para destriparte!-. Bueno, la parte del plan que consistía en enfadarle parecía estar funcionando. Su voz se alzó en un silbido petulante, y un sillón cercano se sacudió un poco cuando algo golpeó contra él. Me lancé al instante, liberando una nube de relleno cuando mi chirriante espada sierra atravesó la tapicería de piel de grox, y fui recompensado con una maldición apagada. Había estado cerca de alcanzarle.

Di un paso adelante, tomando ventaja por instinto, y descubrí el contorno parpadeante de una figura humana solidificándose como una neblina ante de mí, oscilando dentro y fuera de la visibilidad como un hololito mal calibrado. Hubo un golpe abrupto en algún lugar a mi espalda, cuando algo de cerámica se rompió con un sonido inequívocamente caro, y un olor familiar, extrañamente agradable dada las circunstancias, llenó la habitación.

-¡Aguante, comisario!, ¡aquí estoy!-, bramó Jurgen, sin embargo el mero hecho de su presencia fue más que suficiente. Bruscamente, el olor a ozono de la brujería había desaparecido, reemplazado por la reconfortante combinación de calcetines viejos y sudores corporales, y ante mi surgió la figura de un hombre, pequeño e inquieto, agitando una espada de combate mal afilada como si apenas supiera en que extremo estaba la empuñadura, y que me miraba con sus ojos abiertos de par en par por el shock.

-¿Qué has hecho...?-, comenzó a decir, en tono indignado, antes de que mi silbante espada le separara la cabeza de los hombros. Continuó mirándome por un instante, incapaz de asumir su propia muerte, hasta que la presión de los latidos de su corazón lanzó un chorro de sangre a través de su cuello y arrojó su cabeza por los aires hasta que llegó rodando a un rincón.

-¿Dónde estabas, Jurgen?-, pregunté, tratando de sonar tranquilo mientras limpiaba y volvía a enfundar la espada que una vez más acababa de salvar mi vida. Mi ayudante se encogió de hombros e indicó una bandeja en el suelo, que

contenía los restos destrozados de un juego de tanna no muy diferente al que había estado usando, y un montón de sándwiches desparramados.

-Vi a los guardias en la puerta hacerse a un lado para dejar que la gente saliera, así que fui a buscar un refrigerio para la coronel y para usted. Pensé que les vendrá bien después de una reunión tan larga.

Contempló apesadumbrado los restos de su bandeja, y volvió a poner el seguro al fusil láser que había preparado, colgándoselo de nuevo al hombro**-. Será mejor que vaya y le traiga un poco más.**

-Gracias-, dije, más por reflejo que porque quisiera una taza de tanna, y me volví para unirme a él**-. Te acompañare y así te ahorrare el viaje-.** No parecía muy probable que hubiera otro asesino antinatural acechando en las cercanías, o me habrían atacado juntos, pero no estaba de humor para correr más riesgos.

-¿Comisario?-, el General Supremo Zyvan estaba saliendo del auditorio, con Keesh a su lado, y un escuadrón de su guardia personal apuntando alrededor mientras observaban el inesperado espectáculo de la carnicería. Miró al psíquico muerto y enarcó una ceja.

-Entiendo que nuestra conversación de la cena va a ser incluso más interesante de lo que esperaba.

CAPÍTULO XI

-Al parecer, quienquiera que fuera el que trató de matarle, no era un híbrido-, dijo Zyvan, acercándome la placa de datos que había estado mirando al otro lado de la mesa. El ayudante que se la había entregado se inclinó formalmente y desapareció de nuevo, dejando a un lado una bandeja con recafeinados. La cena había cumplió con creces todas mis expectativas, y aunque en los años venideros iba a disfrutar mucho más del genio del chef personal de Zyvan, hasta aquel momento casi nunca había probado nada comparable.

El General Supremo había demostrado ser un anfitrión afable y encantador, lo que reforzó la positiva impresión que ya me había formado de él tras nuestro primer encuentro en Gravalax. En general, me encontré disfrutando de una velada extraordinariamente agradable, que había mejorado aún más después de que Amberley se uniera a nosotros.

Su aparición a mitad del primer plato, disculpándose educadamente por su retraso debido a unos ineludibles asuntos, fue una sorpresa muy agradable, y el entusiasmo con el que comenzó a recuperar el tiempo perdido tan pronto como tuvo un tenedor en la mano, nos dio a entender que lo que fuera que la había ocupado durante el día, a buen seguro había tenido que ser algo agotador. Ella no ofreció voluntariamente la información, y yo sabía que no debía preguntar, como Zyvan por supuesto, a menos que él ya supiera de que se trataba **(1).**

(1) *No, Zyvan no lo sabía.*

Ambos escucharon con sumo interés los sucesos que me habían acontecido aquel día, interrumpiéndome tan solo para hacer preguntas pertinentes o para que pasarnos las distintas viandas. Comencé con el incidente en el aeródromo de Darien, resistiendo la tentación de adornar el relato, porque sabía por experiencia que cuanto más sencilla y claramente hablara de mi supuesto heroísmo, mayor sería el crédito que me otorgarían.

-La gente de Keesh está investigando a la tripulación del dirigible-, dijo Amberley, haciendo una pausa mientras acababa con un plato de corazón de grox salteado**-. Varios trabajadores clave en la compañía de transporte han desaparecido, lo que parece bastante significativo, pero ninguno de los que han capturado hasta ahora parece estar contaminados por los genestealers.**

—Así que, al menos, no volverán a intentarlo —, dije, con más esperanza que otra cosa, y para mi alivio, Amberley asintió.

-Keesh está incrementando los controles de seguridad en todas las tripulaciones aéreas comerciales, por lo que nadie volará a partir de ahora sin una exploración genética-. Comentó mientras se servía una cucharada de rábano rallado sobre la fragante comida que rebosaba su plato**-. Debo decir que parece bastante eficiente para ser un Arbiter asignado a un atrasado planeta como Periremunda.**

-Tal vez molestó a las personas equivocadas-, dije. Ocurre en todas las ramas del servicio imperial, los

individuos capaces y ambiciosos no caen bien a los celosos incompetentes que están por encima de ellos, o simplemente apoyan al bando equivocado en las interminables batallas intestinas de la política Imperial, y como resultado, veían como sus carreras descarrilaban sin remedio. Mientras que yo, que no deseaba otra cosa que dejar de lado mis años de servicio por un puesto cualquiera del funcionariado imperial, lo más lejos posible de la guerra, seguía teniendo todo lo contrario. Esto solo sirve para demostrar lo que siempre he sospechado: el Emperador tiene un desagradable sentido del humor.

-De cualquier manera, ha sido buena suerte para nosotros-, dijo Zyvan. También había invitado a Keesh a unirse a nosotros, pero el Arbiter se había negado, prefiriendo investigar a nuestro misterioso psíquico lo antes posible, antes de que la pista se enfriara. No me había sorprendido tanto cuando llegó su informe preliminar, y nuestro aspirante a asesino resultó ser completamente humano (en la medida en que esa frase puede aplicarse a alguien tocado por la disformidad, por supuesto). Ninguno de los genestealers que había encontrado anteriormente había mostrado ningún talento para la hechicería, y aproveche para mencionarlo.

-Nunca se ha documentado-, aseveró Amberley, que es lo más cercano que un inquisidor podrá acercarse a descartar algo como imposible**.**

-Eso plantea otra cuestión: de dónde vino ese tipo-, señaló Zyvan, con un pensativo trago de su recafeina**-, y por qué estaba tan decidido a matar al comisario.**

Asentí.

-Me estaba preguntando sobre eso-, dije**-. Pensé que Keesh o usted serían los objetivos obvios.**

-Entonces supongo que no ha visto ningún noticiario últimamente-, dijo Amberley con gesto divertido. Por supuesto que no, nunca me había sentido interesado por los chismes mundanos de los civiles con los que había convivido en los otros planetas que había visitado, y la atractiva inquisidora no perdió tiempo en informarme, con el habitual brillo divertido en sus ojos**-. Todos los canales de noticias están hablando de usted, al igual que los medios impresos. Para el Periremundano medio, usted es el rostro público de la Guardia Imperial.**

-Ya veo-, dije lentamente, tomando un sorbo del amargo líquido de mi taza, y sintiéndome como si de repente me hubieran clavado una diana entre los omóplatos. Por experiencia sabía que los civiles solo tenían una idea de lo más infantil de cómo funcionaban realmente los militares, y parecía horriblemente factible que algún insurrecto hubiera podido pensar que sacarme de la ecuación socavaría de alguna manera nuestra capacidad para luchar **(2).**

(2) *De hecho, dada su popularidad entre el contingente de la Guardia Imperial, el asesinato de Caín habría tenido un efecto notablemente adverso en la moral, algo que, como suele ser habitual en él, ni siquiera se le pasó por la cabeza.*

-Entonces, ¿quién era, y quién puede haberlo enviado?

-Bueno, evidentemente era un psíquico-, dijo Amberley**-, y uno relativamente débil y poco entrenado.**

Asentí, tratando de parecer que estaba al día, y afortunadamente Zyvan hizo la pregunta obvia antes de que tuviera que hacerlo yo.

-¿Cómo sabe que era débil?-, preguntó mientras escrutaba de nuevo la placa de datos**-. Según la autopsia, tenía al menos cuarenta años, posiblemente unos cincuenta. Debió haber ocultado con éxito su maldición durante décadas, o habría sido capturado por las naves negras hace ya mucho tiempo-.** Tenía razón. De acuerdo con los conocimientos que había obtenido con los años, la corrupción de la disformidad generalmente aparecía al inicio de la pubertad, hecho que aproveche para mencionar.

-Por regla general así es-, admitió Amberley**-, pero hay excepciones.**

Se encogió de hombros, y al hacerlo su vestido amarillo claro se deslizó sobre su piel de una manera que me distrajo muy agradablemente unos instantes.

-Tendría que preguntarle a alguien en el Malleus o el Hereticus al respecto, puesto que los psíquicos rebeldes son su responsabilidad. Pero sé lo suficiente sobre ellos como para reconocer a un brujo que realmente no puede controlar sus poderes-, comentó

señalándome con la barbilla**-. Usted siguió viendo rastros de movimiento a su alrededor.**

-Así es-. Lo había comentado en mi relato original del incidente, aunque me las había arreglado para explicar cómo había podido acabar con aquel bastardo sin revelar el extraordinario don de Jurgen. Por lo que Keesh y Zyvan sabían, tuve suerte con un golpe afortunado**-. Y lo mantuve hablando, lo cual me ayudó a hacerme una idea de dónde estaba.**

-Exactamente-, comentó Amberley asintiendo de nuevo**-. Si estuviera acostumbrado a sus poderes, se habría mantenido callado, maximizando su ventaja, y habría aprendido a moverse sin revelar su posición. La razón por la que seguiste viéndole por el rabillo del ojo fue porque estaba demasiado nervioso como para concentrarse en mantener el aura que proyectaba a su alrededor.**

-Eso tiene sentido-, dije**-. Eso nos deja con una persona sin nombre que, de repente, descubre que es un psíquico y se propone matar a un hombre que solo ha visto en los pictonoticiarios. ¿Qué probabilidades hay de que pase algo así?**

-Ínfimas, a mi entender-. Zyvan dejó su taza de recafeina sobre la mesa y comenzó a pasar una jarra de amasec de igual calidad que el de la colección de Keesh**-.Le preguntaré al Arbiter si hay algún culto del Caos activo en Periremunda. Allá donde hay brujos...**

-Buen razonamiento-, dije, tras haber llegado a la misma conclusión. Ambos miramos a Amberley, quien se encogió de hombros otra vez, con el mismo agradable efecto de la anterior vez.

-Es probable que al menos haya uno-, dijo, en un tono informal que, por mi parte, encontré vagamente perturbador**-. Probablemente varios.**

Vamos a ver, sabía que su rama de la Inquisición estaba destinada a lidiar con amenazas alienígenas, como la que enfrentamos en este momento, pero esperaba que al menos estuviera un poco más preocupada ante la posibilidad de que hubiera un grupo de herejes campando a sus anchas, con sus blasfemos rituales, invocando quien sabe qué horrores de la disformidad. Obviamente algo de lo que estaba pensando se hizo patente en mi rostro, porque Amberley me sonrió.

-La mayoría de los llamados cultistas no tienen idea de la verdadera naturaleza del Caos. Se juntan más porque se sienten alienados de la sociedad, que porque realmente quieran apoyar a los Poderes Ruinosos de la galaxia-. Sus ojos se endurecieron por un momento**-. Por supuesto, también hay excepciones (1).**

(1) *Por eso tenemos a los Ordos Hereticus y Malleus. Aunque hay que decir que algunos de los miembros más radicales de ambos ordos son apenas distinguibles de sus presas, incluso en su grado de aparente cordura.*

-¿Y cree que una de esas excepciones está activa en Periremunda?-, pregunté. Amberley negó con la cabeza.

-Lo dudo. Ya habríamos encontrado rastros de ellos. Pero es perfectamente posible que uno de los grupos menos peligrosos esté oculto en algún lugar. Incluso si todo lo que hacen es realizar algunos rituales sin sentido que han recogido de algún libro de terror sobre la disformidad, sin duda serían un refugio natural para cualquier psíquico rebelde que hubiera en el planeta. Gente como nuestro anónimo amigo de cuerpo presente-. Miró en dirección a la placa. Mi aspirante a asesino no llevaba identificación, y estaba vestido con el tipo de llamativo disfraz de payaso que en cualquier otro lugar lo habría hecho destacar como un orko con un disfraz de clown, pero que, de acuerdo al sentido estético de los periremundanos, se le podría clasificar de conservador. Sin duda, Keesh descubriría quién era al final, pero para entonces, probablemente sus asociados ya se habrían esfumado.

-Entonces, según su opinión-, dijo Zyvan lentamente, tratando de digerir la nueva y no bienvenida información que Amberley nos acababa de presentar**-, ¿el grupo al que pertenecia este hombre no representa una amenaza real para nuestras operaciones?**

Amberley puso los ojos en blanco con desesperación y suspiró.

-Por supuesto que son una amenaza. Son locos que adoran el Caos. Solo que, en este momento, no hacen sombra a la amenaza de la flota colmena, que se está preparando para devorar a todos y cada uno de los seres vivos del planeta-. Hizo una pausa para dar un

sorbo a su amasec**-. Una vez que hayamos finiquitado el problema inmediato, podremos preocuparnos por las pequeñas cosas.**

De ninguna manera me tranquilizó escuchar sobre la existencia de un culto del Caos, incluso uno que una inquisidora parecía considerar relativamente inofensivo, pero entendí su argumento.

-Seamos positivos-, dije**-. Tal vez los tiránidos se los coman a todos por nosotros.**

Amberley se rió con dulzura**-. Tal vez lo hagan**.

-Lo que no entiendo-, dijo Zyvan, mirando de nuevo la placa**-, es por eso que se muestran ahora. Debía haber sabido que había muchas posibilidades de que lo atraparan.**

-Probablemente no era la persona más racional del planeta-, dije, pensando en Rakel y en la mayoría de los otros psíquicos que había conocido**-, y recuerden que pensaba que era indetectable. Probablemente pensó que sería capaz de pasearse por el edificio de los Arbites, cumplir su misión...-,** por alguna razón me encontré renuente a usar la palabra "*matarme*", ya que me recordaba con demasiada intensidad lo cerca había estado de tener éxito**-, e irse como si tal cosa. Si hubiera logrado su objetivo, la culpa se la habrían llevado los insurgentes, y nadie habría sospechado siquiera la existencia de su culto.**

-Eso es lo que quiero decir-, dijo Zyvan**-. Si no hubieran mostrado su mano esta tarde, todavía no sabríamos de su existencia. ¿Por qué arriesgarse?**

-Hemos estado levantando muchas piedras en busca de los genestealers-, señalé**-. Tal vez sólo tenían miedo de que los localizásemos accidentalmente, y que fuéramos a por ellos. Así que les entró pánico y pensaron que con este atentado desbaratarían nuestros esfuerzos antiterroristas antes de que nos tropezáramos con ellos por casualidad.**

-Eso suena plausible-, dijo Zyvan. Bueno, no era más irracional que cualquier otra cosa que había visto hacer a los secuaces del Caos a lo largo de los años, y no se me ocurría ninguna otra explicación, así que asentí con la cabeza y lo dejé correr.

El resto de la noche transcurrió agradablemente, charlando y jugando una partida de regicida con Zyvan (que gané cómodamente, a pesar de que Amberley se inclinaba sobre mi hombro sugiriendo movimientos alternativos cada dos por tres), y un adecuado suministro del excelente amasec del General Supremo que sirvió para reforzar la alegre atmósfera que nos imbuía a pesar del terrible peligro que se cernía sobre nosotros. En general, hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajado, a pesar de los rigores del día, y Zyvan claramente sentía lo mismo. A partir de ese momento, recibiría invitaciones periódicas para cenar con él siempre que nos lo permitieran nuestros respectivos deberes.

Sin embargo, como sucede con todo lo bueno, la velada llegó a su fin y me ofrecí a acompañar a Amberley de vuelta a la suite de su hotel. No es que ella necesitara escolta, por supuesto, pues era perfectamente capaz de destrozar a un orko si tenia que hacerlo, pero era lo correcto, y eso me permitiría pasar un poco más de tiempo en su compañía. Tras un momento de reflexión, asintió con la cabeza, sonriendo.

-Eso estaría bien-, dijo.



Zyvan había instalado su cuartel general en el edificio de los Árbites. Yo sospechaba que lo había hecho más por la seguridad que ofrecía que por cualquier otra consideración. Amberley me condujo a través de un laberinto de corredores de servicios hasta que nos encontramos de nuevo en la cámara subterránea a la que nuestro Rhino había llegado unas horas antes. Un resplandeciente aerodeslizador del tamaño de una limusina estaba estacionado a su lado, con las ventanillas oscurecidas, flotando un par de centímetros por encima del suelo de roca con sus unidades gravitatorias zumbando débilmente.

-Muy bonito-, dije, observando las elegantes líneas y el apenas contenido aire de potencia que emanaba del vehículo. No estaba precisamente al tanto de los vehículos civiles, pero dudaba de que en Periremunda **(1)** se hubiera podido producir una máquina con aspecto tan eficiente y caro.

***(1)** Un D'Lorien Raptor, fabricado en Rubica, si es que a alguien le interesa saberlo. Extensamente modificado por Yanbel, por supuesto; El modelo estándar viene sin equipo de comunicación, armas o blindaje.*

Cuando nos acercamos, la puerta se abrió con un siseo, y Pelton nos sonrió, con una gorra de chófer ridículamente colocada sobre su melena de cabello color trigo**-. ¿A casa, milady?-,** preguntó, interpretando el papel tan convincentemente como un actor, y Amberley asintió, deslizándose sobre un asiento trasero casi tan ancho y bien acolchado como el que había ocupado en la limusina destrozada de Keesh.

-De vuelta al hogar, Pelton-, le contestó antes de mirarme y dejar caer suavemente**-. ¿Vienes?**

-**Por supuesto-.** Enmascaré mi sorpresa con la facilidad que da la práctica, y me senté a su lado. Levanté una ceja cuando la puerta trasera siseó**-. ¿Milady?**

Amberley asintió, mientras Pelton alimentaba a los motores, y el largo y elegante vehículo comenzó a moverse, girando en el lugar cuando se elevaba a un metro por encima del suelo y zumbando hacia la puerta blindada.

-Estoy viajando bajo la identidad de Lady haut Vail, de la aristocracia menor del sistema Krytenward. Eso explica los sirvientes y otras cosas que se pueden ver alrededor de mi suite-, me explicó adoptando la típica actitud aburrida y el acento de la nobleza. Pelton sonrió de nuevo, aparentemente disfrutando la broma.

-Eso somos nosotros-, explicó, en caso de que yo no lo hubiera cogido, y volvió su atención a los controles**-. Vaya, no lo vi venir-.** Dio un poco más de poder a los repulsores, haciéndonos sobrevolar un Rhino que acababa de salir del túnel de acceso, con apenas un centímetro de sobra entre nosotros, el vehículo blindado y el techo del túnel **(2).**

(2) *Caín está exagerando aquí. Había por lo menos tres centímetros de sobra alrededor.*

-Flicker, deja de presumir ante el comisario-, dijo Amberley, con tono indulgente de reproche.

-Lo siento jefa-. Salimos disparados del túnel como una salva del cañón de un Earthshaker, y nos dirigimos hacia el cielo a un ritmo que, sin duda, habría revuelto el estómago de Jurgen, si todavía hubiera estado con nosotros: para ser sincero al mío también le habría pasado, si el vehículo aéreo no hubiera estado equipado con amortiguadores de inercia. Como estaba activado, el viaje era lo suficientemente suave y me acomodé para disfrutarlo.

-Conocí a Lazurus tras la sesión informativa-, comenté. Amberley me miró con fría indiferencia, sin revelar nada más que un reconocimiento apenas preocupado del nombre**-. Me preguntó por ti-.**

-¿Qué le dijiste?-, preguntó Amberley casualmente. Negué con la cabeza.

-Dije que parecías lo suficientemente capaz cuando te vi en Gravalax.

Para mi sorpresa, ella se rio en voz alta, tan dulcemente como siempre.

-Realmente tienes un talento para este tipo de cosas, ¿lo sabías?

-No estoy seguro-, le dije con cautela. Amberley me conocía mejor que nadie en la galaxia, y supo ver más allá de la máscara que yo solía mostrar, pero todavía no estaba seguro de lo lejos que había llegado**-. Depende de qué tipo de cosas estemos hablando.**

-Diplomacia, engaño, sigilo-. Ella me sonrió divertida**-. Ya sabes, cosas de inquisidores.**

-Tú sabrás más sobre eso que yo-, dije, y ella se rio de nuevo.

-¿Ves lo que quiero decir?

-Parecía pensar que estábamos buscando a alguien llamado Metheius-, le comenté, negándome a cambiar de tema**-. ¿Por qué pensaría eso?**

-Porque me conoce, y sabe que hemos trabajado juntos. En cierta forma, también Lazurus y yo estamos trabajando juntos.

-¿Ah sí?-, inquirí, observando las luces de Principia Mons ante nosotros. La noche estaba llena de vida, y la idea de un voraz enjambre a punto de descender sobre todas esas felices e inconscientes personas era del todo deprimente.

Amberley asintió.

-El Mechanicus y el Ordo Xenos tienen en marcha un proyecto conjunto. Ha estado ejecutándose durante décadas, pero hace aproximadamente una docena de años hubo un problema en Perlia.

Ella me miró de reojo como esperando una reacción por mi parte, y después de un momento, una repentina comprensión horrorizada me invadió.

-El Valle de los Demonios-, dije, recordando el laboratorio escondido en el santuario del Mechanicus con el que me había tropezado mientras guiaba a mi ejército de rezagados. La instalación había sido destruida cuando la encontramos, todos y todo lo que estaba en su interior estaba destrozado con la excepción de un único servidor de combate superviviente, lo que dio lugar a una tensa situación, justo cuando ya estaba demasiado ocupado tratando de sobrevivir a un ejército de orkos sedientos de sangre. En aquel entonces no prestamos mucha atención al misterio pues teníamos asuntos más apremiantes. Sin embargo, ahora lo recordé todo nítidamente, a la luz de aquella nueva e inquietante información.

-Exacto-, dijo Amberley llanamente, sin duda esperando a ver hasta dónde podía llegar por mí mismo. Intenté extraer de mi memoria tantos detalles como fuera posible, recordando el colapso de la inmensa presa, la ola de destrucción que habíamos desatado recorriendo el valle, y el ejército orko que nos asediaba siendo arrastrado al olvido. Sin embargo, las escenas en el interior del santuario del Mechanicus eran aún más perturbadoras.

-Todos los ocupantes de las instalaciones del Mechanicus habían sido asesinados-, expliqué lentamente**-. Al principio pensamos que habían sido los orkos, pero no encajaba con su forma de actuar, esos lo habrían destrozado todo. Quién fuera que quien les había atacado había hecho un trabajo muy limpio, con una precisión quirúrgica**-. Recordé algo más**-. Y todos los bancos de datos de los cogitadores habían sido borrados, y se habían llevado algo de una bóveda blindada. Me parece que alguien uso un melta para forzarla.**

-El responsable fue Metheius-, dijo Amberley. Se inclinó hacia delante para tocar a Pelton en el hombro**-. Toma la ruta turística, Flicker.**

Entendiendo lo que se le pedía, Pelton se apartó de nuestro rumbo original para comenzar un tranquilo paseo por los jardines del palacio, donde parecía que el gobernador estaba celebrando algún tipo de baile. Los focos parpadeaban en los arbustos ornamentales a nuestro paso, y parejas elegantemente vestidas paseaban del brazo por iluminados senderos o giraban entre sí en una pista de baile flotante en el centro del lago. Nadie levantó la vista cuando pasamos, evidentemente tomándonos por invitados que

llegaban tarde, y eso si se dieron cuenta de nuestra presencia, claro está.

-¿Él solo? -, pregunté, encontrando eso difícil de creer. Amberley negó con la cabeza.

-Por supuesto que no. Tenía ayuda y contactos externos, pero durante mucho tiempo fue uno de los magos más veteranos que trabajaron en el proyecto.

-¿Y de que trataba ese proyecto?-, inquirí.

Amberley vaciló, como preguntándose hasta donde podía confiar en mí.

-Mientras se construía la presa-, dijo al fin**-, el Mechanicus desenterró un artefacto. No se parecía a nada que hubieran visto antes, así que contactaron con el Ordo Xenos para ver si podíamos ayudarles a identificarlo.**

Sentí una sensación de picazón en mi cuero cabelludo. Podría haber una sola explicación para tal descubrimiento.

-Déjame adivinar-, dije**-. Era anterior a la presencia humana en Perlia.**

Amberley negó con la cabeza lentamente.

-Era anterior al nacimiento de la humanidad en la galaxia-, dijo en voz baja**-. Y no solo de nosotros, también era anterior a todas las demás razas que conocemos, excepto posiblemente de los necrones-.** Se detuvo por un momento**-. Y aún estaba operativo.**

La sensación de hormigueo se abrió camino por mi espina dorsal estaba muy lejos de ser agradable.

-¿Y para qué servía?-, pregunté, incapaz de evitar el asombro en mi voz.

-Aún no lo sabemos, incluso después tras generaciones de estudios, pero la poca información que pudimos recuperar una vez que los orkos fueron eliminados y pudimos regresar al lugar, parece indicar que Metheius había hecho algún tipo de avance.

-Avance que no quiere compartir-, concluí. Amberley asintió con gravedad.

-Exacto. Él debió contar con personal infiltrado dentro de la instalación para que su ataque tuviera un éxito tan completo. Ocho de sus compañeros tecnosacerdotes se desvanecieron junto con él, así que no es difícil adivinar quiénes debieron haber sido los infiltrados.

-El daño que vimos parecía compatible con el esperado en un asalto desde el exterior-, dije**-. Así que también debió tener ayuda desde fuera. Un**

grupo de mercenarios, o algo así-. El recuerdo de los sacerdotes técnicos muertos y sus guardias volvieron a perseguirme una vez más**-. Y de los competentes. Casi no hubo daños colaterales. Tan sólo un escuadrón de Astartes podría haber sido más preciso.**

-Esa misma fue nuestra conclusión-, dijo Amberley**-, y en la confusión que rodeó a la invasión orka, pudieron escabullirse fuera del planeta antes de que alguien supiera que se habían ido.**

-Ya veo-, dije, mi cabeza dando vueltas**-. ¿Y crees que se refugió en Periremunda?**

-Es una posibilidad-, dijo Amberley**-. Vine aquí para comprobarlo, y encontré a Lazurus siguiendo la misma pista. Hemos estado compartiendo nuestros hallazgos desde entonces-.** Ella se mordió el labio inferior, levemente irritada**-. Desafortunadamente la amenaza tiránida complica un poco las cosas. Lo cierto es que no puedo quedarme quieta y dejar a los genestealers campar a sus anchas, en tanto que Lazurus tiene campo libre para centrarse en Metheius mientras que yo estoy ocupada con los bichos.**

-Pensé que estabais en el mismo lado-, le dije, confundido.

Amberley me miró pensativa.

-Ya sabes cómo es. La Inquisición y el Mechánicum están destinados a ser socios, pero si cualquiera de nosotros recupera el artefacto antes, entonces ese tendrá la ventaja, vamos que ya no estaremos en igualdad de condiciones.

Suspiré, y sacudí la cabeza.

-Es mucho más simple en la Guardia-, le dije**-. Ver al enemigo, matar al enemigo. Sin chorradas políticas-.** Esto no era del todo cierto, por supuesto, pero la vida era ciertamente mucho menos complicada desde mi posición.

-Sin duda-, dijo Amberley, sin dejarse engañar por mis palabras ni por solo instante. Se encogió de hombros y continuó**-. Así que aquí estamos: un artefacto xenos inimaginablemente antiguo en algún lugar del planeta, en manos de un renegado, mientras una flota colmena pende sobre nuestras cabezas lista para destrozar este mundo, infiltrados geneastealers haciendo acto de presencia por todas partes, y ahora, por si no teníamos suficiente, un sangriento culto del Caos surge de la nada-.** Forzó una sonrisa despreocupada en su rostro, con un esfuerzo que pocas personas aparte de mí hubieran podido detectar**-. Bienvenido a mi mundo, Ciaphas.**

NOTA EDITORIAL:

Mientras que Caín deambulaba por la capital planetaria, viéndose metido de lleno en mi investigación, el resto de la Guardia Imperial reaccionaba a las terribles noticias que Zyvan acababa de transmitir a sus comandantes con su habitual eficiencia. Como es típico en él, Caín ni siquiera se molesta en mencionar nada de esto en su relato. Para corregirlo he adjuntado el siguiente extracto de las memorias de Jenit Sulla, quien en aquel momento era una simple teniente en el 597º, con la débil esperanza de que pueda llenar esta laguna. Como siempre, respecto esta autora en particular, los lectores con una apreciación refinada de los complejos matices y sutilezas del lenguaje gótico pueden desear saltarse este pasaje por completo.

De "Como un Fénix entre las llamas": Las Primeras y Gloriosas Campañas Victoriosas del 597º Valhallano, por la General Jenit Sulla (retirada), 101.M42

Mis lectores podrán comprender fácilmente la consternación con la cual se recibieron las noticia que nos comunicó la Coronel Kasteen a su regreso de la capital, y lo afectados que nos sentimos por la ausencia del Comisario Caín, cuya férrea disciplina e imparable resolución ante las crisis más extremas era una auténtica fuente de inspiración para aquellos que tuvimos el privilegio de servir a su lado. Por mi parte, decidí esforzarme por mostrarle a su regreso, que ni las mujeres ni los hombres a mi lado íbamos a estar menos preparados para enfrentarnos a este aterrador enemigo que él mismo. Después de todo, habíamos enfrentado y derrotado a los demonios tiránidos en Corania, aunque a un terrible precio, y no tenía ninguna duda de que

prevaleceríamos una vez más, bajo el firme liderazgo de nuestra coronel y el inspirador coraje de nuestro comisario.

Cuando regresó de la capital, con su habitual alegre actitud un tanto apagada por la gran responsabilidad que cargaba sobre sus hombros, ***(1)*** *se encontró con que nuestros preparativos para enfrentar a este temible enemigo estaban muy avanzados. La previsión de la Coronel Kasteen al anticipar la presencia de genestealers en este mundo fascinantemente abrupto fue un acertado presagio de la llegada de los restos de la flota colmena, y me gusta pensar que el 597º era la unidad mejor preparada de todos los regimientos de la Guardia en Periremunda para la terrible batalla que se acercaba. Por mi parte, había estado entrenando a mi pelotón con las lecciones que tan dolorosamente habíamos aprendido en Corania, desde el mismo instante en que la Coronel había emitido su orden, y tenía una absoluta confianza en las mujeres y los hombres bajo mi mando.*

(1) *O más probablemente, una resaca de proporciones monumentales.*

Cuando las abominaciones biológicas de la flota de la colmena se atrevieran a mostrarse abiertamente, no nos encontrarían faltos de espíritu de lucha, de eso no me cabía la más mínima duda. Pero cuando el enemigo finalmente apareció frente a nuestras ansiosas armas, sucedió lejos del reconfortante frío de Hoarfell, de una manera que ninguno de nosotros podría haber anticipado.

CAPÍTULO XII

Esmerándose en su rol de petimetre aristócrata, Amberley se había hecho con la suite del ático del hotel más exclusivo de Principia Mons, la cual, entre muchas otras comodidades, contaba con su propia plataforma de aterrizaje, oculta tras un pequeño, pero agradablemente perfumado, jardín. Pelton nos llevó allí sin más demora, aparcó y abrió la puerta del lujoso deslizador con todo el aplomo del chofer que pretendía ser. El olor a hegantha y a callio alcanzó el interior del vehículo, y recordé que Amberley estaba especialmente encariñada de ambas flores. Me pregunté por un momento si habría elegido el ático precisamente su presencia, o si los había mandado plantar tras su llegada **(1).**

***(1)** Bueno, si vas a interpretar el papel de una niñata rica y mimada, entonces hazlo bien. Nada convence mejor a la gente de que te sobra el dinero que permitirte caprichos ridículamente caros.*

-Muy elegante-, comenté, saliendo al aire fresco de la noche. La ciudad se extendía casi hasta tan lejos como el ojo podía ver, hasta terminar abruptamente en el borde de la meseta en un repentino cese de luz y movimiento tan agudo como el filo de un cuchillo. La mayor parte estaba lo suficientemente lejos debajo de nosotros para que el interminable ruido se silenciara, y los coches de tierra que se escabullían como bichos opalescentes que parecían deslizarse silenciosamente a lo largo de las vías iluminadas que se perdían en la distancia.

Amberley asintió apreciativamente.

-Lo es. Se ajusta a mi papel, y la plataforma de vuelo implica que podemos ir y venir como nos plazca, sin suscitar más comentarios de los necesarios.

Asentí a mi vez, imaginándola, caminando por el vestíbulo con una armadura de poder, y reprimí una sonrisa. El personal de tal establecimiento era discreto, no tenía ninguna duda de ello, pero había algunas cosas que, sin duda, podrían llamar su atención.

-Y tanto que se ajusta-, le dije.

Amberley se encogió de hombros.

-Aquí están acostumbrados a todo tipo de comportamientos excéntricos. Tolerarán prácticamente cualquier cosa mientras se les pague lo suficiente, y no harán demasiadas preguntas. Aun así, nunca está de más ser cuidadoso.

-Estoy seguro de ello-, le dije. Me acostumbraría un poco más a sus métodos a lo largo de los años, puesto que una y otra vez me arrastraría a sus actividades secretas, pero nunca logré quitarme la sensación de que tendía a adoptar disfraces y elaboradas tapaderas, más para su propia diversión que por que fueran estrictamente necesarios **(2).** Amberley se rio, me cogió del brazo y me guió adentro mientras Pelton bajaba del lujoso deslizador**-. Que apartamento más acogedor tienes aquí.**

(2) *No hay que decir que eso es únicamente una cuestión de opinión. Algunos inquisidores creen que el trabajo del Emperador se realiza mejor cargando de*

frente como un grox en una cristalería, dejando un rastro de matanza y destrucción a su paso, mientras que otros prefieren no dejar que los enemigos de todo lo que es bueno y sagrado se escapen, evitando que sea obvio que van a por ellos.

El salón principal era enorme, con grandes ventanales panorámicos de cristales tintados que proporcionaban una hermosa vista de la ciudad, muebles pulcros y cómodos complementados con indudable buen gusto con plantas en urnas de cerámica y una sorprendente cantidad de armas dispersas por toda la sala. Amberley se encogió de hombros cuando mis ojos se posaron sobre tal volumen de artillería.

-Mejor preparada que muerta-, dijo alegremente.

-Esa es la idea-, asintió Yanbel, haciendo algo con sus mecadendritas al cargador del pesado bolter que había visto por última vez montado en el antebrazo del traje de poder de Amberley. Lo sostuvo a la luz, entrecerró los ojos y emitió un leve zumbido cuando sus ojos augméticos se centraron en algo demasiado pequeño para verlo, y emitió un gruñido de satisfacción antes de alcanzar un pequeño frasco de aceite santificado con una de sus manos humanas, y comenzando a bendecir el objeto.

En la esquina más alejada, Rakel levantó la vista de lo que parecía ser una silenciosa conversación con Simeon (me percaté de que parecían pasar mucho tiempo juntos, probablemente porque a sus diferentes maneras ambos estaban marginalmente cuerdos), y me lanzó una venenosa mirada.

-Eres tú-, gruño innecesariamente, sus ojos se movían por el espacio detrás de mí mientras hablaba**-. Pero no siento al vacío.**

-Jurgen todavía está en el edificio de los Arbites-, dije, adivinando de que hablaba. Si a Keesh se le ocurría algo más acerca de nuestro misterioso asesino, o si Zyvan se enteraba de algo nuevo sobre la amenaza tiránida, quería saberlo de inmediato. Y para acelerar el proceso lo arreglé para que mi ayudante fuera un recordatorio visible y odorífero para ambos, o un incentivo, claro. La psíquica se relajó un poco.

-La sombra tiene hambre-, me dijo seriamente, y luego se volvió hacia Simeon**-. Su mente es brillante, como un espejo.**

No tenía idea de qué hacer al respecto, así que solo sonreí educadamente.

-¡¡Comisario!! ¿Qué pasa tío?-. Zemelda entró en la habitación, imitando a una mala actriz en una farsa del salón, con su uniforme de criada almidonada totalmente incompatible con el mechón de pelo verde que le caía sobre su cara y el bulto de una pistola láser mal disimulado justo debajo de su pecho izquierdo. Pero bueno, ¿quién era yo para juzgar la moda planetaria? Parecía realmente complacida de verme, a pesar de no le encontré a aquello más sentido del que le encontraba a Rakel, pero la dediqué una sonrisa.

-También me alegro de verla-, dije, adivinando el significado de la jerga callejero Periremundano, y la antigua vendedora ambulante me sonrió como si acabara de decirle que había ganado mil créditos**-. Veo que se ha acomodado bien.**

-Puedes apostar por ello-. Dijo asintiendo vigorosamente**-. El mejor trabajo que he tenido nunca. Es mejor que azotar pasteles de cartílago o mover la mosca para conciertos (3), pero aparte de esos, es el más molón que he tenido.**

(3) *No, yo tampoco tengo idea de a qué se refería.*

-Me alegra oírlo-, dije, tratando de enmascarar mi desconcierto, porque no tenía ni idea de que narices acababa de decir. Zemelda asintió de nuevo entusiasmada.

-Es como cuando éramos niños, jugando a espías, pero esta vez es real, ¿sabes? -. Asentí, aunque tenía mis dudas de si lo estaba cogiendo todo. Era el mismo entusiasmo que estaba acostumbrado a ver en los *jocnu* **(4)** que acababan de llegar de las estaciones de reclutamiento en Valhalla, todos henchidos de orgullo marcial y hambrientos de la supuesta gloria del combate. Los brillantes destacaron rápidamente, aprendieron a mantener la cabeza baja y siguieron adelante con el sombrío negocio de la supervivencia. El resto se convirtieron en héroes o en muertos, a menudo las dos cosas, y casi instantáneamente fueron olvidados por sus compañeros de escuadra. Con una punzada de tristeza, me encontré preguntándome en qué categoría entraría Zemelda.

***(4)** Un término de argot de la Guardia Imperial para reclutas novatos. Aparentemente es una representación fonética de JCN, que según me han dicho significa "Jodidos Chicos Novatos" (en el original: FNG / Frakking New Guys).*

-Ella está siendo de gran ayuda-, dijo Amberley, con una sonrisa indulgente a su ansiosa asistente**-. El tipo de imbécil innata que se supone que soy no se movería por ahí sin una doncella que le haga los recados, y Zemmie encaja perfectamente.**

Ella asintió con la cabeza a la psíquica que estaba en un rincón.

-Rakel realmente no encajaría en el papel, ni siquiera cuando tiene un buen día.

-Y yo parecería un payaso si me pusiera ese horrible vestido-, agregó Pelton, siguiéndonos a la habitación. Aquello evocó una imagen que preferiría no haber infligido a mis neuronas, y asentí lentamente.

-Puedo créelo-, dije. Zemelda se había acercado hacia él desde el momento en que apareció, y no pude evitar notar las medias sonrisas que habían intercambiado al registrar la presencia del otro. Pelton se encogió de hombros.

-Bromas aparte, tiene una verdadera aptitud para operaciones secretas-. Zemelda se ruborizó ligeramente ante las palabras de alabanza-. **Además, así puede vivir una aventura a la vez que trabaja, y se está convirtiendo en una buena tiradora. Derrotó a un híbrido en la última prole que atacamos, de un solo**

tiro, justo cuando este estaba a punto de arrancarle la cabeza a Simeon-. La familiar sonrisa tranquila apareció en su rostro-. **Aunque estoy convencido de que ni siquiera se habría dado cuenta aunque le hubieran disparado a él.**

-Eso no viene al caso-, dijo Amberley, con un tono ligeramente de reproche**-. Yo prefiero que mis subordinados sean así. Me resultan más útiles de esta forma-.** Nuevamente me impresionó su capacidad para granjearse la fidelidad de la gente y como lograba inspirarles para formar algo más parecido a una familia que a un comando operativo de la Inquisición. A lo largo de los años vi ir y venir muchos rostros diferentes, pero todos parecían compartir esa especial camaradería, por muy diferentes que hubieran sido sus vidas antes de que se cruzaran sus caminos.

-Por mi parte no hay objeciones-, estuvo de acuerdo Pelton, y los dos se alejaron, dejando que Amberley y yo nos quedáramos juntos observando la panorámica nocturna de la ciudad.

-Parecen haber hecho buenas migas-, dije, y Amberley asintió.

-No tiene nada de malo-, dijo ella**-. Si ella va a seguir con nosotros, necesitará una ponerse al día en técnicas de combate, y Flicker es el único en el grupo lo suficientemente capacitado para enseñarle-.** Una sonrisa burlona apareció en su cara**-. Aparte de mí, por supuesto, y como supondrás, no tengo tiempo para hacer de canguro.**

-Él parece saber mucho sobre cómo trabajar de incognito-, dije.

Amberley asintió de nuevo.

-Estuvo infiltrado en los bajos fondos durante mucho tiempo, en un cártel en el Agujero de Torredon. Probablemente demasiado. Tuvo que hacer algunas cosas cuestionables para mantener su tapadera, y hubo sospechas de que había cambiado de bando.

Asentí lentamente. Gran parte del subsector de Torredon estaba asolado por tormentas de disformidad, dejando solo unas pocas rutas seguras para las naves mercantes que las seguían, y allí la piratería se había convertido en una interminable pesadilla.

-¿Así que estuvo con los prevostes navales antes de que lo reclutaras? -. le pregunté.

Amberley negó con la cabeza.

-**Era un arbiter, hasta que su superior decidió que se había convertido en una carga más que en un activo, y trató de eliminarlo. Flicker no estuvo de acuerdo con esa evaluación y la cosa terminó mal.**

-¿Qué pasó?-, pregunté.

Amberley suspiró.

-Una carnicería. Flicker pensó que si le iban a quitar de en medio, entonces antes haría limpieza en la casa, y comenzó a cargarse a todos las figuras clave que había identificado en el cártel-. Una nota de admiración a regañadientes entró en su voz**-. Es inteligente, tengo que concederle eso: se las arregló para hacer que uno de los principales mandos del cártel aparentase estar actuando para hacerse con el control, luego acudió a otros lugartenientes para dejar caer la noticia. Se organizó un auténtico baño de sangre. Para cuando alguien se percató de sus manipulaciones, el cártel estaba hecho trizas y no quedaba nadie vivo que pudiera reparar el daño causado.**

-Entiendo, pero, ¿qué hay de malo en eso? -, pregunté, sinceramente perplejo. A mí me sonaba como si le hubiera hecho un favor a la galaxia. Amberley me miró con lástima.

-Piénsalo. Un arbiter que se salta la ley, por loables que sean sus motivos, no es algo que el Adeptus Arbites pueda tomarse a la ligera. Por suerte, estaba por allí cuando se estaban preparando para ejecutarlo, pues un talento como el suyo no debería desperdiciarse.

-Ya veo-. Asentí, reflexionando una vez más sobre lo relativamente simple que era la vida en la Guardia Imperial. En el campo de batalla haces lo que sea necesario para ganar, y punto.

-Bueno, al menos parece que Zemelda está en buenas manos.

Amberley me miró con picardía.

-Espero que esta noche ella no sea la única….



A la mañana siguiente estábamos disfrutamos de un reposado desayuno, cuando un ruidoso ornitóptero con el emblema de la rueda dentada del Adeptus Mechanicus aterrizó en la plataforma más allá de las plantas de hegantha, con toda la elegancia de una gallina metálica, y Lazurus hizo acto de presencia. Amberley levantó la vista de sus gofres de arándanos cuando éste entró por las puertas del patio y saludó cordialmente con la cabeza.

-Tome asiento-, le invitó, con indiferencia, mientras Zemelda, todavía aparentemente deleitándose con su tapadera, sirvió una taza de café y la dejó sobre la mesa frente a él. Solo el Emperador sabrá cómo esperaba que se lo bebiera, sin tener boca y tal, pero era el tipo de cosa que se suponía que un sirviente debía hacer, por lo que probablemente pensó que con eso mejoraba la solidez de su papel, o algo así. Una vez realizada aquella sencilla tarea, fue a remover el plato de salma kedgeree en el aparador con un cucharón de servir, y tratar de aparentar que no estaba escuchando con avidez la conversación que tenía lugar de la mesa. Lazurus hizo una ligera y cortés

reverencia con la cabeza mientras tomaba el asiento en la silla que le habían ofrecido.

-Gracias, pero esta semana ya he tomado los nutrientes que necesitaba-, respondió, esforzándose por mantener los buenos modales. Miró en mi dirección, pero si estaba sorprendido de verme allí, no dio muestras de ello.

-Comisario, se le ve bien. Confío en que su interacción con la inquisidora haya resultado satisfactoria.

-Así ha sido-, dijo Amberley, con una sonrisa apenas perceptible en mi dirección**-, pero me temo que ha hecho el viaje en valde. Ciaphas no tiene más idea del paradero de Metheius que nosotros.**

-Eso es de lo más decepcionante-, dijo el magos, logrando sonar como si realmente se sintiera así**-. Tenía la esperanza de que un hombre de su aparente ingenio pudiera abrir algunas de las puertas que hasta ahora han permanecido cerradas para nosotros.**

-Lo mismo pensaba yo-, le aseguré con suavidad, como desde el principio hubiera estado al tanto de la búsqueda del mecano renegado y mientras hablaba, se me ocurrieron algunas sugerencias**-. Como sabe, mi posición en el Comisariado me da acceso a toda la información analizada por la Guardia y los Arbites-.** Miré a Amberley**-. A menos que, por supuesto, ya haya aceptado a Zyvan y Keesh en su círculo de confianza?**

-No en lo que se refiere a este tema-, confirmó**-. Tienen suficiente de qué preocuparse con los genestealers y la flota colmena.**

Se encogió de hombros, apartó el plato y tomó un sorbo de su recafeinado.

-Además, el *Shadowlight*...

-¿El qué?-, interrumpí, con un bocado de kedgeree a medio camino de mi boca.

Lazurus intervino amablemente.

-El artefacto xenos con el que escapó Metheius. Desde su partida, hemos descubierto más objetos en el Valle de los Demonios, incluida una selección de tablillas de metal de composición desconocida que contienen fragmentos de texto, uno de los cuales se refiere al objeto con ese nombre.

Una tos seca y familiar anunció la llegada de Mott, quien había estado escuchando las últimas etapas de la conversación, y parecía incapaz de resistirse a verbalizar el torrente de información relacionada codificada dentro de su cerebelo augméticamente mejorado.

-Ese lenguaje nunca ha sido descifrado de manera confiable-, agregó, alcanzando la jarra térmica de recafeina que Zemelda había puesto recientemente en el aparador y sirviéndose una taza sin que pareciera mirarlo.

Me estremecí, anticipándome a los dedos escaldados y el golpe de la taza sobre la alfombra, pero fue muy hábil y siguió hablando sin aparentemente molestarse en respirar**-. Sin embargo, se han descubierto algunos ejemplos más antiguos dispersos por toda la galaxia, y se han utilizado para extrapolar el significado a algunos de los símbolos. La principal dificultad estriba en que los ejemplos hasta ahora recuperados, aunque impensablemente uniformes, parecen tener su origen en diferentes eras dentro de un lapso de eones, por lo que no es posible que cualquier simbología establecida se haya mantenido sin cambios durante la vida útil de la civilización que los produjo.**

Recordando que la jerga gótica que Zemelda había empleado cuando se olvidó de que ninguno de los presentes la entendía, no tuve problemas en comprender a que se refería, pero reprimí la necesidad de asentir con la cabeza en señal de comprensión. Una vez que Mott se ponía en marcha, lo último que había que hacer era animarlo.

-Por otro lado, la regularidad del texto y la uniformidad de su manufactura, así como otros artefactos y fragmentos recuperados en una gama tan diversa de sitios, parece indicar que se trataba de una sociedad notablemente estable y muy longeva, así que de ninguna manera es imposible que se haya mantenido al menos un cierto grado de coherencia.

-Gracias, Caractacus-, le agradeció Amberley, mirándome con una expresión de "*ahora mira lo que has hecho*" en su rostro**-. Como decía, la existencia del artefacto, como se llame, es un secreto conocido solo por unos pocos,**

y tanto nosotros como los del Mechanicus preferiríamos mantenerlo así.

Lazurus asintió con su acuerdo, pero mi mente solo estaba alcanzando lo último que había dicho antes de que se activara la logorrea de Mott, y lo miré con cierta perplejidad.

-Espera un minuto-, solté**-. ¿Han encontrado más de estas cosas? ¿Cuándo?**

-¿Cuándo cree?-, preguntó Amberley, alcanzando una rebanada de pan tostado con mantequilla**-. Mientras estaban reconstruyendo la presa que hizo explotar, por supuesto.**

Lazurus asintió de nuevo.

-La inundación resultante reorganizó la topografía del valle de manera bastante sustancial.

Una mirada de advertencia de Amberley evitó que Mott nos informara en detalle del proceso, de la magnitud de la erosión del terreno, así como de cuántos orkos se habían mojado los pies aquel día.

-En particular, se desenterró un yacimiento de enorme interés, y hasta el momento hemos descubierto otros dispositivos de los que, desgraciadamente, aún no se han podido descubrir sus secretos.

-Eso es muy interesante-, agregó Amberley, dividiendo su tostada con un pequeño y preciso bocado, y rociándome con migajas mientras completaba la frase**-, pero nos estamos desviando del tema-.** Ella me miró especulativamente**-. ¿Cómo cree que su acceso a la red de inteligencia militar puede ayudarnos a identificar a Metheius? Preferiblemente antes de que se le indigeste a un tiránido.**

-Porque los analistas sólo están buscando evidencia de cultos genestealer-, señalé**-, nada más. El hecho de que hayan hecho caso omiso del culto del Caos que intentó matarme anoche lo prueba.**

Miré a Lazurus mientras hablaba, pero él no traicionó ninguna sorpresa ante mis palabras. No es que esperara ver a ninguna reacción, al fin y al cabo, los mecanos de su rango son más metal que carne, pero me imagino que escuchar cualquier conversación que se hubiera producido entre Amberley y él después de que saliera de la habitación hubiera sido muy interesante.

-Si le pido a Zyvan que permita el acceso a los datos originales, podría encontrar algo que ellos no han visto, porque caía fuera de los parámetros de búsqueda que están usando.

-Vale la pena probar-, dijo Amberley, asintiendo pensativamente**-. Sólo he estado obteniendo el material ya analizado, ya que pedir el material original solo hubiera dado lugar a preguntas incómodas. En lo que respecta a la Guardia, solo**

estoy aquí para asesorar sobre el problema de los tiránidos.

-Lamentablemente, me encuentro en una posición similar-, aseveró Lazurus**-. Puede que esté aconsejando al General Supremo sobre el uso más sensato de los dones del Omnissiah en pro de nuestra causa, pero, como simple civil, cualquier información de la que se me hace entrega depende estrictamente de la necesidad.**

-Entonces voy a hablar con Zyvan-, le dije**-. Y con Keesh también, claro. Si les digo que estoy buscando pistas sobre nuestro misterioso asesino, deberían cooperar sin ulteriores sospechas.**

Eché un vistazo al elaborado cronógrafo en la pared, que iba diez minutos adelantado, y adolecía de un exceso de ángeles dorados tallados en su carcasa.

-De todos modos, tendré que pasar por el edificio de los Arbites para recoger a Jurgen.

En realidad, lo único a lo que buscaba con mi oferta era tener una excelente excusa para visitar a Amberley cada pocos días, a fin de informar en persona sobre mi lamentable falta de progresos, y disfrutar de unas agradables horas en su compañía. Pero, como tantas veces parece suceder, aquella acción aparentemente trivial no hizo más que arrojarme a una vorágine de traiciones y peligros mucho más allá de lo que podría haber imaginado.

CAPÍTULO XIII

Los días siguientes fueron tan inquietantes como se podría imaginar, mientras en nuestros hololitos, el contorno nebuloso de la sombra en la disformidad continuaba inexorablemente arrastrándose hacia el débil resplandor del sistema de Periremunda, hasta la mañana en que ésta nos envolvió por completo. En aquel momento me encontraba en el centro de mando, con Kasteen y Broklaw, y los tres suspiramos ruidosamente cuando el límite de la zona oscura finalmente devoró el punto de luz parpadeante que nos representaba, y que iba quedando cada vez más profundamente rodeado por la obscena negrura, a semejanza de una ameba digiriendo una presa microscópica.

-Ya está-, dijo Broklaw lacónicamente, y me encontré mirando a los tragaluces en el techo del viejo almacén, con un rincón irracional de mi mente casi esperando que vernos sumergidos en una total oscuridad.

Naturalmente no sucedió nada por el estilo. Irónicamente, ese día la capa de nubes casi perpetua que cubría Hoarfell se había levantado permitiendo que la mayor parte de la meseta quedara bajo la luz del sol, resplandeciendo sobre los grupos de soldados que trabajaban bajo un cielo azul salpicado de manchas blanquecinas. Ni que decir tiene que afuera aún hacía demasiado frío para mi gusto, pues hacía un viento que le metía a uno el frio hasta los huesos, incluso a través del tejido de mi abrigo, mientras que por el contrario, y como no podía ser de otra forma, los valhallanos habían dejado las grandes puertas un poco abiertas a fin de aprovechar al máximo las, a su entender, veraniegas

temperaturas. Encontré algo de alivio en la alegría de los soldados, al menos hasta que llegué al centro de mando y pude ver de qué humor se encontraba el personal de mando superior.

-¿Ha habido suerte?-, me preguntó Kasteen, quien me saludó nada más cruzar la puerta, y yo sacudí la cabeza tristemente. Como debería haberme esperado, Zyvan y Keesh habían acumulado una impresionante cantidad de informes de inteligencia, y encima no paraban de llegar más a cada minuto, con lo cual el tratar de analizar toda aquella información se había convertido en una tarea extremadamente costosa, por no decir imposible, de realizar, sin ayuda adicional, claro. Afortunadamente, pude pasar la mayor parte de los archivos a Mott, quien disfrutaba como un niño con aquel tipo de cosas, y ya había reducido la mayoría de los documentos a resúmenes con notas al margen antes de devolvérmelos para mi experta evaluación. Aun así, debo admitir que hasta aquel momento, no había encontrado absolutamente nada.

Sin embargo, le había quedado agradecido por la distracción, ya que de lo contrario no habría tenido mucho más que hacer, aparte de preocuparme por la flota colmena que se nos acercaba, y sus aún no detectadas fuerzas de avanzada. Así que supongo que fue pura suerte el que hubiera decidido acercarme al centro de mando para pedirle a Kasteen un informe sobre la situación actual casi exactamente en el mismo momento en que la onda de choque en el espacio disforme, que precedía al enjambre tiránido, engulló al sistema.

-Ahora estamos solos-, coincidió Kasteen con su subordinado, observando cómo la mancha se extendía a lo

largo del ondulante y etéreo campo de estrellas proyectado sobre la mesa por el hololito. Esto era literalmente cierto. Ahora que estábamos dentro de la sombra, no podía haber ninguna esperanza de establecer comunicación astropática con Coronus, o con la flotilla de naves estelares que se apresuraban en venir en nuestro auxilio. Sin embargo, aún podíamos estimar la posición de la flota, y observé el pequeño grupo de brillantes iconos, deseando que llegaran antes de que lo hiciera la marea de muerte que acechaba dentro de la mancha de oscuridad que ahora nos estaba tragando por completo. Por supuesto, aquello era aún más problemático ahora de lo que había sido antes, pues las corrientes de disformidad en sí mismas se verían afectadas por la propia masa de la flota colmena, lo cual podía acelerar o frenar el avance de nuestros posibles rescatadores, y desgraciadamente, solo el Emperador podía decir cuál de aquellos efectos se impondría.

-Será mejor aumentar el nivel de alerta-, sugerí, y Kasteen asintió vigorosamente.

-Ya estoy en ello. Estaremos preparados para cuando aparezcan- asintió en dirección al hololito**-. Sé que parece una locura, de verás que sí, pero tan pronto nos tragó esa sombra casi esperaba que comenzaran a brotar del suelo-.** Su tono era suave, pero en la forma ligeramente forzada en la que pronunció aquellas palabras revelaba una pizca de miedo apenas contenido. Conociendo la historia del regimiento, no podía culparla por ello: las dos unidades anteriores que ahora lo componían habían sido despedazadas en Corania. Kasteen había sido una simple comandante de compañía en aquel momento, y había acabado cargada con la responsabilidad de todo un regimiento por el simple hecho de ser la única oficial

superior superviviente. Era una mera fortuna que se hubiera convertido en una líder tan sensata y dotada.

-También yo-, admití, y compartimos un momento de diversión irónica, aunque no creo que ella pensara que yo fuera realmente sincero. También había luchado antes contra los tiránidos, y la idea de enfrentarme a una oleada tras otra de máquinas de matar genéticamente modificadas era, como mínimo, poco atrayente.

-Los detuvimos antes, y lo volveremos a hacer-, dijo Broklaw enérgicamente, y todos asentimos con gravedad, como si lo realmente lo creyéramos.

-Coronel-, la llamó un operador de Vox levantando la vista de su pantalla de control y saludando para llamar nuestra atención**-. Un mensaje del General Supremo.**

-Páselo a mi oficina. ¿Queréis acompañarme? -. Kasteen devolvió enérgicamente el saludo a la oficial de comunicaciones, y tras una breve pausa abrió el camino hacia la escalera de metal que daba acceso al entresuelo. Mientras nos apresurábamos en seguirla por las ruidosas escaleras, ella nos miró a Broklaw y a mí**-. Parece que va a ser más temprano que tarde.**

En eso, para el alivio tácito de todos, excepto el mío, ella estaba completamente equivocada. La voz de Zyvan fue cortante e incisiva cuando saludó a Kasteen.

-Coronel. ¿Está el comisario Caín con usted?

-Está a mi lado, señor-. Ella me dirigió una mirada y yo active el comunicador que llevaba en el oído, uniéndome a la conversación.

-¿En qué puedo ayudarle, general?-, pregunté, tratando de ignorar el débil cosquilleo de aprensión que agitaba mis entrañas. Sabía por experiencia, que rara vez presagiaba algo bueno que alguien poderoso y bien conectado preguntara por uno empleando el nombre de pila.

-Tengo un mensaje de la Inquisidora Vail-, dijo Zyvan, casi logrando disimular su irritación por actuar como intermediario. Sin embargo, aquello tenía sentido. Si la inquisidora aún quería mantener su presencia en Periremunda en secreto, no habría línea de comunicación más segura que la que pasaba por la oficina del General Supremo**-. Va camino de Hoarfell y quiere que la reciba en el espaciopuerto.**

-Puede decirla que estoy en camino-, le dije, con todo el entusiasmo como pude reunir. Incluso la posibilidad de ver a Amberley de nuevo no era suficiente para superar la casi total certeza de que estaba a punto de meterme en un marrón de los gordos. Sin embargo, como no podía negarme en modo alguno, me apoyé en lo que se esperaba del modesto Caín, famoso héroe del Imperio. Me dirigí a Kasteen y Broklaw, quienes parecían vagamente aturdidos por aquel inesperado giro de los acontecimientos, por no mencionar un poco asombrados por el repentino recordatorio de mis importantes conexiones**-. Me temo que temporalmente tendréis que empezar sin mí-,** les dije.

-No te preocupes, trataremos de arreglárnoslas-, me aseguro Kasteen con seriedad, como si mi presencia pudiera suponer la más mínima diferencia en sus planes de batalla**-. ¿Alguna idea sobre de qué va todo esto?**

-Ni la más mínima-, admití, tratando de sonar como si la perspectiva no fuera casi tan aterradora como la de enfrentarse a los tiránidos. Me encogí de hombros, de la manera más despreocupada que pude**-. Ya os lo contare cuando regrese, si no es algo clasificado-,** dije alegremente, con la esperanza de vivir lo suficiente para tener esa oportunidad.



El viaje al aeródromo fue tan breve y agitado como cualquier otro viaje con Jurgen a los mandos de nuestro Salamander de reconocimiento, abriéndose paso a través del tráfico civil como si fueran soldados de infantería enemigos, aunque con menos bajas.

Jurgen estaba tan familiarizado con el robusto y pequeño vehículo como con su fusil láser, y aunque su estilo de conducción era tan rudo como siempre, nunca golpeamos a ningún otro vehículo de los que compartían la carretera con nosotros. A veces nos acercábamos mucho, pero como nosotros contábamos con planchas de blindaje y los vehículos civiles no, no estábamos en absoluto preocupados.

Mientras nuestro rugiente blindado avanzaba por la carretera principal de acceso al campo de aterrizaje, dejando una turbulenta estela de indignados gritos e insultos, observé que el melta que Jurgen solía llevar cuando las cosas se ponían aún más peligrosas de lo normal estaba en la cabina del conductor, a su lado. Estaba claro que también esperaba problemas, lo que, dadas las circunstancias, era lo más prudente.

No había nadie más en la galaxia a quién prefiriera tener a mi lado para cubrirme las espaldas si entablábamos combate, y en más de una ocasión aquella arma pesada había marcado la diferencia en nuestras posibilidades de supervivencia. Tomé todas las precauciones que pude, insertando nuevas células de energía en mi espada sierra y mi pistola láser, y colocándome el chaleco blindado que había adquirido en Gravalax debajo de mi abrigo, que lo ocultaba muy bien.

-¿Cree que son ellos?-. Preguntó Jurgen, mientras rodeábamos un transporte pesado con lo que parecían ser las entrañas del motor de una lanzadera sobresaliendo peligrosamente por los costados de la plataforma de carga, y me agaché ágilmente para esquivar una maraña de tubos, cada uno más grueso que mi antebrazo, que pasaron rozándome la gorra. Jurgen levantó el pie del acelerador por un momento, para señalar con un dedo lleno de mugre hacia una elegante lanzadera de clase Aquila que descendía hacia la plataforma a la que nos habían dicho que nos dirigiéramos.

Asentí en respuesta, ignorando los elocuentes gestos del enfadado conductor que nos seguía.

-Deberían serlo-, conteste. De acuerdo con su deseo de mantener oculta su identidad en todo lo posible, Amberley tendía a evitar lucir en su transporte personal los emblemas de la Inquisición, pero los colores carmesí y gris que lucía eran un indicador más que suficiente para cualquier persona familiarizada con la organización para la que trabajaba. Me encontré preguntándome por un momento si la presencia de un transbordador con capacidad espacial significaba que su antiguo asociado, Orelius, estaría orbitando pacientemente en algún lugar por encima de nuestras cabezas, pero lo dudaba. Periremunda era un lugar pequeño y provincial, y la presencia en el sistema de un comerciante con fama de contrabandista difícilmente habría pasado desapercibida durante mucho tiempo. (**1)**

(1) *De hecho, era de mi yate personal, el* ***Externus Exterminatus****, el que estaba esperando en órbita como de costumbre, transmitiendo el código ID de una barcaza de mineral de Desolatia.*

Miré mi cronógrafo.

-En cualquier caso es puntual.

Debería haberme guardado aquel comentario. Como ya he mencionado en innumerables ocasiones en el curso de estas memorias, la adhesión de Jurgen al protocolo tenía una tendencia que bordeaba la obsesión. Ahora, sin duda entendiendo que debíamos estar esperando en la plataforma cuando el transbordador tocara tierra, aceleró, lanzándome contra el pesado bolter de la torreta, y

dispersando a un grupo de soldados de las FDP que vigilaban el control de acceso en el perímetro del aeródromo. Mirando hacia atrás, vi a uno de ellos gritando con gran enfado a través de su Vox, pero al menos a ninguno de ellos se le ocurrió dispararnos, **(2)** lo cual fue una inesperada bendición. Agradeciendo al Emperador por su excelsa misericordia, me aferré a los asideros que pude encontrar, mientras Jurgen nos lanzaba en una carrera de obstáculos entre bidones de combustible, asustados trabajadores y servidores de carga, como si tratara de evitar una lluvia de proyectiles de artillería. Mi comunicador chasqueó indicando una comunicación entrante.

(2) De hecho, probablemente reconocieron a Caín, quien para ese momento ya era una figura famosa en todo el planeta, especialmente en Hoarfell, donde sus acciones en el incidente del dirigible de promethium le habían convertido en un héroe aún mayor para la población local.

-Comisario Caín, aquí control Darien Down-. La voz del controlador de tráfico estaba tensa, lo cual no era sorprendente en estas circunstancias. El pobre tipo debía estar asustado, temiendo que estuviéramos a punto de meterlos en medio de tan sólo el Trono Dorado sabía que emergencia, y que yo estuviese de nuevo envuelto en otra frenética carrera para evitar un desastre**-. ¿Podemos ayudarle de alguna manera?**

-Todo va bien-, le aseguré, con toda la suavidad y sinceridad que pude reunir mientras trataba de resistir las embestidas resultado de la conducción de Jurgen**-. Tan sólo debo recoger unos despachos urgentes, eso es todo.**

-Entiendo-. Claramente no lo hizo, pero de acuerdo con mi experiencia, los civiles nunca esperan realmente entender

los asuntos militares. Lo único que le importaba era que, fuera lo que fuera que tenía que hacer, aquello no tuviera nada que ver con la seguridad de su puerto espacial, y con eso le bastó para quedarse tranquilo.

A pesar de los heroicos esfuerzos de Jurgen, el transbordador aterrizó unos segundos antes de que alcanzáramos la plataforma, y su rampa de carga comenzó a descender incluso antes de aterrizar, de modo que su borde toco el rococemento apenas un latido de corazón después de los patines de aterrizaje.

Me quede observando expectante, esperando que Amberley apareciera en la parte superior de la metálica pasarela, pero el compartimiento de carga permaneció vacío, y los motores continuaron rugiendo, con la potencia justa para evitar que volviera a elevarse. Reconociendo los reveladores signos de un piloto maniobrando para una rápida recogida de personal en una ZA caliente **(3),** me agaché instintivamente protegiéndome tras el blindaje que me rodeaba, mis ojos observando nuestros alrededores en busca de cualquier señal de amenaza.

(3) *Preparado para despegue rápidamente de una zona de aterrizaje (ZA) peligrosa. A veces pienso que la jeringonza de la Guardia Imperial debería ser clasificada como un dialecto diferenciado dentro del gótico.*

-Subid a bordo lo más rápido que podáis-, dijo la voz de Amberley en mi oído, y tomando sus palabras tan literalmente como solía hacer con cualquier otra orden, Jurgen pisó de nuevo el acelerador, precipitándose hacia la estrecha rampa a una velocidad que cualquier otra persona habría considerado casi suicida.

Aun cuando estaba acostumbrado de su alocada forma de conducir el pequeño vehículo, tras una década y media sufriéndolo, me encontré rezando al Trono cuando llegamos a la rampa metálica, ascendiendo hasta entrar en la nave, con las orugas de nuestro vehículo apenas a unos milímetros del borde, quedando empaquetados en los estrechos límites del minúsculo compartimento de carga. Incluso ahora me resulta difícil creer que no rebotásemos contra el mamparo que teníamos de enfrente y saliéramos despedidos, sino que, como siempre, mi ayudante había calculado con precisión, cambiando de marcha para poner la marcha atrás, castigando aún más los maltratados engranajes, y deteniéndonos con apenas un centímetro de margen. Cuando apagó el motor, nuestro piloto le dio toda la potencia al reactor, y sentí una aceleración familiar en la base de mi torturada columna vertebral. Mientras ascendíamos, alcancé a echar un último y vertiginoso vistazo de Darien Down perdiéndose en la distancia antes de que la ascendente rampa ocupara su lugar, y sellando la nave. Aspiré profundamente aliviado, a pesar incluso del olor de Jurgen.

-Buena maniobra-, dijo Amberley, entrando por la estrecha puerta en el mamparo delantero. Jurgen se rascó la cabeza, sonriendo ante el inesperado cumplido.

-Gracias, señora-, dijo, sonrojándose bajo su habitual capa de suciedad. Amberley me sonrió, y le devolví la expresión lo mejor que pude. Estaba vestida con un chaleco blindado y mono corporal de una sola pieza tan ceñido, que normalmente habría sido más que suficiente para animarme, pero a diferencia del que le había visto en el edificio de los Arbites en Principia Mons, este era negro y estaba cubierto de enchufes y cables de alimentación. Solo

podía ser la de interfaz dérmica para su armadura de poder, y esa visión fue más que suficiente para hacer que mis palmas empezaran a picarme en serio. Allá donde fuéramos, ella pensaba que la iba a necesitar, y aquello no implicaba nada bueno.

-Siempre he pensado que era de muy mala educación hacer esperar a una dama-, dije, tratando de sonar lo más relajado posible, y Amberley me sonrió, aunque probablemente no se había dejado engañar ni por un segundo.

-Pasa-, dijo, indicando la puerta a su espalda**-. Ponte cómodo mientras lleguemos a nuestro destino.**

-¿Y a donde vamos entonces?-. Le pregunté, siguiéndola a un compartimento que casi podría haber sido el salón de una pequeña suite de hotel, si no hubiera sido por los juegos de cinturones de seguridad en los asientos generosamente acolchados. Me senté en el más cercano, uno estratégicamente situado cerca de un minibar con botellas de cristal, y Zemelda se acercó para depositar una cálida copa de amasec frente de mí, aparentemente interpretando con entusiasmo su papel de sirvienta.

-Pensé que le vendría bien una copita-, me dijo.

-Y pensaste bien, gracias-, le repliqué agradecido, tragándome la mitad demasiado rápido para apreciar completamente los delicados matices del amasec, mientras la observaba aparentando una vaga sorpresa. Al igual que Amberley, la antigua vendedora de comida ambulante

estaba vestida para enfrentarse a cualquier problema, con un traje oscuro de camuflaje con el patrón de colores de la colmena **(1),** un pañuelo del mismo material que mantenía su cabello recogido, el cual parecía ahora más brillante y más verde que nunca, en contraste, con el color de sus ojos. Su pistola láser estaba enfundada abiertamente en su cintura, un par de granadas de fragmentación que colgaban del chaleco alrededor de su torso, y completando su atuendo con una espada de combate de aspecto ominoso. Amberley se dejó caer en el asiento frente a mí y sonrió con indulgencia a su protegida.

(1) *Grises oscuros, azules y negros, destinados a permitir que el usuario se mezcle con las tan frecuentes sombras de la subcolmena.*

-Nuestra niña está creciendo-, dijo alegremente.

-Y muy rápido, diría yo-, le conteste siguiéndola el juego. Eché un vistazo alrededor del compartimiento, y me fijé en los estériles paisajes Periremundanos que sobrevolábamos demasiado rápido para distinguir cualquier detalle. Vi aparecer ocasionalmente mesetas, pero estas se desvanecían en un mero destello de sombra. La mayor parte de su séquito estaba aquí, Pelton se vestía casi de forma idéntica a su novia de pelo verde y acunaba su fusil automático de forma protectora, mientras que Simeon nos miraba desde un rincón, sufriendo pequeños espasmos cada vez que los implantes automáticos regulaban el flujo de drogas a su sistema. Su escopeta reposaba sobre su regazo, y se entretenía revisando los cargadores que colgaban de la bandolera que llevaba sobre su pecho, murmurando algo demasiado bajo para ser audible, pero que tenía las cadencias de la oración para la precisión. Rakel estaba de pie junto a él, su rostro aún más tenso que de costumbre,

dirigiendo una mirada dolorosa y venenosa a mi espalda. Al advertir la razón, me dirigí a Jurgen.

-Quizás sea mejor que eche un vistazo al Salamander-, sugerí**-. Podríamos necesitarlo cuando aterricemos.**

-Muy bien señor-. El brazo de Jurgen se retorció en la vaga apariencia de un saludo, y desapareció por la puerta en el mamparo. Cuando desapareció detrás de la gruesa placa metálica, la expresión de Rakel se relajó en algo que se aproximaba a su habitual distracción, y asintió como si escuchara una conversación que solo ella podía escuchar.

-El viento está soplando otra vez-, dijo**-, y sus dientes están afilados.**

-Me alegro de que te encuentres mejor-, dije diplomáticamente, anotando mantener a Jurgen lo más lejos posible de ella. Desde luego, no es que me importara mucho la pequeña y espeluznante psíquica, pero estaba armada, y no quería que se agitara tanto por su presencia, como para pensar en aliviar su incomodidad usando su pistola láser. Por un lado, el peculiar don de mi ayudante me había salvado la vida varias veces, y tenía toda la intención de que siguiera haciéndolo durante todo el tiempo que permaneciéramos juntos, y por otro lado no me gustaba la idea de que ella sacara un arma en un espacio tan confinado. Por supuesto, no rompería el casco, este era a prueba del calor y el estrés del reingreso atmosférico, así que un pequeño rayo láser no le haría mella alguna, pero podría rebotar fácilmente en el metal y poner mi vida en peligro, y aquello si era algo que me preocupaba.

Mott también estaba sentado a la mesa, con una jarra de café en la mano y un aire vagamente expectante que parecía indicar que estaba ansioso por comenzar a explicar lo que todos estábamos haciendo aquí tan pronto como Amberley le dejase. Yanbel estaba en una esquina al lado de la pequeña puerta que conducía a la cubierta de vuelo, haciendo cosas extrañas al traje de poder de Amberley, que se alzaba sobre todo como un capitán de los Astartes en un guateque. Como todos se me quedaron mirando no pude evitar hacerme la pregunta obvia (aparte del *"qué demonios estamos haciendo aquí"*, por supuesto, lo cual sabía que no debía preguntar otra vez. Conocía a Amberley lo suficientemente bien como para saberlo). Ella explicaría lo que estaba sucediendo cuando sintiera que era el momento, y ningún poder en la galaxia podría apresurarla.

-¿Quién pilota este trasto?-, pregunté. Amberley se encogió de hombros.

-Pontius, creo-, dijo, como si el nombre significara algo para mí. Pelton apartó un mechón de cabello, que había escapado de su pañuelo, fuera de sus ojos.

-Es un ex de la Armada, como la mayoría de la tripulación de la jefa. Es bueno. Si se da el caso, puede volar este trasto como si fuera un caza en medio de un combate aéreo.

-Entonces, esperemos que no tenga que mostrar sus habilidades-, le dije, asimilando aquella última noticia con tanta tranquilidad como pude. Me apunté que Amberley tenía su propia nave estelar. Bueno, supongo que no

debería sorprenderme, los inquisidores necesitan llegar lo más rápidamente posible allá donde sean necesarios. Simplemente no se me había ocurrido antes, probablemente porque cuando la conocí iba acompañada de un contrabandista, y desde entonces había asumido que simplemente usaba la autoridad de su Ordo para requisar una nave cada vez que necesitaba una **(2).**

(2) *Lo que también funciona, por supuesto, especialmente cuando necesitas algo con suficiente potencia de fuego para hacer mella en un planeta, pero es bueno tener un lugar más acogedor al que poder llamar hogar.*

-Eso dependerá de lo que nos encontremos cuando lleguemos allí-, dijo Amberley, aun haciéndose de rogar.

-¿Y dónde será eso?-. Volví a preguntar, bebiendo los restos de mi amasec, y tratando de aparentar estar lo más relajado posible.

Amberley le hizo un gesto a Mott.

-Nos dirigimos a una instalación minera, en uno de los altiplanos situados a menor altitud. Caractacus te lo explicara-. Comentó mientras sonreía con indulgencia a su sabio**-. Después de todo, él descubrió la pista que estamos siguiendo.**

-Gracias en gran medida a usted, comisario —, empezó a decir Mott, con su habitual tono pedante y seco**-. Su solicitud de acceso a los archivos del Arbites fue atendida de la manera más completa posible, y uno de los archivos que adjuntaron fueron las notas de**

trabajo de los medicae que realizaron el examen post mortem del psíquico que intentó asesinarlo.

-Suponía que ya habías revisado el informe de la autopsia, ¿no? -. Le pregunté a Amberley, y ella asintió.

-Por supuesto. Keesh nos lo entrego tan pronto como se completó la autopsia, y no había nada que nos sirviera de algo, o eso nos pareció en ese momento. Sin embargo, lo que Caractacus ha estado analizando son los datos a partir de los cuales se compiló el informe, y parece que los medicae obviaron un detalle bastante significativo en la versión final del informe.

-¿Deliberadamente?-. Pregunté, y Amberley negó con la cabeza, haciendo que su cabello rubio cayera sobre sus hombros.

-Seguramente no. Keesh está investigando al respecto, por supuesto, pero todo apunta a que ha sido una simple metedura de pata.

-También es bastante comprensible-, dijo Mott**-. Apenas había rastros apenas detectables, luego difícilmente se puede culpar a nuestros colegas del medicae por no percatarse de ello. Además, el que no lo hicieran hecho ha sido en nuestro mayor beneficio, pues lo más importante es que incluyeron en el informe lo que habían encontrado, aunque no comprendieran la importancia de su descubrimiento.**

-¿Rastros de qué?-, pregunté, sospechando inmediatamente que iba a lamentar haber hecho esa pregunta. Afortunadamente, sin embargo, esta parecía ser lo suficientemente específica como para no haber activado su interminable cháchara con asociaciones aleatorias respecto al tema que nos ocupaba.

-Hallaron diminutas partículas de polvo en los pulmones del cadáver-, explicó Mott**-. Todo bastante normal, por supuesto, pero en este caso mostraron características inusuales. Contrastando esos resultados con los datos geofísicos de Periremunda, me resultó bastante obvio que tuvo que haber visitado una meseta en particular en un pasado relativamente reciente.**

-Precisamente en una donde hay una estación minera-, dije. Medite al respecto asintiendo al empezar a entender**-. Un lugar aislado, reservado y muy lejos de la civilización. ¿Qué habría estado haciendo allí?**

-Eso es lo que vamos a descubrir-, dijo Amberley**-. Keesh intentó el acercamiento habitual, mediante la red vox para pedir sus registros personales, pero no obtuvo respuesta alguna.**

-Ya veo-. Asentí de nuevo, y esta vez las palmas de mis manos empezaron a temblar en serio. En un mundo como Periremunda, el contacto regular con otros centros de población era vital, por lo tanto, cualquier puesto de avanzada aislado tendría sistemas de respaldo para hacer frente a un simple fallo en el sistema de comunicaciones.

-¿Y este interesante campamento minero tiene nombre?

- Hell's Edge (3)-, dijo Amberley, sonriendo alegremente.

(3) El Borde del Infierno, nt.

-Suena encantador-, dije, mirando ansiosamente alrededor del compartimiento en busca del decantador de amasec.

CAPÍTULO XIV

Al menos he de conceder que Hell's Edge estuvo a la altura de su nombre. En un siglo o más de viajes alrededor de la galaxia, he visto lugares menos acogedores, aunque muy pocos, y menos cuando nadie me estaba disparando, como aquel. Por un lado, como Amberley había dicho, la meseta era una de las más bajas del planeta, lo que significaba que estaba prácticamente bordeando el margen de habitabilidad. Al desembarcar, un espeso aire caliente me abrasó los pulmones, y rápidamente me coloqué la faja alrededor de la cara a modo de mascarilla improvisada, sintiendo una leve punzada de envidia al pensar en el aire fresco y reciclado del interior del traje de Amberley **(1)**. Aparte de la arena en suspensión, el aire hedía a azufre, lo cual no era sorprendente considerando dónde estábamos.

***(1)** Comentario que, como cualquiera que haya usado alguno de estas armaduras puede atestiguar fácilmente, está realmente muy lejos de ser correcto. Su interior está impregnado de un flatulento olor resultado del sólo el Emperador sabría cuántos siglos de sudor y otras cosas que prefiero no comentar. Dicho esto, sigue siendo una mejora importante en muchos lugares, incluido Hell's Edge.*

Cuando Pontius hizo descender el transbordador sobre una estrecha plataforma de roca, me tensé involuntariamente, recordando demasiados descensos de combate, así como mi precipitada llegada a Simia Orichalcae gracias a un tiro afortunado de un orko armado con un lanzacohetes portátil.

Sin embargo, aquella vez ningún destello de luz brotó del suelo para saludarnos, y cuando nos acercamos para dar

otra pasada, tuve la oportunidad de echarle un primer vistazo de nuestro destino.

-Está claro de dónde le viene el nombre-. Dije secamente. El afloramiento masivo en el que se asentaba la colonia estaba asentado en el borde de uno de los flujos de lava ecuatorial, un espeso y resplandeciente mar de lava que rodeaba la meseta por tres lados. Pesadas tuberías y otros equipos creados por el hombre recorrían los flancos de la meseta, aparentemente desapareciendo bajo la superficie de la lava. Los señalé, y Mott asintió pensativamente, mientras sus sinapsis potenciadas se inundaban con información relacionada a lo que estábamos viendo.

-El flujo de lava es rico en varios metales, que pueden extraerse fácilmente gracias a su estado fundido-, comenzó**-. Normalmente, la dificultad radica en filtrar el material útil del magma en el que está suspendido, pero gracias a las peculiares condiciones reinantes, la tarea es considerablemente más fácil. Es particularmente interesante la manera en la que...**

Me quede mirando la superficie de la meseta ignorando el resto del monólogo. Era pequeña, de acuerdo con los estándares de la mayoría de las que había visto. Aunque hasta aquel solo había puesto pie en Hoarfell y Principia Mons, había visto unas cuantas más desde el aire, y ninguna tan pequeña como esta parecía poder mantener una comunidad de un tamaño significativo. Hell's Edge no tenía más de un kilómetro de ancho en cualquier dirección, y el área abierta más grande que podía ver era inevitablemente el campo de aterrizaje. Aproximadamente del tamaño de un campo de scrum-ball, apenas era lo bastante grande para albergar una lanzadera de carga

pesada, aunque el mástil de amarre para dirigibles en el extremo más alejado indicaba que la mayor parte del material procesado sería transportado a su destino final a cualquier lugar del planeta a un ritmo más pausado.

Al igual que su primo mayor de Darien, el campo de aterrizaje se extendía hasta el borde de la meseta, pero en aquel caso sin signo alguno de un muro o cerca para proteger al incauto contra un paso en falso. Me estremecí al pensar en una caída de dos o tres kilómetros para acabar en un charco de lava, y decidí permanecer lo más lejos posible del borde. El resto de la superficie estaba ocupada por edificios, principalmente factorías de un tipo u otro, que supuse eran las plantas de procesamiento donde se extraía el material útil que se vertía en moldes para obtener lingotes, seguidos de instalaciones de almacenamiento para dichos lingotes una vez enfriados, y por último un conjunto de complejos de viviendas.

-¿Algo en el vox?-. Pregunté, mientras bajábamos juntos por la rampa, con Rakel manteniéndose lo más lejos posible de Jurgen, y la mayoría de nosotros con las armas en las manos. Jurgen llevaba su amado melta, y por supuesto, su fusil láser estándar colgando de su hombro, aunque el hedor de azufre que lo impregnaba todo anuló mi método habitual de rastrear su paradero. Eché un vistazo al desolado terreno que nos rodeaba, alerta ante cualquier señal de emboscada. Amberley negó con la cabeza e hizo una mueca cuando el aire viciado golpeó sus fosas nasales y selló su casco.

-Nada-, respondió**-. Pontius continúa explorando, pero no hay tráfico de señales en este lado de Aceralbaterra (2).**

(2) *El altiplano o meseta más cercano con una población considerable, a unos trescientos kilómetros al sur, aparentemente así bautizado por el explorador que catalogó por primera vez este mundo de mosaicos.*

Para mi silencioso alivio, nuestro piloto estaba haciendo mucho más que eso, manteniendo los motores del transbordador al ralentí en caso de que tuviéramos que salir por piernas. No tenía sentido desembarcar al Salamander; aunque me hubiera reconfortado mucho, pues me hubiera proporcionado una zona de seguridad tras su blindaje y sus armas pesadas, pero desgraciadamente no había ningún sitio donde poder emplearlo.

-Esto prácticamente descarta que se trate de un problema del vox-, dije, pequeños destellos de paranoia golpeaban alrededor de mis sinapsis cada vez que pensaba que había percibido una sombra en movimiento. Pelton asintió mostrándose de acuerdo.

-Ya deberíamos haber visto un comité de bienvenida-, coincidió, y, siguiendo mi ejemplo, convirtió rápidamente su pañuelo en una improvisada mascarilla. Acto seguido, Zemelda siguió su ejemplo, con el pelo verde desmelenándose al quedar liberado, siguiendo el similar ejemplo a la despeinada melena rubia de Pelton, mientras retiraba la cinta que lo mantenía recogido. Jurgen simplemente ignoró el asqueroso hedor del aire estoicamente, aunque era evidente que le causaba algunas molestias, tampoco había duda de que los demás estábamos bastante más afectados por ello.

-Deberíamos-, estuve de acuerdo, levantando mi pistola láser con dedos resbaladizos por el sudor (aparte de los

augméticos, por supuesto, que al menos me permitieron mantener el arma firmemente sujeta como para apuntar correctamente), y deseando haber tenido la previsión de deshacerme de mi abrigo cuando había tenido la oportunidad. A pesar del calor sofocante, los helados escalofríos recorrían sin parar mi espina dorsal. Allí no había ninguna señal de vida, y aquello sólo podía significar que algo iba terriblemente mal**-. ¿Cuántas personas se supone que viven aquí?**

-Doscientas treinta y siete-, contesto Mott, cuya voz aparentemente no se veía afectada por el calor y el polvo. Al igual que Yanbel, parecía haber estado aislado de los peores efectos del medio ambiente por su amplia gama de mejoras augméticas, mientras que Rakel y Simeon parecían estar demasiado fuera de lugar, cada uno a su respectiva manera, como para preocuparse, pero aquello no era nada nuevo.

-Ciento noventa y seis empleados, cuarenta y un empleados auxiliares y dieciocho familiares, de los cuales siete son aun menores de edad.

-Entonces, ¿dónde diablos están? -. Simeon apretó su escopeta hasta que sus nudillos se quedaron blancos, su paranoia estaba aumentando al mismo tiempo que su estado de alerta químicamente mejorado.

Rakel negó con la cabeza con vehemencia.

-Se han ido todos, no hay nadie en casa-. Soltó de repente, cantando una canción infantil, y contuve la obvia

réplica. Después de todo, no era culpa suya que estuviera loca, y aquel no era un buen momento para irritar a Amberley. En cambio, hice que mi voz sonara lo más calmada posible, esperando poder darle un poco más de sentido de esa manera.

-¿Qué quiere decir con que se han ido?-, pregunté, y ella me miró como si acabara de confundirla con una fulana a la que le estuviera ofreciendo un crédito.

-Aquí no están, idiota. ¿No hablas gótico?

Bueno, obviamente no tenía sentido empezar una discusión con una loca, así que me encogí de hombros y lo dejé pasar, tratando de no notar la sonrisa en la cara de Simeon o en la de Amberley.

-Vamos a separarnos-, dijo la inquisidora, con su voz todavía muy tranquila a través del comunicador, aunque supongo que es más fácil ignorar la posibilidad de una emboscada repentina si se está bien resguardado tras un par de centímetros de ceramita. (No es que sea una protección total. He visto genestealers arrancando piezas de la armadura de un Terminator, de la misma forma que Jurgen con un plato de marisco, y ambas son imágenes que preferiría no volver a ver). Un brazo negro y dorado se alzó con el débil gemido de servos**-. Flicker, coge a Rakel, Simeon y Zemmie y revisa los bloques habitacionales. Cualquier cosa fuera de lugar, envíame una descripción, y espera a que el resto de nosotros llegue antes de que empezar a registrar nada.**

-Entendido-. El ex Arbiter asintió una vez**-. No te preocupes, jefa, no voy a activar ninguna trampa explosiva, o comenzar a pinchar los sigilos del Caos con un palo.**

-Bien-. La voz de Amberley contenía un leve indicio de diversión**-. Rakel debería poder detectar cualquier residuo psíquico, por lo al menos es poco probable que te equivoques en algo así sin previo aviso-.** Se volvió hacia el resto de nosotros**-. Los demás conmigo. Comenzaremos por la planta de procesamiento.**

-Podríamos cubrir más terreno si nos dividimos en parejas-, sugirió Zemelda tímidamente, con una mirada a Pelton indicando qué compañero tenía en mente para ella. Amberley negó con la cabeza, con el casco dorado girando suavemente sobre sus cojinetes.

-No-, dijo ella**-. Quiero a todos en equipos sean lo suficientemente numerosos como para lidiar con cualquier cosa inesperada que podamos encontrar. Pedid ayuda a la primera señal de problemas y corred como si el demonio os persiguiese si es necesario. Los héroes muertos no me ayudan.**

-Si jefa-. Zemelda asintió y se situó al lado de Pelton.Un momento después, Simeon y Rakel los siguieron, y los cuatro comenzaron a dirigirse hacia las unidades habitacionales, explorando cualquier cobertura que pudieran encontrar en el camino. Pelton parecía tener suficiente confianza en su propio liderazgo, y él y Simeon mantuvieron su avance de cobertura en cobertura con una eficiencia que mis años vinculados a la Guardia Imperial me

permitió apreciar. Zemelda estaba haciendo todo lo posible por imitarlos, y para mi sorpresa mostró todas las señales de poder cuidar de sí misma una vez comenzase el tiroteo. Rakel, por supuesto, solo se encorvó, con los ojos tan desenfocados como de costumbre, bien confiando en su predicción de la falta de vida en la zona como para no temer a la presencia de un enemigo, o demasiado loca para preocuparse por si estaba equivocada.

-Vamos-. Amberley se volvió hacia el bloque industrial más cercano**-. Vamos a ver si podemos averiguar adónde fue toda la gente.**

-Si realmente se han ido a algún lado-, dije lúgubremente, tratando de mantener en lo posible su servoarmadura entre los pórticos de tuberías, mi preciada persona y cualquier francotirador competente que pudiera haberse escondido en aquella zona**-. ¿Hasta qué punto se puede confiar en las percepciones de Rakel?**

-Es bastante confiable-, me tranquilizó Amberley, antes de romper el efecto añadiendo**-, normalmente-.** Al percibir una repentina oleada del distintivo aroma de mi ayudante, incluso a través del hedor omnipresente y la faja que protegía mi nariz, asentí con la cabeza, entendiendo la razón de su actitud cauta**-. Esta vez parece estar bastante segura.**

-Por una vez-, dijo secamente Yanbel. La planta procesadora más cercana estaba a unos pocos metros a nuestra izquierda, y avanzamos directamente hacia ella, dirigiéndonos hacia un palé de lingotes de un metal opaco apilado en un carro motorizado en el borde de la pista de

aterrizaje. Inicialmente pensé en usarlo como barricada. Pero a medida que nos acercábamos me empezó a invadir una persistente sensación de que algo iba mal, una sensación que comenzó a preocupar seriamente a mi subconsciente.

-¿Qué hace esto ahí?-, me pregunté en voz alta**-. ¿No debería estar en uno de los almacenes?**

-Ciertamente no deberían haberlo dejado a la intemperie-, confirmó el tecnosacerdote**-. Todo este polvo y cenizas en el aire degradarán las unidades motrices. Va a tener que ser desmontado y reconstruido, sin duda alguna-.** Agitó la cabeza, enfadado**-. Los visioingenieros no deberían haber sido tan negligentes.**

-Tal vez esperaban volver a por él-, sugirió Jurgen, con su habitual expresión de vago desconcierto que esta vez fue un reflejo de la mía detrás de mi improvisada máscara.

-Tiene sentido-, le conteste**-. Si estuvieran sacando los lingotes para cargarlos en un transbordador...**

-En tal caso habríamos visto una lanzadera-, señaló Amberley razonablemente. Su pulido casco, cuyos motivos decorativos ya se estaban quedando oscurecidos bajo una fina capa de polvo grisáceo. Cuando se giró hacia mí, pude ver un reflejo de nuestro Aquila, completamente solo en el medio de la pista. Me encogí de hombros.

-Tal vez la gente lo usaron para largarse-. La sugerí, aunque no creía en ello ni por un momento.

-Muy interesante-. Comentó Mott pasando un dedo por la pátina de la ceniza volcánica en el borde del transporte y se la puso en frente de su rostro. Casi esperaba que lo probara, pero sólo entrecerró los ojos por un momento observándola detenidamente, para luego limpiarse el dedo en el dobladillo de su túnica.

-A juzgar por la profundidad de los detritos acumulados, y asumiendo una tasa uniforme de deposición, este medio de transporte fue abandonado hace aproximadamente cinco días.

-No sólo abandonado-, dije. Había llegado al asiento del conductor, poco más que un delgado asiento acolchado junto a la palanca de control que parecía gobernar la dirección y la velocidad. La ceniza se acumulaba en irregulares rasgaduras en la tela, y aunque era difícil estar seguro bajo la delgada capa gris, parecía haber algunos residuos marrones oscuro que encajaban con salpicaduras contra el lateral de las barras de metal apiladas**-. Yo diría que eso es sangre.**

-Lo es-, confirmo Amberley después de un momento, sin duda tras consultar los sentidos mejorados incorporados en su armadura. Jurgen señalo con el cañón de su melta los desgarros en la tapicería del asiento.

-Un mordisco un poco grande para un gante-, dijo**–. Un Lictor diría yo, ¿Qué opinan?**

-Es posible-, dije, después de haber reconocido el distintivo patrón de garras en las cortes. Mi sangre se me heló en las venas incluso a pesar del calor del horno de aquel desolado lugar. Ninguno de nosotros dudaba de haber encontrado la razón por la que Hell's Edge se había quedado en silencio, pero una posibilidad aún más inquietante seguía insinuándose en mi mente. Me volví hacia Amberley**-. ¿Puede Rakel detectar tiránidos al igual que hace con los genestealers?**

-Eso creo-, dijo Amberley, lo cual no era exactamente la confiada respuesta que yo esperaba**-. Dice que puede sentir la sombra de la flota colmena, pero nunca nos hemos enfrentado juntas a un enjambre sobre el terreno-.** Su voz se alteró un poco, adoptando un autoritario tono de mando**-. Flicker, manteneos en alerta. Hemos encontrado signos de actividad tiránida.**

-Recibido-, respondió Pelton**-. Estamos dentro de las viviendas. No hay señales de vida, pero hay muchos efectos personales. Es como si simplemente todos se hubieran levantado y se hubieran ido.**

-Busca cualquier signo de combate-, le dije**-. Si los tiránidos han tomado el lugar, seguramente habrán dejado algún tipo de rastro.**

Intenté imaginarme a un grupo de civiles montando cualquier tipo de resistencia efectiva a un mortal enjambre, y descarté la posibilidad de inmediato. Todos ellos habrían sido masacrados en segundos, sus cadáveres devorados en

el acto si tenían suerte, o en caso contrario arrastrados para ser transformados en biomasa bruta como alimento para la flota de colmena.

-¡Puagh!-. El grito de Zemelda interrumpió la conexión de repente, y pudimos percibir el asco en su tono**-. El suelo está cubierto de bichos. Todos muertos.**

-Devoracarnes-, dije, confirmando mi terrible suposición. Al darme cuenta de que no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo, procedí a explicárselo**-. Son las municiones de sus bioarmas. Disparan esos pequeños insectos que se abren camino a través de tu cuerpo por el sencillo acto de comerte. Afortunadamente se mueren casi al instante.**

-Mucoid-, dijo Zemelda, no pude entenderla, pero supuse acertadamente que era una expresión de repulsión, una reacción perfectamente comprensible en estas circunstancias.

-**Mucho-,** estuvo de acuerdo Amberley secamente**-. Seguid buscando, y manteneos alerta.**

-Entendido-, confirmó Pelton.

Como no íbamos a obtener nada más de la carretilla elevadora, avanzamos hacia el taller al que nos dirigíamos inicialmente, con Amberley liderando nuestro avance, algo que me pareció muy bien. Troté tras ella, sintiendo la necesidad de mostrar que lideraba a su lado, cuando en realidad sólo buscaba poner su armadura entre cualquier

problema que pudiera estar al acecho y mi persona, al tiempo que Jurgen se pegaba a mí, con su melta preparado, como siempre, mientras movía sus ojos de un lado a otro en busca de cualquier amenaza a nuestras vidas. El sabio y el mecano nos seguían, Mott parloteando sin cesar sobre la anatomía y la fisiología tiránida, y lamentando el hecho de que la omnipresente dispersión de cenizas hubiera borrado cualquier rastro que le hubiera permitido estimar su número y subespecie, mientras Yanbel miraba a nuestro sombrío entorno como preguntándose qué, por el sagrado Omnisisiah, se le habría perdido a un piadoso siervo del Dios Máquina como él en un lugar tan caótico como aquel.

No me importa admitir que me sentí incómodamente expuesto durante nuestra caminata a través de la pista de aterrizaje, y una sensación de alivio comenzó a crecer en mí interior tan pronto como llegamos al portón principal del Manufactorium. Por su puesto, intelectualmente hablando, sabía que los tiránidos podían estar acechando para emboscarnos tan fácilmente dentro del edificio como a la intemperie, pero mi primitivo cerebro posterior prefería la seguridad que da estar rodeado de paredes, y me apresuré a atravesar tan rápido como pude las enormes puertas metálicas en pos de Amberley.

El aire del interior estaba sorprendentemente limpio, y me quité la improvisada mascarilla de mi cara con una maravillosa sensación de alivio, a pesar de que la halitosis de Jurgen me alcanzó inmediatamente. La vasta sala estaba asombrosamente silenciosa. La compleja maquinaria que la llenaba estaba totalmente parada, aunque no conseguía imaginar quién habría encontrado tiempo para hacer algo así, o por qué se habrían tomado el tiempo para ello, justo en medio de un ataque tiránido **(1).**

(1) *Lo más probable es que hubieran sido desconectados los sistemas automáticos en ausencia de materia prima que procesar, habiendo quedado los depósitos llenos de agua.*

-¿Qué es esto?- preguntó Jurgen, empujando lo que parecía una acumulación al azar de chatarra esparcida por el suelo con la culata de su melta. Yanbel corrió a unirse a él, las ruedas de sus pies aparentemente funcionaban mucho mejor aquí que en la gruesa capa de polvo que había afuera, y se mostraba aparentemente indiferente al espeso aroma que empezaba a rodear a mi ayudante ahora que estábamos a cubierto de la atmósfera cargada de azufre. Cogió el resto más cercano de oricalcum retorcido, y lo examinó cuidadosamente, asintiendo para sí mismo.

-Es un relé biométrico-. Recogió otro pedazo de chatarra**-. Y un enlace de interfaz linfática-.** Asintió con decisión, seguro de su conclusión**-. Es un servidor, o lo era, antes de que algo le arrancara todas las partes santificadas.**

-O quizás algo las escupió-, dije, sintiéndome claramente incómodo al pensar en ello. Evidentemente algo había consumido completamente los componentes biológicos del cuerpo de carne y metal, desechando las partes inorgánicas durante el proceso.

-Probablemente lo segundo-. La voz de Amberley seguía siendo firme, aunque creí que podía detectar una corriente de incertidumbre en ella, algo que distaba mucho de resultar tranquilizador**-. Pero los tiránidos son sólo de importancia secundaria en este momento. Estamos**

aquí para buscar evidencias de un culto al Caos, ¿lo recuerdas?

Asentí sobriamente. Los horrores quitinosos eran al menos un elemento conocido de la ecuación, aunque sumamente perturbadores, pero quienquiera que hubiera enviado al psíquico rebelde tras de mí seguía siendo una incógnita, y no podíamos permitirnos más sorpresas que pudieran socavar nuestra capacidad para defender este mundo.

Si había alguna indicación de quién había sido el misterioso asesino, y sobre todo de quién lo había enviado, descubrirlo tenía que ser nuestra principal prioridad.

Activé mi comunicador.

-Pelton, ¿ha encontrado algo?

-Mucho de nada-, me dijo alegremente el ex arbiter**-. Si realmente había un culto al Caos escondido aquí, era el más piadoso al Emperador de todos con los que me he encontrado.**

-¿Qué quieres decir?-, preguntó Amberley, y la voz de Pelton instantáneamente adoptó un tono más profesional.

-A estas alturas ya habremos comprobado más de treinta unidades habitacionales, en todas ellas había abundantes iconos del Emperador, aparte de folletos religiosos y libros sobre la vida de los santos en al menos la mitad de ellas. Si realmente había aquí

algún culto adorador del Caos, solo puedo imaginar que eran adictos a vivir peligrosamente.

-¿Suelen los mineros ser tan piadosos?-, pregunté. No había conocido a muchos, por supuesto, pero lo dudaba mucho. Por otro lado, podía deducir fácilmente que el vivir en un lugar como Hell's Edge podía inclinar a alguien a invocar la protección del Emperador con más de entusiasmo del habitual.

Amberley agitó la cabeza.

-Sinceramente no lo sé. Lo investigaré.

Seguimos adelante, pasando a través de un laberinto de mecanismos más grandes que un Chimera, cuyo propósito no podía ni siquiera empezar a adivinar, con los ecos de nuestras voces y las fuertes pisadas de Amberley resonando a nuestro alrededor mientras avanzábamos.

-¿Qué demonios?-, exclamé, cuando al doblar la esquina de uno de esos misteriosos artefactos me sorprendió recibir una asquerosa vaharada de aire sulfuroso. Al principio pensé que alguien debía haber dejado una puerta abierta, pero luego, cuando mis ojos se volvieron a concentrar, un repugnante olor alcanzó mi nariz, y de pronto comprendí la verdad. Un agujero había sido abierto a través de la gruesa pared de rococemento, lo suficientemente grande como para que nuestro Salamander lo pudiera atravesar con facilidad, llenando el suelo con trozos de detritus en el proceso. Miré a Amberley**-. Creo que hemos encontrado**

algunos de esos signos de combate de los que hablabas-, dije.

-También lo creo-, confirmó Jurgen, tan inmune al sarcasmo como siempre. Miró la brecha con atención**-. Alguien le ha dado un par de descargas de bolter pesados para atravesar la pared. Y por lo que parece, también usaron un Melta.**

-No es algo que normalmente se esperaría encontrar en una instalación civil-, estuvo de acuerdo Amberley, avanzando para examinar la brecha más de cerca.

Yanbel asintió, mirando la escena con sus sentidos aumentados por mecanismos ocultos bajo su capucha**-. Alguien estaba desesperado por entrar-,** comentó.

Mientras hablaba, me vino a la mente el recuerdo del violado santuario del Mechanicus que había encontrado en el Valle de los Demonios en Perlia, y asentí con la cabeza, sintiendo como se me secaba la boca. Entonces el pensamiento se disipó casi tan pronto como había llegado, cuando algo sobre la distribución de los escombros golpeó mi subconsciente con fuerza.

-Es más probable que estuviera desesperado por salir-, dije**-. El daño fue infligido desde este lado del muro.**

-Tienes razón, comisario-. Confirmo Amberley, formandose una imagen de la escena en su propia mente, mientras estudiaba los alrededores de la alta y resonante

cámara. Habíamos llegado a aquel punto en una serie de zigzags, manteniendo tanta maquinaria como nos fue posible entre nosotros y cualquier espacio abierto en el que un enjambre de tiránidos pudiera agruparse. Conocía el valor de canalizarlos hacia estrechas enfiladas, donde sólo podían venir a por ti unos pocos a la vez en lugar de aprovechar al máximo su número para abrumarte. A menudo había seguido aquella estrategia de Amberley, así que en aquella ocasión hice lo mismo, sin que se me pasara por la cabeza discutir nada, aunque debo admitir que mantuve los ojos bien abiertos, buscando a genestealers emboscados o lo que fuera, mientras proseguíamos nuestro sinuoso camino a través de los pasillos repletos de maquinaria. Amberley dio unos pasos hacia atrás desde el enorme agujero de la pared, y señaló algo **-. Justo lo que pensaba, mira esto.**

Me uní a ella, mientras los otros también se agruparon alrededor, y miré en la dirección que ella estaba señalando. Había un pasillo ancho y despejado entre los grupos de tolvas, los atriles de control, y estructuras de hierro remachado y el Emperador sabría qué más, se extendía desde donde estábamos hasta las puertas por las que habíamos entrado, a través de las cuales pude echar un vistazo reconfortante de nuestro trasbordador que aún estaba posado pacientemente en la plataforma. Algo menos reconfortante fue el estado de algunas de las máquinas en el perímetro del espacio abierto. Abundaban las marcas de quemaduras y abolladuras, y en algunos lugares las gruesas placas de metal estaban totalmente perforadas.

-Bolters-, comente, reconociendo el patrón dejado por los proyectiles explosivos antiblindaje, y Amberley asintió sombríamente.

-También lanzallamas, según parece-, dijo, indicando una amplia y chamuscada área en el suelo, a unos veinte metros más allá de donde estábamos parados.

Mientras daba un paso hacia la máquina dañada más cercana, con la intención de examinarla más de cerca para buscar alguna pista de lo que había ocurrido, algo crujió bajo las suelas de mis botas. Miré hacia abajo, con un escalofrío de aprensión, ya seguro de lo que estaba a punto de encontrar. Los diminutos restos de escarabajos, demasiados para contarlos (aunque sin duda Mott podría haberme dado una estimación razonable de su número si me hubiera importado lo suficiente como para preguntárselo), dispersos por todas partes.

-Devoracarnes-, dije innecesariamente.

Amberley asintió con fuerza.

-Está claro lo que pasó aquí-, dijo. Yo asentí con la cabeza, coincidiendo con su evaluación.

Alguien había estado tratando de salir del edificio, y se encontró con que su camino estaba bloqueado por un enjambre de gantes, demasiados para luchar contra ellos, incluso con la impresionante cantidad de armas de fuego que evidentemente tenían a su disposición. Así que crearon una barrera temporal de promethium en llamas, ganando tiempo suficiente para atravesar la pared sus espaladas y así poder escapar.

-Quienquiera que luchara para salir de aquí estaba impresionantemente bien equipado-, dijo Mott**-. Yo estimaría que, a juzgar por los patrones de impacto visibles en la maquinaria que nos rodea, se emplearon al menos media docena de bolters además de armas pesadas, cuyos rastros son demasiado obvios.**

Sentí que otro escalofrío bajaba por mi columna vertebral.

-¡Eso suena a un escuadrón de Astartes completamente equipado!-, exclamé con horror y asombro. Una terrible posibilidad comenzó a regañar insistentemente a mi antebrazo**-. ¿Podría el brujo estar aliado con una de las Legiones Traidoras?**

-Lo dudo-, me tranquilizó Amberley**-. Su presencia tiende a ser más obvia.**

-¿Skitarii, quizás?-, propuso Yanbel. Aquello sonaba más plausible. Asentí, recordando de nuevo los restos de los cuerpos vestidos de carmesí de los soldados rasos del Mechanicus que había encontrado en el laboratorio secreto de Perlia.

Volví a mirar a Amberley.

-¿Lazurus tiene un equipo de guardaespaldas con él?-, pregunté. No podía imaginar ninguna otra razón por la que un escuadrón de skitarii estuviera en un planeta tan lejos de las principales rutas de la disformidad como Periremunda.

-No que yo sepa-, dijo.

Jurgen tosió en voz alta, y escupió una flema hacia una esquina.

-Además-, comenzó a decir, como si fuera lo más obvio del mundo (y realmente nos dimos cuenta de que tenía razón tan pronto como acabó de explicarse)**-, los soldados de los mecanos llevan fusiles Infierno, ¿no es así?**

-Por lo general así es-, estuve de acuerdo. Realmente pocas veces había visto uno de ellos con un bolter**-. Pero, ¿qué estarían haciendo en un antro como éste?**

-Eso es lo que hemos venido a averiguar-, dijo Amberley. Después de un momento se giró, y empezó a adentrarse más profundamente en el complejo**-. Deben haber venido de aquella dirección.**

Bueno, podría haberle dicho que, por supuesto, sólo había una ruta obvia para llegar al punto en el que se había producido la batalla contra los tiránidos. Sin embargo, seguir especulando no tenía ningún sentido. La única manera de averiguar quiénes eran los misteriosos guerreros, y qué habían estado haciendo en Hell's Edge, era averiguar de dónde venían. Con un mal presagio taladrándome la cabeza, aferré con fuerza mi pistola laser y la seguí, con la esperanza de que las respuestas que buscábamos no tuvieran que ser pagadas con sangre.

CAPÍTULO XV

Encontramos la respuesta después de otra media hora, más o menos, de husmear en los alrededores y, al menos en mi caso, saltando ante cualquier supuesto movimiento entre las sombras, preguntándome si un lictor estaría a punto de saltar sobre nosotros desde algún lugar oculto, con sus babeantes mandíbulas, pero por el momento todos seguíamos aún enteros, cuando Amberley se detuvo frente a una sección de la pared que me parecía como cualquier otra, y la observó con curiosidad.

-Muy buen trabajo-, dijo, y luego, sin avisar, lo golpeó con su puño de poder, perforándola y abriendo un limpio agujero a través de la pared de rococemento, revelando un fino revestimiento metálico oculto tras ella. Después de un par más de golpes, amplió la brecha lo suficiente como para abrirse paso hacia el interior, apartando una pequeña cascada de escombros mientras caminaba sobre el desigual borde de la brecha que había abierto. Después de un momento, segura de que el lugar estaba abandonado, soltó los sellos de su casco, aparentemente con la intención de examinar el lugar con sus propios ojos.

Yanbel y Mott la siguieron, saltando por encima de la obstrucción fácilmente con sus piernas augméticas, y tras un momento de vacilación, corrí torpemente tras ellos. Después de todo, el número me daba cierta seguridad, incluso aunque aquello significara mantener al sabio y al mecano entre mí humilde persona y cualquier tiránido hambriento. Jurgen me siguió, por supuesto, transportando su torpe y pesada arma a través del agujero con su habitual torpeza y un montón de blasfemias, pero no presté mucha

atención a los esfuerzos de mi ayudante. Estaba demasiado ocupado conteniendo mi asombro, como un habitante de los arrabales de una colmena al ver por primera vez la parte superior de la misma.

La cámara en la que nos habíamos encontrado era mucho más pequeña que las salas llenas de maquinaria en las que habíamos estado hasta aquel momento, pero no por ello menos abarrotada con los dones del Omnissiah: terminales de datos y bancos de cogitadores a lo largo de las paredes de desnudo acero, y arcanos mecanismos, de los cuales ni siquiera podía empezar a adivinar el propósito, repartidos por el suelo de una manera que parecía a la vez funcional y virtualmente al azar. Una vez más, recordé el laboratorio secreto que había encontrado en Perlia, y del espeluznante secreto que había ocultado, pero aquel lugar estaba misericordiosamente desprovisto de cadáveres eviscerados que estropearan su aire de prístina funcionalidad.

Escogiendo mi camino cuidadosamente sobre maraña de cables que abarrotaban el suelo, fui a unirme a Amberley y Yanbel, quienes estaban discutiendo en voz baja sobre nuestro descubrimiento. Ambos parecían tan sorprendidos como yo por lo que habíamos encontrado, algo que no sabía muy bien cómo tomarlo. Por un lado, aquello disipó la convicción que había ido creciendo en mí interior desde el principio de aquella pequeña excursión sobre que todos los demás miembros del grupo (excepto Jurgen) sabían mucho más de que yo sobre lo que estaba pasando pero, por otro lado, había estado obteniendo cierto consuelo con la suposición de que al menos Amberley estaba al tanto de todo, y aquella idea me tranquilizaba. Así que, como de costumbre en aquel tipo de situaciones, adopté un aire

tranquilo y confiado, y traté de encontrarle sentido a lo que estaban comentando.

-Ciertamente parece como si hubiera estado aquí-, comentó Yanbel, con cierto rastro de duda aún perceptible en su voz. Señaló a las máquinas analíticas que nos rodeaban**-. Este es el tipo de equipo que necesitaría para continuar sus investigaciones, de eso no hay duda. ¿Pero por qué le iba a dar cobijo una colonia minera?**

-**Sólo el Emperador lo sabe-,** dijo Amberley, con un matiz áspero en su voz**-, pero sabía que tenía que irse a algún lugar lejos de los principales centros de población, además ¿por qué otra razón estaría todo esto aquí?**

Un leve gemido de servos subrayó el gesto de su brazo señalando lo que les rodeaba, tan brusco que casi le arrancó la cabeza al sacerdote**-.¡Su presencia está escrita en los objetos que nos rodean!**

-Entiendo que os referís a Metheius-, comenté, sumando dos y dos tan rápido como cualquiera, y Amberley se giró para mirarme con un ligero aire de sorpresa, como si hubiera olvidado que yo estaba allí.

-Eso parece-, dijo.

-Veré lo que puedo recuperar de los cogitadores -, dijo Yanbel**-, pero no esperes nada.**

Se alejó y comenzó el ritual de la recuperación de datos en un terminal cercano.

Mott tosió tímidamente.

-Esta sala parece haber sido abandonada al mismo tiempo que el resto de las instalaciones-, señaló**-, y también con algo de prisa-.** Señaló hacia la puerta de la cámara oculta, claramente visible desde este lado, a un metro más o menos de la improvisada que Amberley nos había proporcionado tan amablemente**-. Puedo ver un escáner de código genético y una alarma de intrusión conectados al punto de acceso, y quienquiera que saliera de aquí la última vez, se olvidó de activarlos.**

-Me imagino que tenían otras cosas en la cabeza-, señalé secamente**-, con todo el lugar lleno de tiránidos y tal-.** Por supuesto, debería haber sabido que el sabio no iba a captar la ironía del comentario.

Mott asintió pensativamente.

-Es lo más probable-, admitió**-. Dada la respuesta del cerebro humano a niveles anormales de estrés, particularmente en una situación que pone en peligro la vida, habría pensado que era muy probable que los individuos en cuestión no tuvieran una meta inmediata más allá de la simple supervivencia. Por otro lado, los restos de la escaramuza que encontramos parecen indicar que eran extremadamente ingeniosos y estaban altamente motivados.**

-Así es-, dijo Amberley, cortando su discurso antes de que pudiera aburrirnos a todos hasta entrar en coma**-, pero eso todavía no nos explica quiénes eran.**

-Todos los registros han sido borrados-, informó Yanbel desde la terminal de datos, añadiendo claramente con su entonación un "*te lo dije*" no verbal. Yo asentí lentamente.

-Igual que en Perlia-, dije. Quienquiera que hubiera estado allí, estaba claro que no tenía la intención de regresar, pero dadas las circunstancias en las que se había marchado, no se puede decir que aquello fuera una sorpresa.

Amberley asintió con tristeza.

-Registra este lugar a fondo-, le dijo ella, y luego hizo una mueca de dolor**-. No puedo creer que haya dicho eso. No es que vayamos a encontrar el *Shadowlight* por ahí tirado, pero será mejor que nos aseguremos antes de irnos. No quiero darle a Lazurus la oportunidad de decir que la cagamos-.** Ella activó la unidad Vox incorporada en su traje**-. Flicker, hemos encontrado una guarida. Parece que Metheius se ha estado escondiendo aquí.**

-¿Estás segura?-, Incluso sobre el enlace Vox, la incredulidad en la voz de Pelton era palpable**-. ¿Por qué un tecnosacerdorte se asociaría con unos psíquicos?**

-No tengo ni la menor idea-. La irritación en la voz de Amberley estaba aumentando de nuevo**-. Cuando le pongamos las manos encima a ese montón de tuercas te dejare que le hagas todas las preguntas que te dé la gana, ¿de acuerdo?**

-Vale, jefa-. Respondió la voz de Pelton con tono conciliador, lo que no era sorprendente dadas las circunstancias. Matar a una inquisidora no es una de las cosas más brillantes que puedes hacer, incluso si trabajas para ella**-. Os tengo en el auspex, estaré ahí en cinco minutos-.** El enlace se apagó, y Amberley suspiró, mirando al tecnosacerdote con un aire ligeramente arrepentido.

-Perdona por el comentario de las tuercas-, dijo**-. Está empezando a ser un día bastante estresante.**

Naturalmente en aquel momento no teníamos ni idea de lo mucho que se iba a torcer el día, pero por aquel entonces, misericordiosamente, todos seguíamos siendo felizmente ignorantes de ello. Yanbel levantó la vista del terminal, aun murmurando oraciones y golpeando las teclas con la esperanza de poder ser capaz de localizar un fragmento de datos olvidado y devolverlo a la vida, pero Metheius conocía bien el sistema, y evidentemente había cubierto sus huellas tan hábilmente como lo había hecho varios años atrás en el Valle de los Demonios.

-No me ha ofendido-, la aseguró, sin duda recalcando que un siervo del Omnissiah debía estar por encima de sentimientos propios de la carne, aunque el tono de su voz insinuara lo contrario.

-Sin embargo, Pelton tiene razón-, me aventuré a decir con cautela**-. Incluso si Metheius es un renegado, ¿podría estar realmente asociado con un culto al Caos? Esos locos están lo más lejos posible del ideal de la Máquina.**

Amberley suspiró profundamente, y pareció contar hasta diez en voz baja.

-Según mi experiencia, los enemigos del Emperador aceptan cualquier ayuda que puedan recibir. Tal vez cambiaron armas por un lugar donde esconderse-.

Asentí de manera conciliadora.

-Eso suena razonable-, admití. Aun así, no me acababa de convencer. Yo hubiera pensado que un simple puñado de bolters difícilmente sería un incentivo suficiente para obtener una instalación tan espléndidamente equipada como aquella, pero ella era la experta, y si se estaba empezando a enfadar, no quería ser precisamente yo quién acabara de sacarla de sus casillas.

-Capto movimiento en el auspex-, dijo una voz a través del vox, y después de un momento la reconocí como la de Pontius. Parecía que nuestro piloto había estado haciendo algo más que simplemente echarse una siesta mientras realizábamos nuestras investigaciones en Hell's Edge. Su voz indicaba que estaba desconcertado**-. Sector noroeste. Del lado de la lava.**

-¡Volved a la lanzadera!, ¡moveos!-, la voz de Amberley adoptando un tono de mando, sin duda sacando exactamente la misma conclusión que yo, y para mi inefable alivio, reaccionando exactamente de la misma manera que yo lo habría hecho (aunque sin duda por motivos mucho más nobles que la mera autopreservación**(1)**)**-. ¡Flicker, haz que tu equipo suba a bordo ahora! ¡Pontius, prepárate para un despegue de emergencia!**

(1) *Honestamente, mirándolo con perspectiva, no se me ocurre ningún otro.*

-Motores encendidos y listos para el despegue-, la aseguró el piloto, mientras que Pelton reconoció el cambio en nuestros planes en pocas palabras.

Deteniéndose sólo para arrancar de sus bisagras la ya evidente puerta secreta, Amberley lideró el camino de regreso a través del laberinto de pasillos y maquinaria parada hacia el aire libre a un ritmo que me dejó sin aliento en aquella atmósfera fétida y cálida. Sin embargo, no iba a quedarme atrás, ni aun sabiendo a ciencia cierta lo que nos íbamos a encontrar esperándonos en la superficie de aquella yerma isla de roca, pues sabía demasiado bien que quedar atrapado dentro del edificio significaría una muerte segura.

Al final, llegamos a la enorme sala por la que habíamos entrado por primera vez en el complejo, y la brecha en la pared dejada por nuestros misteriosos predecesores apareció frente a nosotros, el hedor a azufre se hacía cada vez más fuerte a medida que nos acercábamos a ella. Sin pausa ni la menor vacilación, Amberley se giró a nuestra

izquierda, y se dirigió hacia las puertas abiertas, con la bienvenida silueta de nuestro Aquila esperándonos pacientemente a lo lejos.

Cuando salimos del refugio que proporcionaba el edificio, el aire contaminado me golpeó en el pecho, abriéndose paso hasta mis pulmones. Amberley selló su casco de inmediato, pero no yo no podía perder ni un solo segundo para volver a ponerme mi improvisada mascarilla.

Miré a mi alrededor, observando la escena que nos rodeaba con unos instintos afinados en los campos de batalla a lo largo de todo el segmentum, evaluando la amenaza inmediata. El grupo de Pelton casi había llegado a la lanzadera, corriendo lo más rápido que podían, como si el propio Horus les estuviera persiguiendo, levantando una pequeña polvareda de polvo gris con sus pisadas, y con las armas preparadas. Simeón estaba claramente en modo de combate total, sus movimientos eran sobrenaturalmente veloces, su cabeza girando en todas direcciones tan violentamente que casi esperaba que se le saliera del cuello y empezara a rotar como el auspex sensor de un Chimera de mando.

Con el rugido de los motores de nuestro Aquila y el constante estruendo de la actividad geotérmica era difícil estar seguro, pero me pareció escuchar un ominoso sonido a nuestra derecha, y giré la cabeza para ver el grupo principal de edificios industriales. Al hacerlo, capté por el rabillo del ojo un parpadeo de movimiento, casi oculto por las nubes de humos nocivos que se desprendían de las fumarolas que rodeaban nuestra pequeña isla rocosa.

-¡Simeon, a las cinco en punto!-, grité, apenas a tiempo, pero sus reacciones, incrementadas de un modo antinatural por la quien sabe que asquerosa alquimia que contaminaba su sangre, le permitieron volverse con más rapidez de la que yo hubiera creído posible, levantando su escopeta mientras lo hacía.

El eco del sordo estampido de su arma resonó en el campo de aterrizaje, y una bola de algo cartilaginoso, con tentáculos que se arrastraba como un lánguido invertebrado acuático, estalló desordenadamente en el aire, rociando una especie de repugnante icor a su alrededor. Allá donde aquellos restos alcanzaban la delgada alfombra de ceniza, el suelo chisporroteaba, emanando humos asquerosos. Un instante después, otro par de detonaciones resonaron entre los edificios que nos rodeaban, mientras dos más de aquellos viles engendros quedaban en el olvido al explotar sin encontrar objetivo alguno.

-¿Qué demonios era eso?-, preguntó Zemelda, con el tono de su voz comprensiblemente un poco más agudo de lo habitual.

-Minas de esporas-, contestó Amberley tersamente, claramente sin querer perder más tiempo en conversaciones ociosas.

-Por lo que parece, algún tipo de bioácido-, añadió Mott activando alegremente su modo didáctico**-. Afortunadamente, todas las de un mismo grupo tienden a detonar a la vez, lo que significa que es relativamente fácil protegerse de ellas si uno permanece suficientemente alerta.**

-¡Agáchate, profesor!-, le espeté, disparando con mi pistola láser, eliminando otro globo mortal que se dirigía hacia su cabeza. Una vez más, el resto del enjambre explotó con él, enviando algunos fragmentos de algo duro y de aspecto peligroso que llegó a alcanzar la armadura de Amberley y que hizo que el resto de nosotros nos estremeciéramos.

-Y eso parece ser una especie de granada de fragmentación-, prosiguió Mott, con un tono que indicaba más curiosidad que temor por lo cerca que estábamos de morir**-. Necesitaría un espécimen intacto para estar seguro, por supuesto, pero mi suposición es que la cáscara externa consiste en pequeños segmentos de quitina, unidos mediante cartílagos, o tal vez fibras musculares.**

-Corre y calla-, le sugerí, uniendo la acción a la palabra sin perder un solo instante. La visión que más temía, una enorme masa de armaduras quitinosas y garras afiladas como cuchillas, se nos acercaba desde la factoría, tan densa y rodeada por el polvo que levantaban los innumerables pies con garras, que era virtualmente imposible decir dónde terminaba una forma de vida malévola y dónde comenzaba la siguiente.

-¡Atentos a los más grandes!-, aconsejé, iniciando una carrera hacia el lejano transbordador**-. Si podéis derribarlos, el enjambre perderá cohesión.**

-Buena idea en teoría-, dijo Pelton, su equipo se cubrió a la sombra de la rampa de embarque y comenzó a disparar

con entusiasmo en la dirección de la marea de garras y mandíbulas que se acercaba**-. Sin embargo, en la práctica eso de escoger blancos podría resultar un poco más difícil de lo que parece.**

Tenía razón, por supuesto, pero aquello no fue de mucha ayuda. La masa de depredadores se abalanzaba sobre nosotros como un tsunami, y las salvas de disparos desde la lanzadera, por muy bienvenidas que fueran, parecían tan eficaces como si les lanzásemos guijarros. La horda de criaturas de pesadilla continuaba corriendo hacia nosotros a un ritmo que habría creído imposible si no lo hubiera visto con mis propios ojos con demasiada frecuencia (y también corrido yo mismo como una rata de colmena cuando tuve la oportunidad, pero bueno, eso no viene al caso).

Por otro lado, el enjambre era tan denso que no se podía fallar, ni siquiera a una distancia a la que normalmente no habría ninguna posibilidad de conseguir hacer blanco. Siguiendo el ejemplo de nuestros camaradas, también comenzamos a disparar, descargando los rayos de nuestras armas láser y los proyectiles explosivos del bolter pesado de Amberley en medio del enjambre que nos acechaba; honestamente debo decir que aquello no tuvo ningún visible, pero no requirió ningún esfuerzo extra por nuestra parte y al menos eso nos hizo que nos sintiéramos mejor (si es que aquello era posible en tan terribles circunstancias). El melta de Jurgen podría haber marcado la diferencia, supongo, pero si hubiera dejado de correr lo suficiente como para disparar la engorrosa arma pesada, seguro que habría muerto un segundo más tarde. No tengo ni idea de por qué no se deshizo de la maldita cosa para asir su fusil láser, pero así es Jurguen, una vez se le metía una idea en la cabeza, no había modo de hacerle cambiar de opinión (y tal

y como resultaron las cosas, fuimos muy afortunados por ello).

-¡No van a lograrlo!-, gritó Zemelda, con su voz rozando el pánico, lo cual no era de mucha ayuda, pensé, aunque era difícil estar en desacuerdo con ella. La horda de babeantes máquinas de matar estaba ahora terriblemente cerca, una primera línea de hormagantes saltando, tratando de adelantarse a la manada, extendiendo ansiosamente sus afiladas garras tratando de rasgarnos la carne mientras trataban de alcanzarnos. Los termagantes que les seguían se movían un poco más lentamente, y mis intestinos sufrieron un espasmo al ver a como balanceaban sus bioarmas apuntando hacia nosotros. Detrás de ellos, se alzaba una silueta más grande, garras desplegadas y una mortal bioarma lista para hacer su mortal trabajo, pero el peligro real que representaba la forma guerrera era en realidad su capacidad para enfocar la voluntad de la mente de la colmena, coordinando a todas las demás dispares criaturas para que actuaran como un solo organismo.

-Pontius-, dijo Amberley, con lo que yo creía que era un tono sorprendentemente enfadado para su voz, teniendo en cuenta el peligro en el que estábamos**-. ¿Estás ya listo del todo?**

-Estaba esperando a que estuvieran un poco más cerca-, respondió calmadamente el piloto, y sentí un repentino resplandor de esperanza. El Aquila es principalmente una nave civil de carga ligera, por supuesto, pero también es un popular modelo de nave auxiliar en la Armada. El de Amberley podría parecer un modelo civil estándar, pero eso no garantizaba que estuviera desarmado, como había asumido por su apariencia externa.

Casi tan pronto como lo había pensado, unos portillos ocultos se deslizaron suavemente hacia un lado para revelar las bienvenidas siluetas de unos cañones láser gemelos, a ambos lados del rechoncho morro de la robusta y pequeña lanzadera**-. Objetivos entrando en su rango óptimo... ahora.**

Los cañones láser escupieron sus pesadas salvas, impactando contra la marea de muerte, matando al instante a media docena de las viles criaturas, pero el resto continuó sin vacilar con una furia inagotable.

-¡Flicker!, Subid a bordo. ¡Ya!-, ordenó Amberley, y con una descarga final que logró derribar a otro par de aquellos demonios, que fueron rápidamente aplastados por la horda que iba detrás de ellos, el equipo de Pelton subió por la rampa a la carrera para ponerse a salvo. Con mis pulmones ardiendo y mis pies deslizándose en la delgada capa de ceniza, me lancé hacia el bendito santuario que ofrecía la bodega del Aquila, con la única intención alcanzarlo con vida. Los cañones láser volvieron a disparar, destrozando otro gran volumen de carne tiránica, pero como antes, las implacables monstruosidades parecían indiferentes a sus propias pérdidas.

-¡Daos prisa!-, gritó Zemelda desde la parte superior de la rampa, mientras los disparos de su pistola láser silbaban en nuestros oídos, con su encomiable deseo de ayudar algo disminuido al pensar que ella bien podría terminar haciendo el trabajo de los tiránidos. Yanbel y Mott se apresuraron a unirse a ella, y yo me estremecí cuando una ráfaga de devoracarnes no me alcanzó por centímetros, salpicando el patín de aterrizaje a babor, donde en ausencia de cualquier cosa que devorar, se agitaron débilmente y murieron.

-Estoy con usted, comisario-, me tranquilizó Jurgen, deteniéndose en el borde de la rampa para girar y apuntar su melta. Las suelas de mis propias botas alcanzaron por fin el metal, y me giré para ver qué le había pasado a Amberley.

La cosa no iba bien. Evidentemente el guerrero que dirigía el enjambre había determinado que ella era la mayor amenaza, concentrando por tanto la mayor parte de su fuego contra su servoarmadura. El intrincado grabado que la decoraba ya había quedado marcado por una miríada de diminutas abrasiones, resultado de innumerables impactos de devoracarnes y escupemuertes, que misericordiosamente no habían encontrado un punto débil que permitiera que aquella munición viva se abriera camino hacia el interior, pero claramente habían estado masticando las articulaciones de la armadura. En aquel momento se movía con rigidez, más lentamente de lo que lo había hecho antes, y el bolter de su brazo había gastado toda su munición. Una multitud de gantes la atacaba con fuerza, y sus garras afiladas dejaban marcas visibles en la ceramita bajo la ornamentada decoración de la superficie del traje. Una vez más me vino a la cabeza la imagen de los Terminators de los Recobradores siendo hechos pedazos a bordo del *Engendro de Condenación*. Estos no eran genestealers, por supuesto, pero el peso de su número empezaba a ser evidente, y era sólo cuestión de tiempo antes de que encontraran un punto débil y se las arreglaran para alcanzar a la mujer que había dentro.

Un segundo después, para mi propio asombro, me encontré retrocediendo para ayudarla, acabando con mi pistola láser con el más cercano de los monstruos biológicos que la

acechaban, mientras mi fiel espada sierra dejaba la vaina, aullando como uno más de los tiránidos mientras sus dientes mordían profundamente en la quitina, y mis botas volvían a pisar la alfombra de cenizas volcánicas. Que narices se me había pasado por la cabeza para actuar de aquella manera, honradamente no sabría decirlo. Me gustaría creer que, por una vez, mi innato pragmatismo había sido superado por el afecto que sentía por ella, pero debo admitir que también se me había ocurrido que Pontius no elevaría el Aquila hasta que Amberley estuviera a salvo a bordo, y que cada segundo que nos retrasábamos era otra oportunidad para que los tiránidos me mataran a mí también.

-¡Jurgen, al grande!, ¡apunta al grande!-, grité, bendiciendo el hecho de que la enorme bestia parecía contenerse, contento de dejar que su carne de cañón desgastara a Amberley antes de acercarse para matarla. Mi ayudante asintió con la cabeza y, prevenido, cerré los ojos por un instante mientras el actínico destello del melta estallaba como un segundo sol a pocos metros a mi izquierda. Cuando los abrí de nuevo, el guerrero había desaparecido, junto con un puñado de sus sirvientes, para ser reemplazado por unos cuantos restos humeantes y un hedor a carne carbonizada que incluso se las arregló para abrirse camino a través del omnipresente hedor de Hell's Edge.

-Bien hecho-, dijo Amberley, arrancándole la cabeza a un demacrado gante con su puño de acero. Destripé a otro con mi espada, y el enjambre que la rodeaba se retiró, todo su sentido de propósito desaparecido. Envié al infierno a otro más con un rápido disparo en el tórax, y comenzaron a huir,

escabulléndose a la manera de los de su clase cuando perdían contacto con la mente que los controlaba.

Amberley me siguió de vuelta por la rampa y entró en las acogedoras entrañas del trasbordador.

-Pontius, puedes despegar cuando estés listo.

-Muy bien, señora.

El sonido de nuestros motores se hizo más profundo, y el suelo comenzó a alejarse a nuestros pies. Los supervivientes del enjambre se dirigían a la esquina de la meseta por la que habían llegado, y mirando hacia abajo a través del hueco dejado por la rampa que se cerraba, tuve tiempo de vislumbrar brevemente un estrecho istmo de roca que se extendía a lo largo del flujo de lava antes de que la gruesa losa de metal se deslizara suavemente en su lugar. Sin duda así fue como el enjambre pudo cruzar el lago de roca líquida y sorprendernos. Amberley se quitó el casco con un silbido debido al cambio de presiones.

-Gracias, Ciaphas-, me dijo, sacudiéndose el pelo**-. Por un momento pensé que estaba en serios problemas**

Yo me encogí de hombros, todavía inseguro de mis motivos e incómodo con su gratitud, pues en mi interior sentía que no la merecía.

-Me alegra haber podido ser de utilidad-, dije, refugiándome en la pose de modestia que me había servido

tan bien durante tantos años, y ella me sonrió con lo que parecía un afecto genuino. Afortunadamente, Yanbel, que se adelantó para examinar la armadura con un audible resoplido, me evitó más intercambios incómodos.

-No se va a poner esto durante un tiempo-, dijo, meneando la cabeza**-. Voy a tener que desmontarlo completamente, bendecir los componentes, y sólo el Omnissiah sabe dónde podré encontrar nuevas juntas para el sistema hidráulico a este lado del Golfo.**

-Estoy segura de que lo harás lo mejor que puedas-, dijo Amberley, encogiéndose de hombros para librarse del dañado exoesqueleto y haciendo unos agradecidos estiramientos, de una manera que, dado el ajustado traje que llevaba puesto, me alegró la vista agradablemente. Ella me sonrió de nuevo y me guio a través del mamparo hasta el salón.

-No sé tú-, comentó, yendo a por la jarra de amasec**-, pero después de toda esa excitación, me vendría bien una copa.**

-Pensaba que nunca lo ibas a decir-, le respondí agradecido.

-Lo que no entiendo es cómo sabían que estábamos allí-, dijo Zemelda, dejándose caer en un asiento cercano y observando desde una ventanilla. Los supervivientes del enjambre se habían escabullido de la superficie de la meseta con su habitual presteza, y ya estaban casi a mitad de camino por la estrecha calzada que habían cruzado para

llegar a nosotros. Pontius hizo girar el transbordador unos cuantos grados, y se quedó flotando, observándoles.

-Deben haber visto aterrizar la lanzadera-, dije**-. Son lo suficientemente brillantes como para saber que nuestra llegada significaba más gente que consumir, así que enviaron un pequeño enjambre de reconocimiento para acabar con nosotros. Después de acabar con los mineros tan fácilmente, no esperaban que estuviéramos tan bien armados.**

Amberley asintió, sorbiendo su amasec con señal de satisfacción. Debajo de nosotros, la estrecha espina dorsal de la roca se desintegró bajo el impacto de una ráfaga de disparos de nuestros cañones láser, y los tiránidos restantes desaparecieron bajo el flujo de lava, consumiéndose velozmente y transformándose en nubes de humo grasiento.

-Están aumentando sus reservas de biomasa-, comentó**-. Ahora que la flota colmena está acercándose, crearán un ejército para consolidar su cabeza de playa y preparar el camino para la fuerza de invasión principal.**

Sentí un leve escalofrío de pavor mientras meditaba sobre la implicación de sus palabras.

-Eso significa que volverán a atacar-, dije**-. Empezarán a asaltar otros asentamientos.**

Amberley asintió con tristeza**-. Me temo que tienes razón-.** Acabó de un trago su copa, y se sirvió otra, más grande**-. Hell's Edge sólo ha sido el principio.**

NOTA EDITORIAL:

Por supuesto, Caín no se molesta en explicar las consecuencias de este suceso en el conjunto del planeta, o respecto a la campaña para defenderlo. Por lo tanto, he adjuntado los siguientes extractos de otras fuentes, con la esperanza de que sirvan para llenar los huecos de su narrativa.

De *“Periremunda Hoy: Las Noticias Que Importan en Su Planeta”*, 264.933.M41

¡LOS TERRORISTAS SON INFILTRADOS DE LOS XENOS!

¡NO DEJE DE VIGILAR EL CIELO!

En un sorprendente anuncio, respaldado por nada menos que su eminencia el Señor General Zyvan, comandante de los héroes de la Guardia Imperial encargados de erradicar la mancha mutante de nuestro mundo, el Arbiter Keesh reveló hoy la sorprendente noticia de que la oleada de ataques terroristas que ha asolado Periremunda durante tanto tiempo tiene un propósito aún más siniestro que simplemente desafiar el benévolo gobierno de los regentes divinamente nombrados por el Emperador. Lejos de ser meros traidores y herejes, un crimen que en sí mismo no merece menos que la aniquilación total y la condenación eterna, los perpetradores son algo aún más repugnante: son los hijos mutantes de las viles especies de xenos conocidos como genestealers, que contaminan las puras esencias

corporales de los servidores del Emperador, pervirtiéndolos así a la causa de los tiránidos devoradores de mundos.

Aunque se dice que una de las temidas flotas colmena está en camino a Periremunda, todos los ciudadanos leales pueden animarse sabiendo que una flota de combate formado por la crema y nata de la Armada Imperial y los temibles guerreros de la Guardia Imperial se encargarán de eliminar el cáncer de la presencia de los xenos de nuestro bendito rincón de la galaxia. Además, todavía contamos con la incesante vigilancia del Comisario Caín y sus valientes camaradas de armas, para proteger a todos los verdaderos seguidores del Emperador.

En cuanto a las alimañas manchadas por la corrupción xenos que aún acechan entre nosotros, dejen que tiemblen de miedo, sabiendo que su inevitable exterminio no es más que una mera cuestión de tiempo.

¿ES SU VECINO UN GENESTEALER?

¡20 MANERAS DE SABERLO!

(Ver página 7)

Transcripción de un discurso del Gobernador Planetario Merkin W. Pismire, *"El Joven"*, 266.933.M41

Mis compatriotas periremundanos, es con el corazón apesadumbrado que me dirijo a todos ustedes esta noche.

Um, a menos que estén en una zona horaria diferente, por supuesto, cuando supongo que estarán desayunando. O durmiendo, o lo que sea. Esto....

Por ahora todos han oído hablar de lo que realmente ha estado sucediendo en los últimos meses, y sin duda se habrán sorprendido tanto como yo cuando vi por primera vez las noticias esta mañana. Um, la verdad es que fueron mis hijas quienes las vieron, y no perdieron tiempo para ponerme al día. Um....

Todos ustedes pueden estar seguros de que he contactado con el arbiter Keesh tan pronto como me di cuenta de la situación, y le exigí un informe completo, el cual, estoy seguro, resultará extremadamente tranquilizador tan pronto como llegue, o el joven con el que hablé tenga tiempo para transmitirle mi mensaje.

De todos modos, puedo afirmar con toda confianza que las cosas están completamente bajo control. Todos ustedes escucharon todos esos absurdos rumores sobre asentamientos a baja altitud que de repente perdieron contacto con el resto del planeta, y yo estoy absolutamente seguro de que no es verdad que alguno de ellos esté en peligro. Es probablemente sólo otro de esos chismorreos para propagar historias de terror sin más fin que el de socavar nuestra moral.

Lo que quiero decir es que, si el enemigo ya estuviera aquí, tengan por seguro que yo lo sabría. Mis asistentes son bastante buenos para mantenerme al tanto de las cosas importantes.

Así que buenas noches, y que el Emperador los bendiga a todos. Pueden estar seguros de que se hará todo lo que se pueda hacer.

Eh.... ¿Cómo estuvo eso?, ¿he sonado bien, como un gobernador y tal y tal? ¿O deberíamos repetirlo?

¿Qué quieres decir con que era en directo?

CAPÍTULO XVI

Como no podía ser de otra forma, Amberley tenía razón. Durante los dos días siguientes perdimos contacto con otros siete puestos avanzados, todos ellos situados en las mesetas situadas a más baja altitud y en zonas marginalmente habitables, lo que al menos implicaba que relativamente pocas personas habían desaparecido en las fauces de los tiránidos **(1)** para ser utilizados como materia prima para la cría de otra generación de monstruos. Por supuesto, aquello planteó una nueva serie de preguntas.

(1) *Las estimaciones oscilan entre unos 1.500 y poco más de 3.000. Los registros de esa época son, comprensiblemente, algo fragmentarios.*

-¿Tienen ustedes alguna idea de dónde podrían estar las piscinas de los digestores?-, dije. Estaba sentado en la oficina de Kasteen, junto con la coronel, el comandante Broklaw, y un hololito portátil, en el que las cabezas incorpóreas de nuestros homólogos de los otros regimientos en el planeta parpadeaban incómodamente, orbitando la cara y el torso superior de Zyvan como querubines alrededor de un eclesiarca de alto rango. Todavía no había señales de la flota colmena, ni de los refuerzos prometidos, luego bajo aquellas circunstancias era evidente que ordenar al personal de mando superior que acudieran en persona a Principia Mons para mantener una reunión informativa cara a cara habría sido una locura.

Zyvan agitó la cabeza.

-Las hemos estado buscando, créame, pero las tormentas de arena siguen bloqueando demasiados de nuestros satélites, y nuestros vuelos de reconocimiento tampoco han descubierto nada. Además, para cuando confirmamos la pérdida de otro asentamiento y enviamos un equipo de respuesta, el viento ya ha borrado cualquier rastro que pudieran haber dejado atrás.

-Sin embargo, el comisario tiene razón-, comentó Kasteen, apoyándome lealmente, aunque eso significara estar peligrosamente cerca de sonar como si tuviera dudas sobre la estrategia de Zyvan**-. En Corania se agruparon alrededor de las piscinas, depositando allí a los muertos que habían recogido y criando nuevas criaturas. Los bombardeos desde el aire mientras aun eran vulnerables marcaron una gran diferencia, y les negaron el hacerse refuerzos. Al menos por un tiempo.**

-Estoy de acuerdo-, dijo Zyvan**-, y en el momento en que estas sean localizadas, nuestras naves comenzarán un bombardeo total desde la órbita. Es la única forma de estar seguro de erradicarlas-.** Se permitió una sonrisa sombría**-. En cierta forma, lo único bueno que se puede decir que decir de este lugar es que no hay que preocuparse por los daños colaterales.**

Varios de los rostros que nos rodeaban asintieron con la cabeza, y reconocí algunos de la campaña de Gravalax de un par de años antes, aunque no recordaba haber escuchado sus nombres. Kasteen y Broklaw también se veían vagamente animados por el comentario, y debo decir

que lo aprecié tanto como ellos. A pesar de nuestros mejores esfuerzos, no habíamos podido evitar que se produjesen graves daños en aquella capital planetaria, con las consiguientes bajas entre los civiles que se suponía que debíamos proteger.

(Aunque, para ser justos, una buena parte de ellos resultaron ser genestealers o bien xenófilos radicales que nos habrían vendido a los tau en un abrir y cerrar de ojos, así que supongo que no perjudicamos a tantos súbditos leales del Emperador como se podría pensar).

-Al menos, eso es un consuelo-, dije, aprovechándome sin la menor vergüenza de mi fama para consolidar la buena opinión que, evidentemente Zyvan todavía tenía de mí. Después de dejar atrás Hell's Edge, Amberley había ordenado a nuestro piloto que se dirigiera directamente a Principia Mons, donde no habíamos perdido tiempo en informar al General Supremo sobre lo que habíamos encontrado en el funesto asentamiento (al menos de la presencia de tiránidos. Ella nunca dijo una sola palabra sobre el laboratorio oculto, y yo sabía que no me tocaba a mí hablar de ello). Zyvan había sido un anfitrión tan cortés como siempre, ignorando educadamente el hecho de que hedíamos tanto como el propio Jurgen (aparte de ofrecernos el uso de su baño personal, que era más bien una piscina llena de espuma, y de enviar mi uniforme para que lo limpiaran mientras comíamos). Nos hizo una serie de preguntas sobre el número y tipo de organismos que nos habían atacado, a las que respondí lo mejor que pude. Mi aportación había sido evidentemente satisfactoria, ya que había llegado a estrecharme la mano cuando Jurgen y yo salimos hacía el transporte que había ordenado que nos recogiera en el aeródromo.

-¿No podríamos al menos reducir el área de búsqueda?-. Preguntó Kasteen, insistiendo en el punto que había sacado como si fuera un perro que no quisiera soltar un hueso**-. Sabemos dónde y cuándo han atacado. Seguramente podremos determinar de dónde podrían venir los enjambres**.

-Por supuesto, precisamente eso es lo que han estado tratando de hacer nuestros analistas-, dijo Zyvan, asintiendo con la cabeza, claramente agradecido por tener a mano al menos un comandante de regimiento con alguna idea de a lo que estábamos enfrentando **(2)-. Desafortunadamente, parece que los asentamientos que los tiránidos han asaltado están dispersos por todo el planeta, y considerando nuestros datos sobre lo rápido que pueden moverse, de momento los resultados no son consistentes con la actividad de un solo enjambre.**

(2) *El 597 fue el único regimiento desplegado en Periremunda con experiencia previa en la lucha contra los tiránidos, aunque hay que decir que el 463º de Karthelan había participado en la limpieza de la base de Taragon tras el descubrimiento de un culto a los genestealers recientemente allí establecido en 929.M41.*

-Puede ser que haya más de uno-. Añadió Broklaw en voz tan baja que el señor general fingió no haber oído**-. ¿Puede al menos darnos una idea de con cuántos estamos tratando?**

Zyvan agitó la cabeza.

-Nuestra mejor suposición es que hay al menos tres enjambres distintos-, dijo enérgicamente, provocando una ráfaga de consternación entre el halo de cabezas flotantes**-, pero eso tan solo depende del número de incursiones que hemos descubierto hasta ahora. También estamos asumiendo que los enjambres son lo suficientemente numerosos como para haber enviado más de un grupo de organismos a la vez, y que cada enjambre ya ha producido un grupo de digestores para procesar la biomasa que están cosechando-.** Me provocó una leve sorpresa el uso de tal eufemismo. Zyvan siempre me había parecido bastante directo en su forma de expresarse, una excentricidad por la que era famoso, y no esperaba que usara términos como “biomasa” para referirse a los cadáveres de civiles masacrados **(3) -. Si no han comenzado a digerir el material que han recolectado después de todo, y simplemente lo están consumiendo para obtener energía, entonces estamos buscando un mayor número de enjambres errantes sin un objetivo concreto que pueda explicar sus movimientos, más allá de encontrar la próxima zona habitada en este planeta y aniquilarla.**

(3) *De hecho, Zyvan probablemente escogió sus palabras cuidadosamente para reflejar el hecho de que no los tiránidos no sólo estaban atacando a los humanos: los asentamientos que habían atacado habían quedado despojados de toda forma de vida, incluyendo plantas y animales domésticos.*

Se encogió de hombros, claramente pensando que podría darnos todas las malas noticias de una sola vez.

-Si después de todo, nuestra peor estimación resulta ser la correcta, tenemos a cinco de esos malditos enjambres haciendo de las suyas.

La noticia provocó una mayor consternación entre las cabezas flotantes.

-Y eso asumiendo que no haya habido más ataques de los que todavía no tenemos noticias, por supuesto. Eso podría obligarnos a revisar al alza a nuestros cálculos.

-Emperador de Terra-, musitó Kasteen, que había palidecido, incluso para los estándares valhallanos.

Asentí pensativamente.

-Tiene sentido, tácticamente hablando-, dije**-. Las flotas colmena a menudo se infiltran enviando una fuerza de avanzada, para mantener ocupados a los defensores antes de que comience el ataque principal, y este planeta es perfecto para esa estrategia. Podrían estar en cualquier parte, mientras que nosotros estamos desplegados en sólo unos cuantos centros de población importantes, esperando que vengan a nosotros. No nos podemos arriesgar a dispersarnos más, lo que deja a la mayoría de las mesetas completamente indefensas.**

-Aparte de las guarniciones locales de las FDP-, señaló un joven y entusiasta comisario a quién no reconocí. Estaba asignado a uno de los regimientos de Harakoni, y su uniforme estaba adornado con una de las plumas azules empleadas por los veteranos tras su primer descenso de combate con paracaídas de gravedad, por lo que

claramente no era de los que eludían su deber ni se sentían demasiado pagados de sí mismos para ignorar las tradiciones de los soldados con los que servía. A pesar de su entusiasmo infantil, que me recordaba desconcertantemente a la teniente Sulla, la más aguda e irritante de nuestros comandantes de pelotón **(1),** me recliné meditabundo al escuchar al muchacho, y pregunté**-. ¿Alguno de ellos es lo suficientemente fiable como para desplegarlo?**

(1) *A pesar de sus futuros ascensos en los rangos de la Guardia, a lo largo de sus memorias, la actitud de Caín hacia Sulla sigue siendo, en el mejor de los casos, de ligera antipatía. Irónicamente, ella parece haber permanecido en la ignorancia durante toda su vida de la verdadera opinión que Caín tenía de ella, a quién consideraba claramente como una especie de mentor.*

-**Según el Arbiter se estima que aproximadamente dos tercios de los regimientos de las FDP están libres de infiltración genestealer-,** dijo secamente Zyvan**-. Sin embargo, está por verse cuán bien fundado es ese cálculo; y, por supuesto, la lealtad de la milicia gavarroniana ha sido avalada personalmente por la Canonesa Eglantine.**

La débil pausa antes de continuar dijo todo lo que necesitábamos saber sobre esa particular seguridad.

-Así que supongo que podemos esperar que la mayoría de ellos monten algún tipo de resistencia efectiva si son atacados.

-Parece que Keesh ha estado ocupado-, comenté, sorprendido y aliviado al escuchar que gran parte de las

Fuerzas de Defensa Planetaria habían sido purgadas efectivamente en tan poco tiempo.

Zyvan asintió.

-Aparentemente, su gente ha recibido una gran cantidad de información de primera mano obtenida gracias a una serie de redadas en las guaridas secretas de genestealers-, dijo.

Al darme cuenta de quién había llevado a cabo dichos asaltos, y de la sabiduría de mantener silencio a este respecto, le devolví el gesto.

-Entonces esperemos que sus fuentes sean exactas-, dije, a sabiendas de que lo eran.

-De hecho-, respondió Zyvan, desviando la conversación hacia un terreno menos espinoso con tanta delicadeza como un diplomático**-. Si lo son, tendremos la oportunidad de aguantar hasta que llegue nuestra flota.**

-Asumiendo que la flota colmena no llegue antes que ellos-, dijo el coronel Harakoni, y me sorprendió gratamente notar que el joven comisario asentía con la cabeza. Tan realista como popular, quizás iba a convertirse en uno de esos raros ejemplos de nuestra vocación que no acaban muriendo heroicamente en el campo de batalla liderando desde el frente, o recibiendo un tiro en la espalda de un soldado descontento al que se acosa con demasiada frecuencia con la amenaza de la ejecución o el látigo.

-Eso podría depender de cuántos de los regimientos de las Fuerzas de Defensa Planetaria aun no depurados resulten ser leales después de todo-, señaló razonablemente.

-Entonces tendremos que esperar que la mayoría de ellos lo sean-, dijo Zyvan**-. Por si acaso, los estoy desplegando en los perímetros defensivos más exteriores.**

Donde nuestra artillería podría bombardearles a la primera señal de traición, junto con todos los tiránidos que pudieran encontrarse entre ellos.

Venderle aquel plan al alto mando de las fuerzas locales no habría sido un trabajo fácil ni placentero, y no envidiaba a quien se lo enjaretasen. Pero en el estado mayor de Zyvan había suficientes jóvenes, brillantes y entusiastas miembros de la aristocracia imperial, cuyas familias les habían comprado sus cargos como oficiales, como para que a buen seguro alguno de ellos le irritara cada día, por lo cual no tenía duda alguna en que Zyvan encontraría al candidato adecuado sin problema alguno. (La solución obvia para librarse de ellos, en mi humilde opinión, hubiera sido asignar a toda esa manada de zoquetes a primera línea, donde si el enemigo no acababa con ellos, entonces probablemente serían sus propios hombres los que lo hicieran. Sin embargo, tal idea no parecía habérsele ocurrido a Zyvan, y nunca lo haría en todos los años que estábamos destinados a servir juntos **(2)**.

(2) *Sin duda tenía esa idea con frecuencia, pero Zyvan era un servidor del Emperador demasiado concienzudo como para arriesgar los intereses Imperiales, o las vidas de los soldados ordinarios bajo su mando, simplemente por librarse de una insignificante molestia. Además, siempre habría mucho más para reemplazarlos, así que cualquier respiro habría sido, en el mejor de los casos, efímero.*

-Si es una flota escindida de la que me encontré en el sistema Desolatia-, dije, más para recordar a todo el mundo quién se suponía que era el verdadero héroe del grupo que porque pensará que iba a explicar algo especialmente relevante**-, será relativamente débil. Nuestras naves de guerra aniquilaron alrededor del setenta por ciento de sus naves antes de que pudieran escapar a la disformidad, y acabamos con los genesteslers en Keffia y Gravalax (3) con la suficiente eficacia como para evitar que emitieran señales para comunicarse con ella. Admito que han pasado más de una docena de años, pero desde entonces dudo que haya encontrado la suficiente materia orgánica para consumir a fin de recuperar gran parte de su fuerza perdida.**

(3) *En realidad, los acontecimientos posteriores apuntan a una interpretación muy diferente del incidente de Gravalax. El culto a los genestealers, como señala Caín en su propio relato, tenía la intención de provocar una guerra de desgaste con los tau, que habría debilitado seriamente las defensas del Imperio en todo el golfo de Damocles y sus sectores vecinos. Dada la línea de avance de la Flota Colmena Kraken, ahora parece más que probable que pretendieran preparar el camino para esta fuerza de invasión masiva en lugar de una simple flota escindida del núcleo principal.*

-Así es-. Zyvan asintió de acuerdo**-. Sin embargo, aunque en lo que respecta a los tiránidos no puede darse nada por seguro, parece probable pensar que se trata de la misma flota.**

Volvió a sonreír sin alegría**-. Ciertamente preferiría creer que es la única rondando por esta parte de la galaxia.**

-Entonces deberíamos ser capaces de resistir-, dije, asintiendo juiciosamente y tratando de aparentar más una seguridad que en realidad estaba muy lejos de sentir**-. Por lo menos por unos días. Está débil y herida, y nuestros refuerzos deberían ser capaces de rematarla para siempre-.** Obviamente aquella no iba a ser una tarea difícil al tratarse de tiránidos, pues tienen la mala costumbre de volver a aparecer justo cuando uno piensa que todo ha terminado con una persistencia que incluso un necrón envidiaría, pero aquello era lo que todo el mundo necesitaba oír, y justo después todos los ademanes y voces a través del enlace hololítico se volvieron mucho más confiados y decididos.

-Ahora todo lo que necesitamos es una estrategia para resistir-, comentó Broklaw, como si aquello fuera lo más sencillo del mundo, y Kasteen asintió con la cabeza.

-Necesitaremos estar preparados para un despliegue rápido, para poder caer sobre ellos dondequiera que aparezcan-. Apuntó ella con su familiar sonrisa de confianza en sí misma de vuelta en su rostro, ahora que su viejo miedo a los tiránidos había sido reemplazado por una genuina convicción de que podíamos ganar**-. Al menos requisar suficientes transbordadores no será un problema en un mundo como éste.**

-La comisión de comercio va a poner el grito en el cielo-, señaló Zyvan, con una sonrisa pícara tras su barba, como para hacerme sospechar que otro joven subalterno de

almidonado uniforme y una desafortunada tendencia a irritar al General Supremo estaba a punto de poner sus habilidades diplomáticas a prueba**-. Pero en lo que a mí respecta, pueden irse a la disformidad. Tenemos una guerra que ganar, y si no quieren ayudar, por mí ya pueden ir a sentarse fuera del perímetro y quejarse a los tiránidos.**

-No podemos defender todas las zonas-, señaló Broklaw**-. Incluso si cada regimiento tuviera suficientes recursos aéreos, tomaría demasiado tiempo responder a cada ataque.**

-Precisamente-, dijo Zyvan**-, por eso estamos implementando una estrategia de refuerzo escalonado-.** Comentó sonriendo, pareciendo más relajado de lo que había estado desde que la noche anterior lo había dejado en medio de una seria discusión con Amberley para regresar a Hoarfell**-. No muy diferente a la forma en que la Guardia responde a un ataque en el resto del Imperio, aunque por supuesto, en este caso será a una escala mucho menor**

-No estoy seguro de seguirle-, dijo el joven comisario.

-En realidad es muy sencillo-, le aseguró Zyvan**-. Cuando los tiránidos ataquen una meseta poblada, la guarnición local de las FDP responderá y nos informarán de la situación. Los refuerzos de las mesetas más cercanas con guarniciones de las FDP comenzarán a llegar de inmediato, dando tiempo al regimiento de la Guardia más cercano para poner en el aire a su propia fuerza de respuesta rápida.**

-Eso debería funcionar-, acepté. Al menos, le daría a la gente de Keesh un poco más de tiempo para evacuar a los civiles, quedando las tropas de las FDP como forraje para los gantes, lo cual debería, al menos, ralentizar a los tiránidos lo suficiente como para que llegaran los soldados de verdad. En cualquier caso, no podía pensar en un plan mejor, aunque si me hubiera dado cuenta de que inadvertidamente Zyvan me estaba poniendo en el punto de mira para otro atentado contra mi vida, sin duda habría sido mucho menos optimista al respecto.

CAPÍTULO XVII

Durante los siguientes días la estrategia de Zyvan pareció funcionar bastante bien. Hasta donde sabíamos, los tiránidos seguían limitando sus depredaciones a las mesetas más bajas, agrestes y escasamente pobladas, tal y como nuestros analistas habían anticipado, algo que he que confesar encontré curiosamente tranquilizador, ya que Hoarfell no entraba en ninguna de aquellas categorías. Eso no quiere decir que fuéramos en absoluto complacientes ante la posibilidad de un inesperado ataque a nuestra propia posición, por supuesto: lo único que todos sabíamos por experiencia, era que aquellos escurridizos horrores destacaban por ser impredecibles, y Kasteen mantuvo al regimiento en alerta máxima en caso de que, a pesar de nuestra vigilancia, un lictor o un puracepa genestealer se las arreglase para colarse en la meseta.

Aparte de aquella perturbadora posibilidad, aún seguía existiendo la amenaza constante de la flota colmena para mantenernos preocupados. Aunque se esperaba su llegada cada hora, está todavía no parecía tener mucha prisa por llegar, algo que estaba bien para mí, ya que, una vez que emergiera de la disformidad, podíamos esperar que todo el planeta estuviera cubierto de esporas y que la batalla nos acechase seriamente dondequiera que nos encontrásemos.

La única buena noticia fue que ya no teníamos que preocuparnos por los ataques de guerrilla por parte de híbridos genestealers, y que las precauciones de seguridad que habíamos impuesto tras el incidente del transporte cisterna de combustible aparentemente demostraron ser suficientes para evitar que restablecieran su presencia en

Darién, aunque en otros lugares del planeta estaban surgiendo insospechados nidos que seguían cometiendo actos de sabotaje con el fin de socavar la resistencia ante el enjambre. Apenas supe nada de Amberley durante aquel tenso interludio de esporádicos combates, aparentemente con toda su atención centrada en eliminar los cánceres que estaban ocultos entre nosotros, o en seguir cualquier pista que hubiera descubierto en Hell's Edge que pudiera llevarla al desaparecido tecnosacerdote antes de que los tiránidos lo encontraran primero (o Lazurus y su equipo se las arreglaran para hacerlo, algo que ella parecía considerar casi como algo malo).

Keesh tampoco había estado ocioso. Él y sus justicars intentaban evacuar los asentamientos que se consideraba que estaban en mayor riesgo de ataque por parte de los enjambres tiránidos que deambulaban por el desierto, reubicando a las poblaciones de las mesetas más bajas en terrenos más altos y seguros (al menos hasta que apareciera la flota colmena, y respecto a lo de *''seguro''*... dadas las circunstancias aquel término ya no tenía más significado que el de una caja metálica con un candado), una estrategia que, además de salvar innumerables vidas, negaría a los invasores los recursos que necesitaban para aumentar su número. Desgraciadamente también era una tarea enorme, y con demasiada frecuencia la flota de dirigibles llegaba demasiado tarde a alguna desafortunada comunidad, donde ya no encontraban nada de ella aparte del tipo de desolación que habíamos descubierto en Hell's Edge.

Mientras ocurría todo aquello, el regimiento estaba teniendo sus primeras acciones de combate contra las pesadillas que nos asediaban. Varios de nuestros pelotones habían sido

transportados por vía aérea para reforzar las zonas donde la resistencia de las unidades de las FDP había comenzado a debilitarse cuando los tiránidos comenzaron a moverse contra ciudades o zonas industriales lo suficientemente grandes como para que valiera la pena defenderlas, y me complace decir que dieron buena cuenta de esos monstruos, a pesar del trauma de enfrentarse una vez más a su más temido enemigo **(1).**

(1) *Elementos de la 597 se desplegaron en apoyo de las Fuerzas de Defensa Planetaria en tres ocasiones distintas durante aquel período, logrando rechazar por completo uno de los ataques tiránidos, y en los otros dos casos mantenerlo a raya durante el tiempo suficiente para completar con éxito la evacuación de los civiles supervivientes antes de finalmente ejecutar una retirada ordenada. Su experiencia previa en la lucha contra esta raza de xenos en particular sin duda les ayudó mucho, y el efecto positivo en la moral de estas victorias fue muy importante para el propio regimiento.*

Por supuesto, cuanto más éxito teníamos en la evacuación de las colonias más pequeñas, más forzábamos a los tiránidos a concentrar sus fuerzas contra objetivos más grandes y vitales, así que en retrospectiva supongo que cada victoria que obteníamos era algo pírrica, pues simplemente nos forzaba a librar otra batalla más desesperada en cuestión de horas, pero las sombrías estadísticas de desgaste parecían estar marginalmente a nuestro favor.

En mi mente no había la menor duda de que a los tiránidos les estábamos haciendo pagar muy caro con su obsceno icor por cada centímetro de terreno que ganaban. Cualquier otro enemigo, como mínimo, se habría visto ralentizado por las bajas sufridas, pero fiel a su estilo, a ellos no les preocupaban más sus propias bajas de lo que nosotros nos preocuparía una célula de energía agotada. Sin embargo, de la misma manera que hubiéramos sido perjudicados por la

escasez de municiones, cada agujero que abríamos en sus filas representaba una degradación marginal de su capacidad de lucha, y nuestra política de quemar cada uno de sus cadáveres que pudimos recuperar (por no hablar de los nuestros) les negaba la oportunidad de obtener materia prima para reponer sus filas.

Si la flota colmena que los había engendrado no hubiera llegado cuando lo hizo, sospecho que podríamos incluso haber sido capaces de forzar nuestro avance más allá del punto de inflexión, y haber tenido éxito en erradicarlos completamente de la superficie de Periremunda sin más ayuda.

Pero claro, aquello no fue lo que sucedió. La flota llegó, junto con nuestros propios refuerzos, y el foco de la campaña se desplazó hacia un compromiso más convencional en todo el sistema, donde la batalla en el espacio se convirtió en algo tan importante como los propios enfrentamientos sobre el terreno. (Al menos hasta dónde alcanza los registros oficiales. Los acontecimientos en los que iba a participar bien podrían haber cambiado la faz de toda la galaxia, aunque no tuve ni idea de su alcance hasta décadas más tarde, en el cambio de milenio, cuando comenzó el enloquecido asalto de Abbadon al corazón del Imperio **(2)**).

***(2)** El relato de Caín de sus hazañas durante la 13ª Cruzada Negra, aunque fascinante, no tiene por qué detenernos en este momento.*

Pero me estoy adelantando. De lo que quería hablar era del día en el que se desató el infierno, y mis enemigos en la sombra intentaron asesinarme de nuevo, y descubrí mucho

más de lo que jamás quise saber sobre la autentica naturaleza de la Santa Inquisición.



Todo comenzó de la manera más inocente, aunque según mi experiencia, es algo que suele pasarme siempre cuando estoy a punto de ser lanzado de nuevo a un peligro mortal y es entonces cuando un helado terror que me retuerce las tripas. Había estado deambulando por nuestro centro de mando, intentando, como todo el mundo, aparentar no estar pendiente del hololito para ver el primer signo de la flota colmena emergiendo de la disformidad, y discutiendo nuestro estado de preparación con Kasteen. Hasta ahora habíamos desplegado cuatro pelotones en apoyo de las FDP, y todos habían regresado muy animados, a pesar de las inevitables bajas que habían sufrido **(3).** Una vez más, felicité a la coronel por su decisión de practicar las tácticas antitiránidas que los veteranos entre nosotros habían aprendido a un gran coste en Corania, y ella asintió con la cabeza.

(3) *O quizás precisamente por ellas: todos habían perdido alrededor del quince por ciento de su dotación inicial (la gran mayoría de las víctimas mortales fueron inevitables), aunque aquel era un porcentaje notablemente bajo teniendo en cuenta la naturaleza del enemigo. Sin mencionar el alentador efecto para la moral que tuvo para los supervivientes de la masacre de Corania el ver a los tiránidos quebrarse y huir derrotados.*

-Parece que está dando sus frutos-, admitió. Eché un vistazo al cuadro de estado. En aquel momento, la segunda compañía estaba en espera para un despliegue rápido, con

un par de pelotones ya preparados en el aeródromo esperando un mensaje vox para abarrotar los transbordadores de transporte que habíamos requisado, junto con un par de pilotos civiles que parecían poco contentos de estar entrando y saliendo casi a diario en las zonas de guerra, pero comprensiblemente reacios a discutir con un montón de gente armada. Usar nuestros propios transportes de tropas habría sido preferible, por supuesto, pero, por desgracia, había muchos menos de ellos que regimientos que requerían su uso, y nuestra posición en Hoarfell nos convertía en una prioridad baja. Zyvan había decidido que los transportes del tamaño de una compañía serían mejor empleados por los soldados que estaban más cerca del enemigo (lo que significaba que más de ellos podrían ser puestos a salvo si las cosas se ponían mal, pero, por supuesto, nadie había sido lo suficientemente estúpido como para mencionárselo a las autoridades civiles).

Asentí con la cabeza aprobando los informes recibidos.

-Tenemos la mejor tasa de supervivencia de todos los regimientos de la Guardia-, dije, lo que resultó ser cierto. Los Harakoni habían recibido una verdadera paliza aquella mañana, y me encontré preguntándome brevemente cómo le habría ido a su joven comisario. Y ni siquiera quería empezar a pensar en cómo les estaría yendo a las FDP. No cabe duda de que la estrategia de Zyvan era eficaz, pero dejaba que unidades de milicia mal entrenadas y equipadas mantuvieran la línea contra los horrores tiránidos hasta que los soldados de verdad pudieran llegar allí, y no había ninguna duda de que el precio que estaban pagando era muy alto. Si la peculiar topografía de su mundo no lo hubiera hecho imposible, no tengo ninguna duda de que

muchos más de ellos de que los que realmente lo hicieron habrían tirado las armas y huido a la carrera.

Pero, como en cualquier caso no tenían adónde ir y estaban luchando por sus hogares y sus seres queridos, algo que he observado en múltiples ocasiones puede hacer que hasta el civil más manso resista como un Terminator, permanecieron en el frente y murieron en masa. Incluso teniendo en cuenta la notable capacidad de nuestra propia gente para enfrentarse a las pesadillas y salir ilesos, aquellas zonas de batalla debían ser extraordinariamente insalubres, y decidí mantenerme lo más lejos posible de ellas, al menos hasta que las esporas empezasen a caer, y no pudiera evitar a los tiránidos dondequiera que estuviera.

Afortunadamente, nadie había cuestionado mi afirmación de que cuando aquella espantosa perspectiva ocurriera, mi lugar estaría en el cuartel general del regimiento (donde, por supuesto, tendría una compañía completa de tropas detrás de la que esconderme), en lugar de asignarme una de aquellas escaramuzas, aunque por ironías del destino eso hizo posible que me viera envuelto en una gloriosa misión justo cuando el cielo comenzó a caer sobre nosotros.

Durante años de práctica me las había arreglado para adoptar una pose melancólica, dando la impresión sin necesidad de usar palabra alguna, de que nada me hubiera gustado más que estar en primera línea para enfrentarme a una marea interminable de malignos monstruos quitinosos, pero mi sentido del deber era lo suficientemente fuerte como para anular aquel egoísta impulso, sin dejarme otra alternativa que quedarme en nuestro fuertemente fortificado centro de mando, bebiendo tanna y, en general,

escondiéndome mientras la tropa se encargaba de defender a los civiles, tal y como se suponía que debían hacer.

-Hasta ahora-, dijo Kasteen, mirando a nuestro alrededor, con expresión adusta. Evidentemente era consciente de que cualquiera tipo de dudas que pudiera tener, aquel no era el lugar para discutirlas. El centro de mando estaba repleto de hombres y mujeres que cumplían con sus deberes habituales, y ambos sabíamos que no iba a ayudar a la moral del regimiento si tenían la menor sospecha de que el personal de mando albergaba dudas respecto a nuestra victoria final. Por mutuo acuerdo, sin necesidad de palabras, comenzamos a caminar hacia la escalera que llevaba a la galería donde estaba su oficina.

-Todavía tenemos que enfrentarnos a la flota colmena. Ese va a ser un juego muy diferente.

-Cierto-, dije, apartándome para dejarla alcanzar la escalera en primer lugar**-, pero nuestros refuerzos no pueden estar muy lejos-.** Mi atención se distrajo gratamente por un momento por la agradable imagen que tenía ante mis ojos, y cuando me dispuse a mi vez a subir la escalera no pude evitar inclinar un poco mi cuello hacia atrás para seguir apreciando la vista un poco más. No sé si lo he comentado antes, pero la coronel Kasteen era una mujer que no provocaba precisamente indiferencia.

Resulta curioso pensar que aquel pícaro gesto acabara salvándome la vida, ya que de no haberlo hecho estoy seguro de que nunca habría notado el tenue parpadeo de movimiento en lo alto de las vigas que soportaban el techo. Lo primero que pensé fue que un pájaro de algún tipo había

entrado en la enorme nave a través de portones del fondo, que, como de costumbre, se habían dejado abiertas para permitir el paso de una corriente del gélido y aullante aire, ocasionalmente acompañado de nieve, que tan esencial era para la noción de bienestar de los valhallanos. Sin embargo, aquello no parecía muy probable, ya que el constante ruido habría impedido que cualquier ave que se preciara se posara cómodamente, y si hubiera habido un intruso de aquel tipo, casi con toda seguridad habría dejado algún rastro de su presencia en la planta baja en forma de... bueno, creo que se sobreentiende. Las palmas de mis manos comenzaron a picarme y, consciente de mí reciente experiencia con el asesino psíquico, entorne la cabeza para ver mejor, preguntándome dónde diablos estaría Jurgen cuando realmente lo necesitaba.

-Hay algo en las vigas-, dije, sacando mi pistola láser y tratando de concentrarme en el débil borrón de movimiento entre las sombras sobre nuestras cabezas. Kasteen también alzó la mirada y cogió su arma. A nuestro alrededor pude ver pequeñas señales de alarma y consternación, la mayoría de los soldados en las estaciones de vox y auspex buscaron con la mirada las armas de fuego que descansaban apoyadas contra sus terminales de control. Fuera lo que fuera aquella cosa, era pequeña, y me encontré recordando muy vívidamente las minas de esporas que nos habían atacado en Hell's Edge.

-Yo también lo veo-, dijo Kasteen con calma, apuntando con su pistola bolter. Entonces su mirada se deslizó hacia un lado y añadió**-. Y allí hay otro más.**

-¡A las armas!-, grité, aunque la orden parecía algo superflua a aquellas alturas, pues todos los soldados que

podía ver ya tenían un arma en la mano. Entonces, como si de repente se dieran cuenta de haber sido descubiertos, los misteriosos intrusos se lanzaron al ataque.

-¿Qué demonios?-, exclamó Kasteen, sorprendida, al verlos por primera vez. Un grupo de servo-cráneos, cinco en total, se lanzaron en picado hacia nosotros, y la coronel vaciló, indecisa sobre a cuál apuntar primero. Se volvió hacia un visioingeniero, su cara previsiblemente pálida bajo la capucha de su túnica de Adeptus Mechanicus, y le miró enfurecida**-. ¿Quién ha dejado entrar esas cosas aquí?**

-No tienen nada que ver con nosotros-, la aseguró el tecnosacerdote, con el metálico tono de voz típico de los codificadores vox que solían usar. Algo zumbaba detrás de sus ojos, mientras parecía enfocarse en algo que el resto de nosotros no podíamos ver**-. Las identificaciones no coinciden con ninguno de los santuarios locales del Mechanicus…**

Cualquier otra cosa que pudiera haber estado a punto de decirnos se perdió en el repentino estruendo de lo que sonó como una pistola bolter, y su torso se desintegró en una lluvia de sangre y metralla, que sin duda habían sido parte de sus implantes mecánicos antes de que el proyectil explosivo los destrozara. De inmediato devolví el fuego, y no fui el único. Todos los soldados armados dispararon a la vez sobre los macabros intrusos como un puñado de aristócratas borrachos en plena cacería en la que acabaran de ver a una bandada de patos salvajes. Sin embargo, los servo-cráneos eran infernalmente rápidos y ágiles, volando a través del aluvión de balas como esas cosas que los tau usan cuando tienen el suficiente sentido común para usarlos en lugar de levantar sus propias cabezas por encima de una

barricada. Sólo cayó uno de ellos, golpeando el suelo de rococemento con la suficiente fuerza como para romper hueso y arma por igual.

-¡Sigan disparando!-, ordené innecesariamente, orden que los soldados cumplieron sin vacilación alguna. Me apresuré a cubrirme detrás de la escalera justo a tiempo, pues otro par de salvas de bolter explotaron contra el lugar donde había estado un instante antes, mientras que Kasteen, con su retirada cortada, corría escaleras arriba hacia la galería, disparando a medida que avanzaba. No logró darle a nada, pero las balas perdidas de su pistola bolter impactaron en el techo del puesto de mando creando una lluvia de chispas, y el cráneo principal se alejó de su salva de proyectiles explosivos.

Esperaba que al menos uno de los servocráneos del enjambre dirigiera su atención a la coronel ahora que estaba al descubierto en el angosto pasillo fuera de su oficina, a pesar de que se había agachado detrás de la balaustrada para aprovechar al máximo la poca cobertura disponible, pero todos la ignoraron, descendiendo más allá del nivel del entresuelo, y con horror me di cuenta de que todos y cada uno de ellos se dirigían directamente hacia mí. De hecho, si no hubiera sido por el gran volumen de fuego que los obligaba a maniobrar para evadir las balas, ya les estaría viendo las narices. (Bueno, estrictamente hablando, ninguno de ellos tenía nariz, pero se entiende lo que quiero decir.)

Más tarde tendría tiempo de sobra para preocuparme del significado de todo aquello. En aquel momento, mi máxima prioridad era la supervivencia, y estudié cuidadosamente a los asesinos aéreos, buscando cualquier tipo de debilidad.

Dos de ellos parecían tener pistolas bolter incorporadas, con los cañones saliendo grotescamente de entre sus dientes, y si no hubieran sido forzados a danzar para hacerse más difíciles de ser alcanzados, con el inevitable efecto sobre su propia precisión, no tengo ninguna duda de que yo habría compartido el destino del desafortunado mecano. Un tercero contaba con una zumbante espada sierra, aparentemente con la esperanza de que sus hermanos que portaban armas de fuego pudieran mantenerme ocupado el tiempo suficiente para que asestarme un tajo mortal, mientras que el cuarto, por algún oscuro motivo, parecía estar completamente desarmado.

Precisamente a ese fue al que apunté. Si no llevaba un arma, tenía que estar allí para dirigir a los demás. Apuntando con cuidado, apoyé mi brazo contra el metal de la escalera, agradecido una vez más por los dedos augméticos que me permitieron sostener mi pistola laser con firmeza, sobre el blanco elegido mejor de lo que incluso el duelista más hábil podría haber logrado, y apreté el gatillo.

Para mi inmenso alivio, el disparo dio en el blanco, y la carcasa ósea se partió, desparramando restos de su auspex, y el conjunto de sensores unidos a él, por el suelo. Por una extraña casualidad, la pequeña unidad antigravedad que había mantenido el cráneo en alto se elevó hacia arriba, aún en funcionamiento y sin el peso de su carga útil, acabó haciendo añicos uno de los tragaluces que cubrían nuestras cabezas para desaparecer en la gris oscuridad que mantenía a Hoarfell casi perpetuamente envuelta en su frío abrazo. Mirando hacia arriba, después de alejarme instintivamente de la lluvia de vidrios rotos que golpearon contra mi refugio, y de la ráfaga de nieve que la siguió,

intenté adquirir otro objetivo, sólo para encontrar la unidad con la espada sierra lanzándose sobre mi cabeza.

Reaccioné de inmediato, desenvainando mi propia espada y lanzando un tajo por reflejo, sin darme realmente cuenta de que lo estaba haciendo hasta que ya lo había hecho.

El servocráneo rebotó en una de las columnas que sostenían la galería, con una fea herida a lo largo de su mandíbula donde mi hoja había mordido profundamente en el hueso.

Por pura suerte, parecía haber cortado el cable de alimentación que conducía a su unidad de elevación, y cayó hasta quedar inerte sobre el piso de rococemento, zumbando con enojo e intentando abrirse paso a través del suelo, hasta que un par de soldados lo sacaron de su miseria con una ráfaga de bolters bien apuntados.

Las dos calaveras de los cañones flotaron incómodas, aparentemente inseguras de su objetivo, ahora la unidad táctica que las había llevado hasta mí estaba fuera de servicio, y muchas personas alrededor les disparaban continuamente. Después de un momento de frenéticos bandazos, que les permitieron evitar ser vaporizados de puro milagro, de repente se giraron y salieron disparados hacia arriba, desapareciendo por el agujero del tragaluz.

-Parece que alguien realmente le tiene en el punto de mira, comisario-, comentó Kasteen, bajando la escalera de nuevo, algo cautelosa mientras comprobaba la integridad de los escalones donde habían golpeado las balas**-. Primero un psíquico invisible, y ahora esto-.** Me

miró con curiosidad, una curiosidad que en su caso era demasiado educada como para expresarla abiertamente, aunque demasiado visible en las caras de los soldados que nos rodeaban. De repente, al darse cuenta de cómo me miraban los soldados, hizo un gesto abrupto hacia el más cercano y le dio algo que hacer**-. Sargento, limpie todo este desastre.**

-Sí, señora-. Saludó velozmente, y empezó a reunir a todos los que no habían entendido la indirecta y encontrado asuntos urgentes en sus terminales con la suficiente rapidez**-. Tú y tú, coged una bolsa para cadáveres. Los mecanos querrán organizar algún tipo de ceremonia para Sparky (4), así que mejor que lo llevemos a la morgue.**

***(4)** NdT. Chispas.*

Al parecer nuestro antiguo visioingeniero había sido lo suficientemente popular entre los soldados como para haber merecido recibir un apodo, algo que me sorprendió bastante. Golpeado por una idea tardía, el sargento llamó a los soldados de cara solemne cuando se volvieron para cumplir su primera orden**-. Será mejor que consigan también una fregona, parece que está goteando un poco.**

-Están decididos, de eso no hay duda-, le respondí a Kasteen. Mientras miraba por el agujero en el techo por el que habían huido los asesinos mecánicos, un pensamiento incómodo que se abrió paso hasta el primer plano de mi mente**-. Deben serlo para haber encontrado la forma de sortear nuestros sistemas de seguridad.**

-Averiguaremos cómo lo han hecho-, me aseguró la coronel con tristeza.

Asentí con la cabeza, intentando parecer calmado y analítico.

-No tengo duda alguna al respecto-, le repliqué**-, pero esas cosas pueden infiltrarse en casi cualquier parte.**

Y hablando de eso, los que se habían retirado podían regresar para otro intento siempre que quisieran. Mi única opción parecía ser salir de allí antes de que se reunieran y trataran de completar su programa, y mientras miraba alrededor del centro de mando, la oportunidad se presentó por sí sola**-. Quienquiera que esté detrás de estos atentados contra mi vida debe saber que estoy aquí, y podrían intentarlo de nuevo.**

-Deje que lo intenten-, dijo Kasteen, como si estuviese deseando matar a otro posible asesino personalmente**-. No tengo inconveniente en ayudar a los traidores a suicidarse.**

Le dediqué una sonrisa apreciativa.

-Agradezco la intención, Regina, pero tiene cosas mucho más importantes de las que preocuparse que de garantizar mi seguridad. Nuestra prioridad absoluta es la defensa de este planeta, y otro ataque a nuestro cuartel general podría socavar eso, quizás

fatalmente-, me detuve, haciendo una estudiada pausa durante el tiempo suficiente para subrayar la seriedad de nuestra responsabilidad**-. No estoy dispuesto a arriesgarme a comprometer la eficacia operativa del regimiento sólo para mantenerme fuera de peligro.**

-¿Qué tiene en mente?-, preguntó Kasteen, sin duda impresionada por mi dedicación al deber, y ocultando su preocupación tras una delgada fachada de brusca eficiencia.

Hice un gesto hacia la pantalla de estado que había mirado anteriormente.

-Tenemos dos pelotones en el aeródromo. Por el momento me uniré a ellos.

Por lo que a mí respecta, quienquiera que enviara los servo-cráneos podría poner nuestro cuartel general patas arriba buscándome. Lo más probable es que nunca se les ocurriría buscarme en un destacamento pequeño listo para ser enviado al frente, e incluso si así lo hicieran, aún tendría alrededor de cien soldados detrás de los que esconderme.

Kasteen asintió pensativamente**-. Tiene sentido**-, concedió e hizo una pausa-. **¿Quiere que hagamos algo más antes de irse?**

-Consiga un registro pictográfico completo de esos servo-cráneos-, le dije, indicando los escombros de la batalla**-, y haga que vean si se puede descargar algún dato útil. Me lo llevaré conmigo cuando me vaya.**

-Entiendo-. Respondió Kasteen meditabunda**-. ¿Realmente cree que podría tener alguna idea de su origen examinando los restos?**

Agité la cabeza.

-No-, dije lentamente**-, pero conozco a una mujer que tal vez sí pueda hacerlo.**

Después de todo, para empezar todo aquello había sido culpa suya por haberme puesto ante los pictógragos, y haberle dado a cada insurrecto del planeta la impresión de que yo personalmente los estaba persiguiendo, así que me pareció justo que ahora fuera ella la que me los quitara de encima. Al final resultó que yo tenía razón, todo aquello no se debía a otra cosa que a sus actividades en Periremunda; pero de una manera que, en aquel momento, no podría haber adivinado.

NOTA EDITORIAL:

Los siguientes párrafos, afortunadamente breves, relatan una breve omisión en la narración de los acontecimientos que hace Caín. Después de sopesarlo detenidamente, debido al desgarrador estilo literario de Sulla, he decidido incluirlo por la información que suministra. Ruego que los lectores me perdonen por ello, y si algunos prefieren omitirlo, les comprenderé perfectamente, aunque mi consejo es que hagan de tripas corazón y lo lean.

De "Como un Fénix entre las llamas": Las Primeras y Gloriosas Campañas Victoriosas del 597º Valhallano", por la General Jenit Sulla (retirada), 101.M42

A los lectores que han seguido mi relato de las heroicas hazañas de nuestro regimiento hasta ahora, no les sorprenderá saber que las mujeres y los hombres bajo mi mando estaban tan ansiosos como siempre por enfrentarse al monstruoso enemigo que nos acechaba, sobre todo porque nuestros valientes camaradas de la Primera Compañía ya habían tenido la suerte de hacer retroceder a la inhumana horda en no menos de tres ocasiones. Finalmente, la Segunda Compañía estaba preparada, lista y a la espera para responder a la llamada a las armas, y para nuestro apenas oculto deleite, el Tercer Pelotón fue uno de los seleccionados para acudir a la retaguardia del aeródromo de Darién, en previsión de una partida inmediata a dondequiera que fueran necesarios para repartir la venganza del Sagrado Emperador a las escurridizas hordas quitinosas que se atrevían a contaminar sus benditos dominios.

Pero sería un poco laxa en mis deberes como cronista de los acontecimientos, si no admitiese que hasta cierto punto estábamos nerviosos en nuestro afán de enfrentarnos a los enjambres tiránidos. Para muchos de nosotros, la última vez que habíamos luchado contra estas monstruosidades engendradas por la disformidad, había sido una carnicería de pesadilla en la que perdimos incontables amigos y camaradas, y a pesar de la resolución inquebrantable que nos confería nuestra fe en el Emperador, los recuerdos de Corania estaban muy frescos en nuestras mentes. Por lo tanto, la noticia de que nada menos que el Comisario Caín iba a unirse a nosotros fue tan bienvenida como inesperada, cada mujer y cada hombre de nuestra unidad estaban firmemente decididos a demostrar que merecían ser recompensados con el liderazgo de un ejemplo tan fiel de las virtudes marciales imperiales.

CAPÍTULO XVIII

-Fascinante-, dijo Lázurus, con su metálico rostro parpadeando en el hololito portátil a bordo del Chimera de mando del tercer pelotón. Había llegado al espaciopuerto alrededor de media hora antes, sin que entre tanto se hubieran manifestado más amenazas contra mi vida, aparte claro está, del estilo de conducción libre de restricciones de Jurgen. Después de superar un circuito de obstáculos a través de la pista de aterrizaje a su vertiginoso ritmo habitual, había lanzado nuestro Salamander por la rampa de carga del transbordador más cercano con casi tanta rapidez como habíamos abordado el Aquila de Amberley, para consternación de los soldados que se dispersaron rápidamente para esquivarnos, para luego volver a su puesto de guardia alrededor del transbordador.

Sólo cuando detuvo el vehículo junto a los Chimeras ya estacionados en la bodega, con la parte frontal en dirección a la rampa de salida, preparado para un rápido despliegue, me di cuenta por las insignias que nos habíamos unido al tercer pelotón, y se me cayó el alma al suelo. La teniente Sulla caminaba hacia nosotros cruzando la bahía de carga, henchida de orgullo y con el desconcertante entusiasmo que habitualmente mostraba ante la perspectiva de entrar en acción, y empecé a desear haberle dicho a Jurgen que se hubiera dirigido a cualquiera de los otros transportes, en lugar de pedirle que se dirigiera al más cercano para ponernos a cubierto lo antes posible. El teniente Faril, el oficial a cargo del quinto pelotón, era mucho menos impulsivo, y yo habría tenido muchas más posibilidades de permanecer de una pieza rodeado de los soldados a sus órdenes. Sulla era mucho más proclive a ordenar una carga

suicida contra el enjambre tiránido más cercano, que a quedarse cómodamente protegida detrás de una barricada a una distancia segura y, por alguna razón, los soldados que tenía a su mando la seguirían hasta el mismo infierno, gritando como si fueran orkos enloquecidos, para acabar probablemente reduciendo al tiránido a meros pedazos de carne ensangrentada antes de pudiera siquiera superar su asombro ante tal arranque de temeridad **(1)**.

***(1)** A pesar del cinismo de Caín, Sulla sí disfrutó de la confianza y el respeto de las tropas que dirigía, casi hasta el punto que él afirma. No cabe duda de que tenía una tendencia a asumir riesgos que un comandante más cauteloso se hubiera pensado dos veces, pero, como suele ocurrir, su disposición a tomar la iniciativa resultó ser decisiva en un momento crítico, y los índices de bajas ligeramente más altos de su pelotón parecían haber sido compensados con creces por la moral sorprendentemente alta de sus miembros.*

-Comisario-. Me saludó con elegancia. Su delgado rostro, su cola de caballo y su amplia sonrisa mostrando los dientes hacia que se pareciera más que nunca a un caballo de dibujos animados. Se mostraba totalmente emocionada y encantada de que hubiera elegido unirme a su unidad**-. Supongo que su llegada significa que estamos a punto de ser desplegados, ¿verdad?**

-Si esa es la voluntad del Emperador-, la contesté evasivamente, pensando que nunca había una mina de esporas a mano cuando uno realmente la necesitaba**-. No tengo mucho que hacer en el cuartel general en estos momentos, aparte del papeleo rutinario, así que pensé en acompañarlos en el próximo despliegue, si a Faril o usted no les importa llevar consigo un poco de peso muerto, naturalmente-.** Como siempre, dirigí mi discurso a los soldados rasos que nos rodeaban, un grupo de los cuales habían salido por las escotillas de sus

vehículos, como comadrejas de nieve olfateando en busca de depredadores, para ver de qué se trataba todo aquel alboroto. No había nada malo en jugar con mi imagen de modesto héroe, especialmente si esperaba que estos soldados se interpusieran entre los tiránidos y mi humilde persona.

-Estamos encantados de tenerle con nosotros-, aseguró Sulla, alejándose de Jurgen tan discretamente como pudo, pues su característico aroma comenzaba a hacerse notar con rapidez en el espacio cerrado**-. ¿Hay algo que podamos hacer por usted mientras esperamos?**

-Apreciaría que me dejara usar su vehículo de mando-, la conteste, después de pensarlo un momento**-. Tengo material sensible que transmitir a Principia Mons para su análisis, y puede que tenga que discutirlo con el General Supremo. Obviamente confío en la discreción de todos los presentes, pero ya saben, las normas de seguridad...**

-Por supuesto-, me dijo Sulla, que se parecía más que nunca a un pony al que le ofrecen un terrón de azúcar, completamente sorprendida por la perspectiva de estar involucrada, aunque fuera de refilón, en los asuntos del alto mando. A menudo me he preguntado si, en los años venideros, se decepcionaría al descubrir lo tediosos que eran la mayoría de ellos.

De todos modos, el resultado de todo aquello fue que terminé en el vehículo de mando del pelotón, cómodamente a salvo de miradas y oídos indiscretos, mientras Jurgen jugueteaba con la unidad vox y me traía tazas de tanna a

intervalos regulares. También tuve mucho tiempo libre para beberlas, ya que Zyvan tardó al menos veinte minutos en rastrear a Amberley a través de los canales arcanos de comunicación que existían entre su oficina y la errante inquisidora, pero finalmente su rostro se materializó en el hololito después de lo que me pareció una interminable espera, seguida casi de inmediato por Lázurus, que aparentemente se había dejado caer por la suite de su hotel para otro fallido intercambio de información.

-Esto es realmente muy útil-, dijo el tecnosacerdote, amplificando su reacción original y mirando ligeramente a un lado de la pantalla, donde presumiblemente, acababan de aparecer los registros pictográficos de los servocráneos y sus restos que había transmitido a través de la placa de datos. Yanbel y él habían empezado a examinarlos tan pronto como recibieron la información, intercambiando comentarios en el peculiar lenguaje de su casta **(2).**

(2) *El binario, como aparentemente se le conoce, sigue siendo un completo misterio para cualquiera que no sea el Adeptus Mechanicus. A pesar de décadas de estudio intensivo, las hermanas del Ordo Dialogous todavía no han establecido ni siquiera las reglas más rudimentarias de su gramática y su sintaxis.*

-¿Puede decirnos su origen?-, pregunté sin rodeos.

Lázurus asintió lentamente**-. Desgraciadamente no, aunque la mejor estimación que puedo darle a juzgar por la configuración de los condensadores de flujo diría que al menos la unidad del cazador muestra signos de haber sido fabricada en uno de los mundos de forja del cúmulo de Hephastus, hace unos seiscientos o setecientos años. Podría haber sido**

mucho más preciso si hubiera conseguido recuperar uno de ellos intacto.

-Trataré de tenerlo en cuenta la próxima vez que traten de matarme-, dije sarcásticamente, pero Lázurus simplemente asintió con la cabeza, aparentemente tan inmune al sarcasmo como mi ayudante.

-Eso sería de gran ayuda-, dijo**-, aunque dudo mucho que vuelva a suceder. Habiendo fallado con los servo-cráneos, probablemente intentará algo nuevo la próxima vez.**

-¿Quién?-, pregunté asombrado al conseguir por fin algo parecido a una respuesta directa y tan clara como para que yo me abalanzara sobre ella como un kroot ante un jugoso y sabroso cadáver. El rostro de Lázurus mostro sorpresa ante mi pregunta, al menos tanta como era posible al tener medio rostro mecánico.

-Metheius, por supuesto-, dijo, como si eso fuera lo más obvio de la galaxia**-. ¿Quién más cree que podría ser?**

-Oh, no lo sé –, dije, permitiendo que mi irritación finalmente se apoderase de mi lengua**-. ¿El culto al Caos del psíquico invisible?, ¿Una célula de híbridos genestealers? Parece que he estado caminando con una diana en la espalda desde que llegué a esta roca abandonada por el Emperador, así que, ¿por qué no debería su renegado mecano ponerse a la cola?**

-Obviamente teme que nos estemos acercando a él-, especulo Amberley**-, y como todo el mundo en el planeta, debe haber tenido la impresión de que usted está coordinando personalmente la caza de los traidores ocultos-**. Se encogió de hombros, mientras se insinuaba una traviesa sonrisa en las comisuras de sus labios**-. Es un buen ejemplo de que no se debe creer todo lo que se lee en la prensa.**

Absteniéndome de señalar de quién era la culpa de que todos los idiotas subversivos de Periremunda estuvieran trabajando bajo esa ilusión, algo que no negaré que me costó un heroico esfuerzo, simplemente asentí secamente con la cabeza.

-Debe estar terriblemente asustado para enviar esas cosas a por mí justo en medio de nuestro cuartel general-, le dije**-. Las posibilidades de que pudieran escabullirse a través de varios cientos de soldados sin ser detectados eran mínimas.**

-Probablemente no tenía ni idea de estarías precisamente allí-, señaló alegremente Amberley**-. La mayoría de los pictoreportajes le han situado en la capital, paseando al aire libre, mientras que los civiles esperan que los comisarios estén en primera línea con los soldados, donde habrías sido un blanco fácil para un ataque sorpresa. Simplemente ha sido mala fortuna que sus servo-cráneos le localizaran justo cuando estabas en el centro de mando.**

-Y tanto-, coincidió Lázurus**-. Podrían haberle estado buscando durante días.**

Señaló un bulto de algo metálico, fundido por mi laser, en la esquina de una de las imágenes.

-Eso es un escáner genético o yo soy un orko, y me apuesto una mejora Marciana a que se les había programado con su ADN, comisario-. Me estremecí, y no fue precisamente por la temperatura del aire acondicionado valhallano en el puesto de mando móvil de Sulla. La idea de aquellos asesinos silenciosos acechándome a través de los cielos de Periremunda, buscando la manera de derribarme, era de lo más perturbadora.

-Así que ¿supongo que no hay forma de saber de dónde salieron esos cacharros? -, le pregunté, ya seguro de la respuesta.

Yanbel agitó la cabeza.

-Ninguna en absoluto-, dijo alegremente**-. Las baterías energéticas son buenas y pueden aguantar décadas. Podrían haber sido enviados desde cualquier punto del planeta.**

-Maravilloso-, dije, preguntándome cuántas desconocidas facciones más iban a salir a la luz y a tratar de matarme antes de que todo aquello terminara. Al menos con los tiránidos las cosas eran bastante sencillas: matar o morir. Comencé a sentir un poco de simpatía por la simplista visión del mundo que tenía Sulla**-. ¿Supongo que aún no tiene idea de dónde puede estar escondido?**

-Estamos reduciendo la búsqueda-, me aseguró Amberley, lo que me pareció menos útil de lo que había esperado. Después de unas pocas palabras superficiales en ambas direcciones rompí el enlace y salí, con la intención de despejar mi cabeza caminando por la pista de aterrizaje durante unos minutos. Eso debería ser lo suficientemente seguro, pues estábamos demasiado lejos de cualquier cobertura razonable como para temer un disparo de un francotirador, y los amplios cielos abiertos alrededor de nuestros transportes a la espera seguramente evitarían que más asesinos volantes se acercasen sin ser vistos.

Apenas llegué a la parte superior de la rampa de embarque, me encontré con que mi avance se veía obstaculizado por Sulla, cuyos ojos brillaban como los de una jovencita que acababa de ser invitada a salir por el capitán del equipo de scrum-ball de la Schola. Un presentimiento me golpeó en el estómago como el último mordisco de una barra de racionamiento pasada. Por experiencia sabía que sólo había una cosa que la entusiasmaba: la perspectiva de un combate inminente.

-Comisario, tenemos luz verde de la coronel-. Me espeto alegremente**-. Se lo habría dicho antes, pero dada la importancia de su conversación...**

-Gracias, teniente-. Asentí gravemente, mientras los últimos soldados de la parte inferior de la rampa pasaban a nuestro lado a paso ligero, con sus botas resonando en el suelo metálico, la mayoría de ellos mirando a Jurgen al pasar**-. Su sentido de la discreción la honra-.** Volví a sintonizar el canal de comunicación en mi oído, escuchando los tonos característicos de la voz de Faril, confirmando que toda su gente estaba a bordo y despegaban. Un momento

después, la cubierta bajo mis pies vibró, y una familiar sensación de caída en la boca del estómago me confirmó que nosotros también habíamos dejado el suelo. La mandíbula de Jurgen se apretó con una muda incomodidad mientras veía alejarse el campo de aterrizaje, y entonces, quizás con suerte, la rampa acabó de cerrarse, ocultando la vertiginosa vista**-. ¿Hacia dónde nos dirigimos?**

-Aceralbaterra-, me informó Sulla, de la eficiente manera de todos los oficiales jóvenes que han memorizado la información de la sesión informativa y disfrutan de la oportunidad de demostrarlo. El nombre me era familiar, lo había escuchado en alguna parte, y después de un momento logré sacar el recuerdo del fondo de mi memoria. El piloto del transbordador de Amberley lo había mencionado durante nuestra excursión a Hell's Edge. Sin embargo, asentí con la cabeza hacia Sulla, como si lo hubiera reconocido de inmediato.

-Eso está cerca del ecuador, creo recordar.

-Así es, señor-. Confirmo ansiosamente Sulla**-. Un lugar fascinante, según dicen. Una de las zonas agrícolas más grandes del planeta, aunque está a demasiada baja altitud y es demasiado calurosa para la mayoría de los cultivos convencionales. Aparentemente la jungla lo invade todo, crece tan rápido como la de Catachan, así que no tiene sentido tratar de plantar campos.**

-Entonces, ¿Qué uso le dan? -, Le pregunté, ya temiendo la respuesta.

Sulla se encogió de hombros.

-Pastos. Los lugareños importaron miles de saurópodos de Harihowzen, y los dejan por ahí pastando a su aire. Algunos de ellos crecen hasta ser tan grandes como Titanes.

Bueno, eso a todas luces era una exageración. Había visto antes criaturas similares y la mayoría de ellas eran apenas la mitad de grandes que un Titan, pero incluso teniendo en cuenta la hipérbole, la idea fue más que suficiente para hacer que se me helara la sangre.

Los tiránidos necesitaban biomasa para aumentar sus ejércitos, y acababan de descubrir la veta madre. Si perdíamos Aceralbaterra, entonces Periremunda caería con ella. Lejos de encontrar un refugio, me había metido en lo que podía ser la batalla más decisiva de toda la guerra.

CAPÍTULO XIX

ACERALBATERRA resultó ser tan poco atractiva como había dicho Sulla, y mentiría si no admitiera que me estremecí cuando nos acercamos, volando bajo y rápido para evitar las densas nubes de gárgolas que rodeaban las afueras de Konnandoil, el principal asentamiento de la meseta. A diferencia de las aldeas a las que antes había llegado el enjambre de tiránidos, Konnandoil era una ciudad de buen tamaño, y a medida que nos adentrábamos en ella pude ver signos de lucha en todas partes, crecientes mareas de garras y mandíbulas que eran repelidas por la obstinada resistencia de los defensores o bien, en demasiadas zonas para mi gusto, arrasaban con todo por completo.

-Allí-. Señalé una plaza libre de obstáculos, frente a un enorme Aquila tallado en la roca de lo que evidentemente había sido la fachada del edificio principal del Administratum de aquella ignota ciudad. Estaba rodeada por los otros tres lados por un paseo con columnas, que en tiempos evidentemente más felices había protegido a los muchos pequeños puestos de mercado decorados con brillantes colores de la casi constante lluvia. Nuestro piloto asintió con la cabeza **(1)**, nada contento ante la perspectiva, pero lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que el lugar que había elegido estaba lo suficientemente lejos de la mayor parte del enjambre como para otorgarle una buena oportunidad de despegar de nuevo antes de que la mente de la colmena reconociera la presencia de una nueva amenaza y concentrase sus esfuerzos para acabar con ella.

(1) *Aunque apenas lo suficientemente alto como para recibir mucha lluvia, la densa capa de follaje que cubre Aceralbaterra generaba constantemente humedad, la cual se condensaba casi de inmediato en el aire espeso y húmedo.*

Había ejercido mi autoridad como comisario para instalarme en la cabina de vuelo durante todo el viaje, lo que tenía una doble ventaja: por un lado, evitar a Sulla y por el otro, hacer lo propio con el efecto que el hecho de estar volando tenía en la fisiología de Jurgen. Así fue como tuve una vista panorámica de la meseta que habíamos ido a defender, y pude formarme una imagen notablemente completa del lugar.

Como creo haber mencionado antes, nuestro piloto, aunque solo era un civil incorporado al servicio Imperial junto con su nave, evidentemente tenía el suficiente sentido común como para haber aprendido algunas habilidades básicas de supervivencia. Evidentemente un veterano de la Armada hubiera tenido una mejor actuación, pero él lo hizo lo mejor que pudo, llevándonos por debajo del nivel de la meseta y elevándose por encima del borde en el último segundo. Debo admitir que me estremecí un poco al ver aquella enorme masa rocosa acercándose rápidamente por la ventanilla, sólo para inmediatamente ser empujado contra mi asiento por la repentina aceleración al ascender velozmente, pasando por encima del borde mediante una elegante parábola.

Reflexionando sobre el efecto que aquella maniobra sin duda habría tenido en el tierno estómago de mi ayudante, y agradeciendo en silencio al Emperador el que no estuviera allí para escuchar su opinión al respecto, miré hacia abajo y me di cuenta de que estábamos pasando justo sobre las

copas de los árboles de una selva tan exuberante que casi podría compararse con la del propio Catachan (**2)**

(2) *Sin duda, la anterior mención de Sulla sobre el verde mundo de la muerte se le había quedado grabada en la mente a Caín.*

Sin embargo, mi primera impresión del exuberante follaje que abarcaba hasta donde alcanzaba la vista fue que no sobreviviría mucho más. Unas pocas estructuras artificiales rompían el suave contorno de la vegetación, aldeas periféricas dispersas, sin duda las moradas de las robustas almas encargadas de pastorear y procesar a los saurópodos que pastaban en la inagotable abundancia de la selva, y algún que otro ocasional camino que recorría los bosques y el sotobosque, pero en su mayor parte la fecunda vegetación dominaba la zona de forma indiscutible.

De hecho, para mi sorpresa, parecía que Sulla no había exagerado nada en su descripción. En un par de lugares, las carreteras que cruzaban a través de la selva ya estaban invadidas por el crecimiento de la vegetación, y empecé a darme cuenta de que, en circunstancias más normales, mantener las vías libres de la vegetación debería requerir una constante vigilancia. Una de esas obstrucciones bloqueaba una de las carreteras y pude ver una multitud de sirvientes trabajando, cortando y quemando diligentemente la vegetación invasora, sin darse cuenta de que el mundo a su alrededor había cambiado irrevocablemente, por lo cual sus esfuerzos por restaurar el orden eran totalmente inútiles.

Luego, en un simple segundo, el paisaje se alteró por completo. Grandes y desiguales hendiduras habían sido

rasgadas a través de la alfombra de maleza, dejando al descubierto la tierra desnuda y mostrando los lugares donde los enjambres de tiránidos se habían abierto camino a través de la una vez exuberante jungla, formando un camino en línea recta desde dondequiera que hubieran trepado el precipicio para llegar a la meseta y dirigirse hasta el corazón de la ciudad. Los dispersos restos de gigantescos huesos indicaban los lugares donde una manada de saurópodos había sido demasiado lenta para escapar del implacable avance de los tiránidos, y cuando nos acercábamos a nuestro destino vi a otro de los desafortunados monstruos abrumados por la dispersa horda. A pesar de su enorme tamaño, casi tan grande como nuestro transbordador, fue derribado en segundos, y cubierto por una implacable masa de garras y mandíbula. Decenas de xenos murieron aplastados bajo sus enormes pezuñas, o fueron destrozadas por mandíbulas que podrían haber partido en dos a un Leman Russ, pero al final fue vencida por el mero número de demonios que se agolpaban sobre ella, y la gigantesca criatura desapareció por completo en un instante, totalmente cubierto por un espasmódico montón de figuras quitinosas, y rápidamente su volumen comenzó a menguar.

-Por los huesos del Emperador-. La cara del piloto estaba cenicienta**-. ¿Ha visto alguna vez algo así?**

-Con demasiada frecuencia-, le respondí, buscando un lugar de aterrizaje adecuado. Recordando mi deber de levantar la moral y, sobre todo, de distraerme de la espantosa visión que acabamos de presenciar, le dediqué una sonrisa alentadora**-. Pero tenemos más armas que los lagartos, muchacho.**

-Supongo-. El piloto no parecía más convencido de lo que yo mismo lo estaba, pero volvió a prestar atención a los controles de vuelo, lo que en todo caso le permitió desviar la atención de tan lúgubres pensamientos. Comencé a estudiar la ciudad un poco más cuidadosamente a medida que nos acercábamos, tomando mentalmente nota de todos los puntos calientes, y tratando de formarme una visión general de la batalla en curso, para ver cómo estaba yendo la defensa.

Los tiránidos habían atacado Konnandoil en un solo frente, aplastando los distritos periféricos que se interponían en su avance como si de un maligno e imparable tsunami se tratase. La guarnición de las FDP había respondido estableciendo una línea defensiva en los límites exteriores de los suburbios de la periferia, dando tiempo a los aterrorizados civiles que allí vivían para que huyeran hacia el centro de la ciudad, donde, en última instancia, podrían ser devorados en un entorno más agradable.

Parecía haber pocas posibilidades de evacuar a los supervivientes en un futuro previsible, al menos hasta donde yo sabía en ese momento, claro está, pues todos nuestros medios de transporte aéreo disponibles se estaban dedicando en su totalidad al transporte de tropas. Sin embargo, la línea había aguantado durante un tiempo, antes de que los pocos soldados supervivientes de las FDP comenzasen a retirarse para unirse a la segunda línea de defensas, que había sido establecido apresuradamente con la llegada de los primeros refuerzos, otra unidad de las FDP procedente de una meseta cercana.

Para cuando llegamos, la misma sombría maniobra se había vuelto a ejecutar, y las unidades supervivientes de alrededor de media docena de mesetas cercanas se habían

concentrado formando un tercer o cuarto perímetro defensivo, que ahora rodeaba no más de dos tercios de la asediada comunidad **(1)**.

(1) *Caín está escribiendo presumiblemente con el beneficio de la retrospectiva, ya que, aunque los anillos concéntricos de fortificaciones preparadas apresuradamente serían visibles desde el aire, él habría tenido poco conocimiento detallado del transcurso de la batalla hasta este punto.*

Escuchando el esporádico tráfico de los vox locales supe que la gran mayoría de los civiles supervivientes habían sido llevados al templo local, presumiblemente con la esperanza de que el Emperador se hiciera cargo de ellos dado que todos los demás estaban demasiado ocupados, y concentré la mayor parte de mi atención en el área más o menos a medio camino entre aquel lugar y la línea defensiva, a fin de encontrar una zona de aterrizaje adecuada. (Si los tiránidos se abrían paso, se dirigirían al templo con la misma determinación que Jurgen cuando veía un restaurante con el cartel de "*Buffet libre. Coma todo lo que pueda*", un comportamiento que yo esperaba nos diera la oportunidad de flanquearlos).

Al ver la plaza del edificio burocrático, dirigí al piloto hacia ella, como ya he dicho, y abandoné la cabina de vuelo para recoger a Jurgen y subir a bordo de nuestro Salamander. Se me había ocurrido, algo tarde que, al haber sido el último en abordar el transbordador, nuestro robusto y pequeño vehículo de exploración estaba justo el primero de la rampa, bloqueando el paso e impidiendo que nadie nos precediera en el despliegue, lo cual, como ustedes comprenderán, distaba mucho de ser la situación ideal. Sin embargo, no había nada que hacer, al menos había hecho todo lo que estaba en mi mano para asegurarme de que nos pondrían lo

más lejos posible de los tiránidos, así que decidí sacar el máximo partido de la situación.

Y lo hicimos lo mejor posible, con Jurgen lanzándonos pendiente abajo por la rampa metálica como alma que lleva el diablo, mientras yo me aferraba al bolter pesado montado en la torreta, que siempre me aseguraba tener instalado en mi transporte personal, a modo de seguro extra, tratando de dar la impresión de liderar el despliegue y de estar listo para cualquier cosa **(2)**. El centro de mando móvil de Sulla, un Chimera, nos siguió, y después comenzaron a bajar los transportes de tropas en formación, atravesando la plaza, que estaba pavimentada con un intrincado patrón de azulejos multicolores antes de que los propulsores de aterrizaje de nuestro transbordador y las cadenas de nuestros vehículos lo destrozaran.

***(2)** Una impresión que Jenit Sulla aceptó de buen grado, algo evidente en sus memorias, por la extensa descripción del noble comportamiento de Caín en esta acción.*

-Cuarto pelotón, conmigo-. La voz de Sulla era nítida en mi comunicador, tan eficiente como solía serlo cuando desplegaba a sus tropas, y por un momento me pregunté si después de todo no hubiera sido mejor subirme a su vehículo de mando. De aquella manera podría haber aprovechado los sistemas vox y auspex a bordo para seguir el flujo de la batalla, y maximizar mis posibilidades de mantenerme alejado del peligro. También habría estado rodeado de un blindaje extra; el Salamander era un vehículo descubierto y, en comparación, incómodamente expuesto. Por otra parte, nuestro pequeño y robusto vehículo era más rápido y ágil que cualquier otra cosa en nuestro parque móvil, y anteriormente yo ya había esquivado a un

enjambre de tiránidos en uno de ellos (al menos, en aquella ocasión, había habido un lugar a donde huir), mientras que estar en el centro de mando habría implicado estar atrapado en una gran caja de metal con Sulla durante la batalla. En general, arriesgarme con los tiránidos parecía ser la alternativa menos irritante. La equina teniente continuó.

-Primero y segundo, despliéguense a la izquierda. Tercero y quinto, a la derecha.

Un coro de confirmaciones resonó en mi cabeza, y me incliné sobre el borde del compartimiento del conductor, levantando mi voz sobre el ruido de nuestro motor y los rugidos de los jets de fusión del transbordador mientras se elevaba sobre nuestras cabezas y se inclinaba bruscamente hacia la dirección por la que habíamos llegado.

-Sige a la teniente-, le dije a Jurgen, y él asintió una vez, acelerando suavemente para colocarnos al lado del Chimera de mando.

Si iba a tener que confiar en Sulla para que me mantuviera alejado de las mandíbulas de los tiránidos, quería estar allí donde pudiera vigilarla y evitar que hiciera algo demasiado precipitado. Una breve ráfaga de tráfico de vox en mi oído me informó que Faril también había llegado, y que había encontrado un poco de resistencia en sus esfuerzos por contactar con los elementos de las FDP a las que nos habían enviado a reforzar.

-Nada que no podamos manejar, sin embargo-, nos informó alegremente**-, sólo unos pocos gantes. Nuestros bolters pesados los están haciendo pedazos.**

-Me alegra oírlo-, le dije. La placa de datos que había traído conmigo desde Hoarfell golpeó suavemente contra mi cadera cuando Jurgen nos hizo rebotar sobre la isleta central de una rotonda, y se me ocurrió tardíamente una idea: después de todo no tenía que arreglármelas sin acceso a las pantallas tácticas sólo porque no estaba dentro del vehículo de mando. Cogí el cogitador portátil de mi bolsillo, lo saqué del anónimo estuche protector de la Guardia y murmuré la letanía de activación mientras presionaba lo que esperaba que fueran las teclas correctas. Había pasado algún tiempo desde que había tenido que conectar una placa a una red de datos local, y me había acostumbrado a tener un visioingeniero del regimiento en quien delegar ese tipo de cosas. Afortunadamente mi memoria no me falló, y en un momento el icono que esperaba ver apareció en la pantalla-. **Sulla, ¿podría su opVox (3) descargar el despliegue táctico en mi placa de datos?**

(3) *Operador Vox (opVox), una abreviatura común entre el personal de la Guardia.*

-Sin el menor problema, comisario-, me aseguró su familiar voz, y un instante después un detallado plano de la ciudad apareció en mi pantalla, con los pequeños iconos que mostraban los movimientos de nuestras fuerzas y el amorfo despliegue de la masa tiránida.

Observé con aprobación que Faril parecía haber contactado con lo que quedaba del flanco izquierdo de nuestra línea defensiva, y como resultado el avance de los tiránidos pareció detenerse, mientras que el centro resistía con firmeza. De hecho, nuestras fuerzas parecían estar ganando un poco de terreno en aquel lugar, lo cual no sólo fue una grata sorpresa, sino también bastante sorprendente para lo que esperaba de la mera milicia local. Reconocí el icono de la unidad de mando principal, quienquiera que fuera, y le ordené a Sulla que se uniera a ella.

-Buena idea-, me contestó, aparentemente bajo algún tipo de ilusión de que me importaba un comino lo que ella pensaba**-. Si avanzamos por su derecha podemos ampliar el terreno ganado. De lo contrario, si siguen avanzando a ese ritmo sin consolidar su avance van a quedar aislados.**

-Tiene razón-, dije, acercando la imagen en la pequeña pantalla para obtener una visión más clara de esa sección de la primera línea. Con la imagen más grande y detallada del hololito portátil a bordo del vehículo de mando para consultar, Sulla había visto lo que había sido menos evidente para mí debido al reducido tamaño de la pantalla portátil.

Quienquiera que fuese la unidad que ganaba terreno delante de nosotros, avanzaba con una total indiferencia por su propia seguridad, penetrando cada vez más profundamente en la densa masa de tiránidos que tenían ante ellos. A menos que las unidades de flanqueo llegaran a tiempo, y empezaran a consolidar el terreno ganado, los tiránidos serían capaces de sacar provecho a la brecha que los imperiales habían abierto y rodearlos. Aún peor, había

posibilidades de que una parte del enjambre pudiera ejecutara una maniobra de flanqueo, para luego atravesar el hueco en nuestras propias líneas que los muy idiotas habían abierto, llegando así a las desprotegidas calles y haciendo lo que solo el Emperador podría imaginar con la población civil antes de que el siguiente grupo de soldados de la Guardia llegase para limpiar el desastre: suponiendo claro, que alguien pudiese hacerlo una vez que nuestras defensas hubiesen sido rotas.

-Continúen y refuercen la zona, mientras yo trato de frenar a esos imbéciles antes de que inviten a los tiránidos a tomar tanna y pastas.

-Puede confiar en nosotros, comisario-, me aseguró Sulla, feliz como siempre de tener algo a lo que disparar, y comenzó a dar órdenes a sus tropas**-. Todos ustedes conocen el procedimiento. Avancen detrás de los Chimeras, aprovechen cualquier cobertura que puedan encontrar, y vigilen las espaldas de sus compañeros. Concentren el fuego de las armas ligeras en las criaturas más grandes que puedan ver en cuanto tengan la oportunidad, pero no dejen que los pequeños se acerquen demasiado mientras lo hacen, especialmente los genestealers. Equipos de armas pesadas, concéntrense en los más grandes y traten de desbaratar sus formaciones.**

-Y no avance demasiado-, añadí**-. Si esos temerarios idiotas de ahí afuera se adelantan demasiado, entonces olvídeles y retroceda para recomponer la línea. Nuestra mayor prioridad es proteger a los civiles-.** Eso por no hablar de mi propio pellejo, pero obviamente no sería muy cortés decirlo por radio, y por

experiencia sabía que prácticamente lo único que podía mantener a Sulla bajo control una vez que empezara a infligir daño al enemigo, era apelar a su excesivamente desarrollado sentido del deber.

-Entendido-, dijo tajantemente, y siguió dando instrucciones más detalladas a sus comandantes de escuadrón.

A aquellas alturas, ya nos estábamos acercando al frente y las calles que nos rodeaban comenzaron a mostrar claros signos de lucha, mientras nos llegaban los inconfundibles sonidos del mortal combate que se estaba librando a través del húmedo y espeso aire, mezclados con nubes de humo y el olor a carne quemada. Los valhallanos encontrarían aquellas condiciones húmedas extremadamente incómodas, de eso no tenía ninguna duda, pero los conocía lo suficientemente bien como para estar seguro de que lucharían allí tan eficazmente como en cualquier otro lugar, con la posible excepción de un campo de glaciares, donde nada o nadie podría desafiar su superioridad.

Jurgen frenó un poco, esquivando un charco de algo viscoso y verdoso, que apestaba como ni el Trono Dorado podría imaginar, y parecía haber disuelto parte de la calzada. Mientras lo rodeábamos, noté unos pocos trozos de metal en medio del charco, que se parecían sospechosamente a restos de armas de fuego, siseando silenciosamente mientras se fundían en la pegajosa sustancia. Más salpicaduras de bio-ácido habían corroído las fachadas de un par de edificios cercanos, y pronuncié una silenciosa palabra de agradecimiento al Emperador porque lo que fuera que lo había vomitado parecía haber desaparecido hacía tiempo.

Dejando que Sulla continuara su avance, y tras ver a un puñado de tropas de las FDP con una versión más bien discreta del uniforme local preferido en el planeta **(1),** decidí contactar con quienquiera que estuviera al cargo para obtener una evaluación actualizada de la situación. Los despliegues tácticos están muy bien, pero si realmente quieres saber lo que está pasando en el frente, no queda otra que preguntar a los soldados que esquivan los disparos para entender cómo se ven las cosas desde su perspectiva. La mayoría de los soldados levantaron la vista confundidos cuando Jurgen detuvo nuestro vehículo con su habitual vigor, con las cadenas levantando una pequeña lluvia de restos pulverizados, y mientras lo hacía, los soldados me miraron con sus ojos cargados de cansancio mientras yo saltaba del Salamander para saludarles.

(1) *Las milicias de cada meseta tienen sus propios esquemas de colores, generalmente tan chillones como las modas civiles que Caín había visto antes. Los Aceralbaterranos, por ejemplo, preferían los uniformes anaranjados con un patrón de rayas verdes y moradas, mientras que las de Principia Mons parecían preferir una combinación de rojo brillante y azul iridiscente. Como los tiránidos generalmente dependen del olor y las vibraciones tanto como de la vista para detectar a sus presas, esta extraña predilección de colores probablemente ayudo a que su tasa de bajas no fuera tan grande como hubiera sido contra cualquier otro enemigo.*

-Comisario Caín-, me presente, con la suficiente energía y autoridad como para llamar la atención del hombre más cercano sin enfrentarme innecesariamente a él. Lucia los galones de cabo en el cuello de su uniforme azul oscuro, que eran las únicas señales de rango que podía ver. El peto blindado que protegía su torso mostraba las inconfundibles heridas de las garras de los genestearles**-. Asignado al 507º Valhallano.**

Tras un momento, un vago reconocimiento apareció tras sus cansados ojos.

-Le he visto en los pictogramas-, dijo lentamente. Su postura se enderezó un poco, y miró a su alrededor, a la variopinta colección de soldados que lo rodeaban, todos los cuales tenían heridas menores de uno u otro tipo, principalmente mordeduras, garras o cortes de garras, y en un par de casos quemaduras de lo que parecía ser unas esquirlas de la detonación de las salvas de bio-plasma**-. Cuádrense y traten de parecer soldados, chusma de pacotilla.**

En lugar de saludar, como esperaba, hizo el signo del aquila, y la mayoría de los demás siguieron su ejemplo, arrastrando los pies para acercarse a nosotros.

-Descansen-, dije, empleando el encanto que normalmente me servía tan bien**-. Si alguien se ha ganado el derecho a relajarse un poco, seguramente son los héroes que han sufrido tanto para proteger este lugar.**

-Podremos relajarnos cuando hayamos acabado con esta semilla del infierno-, contestó el cabo, mirándome de manera un tanto extraña. Por otra parte, teniendo en cuenta por lo que habían pasado en las últimas horas, no era de extrañar que su actitud estuviera un poco fuera de lugar**-. Nos estamos reagrupando, preparándonos para seguir el avance principal.**

-Su celo le honra-, le dije, asintiendo con la cabeza y haciendo un rápido análisis de la situación. Si su unidad

había sufrido la habitual tasa de desgaste, sólo debían quedar unos pocos efectivos, y agotados como estaban, tendrían problemas hasta para defenderse de una bandada de mariposas irritadas, así que no digamos de un enjambre de tiránidos centrados en hacer trizas a todo ser vivo a su alcance**-. Pero la Guardia ha llegado. Vamos a relevarles, para darle a usted y sus tropas el tiempo necesario para que se recuperen un poco.** De aquella manera, al menos algunos de ellos podrían estar en condiciones de volver a luchar si mis peores temores se cumplían, y quienquiera que estuviera dirigiendo aquella carga suicida al corazón de la formación enemiga acababa de joderla dejando a los tiránidos una autopista a través de nuestras líneas.

Sin embargo, para mi sorpresa el cabo negó con la cabeza, con rostro tranquilo y decidido.

-No podemos hacer eso, señor, no estaría bien. Es nuestro sagrado deber seguir a donde nos llevan las Hermanas.

-Ah-. Por fin encajaron las piezas, y finalmente me percaté en los rosarios, la flor de lis y otros iconos del Emperador que la mayoría de los soldados parecían lucir en diferentes partes de su uniforme. No es que fuera algo tan inusual como para sorprenderme, por supuesto, pero ahora que lo he pensaba, estaban adornados con más profusión de lo que quizás era la norma**-. Sois de Gavarrone.**

-Así es-. Confirmó el cabo asintiendo con la cabeza, un gesto del que se hizo eco la mayoría del grupo que nos rodeaba. Tras sopesar que no tendría el menor sentido

discutir con un grupo de fanáticos religiosos, y que, si estaban tan decididos a tirar sus vidas por la borda, al menos distraerían a los tiránidos mientras los valhallanos infligían algún daño real a la horda, me decidí por hacerme a un lado.

-Por supuesto, por supuesto, haga lo que le dicte su conciencia -, dije, haciendo yo mismo el signo del Aquila mientras lo hacía. (Y, debo añadir que me esforcé en mantener una cara muy seria en el proceso)**-. El Emperador protege.**

-Y que Él le guarde-, respondieron todos ellos, como si estuvieran recitando un catecismo en alguna aburrida capilla suburbana. Luego se volvieron y se alejaron arrastrando los pies, siguiendo la estela de nuestros Chimeras.

Subí a bordo del Salamander, impregnado de un nuevo sentido de urgencia. La razón de la insensata carga directamente al núcleo del enemigo ya estaba completamente clara para mí. Las arpías adoradoras del Emperador de Eglantine no iban a dejar de avanzar hasta que fueran cortadas en pedazos, sin duda creyendo que cada metro de terreno que ganaban era una señal personal del favor de Él en Terra, sin prestar atención a las implicaciones tácticas de sus acciones. Me pregunté brevemente por qué Zyvan habría contemplado siquiera la idea de contar con ellas, pero al instante desestime la idea. Sin duda no lo había hecho, sino que la propia canonesa se había encargado de organizar un escuadrón o dos de sus Hermanas de Batalla para que acompañaran a los destacamentos Gavarronianos de las FDP que el General Supremo había ordenado desplegar. En cualquier caso, la

razón por la que estaban allí era totalmente indiferente. Lo único que importaba ahora era detenerlas, rápidamente, antes de que su equivocado fanatismo nos condenara a todos.

CAPÍTULO XX

Por lo menos, las problemáticas hermanas fueron fáciles de encontrar. Bastó con buscar la concentración más densa de tiránidos en la zona, y por supuesto, cuando Jurgen giró, con su habitual "*delicadeza*" para enfilar lo que aparentemente había sido una calle de tiendas de moda, nos topamos con ellas mientras se abrían paso alegremente masacrando sin piedad un auténtico bosque de monstruos quitinosos, horrendas criaturas de enormes garras que saltaban de un lado a otro, causando pocos daños en las relucientes armaduras de poder de las mujeres. Habían sufrido algunas bajas, pude ver a dos o tres de ellas caídas en los flancos, sin duda más allá incluso de la ayuda del propio Emperador, por no hablar de los medicamentos propios de los meros mortales, pero las psicóticas de la hermandad parecían tan indiferente a sus propias bajas como lo eran los tiránidos con las suyas, y un impresionante número de cadáveres quitinosos yacían esparcidos a su alrededor. Gantes en su mayoría, lo cual no era ninguna sorpresa, pero también varias de las bio-formas guerreras más grandes, que probablemente explicaban su, al menos hasta aquel momento, asombroso éxito. Por suerte o por buen juicio (casi con toda seguridad lo primero, aunque sin duda ellas afirmarían que había sido la guía del Emperador), parecían haber eliminado a todas las criaturas más grandes de las inmediaciones, bloqueando la influencia de la mente de la colmena, y por tanto se enfrentaban esencialmente a zánganos descerebrados, los cuales continuarían retrocediendo lentamente ante su fanático avance hasta que alguna inteligencia capaz de controlarlas se acercara y las volviera a poner bajo control. Lo que seguramente sucedería antes de que transcurriese mucho tiempo, de forma tan suave y automática como la sangre brotando de

una herida, pues a buen seguro la vasta e inhumana inteligencia ya era consciente de la brecha que había aparecido entre sus filas.

Desgraciadamente, en cuanto eso sucediera, las cosas se iban a poner realmente desagradables en cuestión de segundos, en cuanto toda la horda recuperase un propósito, y comenzara a actuar de manera coordinada. Sin embargo, aun estábamos a tiempo de reaccionar, pues las cosas no estaban tan desesperadas como me había temido. Aún tenía algo de tiempo para actuar antes de que las excesivamente confiadas siervas del Emperador se encontraran de repente frente un decidido contrataque. Una rápida mirada a la placa de datos me tranquilizó, asegurándome que Sulla estaba reforzando nuestros flancos, de modo que, en el peor de los casos, podríamos mantener a raya a la horda hasta que llegaran más refuerzos, aunque aquello sería poco consuelo para mí, si para entonces me encontraba siendo digerido, y por si acaso memoricé las rutas más rápidas para regresar a nuestras líneas, sólo para estar seguro.

-Tenemos los flancos bajo control, comisario-, me informó la teniente un momento más tarde, y en esta ocasión el sonido de su voz en mi comunicador fue inusualmente bienvenida**-. ¿Quiere que vayamos a apoyarle?**

Por supuesto, nada me hubiera gustado más, sobre todo porque me distraje un momento antes de responder por la molesta necesidad de apuntar con mi bolter pesado sobre una bandada de gárgolas que nos habían visto y que claramente habían pensado que seríamos presas fáciles, pero aceptar su propuesta podría salir horriblemente mal

con demasiada facilidad. A pesar de lo confortable que hubiera sido para mí contar con un escuadrón o dos de soldados fuertemente armados a mi alrededor, si al final tenía que correr a toda prisa, querría ir a un lugar donde el pelotón estuviera bien atrincherado y pudiera proporcionar un fuego de cobertura adecuado, en lugar de ser despedazados mientras los tiránidos atravesaban nuestra rota línea defensiva y me dejaran sin lugar a donde ir.

-Sera mejor que se atrincheren y refuercen la línea-, dije, aunque era difícil saber cuál de los dos estaba más abatido por el sonido de mis palabras**-. Tendrán su oportunidad de cazar bichos antes de lo que se imagina.**

Hice una pausa, golpeado por una idea tardía.

-Hay algunas unidades supervivientes de las FDP vagando por nuestra retaguardia, tratando de seguir el asalto de esas alocadas santas. Deténgalos si puede, y trate de hacer que se atrincheren como soldados de verdad. Por lo que he visto, no serán de mucha ayuda, pero no tiene sentido dejar que desperdicien sus vidas innecesariamente, y al menos todavía pueden disparar desde una barricada-. Aquello resultó ser un gran error por mi parte, pero por supuesto, entonces no tenía forma de saberlo.

-Sí, señor-, me aseguró Sulla.

Volví a prestar atención al problema más inmediato. Jurgen y yo habíamos llegado a otra plaza, en la que una fuente

todavía funcionaba, de manera algo incongruente, ante la amplia pila llena de cadáveres de genestealers y los restos de una Hermana de Batalla, quien, a juzgar por la amplia distribución de sus restos mortales, había detonado toda su reserva de granadas de fragmentación en el momento de ser finalmente superada. Sin embargo, la batalla principal había continuado desde el lugar de fallecimiento de la pobre muchacha, y parecía haberse concentrarse en el extremo más alejado de la plaza, donde tres calles estrechas desembocaban al amplio espacio abierto, una en cada esquina, con la tercera equidistante entre ellas. Miré a mi alrededor, con un escalofrío de aprensión. Como supuse al instante, el mismo esquema se repetía por toda la plaza, lo que daba un total de ocho posibles puntos de entrada, aunque como era de esperar, las Hermanas se habían lanzado hacia los únicos tres accesos donde estaba presente el enemigo, ignorando por completo el resto y con ello abriendo la posibilidad de ser flanqueadas.

-¿Cuál es la escuadra de mando?-, preguntó Jurgen, y yo escudriñé los grupos de marimachos blindados en busca de alguien que evidentemente estuviera a cargo de aquella debacle. A lo largo de los años, había tenido tan poco contacto como me había sido posible con el brazo militante de la Eclesiarquia, y la mayor parte de lo que no había podido evitar, habían sido con una u otra de las Órdenes Mayores, por lo que la iconografía específica de la Orden de la Rosa Blanca me resultaba completamente desconocida.

Todas las Hermanas portaban la misma armadura de deslumbrante plata que le había visto usar a Eglantine, con emblemas negros o bien de color azul oscuro, y con el símbolo de su orden en sus sobrepellizas mientras sus bolters no paraban de rugir e incineraban gantes con

silbantes lanzallamas, de modo que visualmente no pude determinar nada. Pero la escuadra del centro parecía ser un poco más pequeña en número que las demás, y los movimientos de sus miembros un poco mejor coordinados y más disciplinados, lo que las señalaba como veteranas, y supuse que la guerrera más experimentada en el campo de batalla sería la que estaría al mando, así que ordené a mi ayudante que se dirigiera en esa dirección con la debida diligencia.

-Han llegado dos escuadrones de las fuerzas de defensa planetaria-, me dijo Sulla, mientras Jurgen empezaba a esquivar los escombros con el Salamander. Nuestras cadenas aplastaban cadáveres tiránidos casi por todas partes, y a regañadientes me quedé impresionado por las evidentes proezas marciales de las Hermanas de Batalla, a pesar del hecho de que su ciego fanatismo todavía podría acabar condenándonos a todos**-. Sin embargo, son reacios a aceptar nuestras órdenes.**

-En tal caso, actúe como crea conveniente-, la ordené, sin tiempo que perder en aquel momento que perderlo con semejante asunto. Nos aproximábamos al frente, y estábamos empezando a atraer la atención de los tiránidos. Sulla confirmó la recepción de mi orden y cortó el enlace. Para mi inmenso alivio, casi inmediatamente empecé a captar una nueva fuente de señales **(1)**.

(1) *Aunque Caín podría contactar con casi cualquier persona del planeta transmitiendo su señal a través de los equipos vox del Chimera de mando de Sulla, las hermanas de la Rosa Blanca aparentemente utilizaban su propio sistema de comunicaciones independiente de la red de la Guardia Imperial. Sólo cuando los dos sistemas de vox de corto alcance se acercaron, pudo hablar con ellas directamente.*

-Al habla el comisario Ciaphas Caín-, transmití al instante, moviendo el bolter para derribar un grupo de hormagantes que habían saltado por encima de las cabezas de las Hermanas del flanco izquierdo, y que ahora se dirigían hacia nosotros con pérfidas intenciones. Noté temeroso la repentina renovación de su espíritu de lucha. Estaba claro que al menos una criatura de control se acercaba y eso solo significaba que la marea de la batalla estaba a punto de cambiar, quizás en cuestión de segundos**-. ¡Detengan su avance y retrocedan!** -. La jefa de la escuadra, para entonces ya habíamos llegado lo suficientemente cerca como para distinguir a una psicótica canta de salmos de otra, que se distinguía de las demás por la espada sierra y la pistola bolter que empuñaba, se giró y miró en mi dirección. Como la mayoría de sus Hermanas, despreciaba el uso del casco, a pesar de la locura manifiesta de tal acción **(2)**, y su rostro afilado era claramente visible, enmarcado por un peinado poco favorecedor, muy similar a la mayoría de las mujeres de su orden. Sus ojos oscuros me miraron fijamente bajo una franja de pelo negro severamente recortado, que no lograba ocultar el tatuaje de la flor de lis tatuado en su frente salpicada de pecas.

(2) *Dado que el uniforme del comisariado tiene una gorra en lugar de un casco, entiendo que en esta ocasión fue Caín quién no fue capaz de captar la ironía de su propio comentario.*

Apretó sus finos labios en señal de desaprobación antes de dirigirse a mí.

-Somos siervas de Su Bendita Majestad-, dijo**-, y no estamos sujetas a la autoridad que su cargo representa. Vaya a dispararles a unos cuantos**

cobardes que se hacen pasar por guardias, tal y como se supone que debe hacer, y déjenos a nosotras continuar con sagrada misión.

-Está a punto de quedar rodeada-, le dije**-. Que les masacren no va a ayudar en nada al Emperador, ¿verdad?**

-Nuestro destino están en sus sagradas manos-, respondió ella, volviéndose para destripar a un gante, que acababa de descerrajar un tiro con su deboracarnes a quemarropa sobre una de sus compañeras. La desafortunada mujer gritó mientras las municiones vivientes se abrían paso a mordiscos devorando la mayor parte de su cara en un instante y comenzaron a perforar bajo su armadura en busca de alguno de sus órganos vitales, que misericordiosamente encontraron rápidamente, a juzgar por la forma en lo que repentinamente lo que quedaba de ella se desplomó. Esperaba que las demás reaccionaran de alguna manera, pero la horrible desaparición de su camarada sólo parecía hacerlas aún más decididas a luchar hasta la muerte.

Bueno, que las den, pensé, apuntando el bolter hacia un grupo de genestealers que surgió de otra de las calles que había observado antes. Era hora de irse, así que lo intenté una vez más.

-Si no retrocede ahora, no sólo morirán en valde, sino que dejará que el enjambre entre por la brecha que han dejado en nuestras líneas-, dije, luchando contra la sensación de que estaría mejor hablando con los propios tiránidos. Entonces, la inspiración me llegó de repente**-. Y**

tan pronto como eso suceda-, continué**-, se dirigirán directamente al templo y matarán a todos los civiles que allí se refugian, rezando para que el Emperador les proteja. Si realmente quiere presentarse ante el Trono Dorado después de permitir que tal profanación ocurra, sabiendo que podría haberlo evitado… bueno, supongo que eso será un asunto entre usted y Él en Terra.**

Me volví hacia mi ayudante.

-Sáquenos de aquí, Jurgen. Hemos hecho lo que hemos podido.

-Inmediatamente, comisario-, respondió, tan flemático como siempre, y giró el ágil y pequeño vehículo sobre sus orugas.

Al ver claramente por primera vez lo que hasta ahora teníamos a nuestras espaldas, varios espasmos recorrieron mis intestinos. Mis peores temores se estaban haciendo realidad. Un verdadero torrente de horrores quitinosos llegaba a la plaza desde las calles laterales, y ya casi estábamos rodeados.

Dejando que la Hermana Superiora se encargara de su propia salvación, me agaché todo lo que pude, disparando con el arma montada en la torreta a todo lo que parecía acercarse demasiado, buscando frenéticamente a las criaturas más grandes que estarían imbuyendo nuevamente dirección y propósito a la masa de obscenas criaturas. Derribé una de las formas guerreras mientras nos apuntaba

con su mortal arma escupemuerte, pero logró dispararle mientras caía, salpicando el casco de nuestro Salamander con malolientes balas de bio-ácido mientras su carga útil de criaturas insectoides se estrellaban contra el blindaje de nuestro vehículo. Unas pocas gotas rebotadas de bio-acido comenzaron a devorar mi abrigo, pero afortunadamente pude apartar la parte afectada antes de que el ácido penetrara completamente el tejido, deseando haber tenido la previsión de ponerme mi preciosa coraza.

-¡Jurgen, el lanzallamas!-, ordené, y mi ayudante lo activó, despejando nuestro camino con una oleada de ardiente Promethium, que fortuitamente envolvió otra de las formas guerreras junto al grupo de gantes que estaba dirigiendo. Cayó, chillando mientras ardía, y un momento después, el Salamander se tambaleó mientras la horrible criatura finalmente moría bajo nuestras orugas. Me agaché mientras otra pasada de gárgolas pasaba sobre nuestras cabezas, temblando mientras esperaba una lluvia mortal de escarabajos carnívoros, pero parecía que les habían asignado otro objetivo, pues la inteligencia tiránida debía pensar que sin duda tenía suficientes monstruos entre nosotros y nuestras defensas como para poder matarnos con facilidad, algo con lo que, en aquel momento, me resultó difícil discrepar.

Las gárgolas se lanzaron sobre una de las escuadras de las Hermanas de Batalla, ametrallándolas a medida que descendían, y luego aletearon perezosamente mientras se elevaban para girar y dar otra pasada. Dos de las mujeres cayeron, mientras las otras devolvían el fuego con sus bolters, haciendo caer a un puñado de las monstruosidades aladas. Al menos ahora, la Hermana Celeste con la que había hablado estaba intentando retirarse del combate y

replegarse, pero yo tenía la horrible sospecha de que ya era demasiado tarde. Aquello fue lo que las ocurrió a sus camaradas situadas en el flanco derecho, la mitad de las cuales habían quedado atrapadas en una red orgánica en veloz crecimiento con púas que las estrangulaban y les arrancaba la carne. Una de ellas logró activar su lanzallamas y quemó la red hasta que se abrió paso, aunque ya era demasiado tarde para sus compañeras, pues extraños y espinosos brotes comenzaron a surgir a través de su desprotegida carne. Por qué nunca se molestaban en ponerse los cascos de sus armaduras era algo que está completamente fuera de mi comprensión **(3)**.

(3) *Aparentemente porque la mayoría de ellas creen que su fe en el Emperador es una armadura más que suficiente. Sin embargo, un par de centímetros de ceramita extra probablemente no las harían ningún daño.*

-Sulla-, dije, tratando de mantener mi voz libre del pánico**-, esto se está poniendo caliente. Los tiránidos se han abierto camino.**

-Recibido-. Su voz sonaba exasperantemente tranquila, aunque por lo que sé ella estaba trabajando tan duro como yo para dar esa impresión**-. Le cubriremos tan pronto como esté al alcance.**

-Estoy encantado de oír eso-, dije, levantando la voz un poco por encima del traqueteo del bolter pesado montado en el casco, que Jurgen estaba usando junto con el lanzallamas para despejar el camino. Giré el arma montada en la torreta, aprovechando al máximo el campo de fuego que me proporcionaba para mantener a los gantes alejados de nuestras espaldas lo mejor que pude, ya que las armas principales del robusto vehículo pequeño estaban fijadas

hacia adelante. (Debo añadir que no es la primera vez que bendigo mi previsión de tener el bolter instalado en la torreta)**-. ¿Alguna idea de cuándo será eso?**

-En cualquier momento-, me aseguró Sulla, lo cual, por muy vago que fuera, sonaba bastante bien**-. El cuarto pelotón está avanzando para apoyar su retirada-.** Hizo una pausa antes de añadir**-. Y la chusma local insistió en ir con ellos, por si servían de algo.**

No mucho, pensé, si todos estaban en el mismo estado que los que habíamos conocido antes, pero cada pequeño detalle era de ayuda, e incluso si terminaban siendo un cebo, eso al menos distraería a las criaturas por un momento o dos mientras nos alejábamos de ellos.

-Comisario-, dijo Jurgen**-, bicho muy grande a la una… a las dos en punto.**

Me giré en la dirección que me había indicado, con mi corazón palpitando acelerado. Justo como decía, fuera de la línea de fuego de nuestras armas principales, surgía la inconfundible figura de un Tirano de Enjambre que se alzaba en toda su estatura mientras apuntaba con un cañón de veneno en nuestra dirección. Me cubrí bajo la placa de blindaje que me rodeaba un instante antes de que la mortífera lluvia de veneno nos alcanzara, levantándome casi de inmediato para tomar el bolter antes de que la criatura pudiera disparar de nuevo. Conseguí alcanzarle en el pecho y se tambaleó, pero no cayó, chillando como un maldito hereje.

-¡Aguante, comisario!-, dijo una nueva voz**-. ¡Vamos en su ayuda!**

Con gran alivio reconocí la voz como la de la Sargento Griffen, en cuyo valor y competencia tenía buenas razones para confiar, después de haber pasado con ella por una tumba de necrones en Simia Orichalcae. Es cierto que había perdido la mayor parte de su escuadra en el proceso, pero aquello no había sido culpa suya, y me logrado sacar de una sola pieza, que básicamente era lo que me importaba.

-Me alegro de que pueda unirse a nosotros-, dije, consciente de que tenía una imagen que mantener, y de nuevo intenté conseguir una línea de tiro clara sobre el Tirano. Si tan solo pudiera acabar con el, pensé, eso podría interrumpir de nuevo la conexión con el enjambre el tiempo suficiente para que pudiésemos llegar a un lugar seguro. Aquello, por supuesto, era una esperanza nimia, pues seguramente ya habría muchas otras criaturas de control sináptico en la zona, pero cuando te encuentras en una situación desesperada, cualquier esperanza que tengas, por absurda que esta sea, parece lo bastante buena como para aferrarse a ella.

El grito del enorme monstruo se intensificó y, advertido, me agaché de nuevo bajo la placa de blindaje justo cuando este vomitó una bola de bioplasma y a continuación, avanzó hacia nosotros, golpeando a diestro y siniestro con sus afiladas garras. La gruesa plancha de metal que me protegía se rasgó como papel de seda, llegando incluso a frenar un poco nuestro vehículo, y yo me giré frenéticamente, tratando de esquivar las garras que trataban de alcanzarme. No había tiempo para alcanzar el arma pesada, incluso aunque hubiera podido eludir la

enorme masa del monstruo que se elevaba sobre mí. En vez de eso desenvainé mi espada sierra, golpeándole por puro reflejo, y fui recompensado con una gota de asqueroso y maloliente ícor mientras la espada atravesaba su quitinosa armadura. La criatura rugió de rabia y trató de golpearme de nuevo, aunque instintivamente conseguí detener su golpe con la espada, y con el mismo movimiento penetre de nuevo su tórax, profundizando las heridas causadas por mi primer disparo.

-Lo tengo-, dijo Jurgen, imperturbable como siempre, girándose en su asiento mientras hablaba, y tuve tiempo de ver el melta en sus manos antes de que el destello actínico al dispararlo, así como el olor a carne quemada anularan mis sentidos. El monstruo se tambaleó hacia atrás, y nuestro maltrecho pero valioso Salamander se lanzó hacia delante, dejando atrás al tambaleante coloso herido.

-Bien hecho-, felicité a mi ayudante mientras suspiraba aliviado, debo admitirlo, y afianzando un poco mis pies para mantener el equilibrio, dado que comprensiblemente su conducción era bastante más errática de lo habitual. Jurgen me sonrió, mostrando unos dientes que habrían hecho retroceder a un orko, y volvió a prestar atención a los controles. Para mi disgusto, aunque debo admitir que no me sorprendió en absoluto, el bolter había quedado completamente inutilizado, fundido por la explosión de plasma, así que saqué mi pistola laser y comencé a disparar contra cualquier objetivo que se pusiera a mi alcance, aunque no tenía esperanza alguna en que un arma tan débil pudiera hacer otra cosa que molestar a los tiránidos. Pero tampoco iba a quedarme mirando como un pasmarote, y al menos podría confundirlos.

-Atención, comisario-, dijo Griffen, y para mi inmenso alivio, el Chimera del cuarto pelotón surgió por una calle entre un restaurante y una tienda de ropa, donde los maniquíes del escaparate continuaban observando impertérritos la batalla, con un aire de elegante desdén allí donde les habían colocado, a pesar de que un par de salvas perdidas del bolter que nos quedaba le había arrancado la cabeza a uno de ellos, que parecía estar vestido con poco más que unos pocos centímetros de gasa y encaje. Jurgen volvió a activar el lanzallamas, abriendo un paso a través de lo que parecía una sólida masa de figuras demoníacas, y ambos nos agachamos todo lo que pudimos mientras los escarabajos devoracarnes chocaban con nuestro blindaje como si de un mortal granizo se tratase.

Aplasté con el tacón de mi bota un par de aquellos horribles bichos que habían caído a mi lado, dentro del compartimento de la tripulación, y me aventuré a mirar con cautela por encima del borde, justo a tiempo para ver cómo abrían fuego las armas pesadas del Chimera, destrozando al Tirano herido, que había continuado siguiéndonos tenazmente a pesar de la ventaja que estábamos consiguiendo.

-Buen disparo-, dije para animar a los invisibles artilleros, justo cuando los destellos y crujidos del fuego de los fusiles laser comenzaron a surgir desde el interior de varios de los edificios de ese lado de la plaza. Vi a una pareja de nuestros soldados detrás de una ventana del primer piso, evidentemente la residencia de quien hubiera sido el dueño del restaurante, apuntando y disparando metódicamente mientras trataban de localizar a las criaturas de control sináptico que podían ver desde su posición elevada. A pocos metros de nosotros un guerrero retrocedió mientras

disparos de varios fusiles láser le alcanzaban casi a la vez**-. Gracias, Vorhees.**

-De nada, comisario-, me respondió el soldado, mientras el cañón de su arma buscaba otro objetivo**-. Janny, a las once en punto.**

-Lo tengo-, confirmó la soldado Drere, logrando dispararle apenas un instante tras el aviso, y escuché a través del comunicador el débil siseo de sus pulmones augméticos tras haber contenido la respiración para disparar**-. ¡Maldita sea, es muy rápido!**

Me volví, al ver a otro guerrero corriendo hacia nosotros, con un numeroso séquito de gantes a sus talones. Gracias al Emperador no había más Tiranos a la vista, y comencé a creer que podríamos lograrlo. Las Hermanas de Batalla supervivientes habían logrado agruparse, mi vieja amiga con el poco favorecedor corte de pelo aún controlaba al violento grupo de amazonas, aunque parecía haber perdido a la mitad de su gente, y estaban regresando a las líneas que habíamos asegurado con una determinación implacable. Además, las criaturas sinápticas que aún estaban con vida parecían pensar que ellas eran la mayor amenaza, y mantenían a la mayor parte del enjambre enfocado contra los sororitas, algo que no me molestaba lo más mínimo. En todo caso, me pareció que aquellas alocadas siervas del Emperador lo tenían bien merecido por haberme arrastrado a aquel lío.

Más armas laser abrieron fuego, aquella vez menos disciplinadas y decididas que en el caso de los valhallanos, pero aun así las dí la bienvenida, y pude ver a los

gavarrones, con uniformes azules y grises, cubriéndose allá donde podían, o pegándose lo más posible contra las paredes de las calles laterales. A pesar de lo aleatorio que parecía, sus disparos lograron derribar algunos de los gantes, e incluso a algunos de los ocasionales genestealers. Más destellos láser traicionaron la presencia de al menos la mitad de la cuarta escuadra detrás de la protección proporcionada por el Chimera, con sus brazos desnudos y sudorosos **(1)** mientras este apuntaba y disparaba a los guerreros supervivientes.

(1) *Dado el calor y la humedad en Aceralbaterra, la mayoría de los habitantes de mundos helados se habrían despojado de todo menos de su armadura, y sus pantalones, por supuesto.*

-¡Sige adelante!-, animé a Jurgen, y él activo el lanzallamas de nuevo, incinerando un grupo de proles puracepa que se dirigían hacia nosotros con tan sólo el asesinato en sus mentes. Incluso si pudiéramos perturbar de nuevo la mente de la colmena, los genestealers seguirían siendo una potente amenaza si se les permitía sobrevivir, pues podían seguir actuando como una unidad independiente en gran medida de la mente principal. Maté a otro con un disparo afortunado en la cabeza, y los supervivientes se escabulleron, aparentemente convencidos de que no valíamos la pena. O, lo más probable, dispuestos a dejar que más de sus descerebrados hermanos nos desgasten antes de entrar a matar.

-¡Ya casi estamos!

Pude ver a un par de soldados de las FDP equipados armas pesadas, concretamente vi un equipo de dos hombres colocando su lanzacohetes en posición de disparo. Me

agaché por simple acto reflejo cuando el misil salió disparado, luego pasó silbando demasiado cerca de nuestras cabezas como para que resultara cómodo, y fue a detonar su carga de fragmentación en medio de una densa horda de gantes que se aproximaban a las Hermanas.

-Eso ha sido un tanto imprudente-, comentó Jurgen, confiando enteramente en el lanzallamas para atravesar la barrera de quitinosas abominaciones, ya que cualquier ráfaga de bolter que disparáramos sería tan peligrosa para nuestros aliados como para el enemigo.

Asentí con la cabeza.

-Dígale a ese idiota que mire hacia dónde apunta con su maldito lanzacohetes de mierda-, comuniqué a través del vox, pero antes de que Griffen pudiera responder, dispararon de nuevo el lanzacohetes. Aquella vez la ojiva detonó entre los demoníacos seres que aún nos atacaban ineficazmente con los perforacarnes, destrozando con su granizo de metralla a la mayoría de ellos, y debo añadir que lo hizo de una manera de lo más satisfactoria. Bastante menos agradable fue el tintineo metálico cuando varios trozos de metralla rebotaron en nuestro gravemente dañado blindado, que fue seguido casi de inmediato por un alarmante ruido de un mecanismo metálico al romperse.

El Salamander se tambaleó abruptamente hacia la izquierda, lo que provocó que me golpeara fuertemente la cabeza contra el mamparo que separa los compartimentos de la tripulación y los pasajeros, y luego, para mi horror, Jurgen apagó el motor**-. Una de las cadenas se ha bloqueado-,** informó estoicamente como si aquello fuera

una desgracia menor, al tiempo que yo sentía como si mis calzoncillos se encogieran.

Empuñó su melta y añadió.

-Tendremos que seguir corriendo.

-Genial-, dije, disparando a la cara de un hormagante que se había lanzado sobre nosotros e intentaba cortarme la cabeza. Nuestras posibilidades de salir de aquí a pie eran prácticamente nulas. Incluso la Santa Hermandad lo estaba pasando mal, y ellas contaban con una armadura de poder y la bendición del Emperador. Me levanté para parar otra garra guadaña con mi espada sierra, bendiciendo mis reflejos de duelista mientras lo hacía. El golpe en la cabeza debía haber sido peor de lo que pensaba, pues me sentía débil y mareado, y si no hubiera sido por la urgencia de la situación que hacía que tal lujo me hubiera hecho perder un tiempo precioso, probablemente habría vomitado mi almuerzo. Parpadeando para tratar de quitar la neblina marrón que se arremolinaba en las bordes de mi visión, finté y paré como un autómata, sin duda mostrando una completa falta de estilo que habría indignado al viejo Miyamoto de Bergerac **(2)**, pero que al menos me permitía mantener mi cabeza sobre mis hombros.

(2) *El tutor de esgrima de Caín en la schola progenium.*

A medida que la multitud de demonios cedía, aunque me veo obligado a admitir que lo estaban haciendo más animados por el hábil uso del melta de Jurgen que por mis débiles esfuerzos, cuando de repente me encontré ante algo mucho peor. Otro Tirano de Enjambre, aparentemente criado específicamente para el combate cuerpo a cuerpo,

surgió detrás de ellos, incluso derribando a algunos de sus congéneres con sus dos pares de afiladas garras. Intenté bloquear la lluvia de golpes, pero tropecé, y mis piernas cedieron sin avisar mientras una nube oscura se precipitaba sobre mis ojos, y me encontré chocando contra el costado del Salamander para finalmente aterrizar sobre los adoquines del suelo.

Aquel inesperado movimiento salvó mi vida, pues la oleada de golpes de la vil criatura me pasó por encima, no logró más que infligir aún más daños a nuestro robusto y pequeño vehículo, pero mientras trataba de levantarme, pensé realmente que había llegado mi hora. Jurgen no podía disparar su melta mientras yo estuviera tan cerca, pues también me vaporizaría a mí, y no había esperanza alguna de que fuera capaz de alcanzar su fusil laser a tiempo. E incluso si lo hiciera, tan sólo lograría irritar aún más a aquella bestia. Le aseste un tajo en una pata con mi espada, con la esperanza de ralentizar al monstruo el tiempo suficiente para que pudiera alejarme rodando, aunque si lo conseguía, probablemente sólo lograría que me destrozara otro bicho. Una fantasmal bruma cubrió mi visión, y un sonido sordo y rugiente llenó mis oídos. Sabía que iba a perder el conocimiento en cualquier momento, y en cuanto lo hiciera llegaría mi final. En fin, al menos no estaría despierto para sentir como me destrozaban.

A la mierda, pensé, mientras me comenzaba a dominar el feroz instinto de supervivencia que tan bien me ha servido en innumerables situaciones desesperadas. Si iba a morir, me llevaría a aquella maldita obscenidad andante conmigo. Me puse en pie, decidido a vender cara mi piel, y me tambaleé mientras lanzaba un débil golpe tras otro,

quedando al alcance de sus garras, y buscando desesperadamente cualquier punto débil.

Que el Emperador me ayude, porque no logré ver ninguno.

-¡Agáchese Comisario!-, me llegó la voz de Griffen ladrándome al oído, y lo hice sin pensar, permitiendo que mis rodillas volvieran a ceder y arrojándome contra al suelo. El rugido era más fuerte ahora, pero sólo cuando se unió a él el inconfundible chisporroteo de un gran rayo láser me di cuenta de que había estado oyendo algo más que el palpitar de la sangre en mis oídos. El Chimera del Cuarto Escuadrón estaba llegando para rescatarnos, disparando furiosamente todas sus armas pesadas hacia la monstruosidad que me acosaba y que estaba a punto de quitarme la vida. La horrenda figura se desmoronó como si de un maniquí de prácticas del campo de tiro se tratara. Sus despojos cayeron a mí alrededor como un obsceno granizo mientras la horrible criatura se desplomaba pesadamente.

-Vamos, señor-. Una pequeña mujer pelirroja apareció a través de la neblina que obstruía mi visión, sujetando con una sola mano su arma de fuego mientras la disparaba con seguridad a un hormagante cercano. Me ofreció su otra mano, y la tomé agradecido, permitiendo que me ayudara a ponerme en pie, y acto seguido miré a mí alrededor con cierta confusión**-. Eso es, comisario, nos vamos.**

-Gracias, Magot-, dije, la niebla se hizo más espesa que nunca. Volví a tambalearme cuando me alcanzó un repentino, y sorprendentemente bienvenido, soplo del distintivo aroma de Jurgen. Mi ayudante apareció a través del miasma marrón, sujetando mi pistola y mi espada

aparte de sus propias armas, con una expresión poco habitual de preocupación en sus mugrientos rasgos.

-Tengo su equipo, señor. Aunque me temo que su abrigo está destrozado.

-¡Muévete!, ya charlaréis más tarde-. Griffen tomó uno de mis brazos, Magot el otro, y me empujaron por la rampa de embarque del Chimera, mientras su torreta giraba, disparando continuas salvas que cortaban las filas de los tiránidos como si de una invisible guadaña se tratara.

-Muy agradecido-, dije, mientras la escotilla se cerraba a nuestras espaldas, y nuestro conductor pisaba a fondo el acelerador, devolviéndonos hacia la relativa seguridad de nuestras líneas. Había algo que debía decir, pensé, o hacer, algo importante, pero no conseguí recordar que era. Entonces la niebla me domino finalmente, y perdí el conocimiento.

NOTA EDITORIAL:

Muy comprensiblemente bajo aquellas circunstancias, Caín retoma su relato de los acontecimientos después de un lapso de casi tres días. Por supuesto, tales lagunas son muy comunes en sus memorias, y habitualmente las suelo completar usando otras fuentes, siempre que hay material apropiado a mano. Aunque hay que decir que en muy pocos casos tales añadidos son tan esenciales como en esta ocasión. Una vez más siento que debo disculparme por incluir más escritos de Jenit Sulla, quien no ceja de intentar someter el lenguaje gótico al más cruel de los castigos, pero desgraciadamente para el esforzado lector, al haber participado de las actividades de Cain, no me ha quedado otra opción que acudir a ella para obtener una visión realmente heroica del comisario Caín, precisamente una de la que él tiene por costumbre negar.

De "Como un Fénix entre las llamas: Las Primeras y Gloriosas Campañas Victoriosas del 597º Valhallano", por la General Jenit Sulla (retirada), 101.M42

La noticia de que nuestro gallardo comisario había caído fue recibida con una mezcla de incredulidad y horror. Todos habíamos perdido antes a valiosos amigos y camaradas, por supuesto, ya que tal es la suerte del soldado, y todos nosotros estábamos igualmente dispuestos a entregar nuestras propias vidas al servicio del Emperador, pero nuestros corazones se congelaron en nuestros pechos a la primera insinuación de aquella dolorosa noticia.

La voz de mi operador de vox tembló notablemente cuando me informó de la transmisión que acababa de recibir, y

debo reconocer que yo misma tuve que esforzarme por contener un débil grito de angustia. El Comisario Caín había forjado y moldeado al 597º, su inspirador liderazgo nos había guiado a la victoria una y otra vez, incluso cuando las probabilidades estaban en nuestra contra, pero es por eso por lo que él encarnaba todo lo que era bueno de nuestro regimiento. En aquellos tensos momentos me encontré recordando innumerables ejemplos de su indefectible valentía, su constante preocupación incluso por el más humilde de los soldados, y las muchas conversaciones que compartimos en las que su innato buen humor, y el respeto evidente por mis cualidades de liderazgo, habían hecho mucho para reforzar mi confianza en los oscuros tiempos en los que el fantasma de la inseguridad había amenazado con mermar mi eficacia como comandante.

Fue entonces, con gran alivio, que recibimos la alegre noticia por parte del cuarto pelotón de que su médico lo había examinado y lo había declarado fuera de peligro. Seguramente se necesitaría más que una pequeña fuerza tiránida para acabar con un guerrero tan temible. Parecía que el noble comisario había sufrido una pequeña herida en la cabeza, cuyos efectos se habían visto exacerbados por los tóxicos humos de un disparo de bio-ácido que había estallado cerca de donde tan heroicamente había luchado contra la marea de corrupción de los xenos.

El Chimera que transportaba su inconsciente cuerpo a un lugar seguro se reunió con nosotros al poco tiempo, y no perdí un instante en asegurarme de que fuera transportado de vuelta a Hoarfell menos de una hora más tarde, en el primer transbordador disponible que llegó con refuerzos. Para entonces ya teníamos los suficientes heridos como para acompañarle, pero los que permanecíamos ilesos, o lo

suficientemente ilesos como para seguir cumpliendo con nuestro deber hacia Su Divina Majestad, persistimos en la defensa de Aceralbaterra, prevaleciendo finalmente por la gracia del Emperador.

No hace falta decir que el Comisario Caín debe llevarse la mayor parte del mérito de aquella notable victoria, ya que fue él solo fue capaz de despachar a no menos de dos de los Tiranos de la Colmena que dirigían la inmunda muchedumbre quitinosa que nos acosaba por todos lados. Privados de la guía de estas criaturas, el enjambre comenzó a perder cohesión, con demasiado pocas criaturas sinápticas menores como para poder coordinarlas eficazmente, y lo que hasta ese momento parecía un avance imparable comenzó a decaer.

En cuanto a los descerebrados de las FDP cuya inoportuna intervención le había costado tan caro al comisario, su destino permanece envuelto en el misterio. Leales por encima de todo a las virtuosas guerreras de la Adepta Sororitas, a cuya ayuda habían acudido tan desastrosamente, se quedaron para cubrir la retirada de las Santas Hermanas lo mejor que pudieron. Si alguno sobrevivió, no sabría decirlo, preocupada como estaba por asegurar el despliegue más efectivo de mis propios soldados, y por mi comprensible inquietud por el bienestar del Comisario Caín.

No tengo ni idea de lo que pudo haber sido de ellos, pero sospecho que deberían dar gracias a Caín por su suerte. Por impías que parezcan estas afirmaciones, considero que tenían que agradecer a nuestro noble comisario al menos tanto como al propio Emperador.

***“Periremunda Hoy: Las Noticias Que Importan en Su Planeta”*, 287.933.M41**

¡PERIREMUNDA A SALVO!

¡LOS TIRÁNIDOS HUYEN TRAS LA LLEGADA DE LA FLOTA IMPERIAL!

La estoica resistencia de nuestra asediada ciudadanía fue recompensada anoche con la tan esperada noticia de que la fuerza especial enviado desde Coronus Prime acababa de salir de la disformidad en la periferia de nuestro sistema, y de que una poderosa flota de naves de guerra protege ahora a nuestro amado mundo de la flota colmena que se aproxima. Y no solo eso, la guerra en la superficie planetaria también ha dado un giro positivo, con la llegada de dos batallones veteranos de la Guardia Imperial, ansiosos por acabar con los invasores tiránidos que quedan y que continúan manchando el suelo sagrado de nuestro planeta bendecido por el Emperador. Con una fuerza tan poderosa a su disposición, seguramente sólo será cuestión de tiempo antes de que Periremunda sea limpiada para siempre de la contaminación xenos.

En una franca entrevista, el Gobernador Pismire comentó: “Golly, Esto sí que son buenas noticias. ¿Está seguro de esto? ¿Quién se lo ha dicho?”

Comunicado 47783/320/34598543, de fecha 292.933.M41

De: *Almirante Bowe, oficial al mando de la Fuerza Operativa de la Armada* ***Intervención Divina****.*

Para: *General Supremo Zyvan, comandante de las fuerzas terrestres imperiales, sistema Periremunda.*

Me complace informar que el despliegue de nuestras fuerzas navales ha ido de acuerdo con lo planeado, y que ocho flotillas independientes de naves de batalla con sus correspondientes escoltas están listas para interceptar a la flota enjambre que se aproxima tan pronto como emerja de la disformidad.

Nuestras naves de transporte están llegando, y deberían comenzar a desembarcar sus tropas en una hora. Estoy seguro que usted sabrá darles un buen uso.

Nuestros astrópatas no pueden estar completamente seguros, debido a la interferencia de la sombra tiránida, pero nuestra mejor estimación es que el grueso de las fuerzas tiránidas llegará en no más de un día o dos, así que le aconsejo que despliegue las unidades de tierra lo antes posible.

Espero que podamos reunirnos para tomar un trago y a jugar al regicida una vez que se calme la situación.

Saludos,

Benjamín

De "Como un Fénix entre las llamas": Las Primeras gloriosas campañas y Victorias del 597º Valhallano por la General Jenit Sulla (retirada), 101.M42

Las salvas iniciales en la batalla final por Periremunda iban a ser disparadas en poco tiempo, y cuando aquella tormenta se desató a nuestro alrededor, me encontré a mí misma considerando lo frustrante que debió haber sido para el Comisario Caín tener que estar confinado en las instalaciones medicae mientras el regimiento entraba en acción contra un enemigo tan vil e inhumano.

Por supuesto la batalla comenzó en el espacio profundo, las naves vivientes de la flota colmena fueron vomitadas por la disformidad como si ni siquiera ese abominable reino fuese capaz de soportar su asquerosidad, para enfrentarse a la crema y nata de la Marina Imperial. La lucha que siguió en la interminable noche entre las estrellas debió haber sido realmente titánica. Desde nuestra posición en tierra pudimos observar con claridad innumerables destellos en los cielos, cuando gigantescos titanes vivientes de carne esculpida de forma antinatural se encontraban con los cascos de metal del Adeptus Mechanicus santificados en el nombre del Emperador, con el fuego purificador de sus poderosas armas y el indomable coraje de sus tripulaciones. ***(1)***

(1) *Dadas las repetidas referencias de Caín a la cobertura de nubes casi constante sobre Hoarfell, podemos concluir con seguridad que Sulla está exagerando aquí para obtener un efecto dramático. Remito a los lectores que deseen un relato más preciso de la batalla en el espacio al capítulo 87 de*

“Aniquilando al Enjambre”, de Leander Kasmides: ***“Evolución de las tácticas de la Armada Imperial contra las flotas colmena****”.*

Aunque el espíritu de lucha tanto de las tripulaciones como de los cruceros permaneció impertérrito, el mero número de organismos tiránidos a los que se enfrentaban finalmente empezó a notarse, de una forma sorprendentemente similar a aquellos casos en los que las monstruosidades que habitaban en tierra se enfrentaban a la inflexible resistencia de la Guardia Imperial. El Almirante Bowe concentró correctamente gran parte del fuego de sus acorazados contra los grandes monstruos, con la esperanza de disminuir la efectividad de la flota en su conjunto, dejando que sus cruceros y escoltas se ocupasen de las criaturas tiránidas más pequeñas. Aunque sin duda tuvieron éxito en esta tarea, pagaron un alto precio y gran número de naves fueron inutilizadas o destruidas por las vengativas monstruosidades a las que se enfrentaron, e incluso un buen número de estos insidiosos organismos fueron capaces de deslizarse a través de la barrera, como todos temíamos, y comenzaron a hacer llover esporas micéticas sobre el planeta.

Por suerte, la gran mayoría de aquella semillas de destrucción cayeron en los páramos desérticos entre las mesetas, con lo cual relativamente pocas acabaron cayendo en las zonas habitadas, muchas de las cuales habían sido guarnecidas con tropas de la Guardia Imperial, tan capaces como aquellas con las que tuve el privilegio de servir. Basta decir que, cualesquiera que fueran las esperanzas de una victoria fácil que el malvado e inhumano intelecto de la mente colmena pudiera haber albergado, se encontró con un amargo final. Meseta tras meseta, fuimos capaces de repeler a los invasores, mientras que los centros de población lo suficientemente desafortunados como para

depender de las FDP para su socorro, fueron evacuados lo más rápidamente posible.

Me complace decir que en Hoarfell, la planificación de la Coronel Kasteen dio sus frutos, y en realidad sólo una incursión tuvo éxito en plantear una seria amenaza a nuestra posición en Darién.

CAPÍTULO XXI

-Quizás simplemente fue un desgraciado accidente-, dijo Kasteen, con un leve tono de duda en su voz**-. Tú mismo dijiste que estaban totalmente exhaustos, y para empezar los soldados de las FDP no son exactamente los mejores soldados de la galaxia.**

Broklaw asintió con la cabeza y me alcanzó un tazón de tanna, que tomé agradecido por los dedos augméticos que me permitieron mantenerlo lo suficientemente firme como para beber sin derramarlo. Aquella mañana ya me había hartado de que nuestros medicae me pincharan y me toquetearan, a pesar de los obvios atractivos de descansar en la cama mientras el regimiento hacía frente a las últimas incursiones tiránidas sin mí, y me puse en pie, tratando de ignorar la oleada de náuseas que seguía teniendo cada vez que giraba la cabeza demasiado rápido. La idea de que los tiránidos podrían estar entrando en nuestra guarnición mientras yo estaba allí inconsciente, sufriendo de nada peor que lo que se sentía con una severa resaca, y fastidiado por mi innata paranoia, hasta el punto de que nada reduciría mi aprehensión sino una visita a nuestro centro de mando para comprobar en persona la situación táctica.

-Le aconsejaría no hacerlo-, me había dicho el Cirujano, mostrando un número indeterminado de dedos borrosos delante de mis ojos**-. La conmoción cerebral es algo difícil de tratar-.** Cabeceó en dirección al par de dedos augméticos de mi mano derecha**-. Si le dañan el cerebro no podré reemplazarlo tan fácilmente como a esos.**

-Lo tendré en cuenta-, le dije suavemente, y sonreí para aliviar el aguijón de mi irreflexiva réplica**-. Al menos mientras la siga teniendo en su sitio.**

-Bueno, sí está decidido…-, dijo el hombre, encogiéndose de hombros. La verdad es que esperaba que opusiera más resistencia; sólo más tarde comprendí que, gracias a mi inmerecida reputación, debía haber dado por sentado que yo estaría deseando volver a la primera línea lo antes posible y que no estaría de humor para aceptar un no por respuesta. O eso, o la perspectiva de poder finalmente librar a su hospital del peligro para la salud que representaba Jurgen, que prácticamente había acampado en el pasillo fuera de mi habitación durante toda la duración de mi estancia, y obviamente yo le había servido en bandeja una excusa demasiado buena para dejarla pasar. Cuando mi ayudante apareció, uno o dos segundos después de que mi nariz registrara primero su presencia, llevando un uniforme limpio y mis viejas y maltrechas armas, había sacado las piernas de la cama y estaba empezando a sentirme más que satisfecho con mi decisión.

Fue sólo después de que haber abandonado el hospital, cuando por supuesto comencé a dudar de la sabiduría de mi decisión, al alcanzarme la primera ráfaga de brisa, bastante suave para los estándares de Hoarfell, pero que me hizo tambalear mientras las puertas exteriores se cerraban tras nosotros. Jurgen levantó un brazo para ofrecerme un apoyo, y después de un momento de comprensible vacilación, lo acepté, pensando que al menos la brisa soplaba en su contra, y por otro lado comprendí que no le haría ningún bien a la moral del regimiento, eso por no hablar a mi condición de Héroe del Imperio, si yo acababa cayendo de

culo frente a un edificio lleno de soldados riéndose ante el espectáculo.

-Un esfuerzo más, señor-, me aseguró Jurgen, abriéndome el camino hacia un vehículo de personal aparcado en las cercanías, que ni siquiera me pregunté de donde se habría agenciado, aparentemente tras haber decidido, con bastante tino, que yo no estaba en condiciones (ni físicas, ni mucho menos de humor), para viajar rebotando en la parte trasera de otro Salamander, al menos por el momento.

Me acomodé en la suave tapicería con un involuntario suspiro de alivio, recordando nuestro memorable viaje en la limusina de Keesh al poco de nuestra llegada al planeta, aunque por supuesto aquel vehículo en particular no era ni por asomo tan lujoso como lo había sido el transporte personal del arbiter.

Mientras Jurgen se alejaba del bordillo, me encontré rememorando aquel viaje tan movidito, pues fue la primera ocasión tras nuestra llegada al planeta en la que alguien había intentado asesinarme sin ninguna señal que me hubiera podido advertir del peligro. Aunque al menos aquella esa ocasión los motivos de mis agresores habían sido suficientemente claros.

Keesh era su objetivo, y yo simplemente había sido víctima de un desafortunado caso de confusión de identidad.

Sin embargo, los otros atentados contra mi vida habían sido muy diferentes. En ellos, yo era el objetivo, sin duda alguna,

pero aquello había sido casi lo único que habían tenido en común. Por mucho que lo intentara, aún no veía ninguna razón por la que un tecnosacerdote renegado se pudiera asociar con un aquelarre de cultistas del Caos. Ni tampoco por qué se tomaría tantas molestias para eliminarme, dado que yo apenas suponía una amenaza para ninguno de ellos. Al menos nadie lo había intentado de nuevo.

Mis palmas comenzaron a temblar, de esa familiar manera en la que había aprendido a confiar con el paso de los años. Estaba claro que los soldados de las FDP del lanzacohetes podrían haber estado simplemente excitados por los combates o simplemente ser unos completos incompetentes, pero no consiguieron matarme por un pelo, aunque de una manera que nadie podría considerar deliberada; no a menos que tuvieran tras ellos a una mente tan desconfiada y taimada como la mía, claro esta.

Expuse en voz alta mis sospechas tan pronto como estuve a solas con Kasteen y Broklaw, las dos personas del regimiento a las que consideraba tan amigos como era posible, dadas nuestras respectivas posiciones, y las dos en cuyo juicio estaba más inclinado a confiar.

Ambos oficiales escucharon en silencio mientras yo hablaba, asintiendo cuando termine de hablar y me senté en mi silla con un aire expectante.

-Aún si estuvieras en lo cierto -, dijo el comandante, recostándose en su asiento y tomando su propio tazón de tanna**-, te costaría solo Horus sabe cuánto tiempo el poder probarlo. Si realmente querían matarte, ¿por**

qué no te dispararon una carga antiblindaje y asegurar así el trabajo?

Kasteen asintió con la cabeza.

-Eso habría acabado con su Salamander con bastante facilidad-, señaló. Las cargas de fragmentación son casi inútiles contra un vehículo blindado**-. Con la munición normal fue pura casualidad que las orugas de tu vehículo resultaran dañadas.**

-En circunstancias normales estaría de acuerdo con vosotros-, dije, sorbiendo el fragante líquido con gratitud**-, pero estaba en un compartimento de pasajeros abierto, de pie en la torreta. Si hubieran tenido mejor puntería, la metralla habría acabado conmigo con la misma facilidad que con los tiránidos.**

-Y no olvidemos que la mayor parte del cuarto escuadrón tenía una visión clara de lo que estaba ocurriendo-, añadió Broklaw apoyando el comentario de su superior, aunque al parecer le había sorprendido una nueva idea**-. Si realmente se tratara de otro intento de asesinato, disparar munición antiblindaje contra objetivos dispersos en campo abierto les habría parecido claramente extraño a la mayoría de ellos.**

-Mientras que un cohete de fragmentación era exactamente lo que cualquiera que estuviera mirando esperaría que usaran. De modo que, si me hubieran alcanzado, nadie habría sospechado nada-. Me encogí de hombros con tristeza**-. Aceptémoslo, no**

habría sido el primer comisario en morir en un accidente de fuego amigo.

-Eso es cierto-, admitió la coronel, con una mirada significativa a Broklaw. No sería del todo cierto decir que muchos de mis colegas caen en manos de los hombres con los que están sirviendo, pero generalmente el porcentaje es mucho más elevado de lo que se admite, lo que no es de extrañar dada la naturaleza de nuestro trabajo. Por cierto, es precisamente por eso por lo que intento que los cachorros de los que soy responsable en estos días se den cuenta de que lo harán mucho mejor confiando en el tacto y el sentido común, que en la letra del reglamento. (O al menos les permitirá sobrevivir un poco más.)**-. Pero ¿por qué querrían hacerlo? No es como si tú hubieras ejecutado a alguno de sus amigos, ¿verdad?**

-No lo sé-, admití. Suspiré, lamentando ya el impulso que me había hecho abandonar la cama. Mi cabeza volvía a latir suavemente, como si hubiera bebido unos tres vasos de amasec más de lo razonable, pero sin el consuelo de haber disfrutado de ellos**-. Pero, ¿por qué un culto al Caos y un tecnosacerdote renegado del que nunca había oído hablar me iban a perseguir de esta forma?**

-No tengo ni idea-, dijo Kasteen con cautela**-. Me imagino que es más bien el tipo de pregunta que tus otros contactos podrían responder.**

-Supongo que tienes razón-, dije, sabiendo que no debía esperar ninguna información de Amberley que ella no quisiera compartir. Me froté las palpitantes sienes**-. No sé, no sé. Tal vez estoy exagerando.**

-**Es difícil no hacerlo, cuando un maldito cabrón casi te vuela la cabeza y alimenta a los tiránidos con tus restos-,** dijo Broklaw enfadado. Se encogió de hombros**-. Si fuera uno de los nuestros, por supuesto, podría traerle e interrogarle.**

-Yo podría-, dije, mientras una idea comenzaba a tomar forma en mi cabeza. Tal vez fue el dolor de cabeza, pero en ese momento me pareció bastante buena. En cualquier caso, podría hacerlo. El comisariado me da amplios poderes de investigación donde la seguridad de las fuerzas Imperiales está potencialmente comprometida**-. ¿Podemos realmente estar seguros de que las Fuerzas de Defensa Planetaria de Gavarrone no han sufrido ninguna infiltración de genestealers?**

-La canonesa parecía bastante segura de ello-, me recordó Kasteen.

-Exactamente-, asentí con la cabeza, y luego me arrepentí al instante**-. Eso significa que Keesh no habrá realizado las comprobaciones habituales. Si esos cabrones fueran híbridos no podrían atacar a las Hermanas sin destruir su tapadera, pero la oportunidad de eliminar a un comisario Imperial era sido demasiado buena como para dejarla pasar.**

-Sobre todo porque las pictonoticias te han estado señalando como el único salvador del planeta-, añadió Broklaw. Antes de asentir pensativamente**-. Sigo pensando que parece un plan muy retorcido.**

-Lo tomaré como un cumplido-, dije. Me levanté tambaleándome, apoyándome en el escritorio de Kasteen mientras lo hacía, pretendiendo que no había visto el gesto de preocupación que habían intercambiado mis compañeros. Le sonreí a Kasteen**-. Si no te importa, me gustaría contar con un enlace vox con la oficina del General Supremo cuando sea posible.**

Varios de nuestros pelotones estaban actualmente combatiendo contra unidades de tiránidos que habían caído de los cielos mientras yo había estado disfrutando de mi forzado descanso, y como resultado de ello nuestra red de comunicaciones estaba bastante saturada. Estaba ansioso por seguir con esta nueva investigación, pero por ahora tendría que esperar a que les hiciéramos retroceder.

-No hay problema-. Contestó la coronel, aunque parecía un poco perpleja**-. ¿Puedo preguntar por qué?**

Sonreí severamente.

-Si estoy en lo cierto, los de Gavarrone deben ser retirados de todas las tareas de primera línea inmediatamente, a la espera de una investigación completa.

-Ya veo-. Broklaw me miró sarcásticamente**-. Una investigación que, naturalmente, piensas dirigir en persona.**

-¿Se te ocurre alguien mejor?-, pregunté retóricamente.



Después de unos minutos más de charlar tranquilamente y beber tanna en la oficina de Kasteen, me sentí un poco más yo mismo, y me dirigí al centro de mando principal para ver cómo iba la guerra. En ese momento, por supuesto, no tenía intención de participar en ningún otro de los combates, pero cuando se ha experimentado el combate en persona tanto como yo, resulta tener más atractivo el punto de vista del espectador. Por costumbre me había colocado el comunicador en la oreja al vestirme, tan automáticamente como me pongo mi cinturón con las armas, y me había mantenido atento al tráfico de señales incluso mientras hablaba con Kasteen y Broklaw, así que ya tenía una idea aproximada de la situación táctica en aquel momento. Pero verlo en la pantalla del hololito lo hizo todo mucho más claro, tal como yo esperaba.

Mientras dormía mi forzada siesta, parecía que los tiránidos habían estado dejando caer esporas por todo Hoarfell (y casi en todas partes también, por supuesto, pero aquel no era mi problema), y como es natural, obedeciendo a los imperativos genéticamente codificados de su biología, se habían dirigido tan rápido como podían hacia Darien, atraídos por la tentadora concentración de biomasa que representaba la ciudad. Kasteen lo había previsto, por supuesto, y había desplegado nuestras tropas donde podían acosarlos mientras avanzaban, destrozando los enjambres más pequeños antes de que pudiesen unirse en grupos más numerosos, y generalmente dándoles a los horrores quitinosos un recibimiento tan duro como nuestro pueblo

podía imaginar. Y con mucho éxito, también, si la información mostrada en el hololito no me engañaba. La mayoría de las criaturas más pequeñas habían sido eliminadas poco a poco antes de que tuvieran la oportunidad de unirse a sus hermanos mayores, y relativamente pocas habían logrado reforzar las que habían caído sobre la propia ciudad.

-En su mayor parte, los hemos mantenido fuera de las calles-, dijo Kasteen, indicando nuestro despliegue en las afueras de Darién-**. Los pocos que han llegado a las zonas urbanas se dirigen directamente al puerto espacial, tratando de unirse al grupo ya se encuentra allí-.** El fantasma de una sonrisa apareció en su cara**-. Eso significa que podemos emboscarlos y acabar con la mayoría de ellos fácilmente.**

-**Así que el único problema real está aquí, en el aeródromo-,** dije, comprendiendo con cierto alivio que los temores que me habían hecho abandonar mi lecho de la enfermería eran aparentemente infundados**-. Al menos hasta ahora, ninguna de las criaturas que habíamos detectado parecía decidida a atacarnos en nuestra guarnición.**

Broklaw asintió**-. No sabes ni la mitad, comisario. Tenemos casi mil refugiados atrapados en el edificio de la terminal-,** explicó.

-Evacuados desde asentamientos en zonas de baja altitud.

-La mayoría de ellos llevan atrapados allí varios días-, agregó Kasteen**-, esperando que la investigación genética elimine cualquier híbrido de entre ellos, pero los justicars han estado demasiado ocupados para lidiar con eso.**

-Me lo imagino-, dije secamente. Los amplios espacios abiertos del campo de aterrizaje habían sido hechos a medida para una fuerza de invasión, por supuesto, y nuestros recursos de defensa aérea sólo podían derribar una cantidad limitada de las esporas que caían. Si no hubiera sido por la Armada, que mantenía ocupada a la mayor parte de la flota colmena, habríamos tenido las manos mucho más ocupadas de lo que lo estaban ahora. Pero una vez más, Kasteen se había anticipado a esta misma contingencia, aplicando las lecciones tan dolorosamente aprendidas en los campos de batalla de Corania, y desplegó nuestras fuerzas para mantenerlos embotellados.

-Para ser honesta-, dijo Kasteen**-, los refugiados se están volviendo casi tan problemáticos como los tiránidos. Pueden oír los combates desde donde están, y eso los está poniendo muy nerviosos. Las unidades de las FDP están tratando de mantenerlos a raya, pero sólo hará falta un idiota para que cunda el pánico y tendremos que lidiar con un motín además de con los bichos.**

-Eso no es bueno-, dije, viendo el problema de inmediato. Lo último que necesitaban los asediados defensores era una horda de civiles aterrorizados que se pusieran a correr sin rumbo, bloqueando nuestras líneas de fuego, y llevando a los tiránidos a un frenesí mortal. Tan pronto como las criaturas se dieran cuenta de que estaban muy cerca de

una buena comida, se abalanzarían a por ella, lo que pondría aún más presión sobre nuestras posiciones defensivas**-. ¿Vas a reforzar la línea es esta zona, por si acaso?**

Broklaw volvió a asentir con la cabeza.

-Hemos asignado a otro pelotón que llegará tan pronto como sus Chimeras sean reabastecidos y reaprovisionados de municiones-. En aquel mismo momento pareció tener una idea, y con un repentino temblor de aprehensión supe, incluso antes de que hablara, lo que estaba a punto de sugerir**-. Podrías unirte a ellos si lo deseas.**

-Eso debería calmar a los civiles-, estuvo de acuerdo Kasteen**-. La mitad de ellos parecen pensar que eres el mejor guerrero del imperio desde Macharius.**

Los miré a los dos, maldiciendo el impulso que, sin razón alguna, me había sacado de un bonito y acogedor lecho en la enfermería, y me acordé hasta la quinta generación de las familias de aquel par de desgraciados. Siempre podía alegar fatiga y debilidad, por supuesto, pero ¿cuánto daño le haría eso a la imagen de indomable coraje que había adquirido, por muy inmerecida que en realidad fuera, y a la lealtad que parecía inspirar entre el regimiento?

Ese es el problema con las reputaciones, una vez que tienes una, necesitas mantenerla. Kasteen y Broklaw indudablemente habían caído el mismo engaño que el cirujano que había dejado en la enfermería, y aunque me

irritaba volver a la acción a pesar de mis heridas, si me negaba iba a socavar su confianza en mí. Una vez que eso sucediera, mi incuestionable liderazgo también comenzaría a desmoronarse. Así que me obligué a sonreír desafiante, como si me agradara la posibilidad de ir a ver si me mataban de una vez.

-Bueno-, dije, fingiendo la cantidad justa de renuencia para hacerles creer que en realidad estaba ansioso por volver al combate**-, tratar con un grupo de civiles nerviosos no era exactamente lo que tenía en mente cuando me levanté esta mañana-.** Eso era bastante cierto. Me tambaleé un poco, lo suficiente como para recordarles que estaba en un estado mucho peor del que fingía y fui recompensado con otro intercambio encubierto de miradas preocupadas**-. Pero me vendría bien una bocanada de aire fresco, y no me importaría echarle un vistazo al frente en persona.**

Por un momento me pregunté si me había pasado de la raya y acababa de comprarme un billete para entrar en la zona de guerra, pero Kasteen y Broklaw asintieron con la cabeza.

-Con el debido respeto, Ciaphas-, dijo Kasteen, dejando claro que me hablaba como amigo y no como camarada de armas**-, tienes toda la pinta de algo que ha escupido un orko. Lo cierto es que no te recomendaría que visitaras hoy la zona de combate.**

-Bueno-, dije, con la pizca de reticencia que sentía debía mostrar, y permitiéndoles que pensaran que era porque acababan llevarme la contraria sobre lo de salir a un nuevo asalto contra los tiránidos**-, supongo que tienes razón,**

pero al menos podría ser capaz de tranquilizar a los civiles.

En general, supuse que podría haber ido mucho peor. Me estaría acercando mucho más a la acción de lo que me hubiera gustado, pero si se podía confiar en el despliegue táctico, no habría muchas posibilidades de encontrarme con ningún tiránido, y no suponía que los refugiados fueran a ser un gran problema. En conjunto me sentía afortunado, y en aquel momento estaba felizmente inconsciente de cuán catastróficamente equivocado me encontraría en ambas suposiciones.

CAPÍTULO XXII

Llegar a la terminal del puerto espacial resultó ser bastante sencillo, ya que el pelotón de Faril iba a salir en ese momento del área de repostaje para relevar a Sulla, quien aparentemente llevaba todo el día enfrentandose en las trincheras a los horrores quitinosos con un gratificante éxito **(1)**.

(1) *Cualquiera que se interese por los detalles puede encontrarlos en las memorias de Sulla, en las que relata la acción con un nivel de detalle asombroso.*

Jurgen y yo logramos encontrar un hueco en el Chimera de mando, y aunque las condiciones no estaban exactamente calculadas para hacerme sentir mejor, pues el ruido y las sacudidas habituales no contribuyeron a mejorar el efecto de la proximidad de mi ayudante en un espacio confinado, pero en conjunto me sentía bastante alegré. Si se lo hubiera pedido, Jurgen hubiera podido encontrar otro Salamander sin demasiados problemas, de eso no tengo la menor duda, pero después de nuestra experiencia en Aceralbaterra, me sentía más cómodo protegido por un blindaje más grueso, y además podía hacer uso del equipo de vox y auspex que me rodeaba para tener una idea mucho más clara de cómo iba la batalla de lo que hubiera podido tener en el otro vehículo.

Para mi alivio, la situación apenas parecía haber variado desde mi último vistazo al hololito en el centro de mando. Nuestras fuerzas aún mantenían el perímetro del aeródromo y avanzaban constantemente, estrangulando lentamente al enjambre de tiránidos con un nudo cada vez más apretado, acercándolos gradualmente al escarpado precipicio sobre el

que casi me había precipitado apenas unas semanas antes. No es que yo esperara que muchos cayesen a la muerte, por supuesto, en demasiadas ocasiones habían demostrado que podían escalar las escarpadas paredes de las mesetas con una asombrosa destreza, y no tenía ninguna razón para creer que no probarían ser igualmente hábiles para descender si tuvieran que hacerlo. En todo caso, la distancia entre la línea del frente y la terminal había aumentado, y comencé a sentir que, después de todo, aquella tarea iba a ser el mejor curso de acción, manteniéndome fuera del camino de cualquier pelea real mientras me las arreglaba para dar la impresión de que seguía liderando desde el frente.

Para mi propia sorpresa, cuando llegamos a la terminal me sentía bastante animado. Descendí del Chimera con Jurgen, quien, a pesar de su peso, seguía cargando su querido melta, y subí los escalones para entrar en el edificio.

Faril nos hizo un alegre gesto de despedida desde la escotilla superior, donde se había plantado en el mismo momento en que Jurgen se había subido al vehículo a mi lado, y se alejó en busca de algo que matar.

-¿Quién va?-. Un par de soldados de las PDF, vestidos con uniformes de colores lilas y púrpura, que incluso un sacerdote de un culto a Slaanesh consideraría de mal gusto, me apuntaron con sus temblorosos fusiles láser. Incliné un poco la cabeza, permitiéndoles la mejor vista posible de mi mejor perfil, de acuerdo con las pictoimágenes mías que había visto.

-Comisario Ciaphas Caín-, me presente con voz profunda**-. Me gustaría hablar con su oficial al mando-.** Los soldados bajaron sus armas y comenzaron a consultar con varios de sus compañeros que habían salido de las anchas puertas de bronce que había detrás de ellos, decoradas con aquilas entrelazadas con lo que yo supuse que serían aves nativas y una o dos máquinas voladoras de aspecto tosco, a través de las cuales se veía un amplio vestíbulo con suelo de mármol. Al menos aquello es lo que descubrí una vez que me aventuré a entrar. A partir de allí apenas había señal alguna de que hubiera algún espacio libre en el suelo, prácticamente cada centímetro cuadrado parecía estar ocupado por improvisados sacos de dormir y civiles apáticos.

-Es él. Realmente lo es-, escuché que uno de los soldados le susurraba a su compañero, antes de volverse hacia el más cercano de los recién llegados**-. No te quedes ahí parado, ¡trae al teniente!**

-Muchas gracias-, dije, llegando por fin a la cima del vuelo, y tratando de no jadear audiblemente mientras el soldado designado se escabullía velozmente.

El que lo había enviado, que resultó llevar los galones de un soldado de primera, hizo un gesto con la mano en lo que sin duda pensaba que era un saludo aceptable. Se lo devolví con una sonrisa amigable**-. ¿Puede ponerme al tanto de la situación?**

-Bueno, estamos simplemente aquí plantados, señor-, dijo el hombre, claramente sin saber cómo responder**-, en caso de que los tiránidos ataquen-.** Intentó parecer un

poco más marcial**-. No tenemos miedo de enfrentarnos a ellos, como podrá imaginar, señor, pero los oficiales nos dijeron que les dejáramos los bichos a la Guardia mientras nosotros protegíamos a los refugiados.**

-Esa es la misión más importante-, le aseguré, asintiendo con la cabeza y gratamente sorprendido al ver que mi cabeza no latía tanto como había esperado ante aquel movimiento**-. Estas personas son el futuro de Periremunda. Tienen que ser protegidas a toda costa.**

-No lo había visto desde ese punto de vista-, dijo el tipo, enderezándose visiblemente mientras se reafirmaba en su interior un insospechado residuo de orgullo militar. Desafortunadamente, el efecto se estropeó un momento después cuando vio por primera vez a Jurgen, y su boca se abrió como si fuera un pez fuera del agua. Para entonces ya habíamos pasado a los centinelas, y habíamos entrado en la propia terminal, así que cualquier segundo pensamiento que hubiera podido tener llegaría demasiado tarde.

El interior del edificio presentaba, bajo cualquier punto de vista, un panorama desolador, a pesar de la chillona moda con la que iban vestidos la mayoría de sus ocupantes. No tan malos como algunos de los que había presenciado, por supuesto, pero aun así lo suficientemente patéticos: hombres y mujeres de ojos hinchados, agobiados bajo el peso de una pérdida insoportable, niños apáticos demasiado aburridos y hambrientos para hacer mucho más que sentarse y quejarse en lugar de disfrutar de sus años de despreocupación como deberían haber estado haciendo, e impregnándolo todo el interminable rugido de cientos de voces que nadie estaba escuchando. El olor era casi tan malo como el ruido, incluso mis años en la compañía casi

constante de Jurgen habían hecho poco para prepararme para una dosis tan concentrada de olor a humanidad.

A medida que avanzaba hacia la pequeña área despejada frente a la puerta, a través de la cual se colaba el siempre presente viento y algunos copos de nieve revoloteando, me impactó una repentina ráfaga de calor, la presión de tantos cuerpos acumulados, más que capaz de vencer el clima helado de Hoarfell. La mayoría de los soldados que había visto afuera estaban sentados frente a una barrera improvisada que separaba aquella pequeña zona despejada del vestíbulo principal, aparentemente construida con muebles retirados para hacer espacio a más de los omnipresentes sacos de dormir que alfombraban la fría piedra del suelo; escritorios, que todavía conservaban los emblemas de una u otra de las compañías de transporte aéreo que solían prestar servicios regulares a otras mesetas, un banco y una máquina de recafeina desde hacía mucho tiempo se había quedado sin bebida. Dos hombres de las FDP flanqueaban una especie de portal de acceso hecha de parte de un pallet de carga, sujetando despreocupadamente sus armas entre las manos. Por la forma en que seguían observando a la multitud, en lugar de mirar hacia afuera en busca de cualquier señal de los tiránidos, sospeché que tenían más miedo a los problemas que pudiera producirse en aquel recinto que los propios xenos.

Y con razón, pensé. El hedor de la desesperación era casi tan poderoso como el de los cuerpos sin lavar, y empecé a darme cuenta de que Kasteen tenía razón al preocuparse. Haría falta muy poco para que aquella masa de humanidad se convirtiera en una turba desbocada, poco mejor que una horda de orkos, y si aquello llegara a ocurrir, un puñado de armas de fuego no les iban a servir de nada.

Sin embargo, tuve poco tiempo para tales desalentadores pensamientos, ya que un joven, un poco entrado en carnes y con el mismo llamativo uniforme que el resto de la chusma de las FDP, se abría paso entre la multitud tan rápido como podía, lo cual no era mucho. Iba murmurando disculpas mientras esquivaba a los civiles que llenaban el lugar, en lugar de usar sus codos y la autoridad de su posición como lo habría hecho un oficial de verdad, y empecé a ver por qué se le había puesto al cargo de esta ingrata tarea. Sin duda, sus superiores pensaron que era el oficial subalterno al que con toda probabilidad menos echarían en falta en primera línea.

-Comisario, es un honor-. Levantó la voz para saludarme mientras aún estaba a cierta distancia, y algunos de los civiles más cercanos se volvieron para mirar en mi dirección. A medida que lo hacían, el reconocimiento apareció en sus rostros, junto con algo que hizo que mi sangre corriera casi tan fría como la nieve del exterior: una renovada esperanza. Ante mis horrorizados ojos, el susurro se extendió, y más y más rostros giraron en mi dirección, todos creyendo claramente que mi inesperada llegada anunciaba algún tipo de liberación del limbo llevaban tanto tiempo confinados. Tan pronto como se dieran cuenta de que yo no podía proporcionarles ayuda alguna, las cosas se pondrían bastante feas.

-Teniente-, le contesté, proyectando tanta confianza como pude, pues con la edad he comprendido que cuando todo lo demás falla, nunca hace daño dedicar algo de tiempo para transmitir seguridad y confianza. En el peor de los casos, te da la oportunidad de buscar la salida más cercana, y desenfundar tu arma primero si es necesario, y si uno tiene

suerte, puede que suceda algo inesperado de lo que puedas sacar ventaja**-. Espero que no le importe que me haya dejado caer sin avisar, pero escuché que estas personas estaban un poco más cerca de la acción de lo que considero completamente seguro, y pensé que podría haber algo que pudiéramos hacer al respecto.**

-Espero que sí-, dijo el joven y regordete oficial, casi tan esperanzado como la multitud que estaba más allá de la barrera, y que se comenzó a acercarse mientras hablábamos. Los soldados de la puerta los detuvieron tras el paso del teniente, y trataron ineficazmente de hacerles señas para que se alejaran. También dijo otra cosa, pero mi atención se distrajo momentáneamente por la voz de Sulla en mi comunicador.

-Escuadra cinco, respondan-. Había un tono poco característico en su voz, y tras un momento de estática siseante, una incierta voz contestó.

-Cinco dos respondiendo. Hemos perdido contacto con el equipo uno (1), teniente. Puede que sea un fallo de Vox, pero....

(1) Como he mencionado anteriormente, el 597ª dividía rutinariamente sus escuadras en dos equipos de fuego de cinco soldados cada uno. El equipo uno estaría bajo el mando del sargento al mando de la brigada, mientras que el equipo dos estaría dirigidos por el asistente del líder de la brigada, normalmente un cabo, cuando opera independientemente.

-Cuarto escuadrón acudan al sector cinco-. Aunque siempre considere irritante su compañía, tengo que admitir que Sulla reaccionaba con una velocidad encomiable**-. Posible merodeador, así que muévanse con**

precaución. Marskil, mantén la posición y estén alerta.

-Recibido-, respondió el cabo, sonando muy aliviado, y un momento más tarde el familiar tono de Griffen también reconoció la orden.

-Estoy en ello, teniente-. Sentí como las palmas de mis manos comenzaban de nuevo a picarme. Si los tiránidos habían logrado deslizarse detrás de nuestras líneas, o si un grupo no detectado de genestealers se infiltraba hacia la ciudad, la multitud que tenía a mi alrededor los atraería como un tiroteo atraería a un grupo de orkos. Tal vez lo mejor sería que dejara la difícil situación de los refugiados en manos de los justicars locales, dondequiera que estuvieran.

-Haremos todo lo que podamos, por supuesto-, le aseguré al teniente, como si le hubiera estado escuchando o como si realmente me hubiera importado lo más mínimo. Intenté recordar los mapas tácticos que había visto a bordo del Chimera de Faril. ¿Dónde, por la disformidad, estaba el sector cinco? ¿Tratar de escapar me llevaría a toparme con otro enjambre de tiránidos, o a un grupo de genestealers?

-Se lo agradeceríamos mucho-, me dijo el joven oficial, asintiendo con la cabeza**-. Puede ver por usted mismo que las condiciones aquí están lejos de ser ideales-.** Ese comentario se ganó una risa irónica y un par de gritos de la audiencia que habíamos atraído, pero para mí alivio por el momento no había rastro de hostilidad. Sin embargo, sabía lo fácil que eso podía cambiar. Era el momento de

mostrar un poco del encanto del viejo Caín, pensé, y me dirigí hacia los civiles.

-Ciudadanos de Periremunda-, dije, alzando mi voz sin esfuerzo aparente para que atravesara el balbuceo de la multitud tan fácilmente como el ruido de un campo de batalla**-. Puedo asegurarles que no han sido olvidados, y tampoco lo ha sido el tremendo sacrificio que han hecho al abandonar sus hogares por un corto tiempo para permitirnos concentrar nuestras fuerzas de manera más efectiva contra los tiránidos. Mi presencia aquí debería convencerles de ello. Pero debo pedirles que sean pacientes un poco más. Incluso en estos mismos instantes, continua la batalla para limpiar su mundo de la mancha de los Xenos.**

No podría haber cronometrado mejor mis palabras. Alguien gritó fuera de la terminal, un ahogado y breve grito de dolor y terror, seguido un momento después por un segundo aullido, con tan solo un disparo de un fusil láser entre ambos.

Me di la vuelta, galvanizado por la adrenalina, el miedo y los viejos reflejos que se combinaban para anular la oleada momentánea de náuseas que acompañó al movimiento. Me encontré mirando fijamente una pesadilla andante, el doble de alto que un hombre, acuchillando y desgarrando sin parar con sus afiladas garras. La delgada película de nieve que había fuera ya estaba enrojecida por los destrozados restos del cabo que me había saludado y del soldado que lo había acompañado.

-¡Fuego!-, grité, desenvainando mis armas sin pensar, y disparando un tiro con mi pistola láser, mientras los soldados de las FDP se quedaban congelados, paralizados por la conmoción. El altísimo horror pareció brillar mientras se movía, y mi espada cadena arrancó un trozo de un pilar que sostenía el pórtico**-. ¡Protejan a los civiles! -,** les ordene. No es que me importaran un bledo, por supuesto, pero si algo podía despertar a los soldados de las FDP, y hacerles mover el culo y disparar a la maldita cosa, probablemente sería eso. Y tuve razón. El regordete teniente desenvainó por fin su arma, y los soldados salieron de su estupor y empezaron a disparar, aunque sin ningún efecto real que yo pudiera ver.

-¡Quédate quieto, maldito bicho!-, exclamo Jurgen a mi lado, tratando de conseguir un disparo claro con su melta, pero el lictor se movía demasiado rápido, y los soldados de las FDP se interponían en su camino. Detrás de nosotros los civiles se dispersaron, aullando de pánico, algo muy sensato de su parte en mi opinión. Un par más de los espeluznantemente uniformados milicianos cayeron, rociando sangre y entrañas, y la cabeza del regordete teniente rebotó como una macabra canica cerca de mi bota, dejando una larga y descolorida mancha sanguinolenta a través del marmóreo suelo.

-Cuando estés listo-, le dije a mi ayudante, incapaz de mantener un toque de aspereza en mi voz, pero como siempre este permaneció inmune al sarcasmo.

-Ya casi lo tengo-, me aseguró, disparando por fin el arma pesada y vaporizando una enorme papelera, una fuente de agua potable y un enorme balde horriblemente ornamentado que aparentemente estaba diseñado para

contener plantas de algún tipo. Afortunadamente, también logró alcanzar al lictor, quemando la garra guadaña y desgarrando las garras de su lado izquierdo, convirtiéndolas en inútiles pedazos de carne asada, a pesar de su veloz intento de evasión. Por desgracia, eso no fue suficiente para matarlo, pero sí para irritarlo. Rugiendo de rabia, me atacó directamente, irrumpiendo en el edificio y obligándome a retroceder contra la improvisada barricada de las FDP antes de que pudiera dispararle de nuevo con mí arma laser.

Maldiciendo, esquivé su primer asalto lo mejor que pude, inclinándome hacia el costado donde tenía los ahora inútiles miembros, y cortando la quitina humeante con mi espada. Jurgen lo había horneado muy bien, al parecer, con icor y nocivos chorros de tejido licuado goteando alrededor de las placas agrietadas de su piel, y mi espada sierra se clavó profundamente en su cuerpo, abriendo un largo corte en su flanco. Sabía que no podía esperar que eso acabara con el, y me agaché, justo cuando se giraba y trataba de acertarme en la cabeza con su garra guadaña intacta.

-¡Atrás, comisario!-, me urgió Jurgen, incapaz de disparar de nuevo por miedo a alcanzarme, y yo me abalance tras uno de los escritorios apilados en la barricada, con la sangre palpitando con fuerza en mis sienes. Si la maldita barricada no hubiera estado en el camino, habría tenido quizás media oportunidad de esquivarle y lanzarle un golpe con mi espada en su espalda mientras el lictor me pasaba pasaba mi lado para empezar a cebarse en los civiles, pero aquello ya no iba a pasar. Atrapado contra la pila de restos, sólo podía ser cuestión de momentos antes de que terminara tan muerto como los soldados de las FDP.

De repente, para mi alivio, la cosa se tambaleó hacia atrás, con el flequillo de zarcillos que colgaba de su cara sacudiéndose frenéticamente. Por un momento asumí que el peculiar don de Jurgen de alguna manera había vuelto a acudir en mi ayuda, aunque no parecía haber ninguna razón por la que debiera estar afectando a aquella cosa; ciertamente no parecía estar más cerca de ninguno de nosotros que antes **(1).** Luego, al tratar de concentrarme en mi entorno inmediato a través de la neblina de náuseas que parecía estar cerrándose alrededor de mis sinapsis, me di cuenta de que algo estaba sucediendo a mis espaldas.

(1) *Si un paria o vacío puede o no afectar el funcionamiento de la mente colmena tiránida sigue aún como una conjetura aun no probada. Aunque es cierto que Jurgen fue ciertamente capaz de interrumpir la telepatía entre las crías de los grupos de genestealer en más de una ocasión, pero como en tantos otros casos en los que se trata de fenómenos anti psíquicos, su efecto actuó de una manera un tanto errática, y no recuerdo ningún caso en el que haya interrumpido de forma incuestionable a la propia mente colmena.*

Como decía, los civiles se habían dispersado cuando la salvaje monstruosidad irrumpió por primera vez en el edificio de la terminal, pero ahora, si acaso, sus gritos de pánico parecían intensificarse. Arriesgándome a un dar un rápido vistazo por encima de mi hombro, lo que dejó mi cabeza palpitando por lo brusco del movimiento pero que de alguna manera me despejó al mismo tiempo, vi a la muchedumbre rompiéndose y volviéndose a los lados de la explanada en vez de alejarse lo más posible del lictor, lo cual había sido su primer, y totalmente comprensible, impulso.

Algo más los había asustado, al menos tanto como la monstruosidad a la que me estaba enfrentando, y mi primer pensamiento fue que más tiránidos habían aparecido para

flanquearnos. Si aquello era cierto, no habría sido inesperado, ya que los lictores tienden a atraer a otros depredadores una vez que localizaban un número suficiente de víctimas para hacer que un ataque concentrado valga la pena. Pero en lugar de una marea de gantes, o de puracepas genestealers, me enfrenté a algo aún más aterrador.

Un trío de refugiados avanzaba entre la multitud que se apartaba de ellos, ignorando completamente a todos los demás: un anciano, una mujer joven y un adolescente. La mujer y el niño eran lo suficientemente horripilantes por si mismos, con los ojos en blanco y el cabello alrededor de sus cabezas ondeando salvajemente, como si estuvieran atrapados en un vendaval que nadie más podía sentir, pero el anciano era mil veces peor, levitando sobre el suelo con rayos que surgían de su persona y se estrellaban a su alrededor. Carcajeándose como un maniaco, alzó una mano, y una espeluznante descarga sobrenatural envolvió al lictor. La criatura retrocedió, chillando, un momento después, la chica murmuró algo que conjuró una bola de plasma hirviente de la nada. Con una sonrisa salvaje en la cara, la lanzó girando por el pasillo con un movimiento de muñeca, para estallar contra el montón de muebles que yo tenía detrás.

-¡Alto bruja, en nombre del Emperador!-, Un hombre calvo de mediana edad, vestido con la túnica de un miembro menor de la eclesiarquía que salió de entre la multitud, blandiendo un aquila, su voz resonando resonantemente alrededor de la explanada mientras empezaba a cantar los ritos del exorcismo. El adolescente giró la cabeza, con una expresión de desprecio en su cara, y

lo miró como si aquel hombre fuera algo que se acababa de encontrar pegado a la suela de su zapato.

-¿Qué ha hecho tu maldito Emperador por nosotros?-, le espetó, y el eclesiarca cayó al suelo como si le hubieran dado un puñetazo en la cara, retorciéndose y gritando como un hombre poseído**-. Sólo los verdaderos poderes pueden ahora salvarnos.**

Asustado y sintiendo un pánico creciente, miré de una amenaza a otra; el lictor, todavía envuelto en la espeluznante energía, golpeando al azar en su agonía, y el trío de psíquicos, acercándose inexorablemente a mí. Al menos, el tiránido estaba fuera de combate por el momento, aunque temporalmente, así que le disparé al brujo más cercano. El rayo estalló contra el escudo de rayos del viejo, quien volvió a reírse, claramente no más cuerdo que el típico cultista del Caos.

-Caín al habla-, transmití frenéticamente a través del vox, cambiando de objetivo justo cuando la chica lanzó otro rayo de plasma disforme en mi dirección. Me agaché, e impactó en el licor que bramaba, haciéndolo tambalearse. Podría haber matado a la cosa por completo si la descarga etérea que aún crepitaba no hubiera absorbido parte de la energía, pero así es el Caos. Incluso cuando intentan cooperar, sus acólitos tienden a pisarse los dedos de los pies entre ellos**-. ¡Los tiránidos están dentro de la terminal!, ¡y también un grupo de psíquicos!**

Le disparé a la chica de plasma, quien se tambaleó, con una herida sangrienta abriéndose en su torso. Esperaba que cayera, pero las arcanas energías que estaba manipulando

parecíeron mantenerla en pie, ella simplemente sonrió con una horrenda mueca y conjuró de la nada otra de las infernales bolas de plasma. Al tratar de esquivarla, el niño me llamó la atención, nuestras miradas se encontraron y una ola de desesperación me inundó. No tenía sentido pelear más. Su victoria era segura, igual que la del Caos, y era solo cuestión de tiempo antes de que las fuerzas a las que servían brotaran del Ojo del Terror para borrar el Imperio de las estrellas como si nunca hubiese existido. Incluso el Emperador caería, su alma destrozada para saciar el obsceno apetito de los demonios....

Durante un horrible e interminable instante, me sentí al borde de la locura, luego mi tenaz instinto de supervivencia se puso en marcha, y luché contra aquellos pensamientos, con tanta fuerza como lo había hecho por mi alma en Slawkenberg. A pesar de todos sus esfuerzos, los Poderes Ruinosos no habían logrado reclamar mi alma entonces, y, maldita sea, tampoco lo conseguirían en aquel momento.

Respiré profundamente y aspirando el fragante aroma de Jurgen, entonces volví a ser yo mismo, de repente consciente de que mi ayudante se había unido a mí detrás de los restos fundidos del montón de muebles que nos ofrecían el único refugio a la vista, cogiendo su fusil láser mientras lo hacía, claramente reticente a usar el melta de nuevo con tantos inocentes en su línea de tiro. La imposible pesadilla que el joven psíquico había plantado de alguna manera en mi mente comenzó a disiparse, convirtiéndose rápidamente en algo tan intangible y sin sentido como cualquier otro sueño al despertar.

-¡Mentiroso!-, rugí, y los ojos del joven se abrieron de par en par conmocionado, un instante antes de que un

vengativo rayo de mi pistola laser esparciera su cerebro, junto con la mancha de Caos que lo impregnaba, sobre sus dos compañeros. El sacerdote también se quedó callado, aparentemente ya no bajo la nefasta influencia del soñador, aunque no tengo ni idea de si finalmente recuperó el juicio.

Los dos frenaron su avance, aparentemente ya no tan seguros como antes de la victoria, y la chica se tambaleó un poco, como si estuviese empezando a sentir el efecto de su herida. El viejo también parecía un poco agotado, las antinaturales energías que crepitaban a su alrededor no eran tan potentes como antes, y empecé a sentir una llamarada de esperanza. Parecía que Jurgen estaba interrumpiendo sus poderes incluso a aquella distancia. Entonces una alocada y desesperada idea comenzó a tomar forma.

-Tenemos que acercarnos a ellos-, dije, y Jurgen asintió con la cabeza, aceptando esta orden suicida aparentemente con tanta calma como si acabara de pedir un tazón de tanna.

-Listo cuando usted lo esté, señor-, me aseguró, sacando lo que parecía una bayoneta de enorme tamaño de entre la enorme cantidad de morrales con los que habitualmente se rodeaba, y colocándola en el cañón de su fusil con movimientos rápidos y precisos.

-No lo dudaba-, le aseguré, y disparamos otro par de proyectiles cada uno para distraer a los brujos de nuevo. Detrás de nosotros, el lictor avanzó tambaleándose hasta el marco de la puerta, golpeando aleatoriamente con sus garras dañadas y arrancándole un trozo de bronce dentado,

mientras que los soldados de las FDP supervivientes continuaron disparando a su alrededor con una lamentable falta de puntería**-. ¡Adelante!**

Sorteamos los restos de la barricada, rasgando el dobladillo de mi nuevo abrigo en el proceso, y corrimos hacia los asombrados herejes, disparando a medida que avanzábamos. Ambos retrocedieron un par de pasos bajo el impacto de la lluvia de rayos láser, pero su extraña inmunidad a los disparos pareció mantenerse hasta que nos acercamos a un puñado de metros. La muchacha, con la cara llena de pánico, trató de conjurar otra bola de hirviente destrucción, pero ésta se desvaneció en el aire ante nosotros, y el anciano cayó repentinamente al suelo cuando su escudo de relámpagos desapareció abruptamente. Con un grito de ira y repulsión le separe la cabeza de los hombros con mi espada sierra antes de que tuviera la oportunidad de reaccionar, y la vi rebotar un par de veces antes de quedarse quieta, mirándome con póstuma indignación.

-¿Cómo...?-, empezó a preguntar la joven, antes de que aparentemente comprendiera que le faltaba la mayor parte del torso. Sus rodillas se doblaron, una expresión de aturdida incomprensión pasó brevemente por su cara, y la luz se desvaneció de sus ojos. Mientras caía al suelo, la mueca de desconcertada sorpresa se desvanecía bajo el abrazo de la muerte, y la mayoría de los civiles que nos rodeaban hicieron el signo del aquila y escupieron sobre los tres temblorosos cuerpos.

-Bien hecho, Jurgen-, dije, respirando con dificultad. Pero por supuesto, aún no habíamos terminado. La muerte de los psíquicos había liberado al lictor de su antinatural

influencia, y se lanzó de nuevo al ataque, arrojando a un lado el montón de muebles que le impedía llegar hasta nosotros.

Jurgen y yo nos preparamos para enfrentarnos a la carga del monstruo, mientras los civiles se dispersaban a nuestro alrededor como locos y los soldados de las FDP permanecían confusos, aparentemente temerosos de disparar de nuevo temiendo alcanzar a los civiles. Pero antes de que pudiéramos disparar nuestras propias armas, el rugido de un poderoso motor resonó por el cavernoso edificio y un Chimera apareció de la nada, rebotando en los escalones y derribando lo que quedaba de las puertas, con un sonido como el de un campanario derrumbándose. La cabeza y los hombros de Griffen eran visibles, en la escotilla superior, y ella hizo un gesto con la mano al vernos.

-Siento haber tardado tanto en llegar-, dijo ella**-. Nuestro conductor se rompió el brazo cuando un carnifex trató de hacernos volcar, y nos tomó un momento sustituirle.**

-Su sincronización ha sido impecable-, le aseguré, preguntándome cómo esperaba lidiar con el horrendo horror que aún cojeaba hacia nosotros a un ritmo asombroso a pesar de sus heridas. Los pesados bolters del Chimera serían letales para los civiles que llenaban el lugar si ella hubiera trataba usarlos, y las armas láser montadas en el casco estaban colocadas para cubrir sus flancos. Pero pronto tuve mi respuesta.

En lugar de detenerse para desembarcar a los soldados, como yo esperaba, el vehículo simplemente cargó rugiendo

a través del vestíbulo, aplastando los restos de la barricada a medida que avanzaba, atropellando al asombrado lictor y reduciéndolo a una gran y desagradable mancha bajo sus cadenas antes de que tuviera la oportunidad de reaccionar.

-Buena conducción, Magot.

-De nada, comisario-, me agradeció la alegre y familiar voz de uno de mis interminables problemas disciplinarios, antes de adoptar un ligero aire de perplejidad**-. ¿Cómo supo que era yo?**

-Pura suerte-, le contesté, sintiendo una repentina y abrumadora necesidad de sentarme. Los civiles estaban todos parloteando a mi alrededor, aparentemente tomando mi desesperada carga sobre los psíquicos como confirmación de todo lo que habían oído sobre mi legendario coraje en combate, mientras mi cabeza volvía a latir con fuerza, y nada a mi alrededor parecía tener ningún sentido.

Bueno, casi nada. Jurgen tosió tímidamente, y extrajo un termo de algún lugar de su colección de bolsillos.

-¿Tanna, señor?-, me ofreció. Sin pensarlo, asentí con la cabeza, y luego me estremecí ante el inevitable resultado.

-Gracias, Jurgen-, dije, una vez que mi visión se aclaró de nuevo**-. Creo que nos la hemos ganado.**

CAPÍTULO XXIII

-¿Están seguros de esto?-, pregunté, ocultando con cierta dificultad mi considerable sorpresa.

Keesh asintió.

-Absolutamente. Tuvimos que investigar un poco una vez que identificamos a sus psíquicos, pero hemos sido capaces de establecer sus movimientos durante los últimos años con un cierto grado de precisión-. Nos mostró los datos a través del hololito en el centro de la mesa de conferencias, y Amberley asintió con la cabeza, como si aquello simplemente confirmara algo que ella llevaba sospechando desde hacía mucho tiempo-. **Al parecer tienen un cierto número conocidos en común, como era de esperar, pero nada más lejos de su meseta natal que esto.**

-Podría ser una simple coincidencia-, dije, a pesar del hormigueo en las palmas de mis manos que insistía en lo contrario**-. Todavía hay lagunas en los registros.**

-Eso no es nada sorprendente, dadas las circunstancias-, señaló Amberley con suavidad. Aunque parecía que por fin habíamos puesto en fuga a los tiránidos, conservado todos los grandes centros de población y ya habíamos comenzado a reconquistar algunas de las que habían sido invadidas, la guerra aún estaba muy lejos de haber terminado. La Armada finalmente había destrozado el núcleo de la flota colmena, forzando a lo que quedaba de

ella a retirarse en busca de presas más fáciles, y la lluvia de esporas había cesado hacía ya casi una semana. Sin embargo, había más que suficientes criaturas abandonadas en el planeta como para plantear un serio problema durante mucho tiempo, tanto a la Guardia, como a lo que quedaba de las FDP. Incluso cuando la última de las mesetas fuera finalmente despejada, aún se tendría que lidiar con el incontable número de organismos voraces que pululaban en los desiertos entre ellas.

Al menos aquel era un problema que disminuía cada día. Ahora que ya no tenían que bregar con las naves biológicas, las naves de la Armada hacían todo lo posible por eliminar las mayores concentraciones tiránidas desde la órbita, prestando especial atención a las piscinas de digestión capaces de engendrar refuerzos. Sin embargo, los bombardeos orbitales no podían lograr mucho contra un enemigo tan disperso, y los últimos supervivientes tendrían que ser localizados y rematados a la antigua usanza. Gracias al Emperador aquel ya no sería mi problema. Los humanos ordinarios ni siquiera podían esperar sobrevivir en aquel ambiente infernal, y mucho menos luchar en él, por lo tanto, el honor de declarar finalmente a Periremunda libre de la mancha xenos recaería en uno de los Capítulos de los Astartes.

Asentí mostrando mi acuerdo, aun gratamente sorprendido al notar que aquel movimiento no produjo ninguna nausea. No había estado lo que se dice descansado durante las dos semanas que habían transcurrido desde mi encuentro en la terminal del aeródromo, pero tampoco había visto mucho combate real, dividiendo la mayor parte de mi tiempo entre las tareas rutinarias de mi oficina, tramitando mi petición para una investigación de las Fuerzas de Defensa de

Gavarrone ahora que las cosas se habían vuelto lo suficientemente tranquilas como para poder dedicar algo de atención a aquel asunto, y esquivando a los periodistas locales, cuyos artículos sobre mí en aquellos días ya rayaban en la hagiografía, después de lo que todos pareciesen decididos a creer lo que se decía sobre cómo había sido mi heroica defensa de mil civiles frente una horda de voraces tiránidos y un aquelarre de adoradores del Caos.

La solicitud de Keesh para una reunión privada con el fin de discutir algunos asuntos muy delicados me había cogido por sorpresa (al igual que la presencia de Amberley en la sala de conferencias, aunque esta había sido aún mayor, y sin duda mucho más bienvenida), que había aprovechado muy gratamente, con la esperanza de que el hecho de estar en Principia Mons sin que nadie lo supiera, me permitiera, al menos, pasar los próximos días sin que ningún idiota me molestara para grabarme o me pidiera que comentara un trascendental asunto del que nunca antes había oído hablar.

-Es bastante cierto-, dije. La mayor parte de los registros que estaba mirando habían sido recuperados de Skywest **(1)** por un escuadrón de élite de justicars bajo la supervisión personal de Nyte a las pocas horas de que los tiránidos fueran expulsados de ella, y habían sido clasificados a tan alto nivel de secreto, que no estaba del todo seguro de que siquiera al propio Zyvan se le permitiera leerlos **(2).** Asentí con la cabeza al ver varios nombres, vinculados a los tres que nos interesaban y remarcados con delgadas líneas rojas**-. ¿Alguna de estas personas están disponible para ser interrogadas?**

(1) *La meseta natal de los tres psíquicos a los que Caín y Jurgen se habían enfrentado en Hoarfell.*

(2) *Claro que tenía nivel de seguridad para haberlos leído, en el caso de que yo hubiera encontrado alguna razón para entregárselos.*

-No, a menos que quiera meter la cabeza en la garganta de un tiránido y gritar: "¿Hay alguien en casa?”-, respondió Amberley secamente.

Keesh pareció desaprobar ligeramente la nota de frivolidad del comentario de Amberley.

-Nuestros mejores indicios indican que ninguno de ellos sobrevivió al asalto tiránido a Skywest-, dijo firmemente**-, pero aun podemos sacar determinadas conclusiones por la forma en que parecen haber interactuado entre ellos.**

-Un culto al caos-, dije, reconociendo los signos**-. O al menos una célula local.**

Amberley asintió con la cabeza, sorprendida por la rapidez de mi deducción, pero yo ya me había encontrado con cosas así con la suficiente frecuencia como para darme cuenta de inmediato lo que estaba mirando.

-Esa es también mi conclusión-, dijo Keesh**-. Aunque parece bastante inusual que un grupo tan pequeño tenga tres miembros expertos en hechicería-.** Comentó dirigiendo una inquisitiva mirada a la inquisidora.

-Sí, es bastante raro-, confirmó Amberley**-. Por eso es por lo que la debemos seguir la otra pista lo antes posible-.** Me miró, sonriendo alegremente, e intenté reprimir un escalofrío de aprehensión**-. Afortunadamente, Ciaphas nos ha proporcionado la oportunidad perfecta para hacerlo.**

-¿Lo he hecho?-, pregunté sorprendido señalando al hololito**-. Le concedo que todos ellos visitaron Gavarrone al menos en una ocasión en los últimos cinco años, pero mis asuntos allí tan sólo incumben al personal de las FDP-.** Después de muchos memorándums y de aprovecharme desvergonzadamente de mi reputación para poner las cosas en marcha, finalmente había conseguido que el Munitorum aceptara que yo también pudiera hacer un seguimiento sobre el terreno del incidente de Aceralbaterra, en ausencia de cualquier comisario local capaz de manejar el caso **(3).** Como entretanto no había ocurrido nada más que justificara cuestionar la lealtad de la milicia local, las posibilidades de que resultara ser una completa pérdida de tiempo eran bastante altas, pero al menos me mantendría cómodamente alejado de las operaciones de limpieza durante un par de días**-. No veo cómo puedo seguir con esto también.**

(3) *Aunque las PDF de Gavarrone, en teoría, estaban bajo la jurisdicción de un comisario específicamente asignado a ellos, en la práctica el desafortunado individuo en cuestión había recibido la tarea de supervisar la moral y los asuntos disciplinarios de las PDF de todo el sistema, junto con las de otros treinta y siete mundos imperiales igualmente desperdigados a lo largo y ancho del sector. Como resultado, el Comisario Banning se pasaba casi todo el tiempo en su camarote a bordo de una nave estelar tras otra, bebiendo mucho, y dejando a la gran mayoría de los soldados bajo su cuidado nominalmente en una feliz ignorancia de su existencia.*

-No tendrá que hacerlo-, me aseguró Amberley**-. Pero su investigación sobre el incidente del fuego amigo será la tapadera perfecta para una discreta indagación respecto a otros asuntos.**

-¿Cómo cuáles?-, pregunté, sintiéndome cada vez menos feliz.

Amberley me miró como uno de mis antiguos tutores de la schola progenium, cuando me señalaban que me había perdido algo obvio**-. Bueno, está asumiendo que puede que las FDP de Gavarrone hayan sido infiltradas por los genestealers. Eso es perfectamente posible, por supuesto, pero no olvide que el Imperio también tiene otros enemigos en las sombras.**

-¿Realmente cree que hay un culto al Caos escondido en medio de un feudo de la eclesiarquía?-, pregunté, incapaz de mantener una nota de incredulidad en mi voz.

Amberley se encogió de hombros.

-¿Por qué no?-, preguntó.

Sentí que mi mandíbula se abría y cerraba de forma espasmódica durante un momento antes de poder articular una respuesta coherente.

-Bueno, por un lado, Eglantine y sus arpías cantasalmos los habrían quemado a todos por herejes hace años-, señalé razonablemente.

Amberley simplemente se encogió de hombros de nuevo.

-Si, pero tan solo si se hubieran dado cuenta de su presencia-, dijo ella, completamente imperturbable por mi manifiesta incredulidad**-. Según mi experiencia, la gente como ella tiende a dar por sentado demasiadas cosas.**

-En fin, le haré saber si encuentro algo-, dije, con la esperanza de trasladar la conversación hacia un terreno más seguro. La sonrisa de Amberley se ensanchó, y sentí que el escalofrío de aprensión crecía y se hacía más fuerte en mi interior.

-Eso no será necesario-, me aseguró alegremente**-. Yo le acompañaré-.** Luego sonrió coqueta**-. Siempre he pensado que el uniforme me queda muy bien.**



No me sorprendió que tuviera razón sobre eso, lo cual fue un consuelo para mí. Me sonrió con picardía bajo su gorra del uniforme estándar valhallano, cuyo oscuro color contrastaba perfectamente con su pálida tez y su cabello rubio. El abrigo que lo acompañaba estaba desabrochado, revelando un uniforme muy bien rellenado, aunque me sorprendió que no llevara chaleco antibalas.

Lo cierto es que se suponía que aquella no era una misión de combate. En cualquier caso, no me cabía duda alguna de que estaría tan discretamente protegida como lo había estado en Gravalax, a pesar de la ausencia de equipos visibles.

-¿Qué tal estoy?-, me preguntó, mientras tomaba un sorbo de amasec de la copa de cristal que tenía en la mano.

Estábamos sentados en el compartimento delantero de su Aquila, que había sido repintado para la ocasión con los monótonos colores del Munitorum, y que ahora parecía, al menos desde el exterior, un anodino transporte de carga que no había visto el interior de una bahía de mantenimiento desde las Guerras Góticas. En otras palabras, precisamente aquel era el tipo de nave que yo podría haber solicitado para transportarme en una misión administrativa de baja prioridad. (aunque claro, en ese caso la nave hubiera sido considerablemente menos cómoda, eso, por supuesto por no hablar de las armas de fuego tan astutamente escondidas.)

-Muy atractiva-, le aseguré con total sinceridad**-. Pasarás sin problema por un soldado, si nadie te mira demasiado de cerca-.** Lo mismo se aplicaba para el resto de su equipo, supongo. Después de todo, al lado de Jurgen, hasta Simeón parecía un soldado de asalto. Con sus implantes ocultos bajo el tradicional abrigo y gorro valhallano, se veía más humano de lo que jamás lo había visto antes, aparte de contar con una dosis masiva de algún tranquilizante u otro calmante que reducían su habitual gama de tics. Pelton también parecía un soldado, sin la menor duda, sus años en los Arbites contribuyeron al aire de disciplinada eficiencia que le proporcionaba el uniforme.

Por supuesto, el eslabón débil era Zemelda, pues pese a todos sus esfuerzos, para alguien familiarizado con la Guardia Imperial no sería nada más que una simple civil vestida con un uniforme prestado. Sin embargo, había hecho todo lo posible, incluso había devuelto su cabello a su color natural para la ocasión, el cual resultó ser un tono de marrón bastante agradable. Ante la implacable determinación de Amberley de llevarla consigo, cedí ante lo inevitable, sugiriendo simplemente que añadiéramos a su atuendo un par de vendas para dar la impresión de que había sufrido recientemente una herida en la cabeza durante los combates. Cualquiera que notase alguna postura o comportamiento extraño podría atribuirlo al tipo de desorientación con la que yo mismo me había familiarizado en las últimas dos semanas. Ciertamente era una esperanza débil, pero como íbamos a tratar con personal de las FDP, que básicamente eran civiles uniformados, era bastante seguro que nos saliéramos con la nuestra.

Ni que decir tiene que Zemelda estaba tan entusiasmada con aquella oportunidad de disfrazarse y actuar, como cuando se la pidió que se hiciera pasar por la criada de una dama de alta alcurnia, por lo que tuve que calmar sus ánimos y convencerla en términos claros e inequívocos para que no hiciera muecas como una momia en una obra de misterio **(1).**

(1) *Una costumbre común en muchos de los mundos alrededor del Golfo de Damocles, en los que los ciudadanos celebran festivales sagrados con representaciones teatrales no profesionales extraídas de la vida de los santos o del Emperador, en las que el material devocional acababa inexplicablemente ligado a la más vulgar de las comedias.*

Al menos, para mi intenso alivio, tanto Rakel como Yanbel se habían quedado atrás, ya que incluso el implacable optimismo de Amberley se había rendido a la posibilidad de intentar disfrazar a cualquiera de ellos como si fueran soldados.

Tome un sorbo de mi propio amasec, tratando de calmar el cosquilleo de aprensión en mi estómago. Ella sabía lo que estaba haciendo, por supuesto, aquello era algo que yo daba por sentado; el problema era que no tenía ni idea de porqué me sentía así. La teoría parecía bastante sólida: infiltrar a su gente con la tapadera de ser mi escolta, lo cual no debería sorprender a nadie, ya que contar con una de ellas estaba dentro de los límites del protocolo establecido para el tipo de investigación que yo estaba llevando a cabo. Después de todo, si los de Gavarrone resultaran estar plagados de híbridos, difícilmente podría confiar en sus propios camaradas para que me apoyaran en una confrontación física.

Con aquella sombría posibilidad en mente, yo tenía la intención de llevar a Lustig o al equipo de Griffen conmigo, hasta que Amberley me propuso aquella impostura, y la verdad es que aun así hubiera preferido haber contado con ellos. No tenía ninguna duda de la capacidad de lucha de su gente, si se daba el caso, pero no había entrado en acción con ellos tan a menudo como con los valhallanos, y no podía confiar en ellos para que me cubrieran las espaldas de la misma manera. Su lealtad principal sería hacia Amberley, a la Inquisición, y a cualquier misión en la que estuvieran involucrados. No tenía ninguna duda de que si surgiera un conflicto de intereses me dejarían colgado sin dudarlo ni tan solo un segundo. No sólo eso, todavía no tenía más que la más vaga idea de lo que podrían hacer una vez que

hubiéramos llegado a nuestro destino, y tengo que admitir que probablemente aquello era lo mejor. Si hubiera sabido lo que esperaban encontrar, pueden estar seguros de que habría estado aún más aprensivo de lo que ya me sentía.

Al menos sabía que podía confiar totalmente en Jurgen, y decidí mantenerme lo más cerca posible de él, a pesar de las obvias desventajas de dicha acción. Había aceptado la necesidad de dejar atrás su juguete favorito, pues un melta difícilmente encajaría con el equipo que un ayudante de un comisario llevaría consigo en una rutinaria misión de investigación, pero aun así estaba claramente descontento por haberlo tenido que dejar en la base, sin duda anticipando la posibilidad de que se presentasen problemas. (Lo cual, dada la forma en que se habían ido desarrollando los acontecimientos desde que habíamos llegado a aquella broma de la naturaleza abandonada por el Emperador, difícilmente podía culparlo por ello.) Al negársele el consuelo de una gran potencia de fuego, se quedó desplomado en su asiento, con su fusil láser estándar en las rodillas, comprobando obsesivamente el funcionamiento de cada componente y recitando en voz baja una y otra vez la letanía apropiada del Libro de Armamento. Por lo menos mantuvo su mente alejada de sus habituales mareos, algo por lo que di gracias al Emperador y a sus pequeñas misericordias, y traté de obtener una imagen del feudo de Gavarrone mientras Pontius daba vueltas alrededor del mismo, preparándose para llevar el trasbordador hacia la plataforma de aterrizaje del cuartel principal de las FDP.

Al sobrevolar la zona mi primera impresión fue de orden, al contrario que en las otras mesetas que había visitado desde mí llegada a Periremunda, donde imperaba una caótica expansión tanto de las zonas urbanas e industriales como

de la propia naturaleza. En aquel caso se respiraba planificación, anchas y rectas carreteras atravesaban campos bien cuidados, en los que cualquier maleza o flor silvestre que tuviera la temeridad de crecer fuera de las zonas asignadas era eliminada tan despiadadamente como si de un hereje se tratase, y delimitados por setos podados para tener forma rectangular, cuyas esquinas parecían formar ángulos rectos perfectos. Asimismo, la ciudad por la que pasamos estaba dispuesta con igual precisión geométrica, sus calles formaban una precisa cuadrícula, que conducía naturalmente a una enorme plaza situada en el centro de la misma, donde el templo al Emperador se elevaba majestuosamente hacia el cielo, en una profusión de contrafuertes, almenas y un excesivo número de estatuas.

-Parece una ciudad de juguete-, comentó Zemelda, con un cierto tono de desaprobación, sin duda comparándola desfavorablemente con el reconfortante caos imperante en Principia Mons, y asentí con la cabeza. La implacable perfección que nos rodeaba, sin duda con la intención de mostrar devoción a Él hasta en los pequeños detalles de la vida cotidiana, me pareció absolutamente estéril, tan ajena a la caótica psique humana como la suave funcionalidad de la arquitectura Tau **(1)**. Estiró el cuello tratando de tener una vista mejor de algo que le había llamado la atención y añadió**-. ¿Es ahí a dónde vamos?**

(1) *En el momento de escribir este artículo, Caín aún no había visitado ninguno de los mundos de los tau, pero ciertamente estaba familiarizado con su estilo arquitectónico desde sus aventuras en Gravalax, y posiblemente por ello estableció esa analogía, en lugar de ser el producto de varias décadas de estudio, como podría deducirse de otra manera.*

-No-. Negó Amberley con la cabeza**-. Ese es el convento. Nosotros vamos a aterrizar en la pista de aterrizaje de las FDP.**

Aunque traté de hacer caso omiso, al final no pude resistirme a echar una mirada en la dirección que indicaba. Al parecer la Orden de la Rosa Blanca no estaba precisamente bajo los votos de pobreza. El convento tenía más en común con la mansión de cualquier noble provincial de algún mundo agrícola que otra cosa, con largos edificios de un deslumbrante color blanco, que se alzaban hasta un máximo de tres pisos y formando una compleja serie de formas cuadradas entrelazadas por jardines con fuentes y parterres donde las flores eran ligeramente mecidas por una suave brisa. Otros espacios abiertos, también perfectamente cuadrados, tenían claramente propósitos más prácticos, donde pudimos ver a las Hermanas realizando ejercicios con sus servoarmaduras o bien practicando técnicas de combate con una precisión tal que incluso el Sargento Lermie **(2)** les habría dado su aprobación, aunque de mala gana, o lleno de brillantes VCB **(3)**, concretamente Rhinos, pintados de color negro y adornados con iconografía votiva que los hacía parecer más capillas móviles que instrumentos para hacer la guerra. La cantidad de detalles que pude ver era asombrosa, puesto que nuestro destino se suponía que estaba a varios kilómetros del lugar, y sentí una familiar sensación de hormigueo en las palmas de mis manos, bajo mis guantes. Mal asunto.

2 El principal instructor de combate del 597ª.

3 VCB: Vehículos de Combate Blindados (AFV en el original, Armored Fighting Vehicles).

-¿No nos estamos acercando demasiado a su espacio aéreo?-, pregunté, y Amberley asintió.

-Así es-, me confirmó, sonando más intrigada que alarmada por aquel hecho, y usó su vox para comunicase con el piloto**-. Pontius, ¿va todo bien?**

-¿Inquisidora?-. Nuestro piloto sonaba realmente desconcertado por la pregunta**-. Estoy siguiendo las coordenadas proporcionadas por el controlador de tráfico local. ¿Quieres que interrumpa la operación de aterrizaje?**

-No, aun no-, negó Amberley pensativa, como si una seria sospecha que había albergado en su mente comenzase a confirmarse**-. Sigámosles el juego y veamos que ocurre-.** Me miró y sonrió**-. Creo que acaban de cometer su primer error-,** dijo, con un claro tono satisfecho en su voz**-. Realmente debes haberle puesto nervioso.**

-¿A quién?-, le pregunté**-. ¿A Metheius?**

Amberley volvió a asentir con la cabeza.

-Si, probablemente también a él-, me respondió. Aquella vieja y profundamente desagradable sensación de que no me estaban contando todo lo que estaba pasando empezó a crecer en mí interior, pero no tenía sentido dejar que mi inquietud se manifestara, así que simplemente miré hacia donde estaba sentado Jurgen. Parecía satisfecho por fin con

el estado de su fusil, y colocó la célula de energía en su sitio con una firme determinación que sin duda nos reconfortó a ambos.

-Comenzamos la aproximación final, señora-, informó Pontius unos momentos más tarde, y volví a mirar hacia afuera, tratando de orientarme.

De repente desaparecieron los amplios prados que rodeaban el convento, junto con todo lo demás, excepto una panorámica del desierto de la llanura que rodeaba el altiplano, y de repente me di cuenta de que estábamos sobrevolando el perímetro de la meseta. Sin embargo, a diferencia del puerto estelar de Hoarfell, allí no había ningún vallado que impidiera que un incauto acabara cayendo por error por el insondable precipicio, y no por primera vez me encontré preguntándome si a las bienaventuradas Hermanas no las faltarían un par de cuentas en el rosario **(4).** En cualquier caso, sólo tuve tiempo de notar un breve parpadeo actínico en las nubes que descendían hacia el suroeste, como el rayo más brillante imaginable, antes de que la hierba verde y lisa volviera a estar bajo de nosotros, mucho más cerca en esta ocasión. Pasamos por encima de una arboleda de árboles frutales, cuyas ramas ondeaban perezosamente ante la brisa generada por nuestra nave, y rozamos un par de techos de rojas tejas, en los que se podían observar los motivos repetidos del Aquila y la flor de lis en tonos con fuerte contraste.

(4) Lo más probable es que confiaran en que el Emperador los protegiera del daño; Lo cual, tal y como resultó todo, no dejó de ser una tremenda ironía.

-Iniciando la última maniobra aproximación-, nos indicó Pontius, un momento antes de detener por completo nuestro movimiento, y la sensación familiar de vacío en la boca del estómago combinada con la audible incomodidad de Jurgen bastaran para informarme de que estábamos descendiendo verticalmente hacia la pista de aterrizaje. Las paredes blancas se elevaron en las ventanillas, hasta bloquear nuestra línea de visión por todos lados, y un momento después un leve golpe resonó a través del fuselaje cuando nuestro tren de aterrizaje hizo contacto con la superficie de la plataforma. Acto seguido Pontius apagó los motores dando por finalizada la maniobra.

-Bien-, dijo Amberley, poniéndose en pie con decisión**-. Vamos a ver qué es lo que está pasando aquí.**

Asentí con la cabeza y seguí su ejemplo.

-Jurgen-, llamé, y esperé a que mi ayudante tomara su posición habitual a mi lado, antes de saborear mi pequeño momento de gloria al adoptar mi papel en aquella historia. Levanté la mano para impedir que Amberley liderara la salida del compartimiento de pasajeros y en tono marcial de la orden pertinente.

-Continúe, cabo-, le dije.

-Comisario-. Me contesto ella saludando marcialmente, recordando el papel que había asumido a la vez que su rostro adoptaba un gesto divertido, y formó a los demás en una pasable formación para un equipo reducido **(1)** que me siguió por la rampa, con sus armas de fuego preparadas en

sus manos. Jurgen había colgado su propia arma del hombro, como era su costumbre en aquellas ocasiones, para así poder estar seguro de tener las manos libres para responder más fácilmente a cualquier petición que yo le hiciera.

***(1)** Un equipo de combate reducido en número por las bajas, pero aun así en condiciones de ser desplegado efectivamente. Los equipos reducidos o escuadras cortas son comúnmente conocidas por los soldados como "remanentes", y son una característica común de muchos pelotones de la Guardia, donde a menudo son poco más que equipos de combate independientes en todo salvo en el nombre.*

Salimos a una amplia pista de aterrizaje, rodeados por los edificios blancos del convento, y un grupo de Hermanas con servoarmadura se acercó a nuestro encuentro, con los bolters preparados. Con la creciente sensación de aprensión que me constreñía el estómago, asentí con la cabeza en un saludo afable y esperé tranquilamente a que se acercaran.

Mientras nuestros pies pisaban la pista de rococemento, Pontius volvió a encender sus motores, y el Aquila se elevó suavemente en el aire a nuestras espaldas. La salida inmediata de nuestro transporte sería perfectamente normal si fuéramos lo que pretendíamos ser, y lo último que queríamos hacer era dar a nuestros invisibles adversarios, si es que estos existían, la más mínima pista de que había algo fuera de lo común en mi misión. Sin embargo, en lugar de regresar a Principia Mons, Pontius se detendría en las inmediaciones de Gavarrone, ocultándose por debajo del borde de la meseta, en un punto ciego que impediría que cualquier sistema local de auspex pudiera localizarlo.

A medida que el rugido de sus motores se desvanecía, me di cuenta de un tenue estruendo a lo lejos, como si fuera

artillería lejana, y recordé el destello de luz que había visto desde el aire.

-¿Truenos?-, preguntó Jurgen, mirando sospechosamente al cielo.

Amberley agitó la cabeza.

-La Armada-, dijo**-. Debe haber una gran concentración de tiránidos cerca de aquí.**

-Genial-, murmuré en voz baja, provocando una breve y poco militar sonrisa de la disfrazada inquisidora, antes de que se reafirmara en su papel. Asumiendo un aire confiado, avancé en dirección a la Hermana Superiora de la escuadra de Hermanas de Batalla que se nos acercaba, y levanté la mano en un saludo formal.

-Comisario-. La mujer me devolvió el gesto con brusquedad, con su flequillo rubio ceniza ondeando mientras lo hacía, y noté que el tatuaje de la flor de lis en su mejilla derecha estaba dividido en dos por una delgada línea blanca de tejido cicatrizado. Esto, tanto como sus modales, la señalaba como una guerrera veterana, y alguien con quien no se podía jugar. Bueno, me parece justo, tampoco se podía jugar conmigo**-. Bienvenido al Convento de la Rosa Blanca.**

Sus ojos me estudiaron y acto seguido hicieron lo propio con Amberley y a su séquito, evaluando cualquier amenaza potencial que pudieran plantear, y llegando claramente a la

conclusión de que no presentaban amenaza alguna-. **-No me informaron de que vendría acompañado.**

-Mi ayudante, el artillero Jurgen-, la dije, señalándole con un gesto de la mano**-. Siempre me acompaña en asuntos oficiales-.** Miré a Amberley, haciendo una pausa como si apenas supiera quién era**-. Y aquí la cabo Vail, al mando de mi escolta.**

-Señora-, dijo Amberley, saludando y, para mi sorpresa, adoptando una perfecta postura de descanso, como si realmente estuviese esperando nuevas órdenes.

Todos los demás permanecieron en su sitio, con las armas preparadas, pero sin apuntar, lo que era igual de bueno si se tiene en cuenta que nos superaban en número dos a uno y que las Hermanas tenían servoarmaduras y bolters.

-Esto es un inesperado placer-, dije, decidido a mantener la iniciativa**-. Se me dio a entender que aterrizaríamos en la guarnición de las Fuerzas de Defensa Planetaria.**

-La decisión de desviarles aquí fue tomada al más alto nivel-, me aseguró la Hermana de Batalla, con un aire ligeramente reverencial que hizo que se me pusieran los pelos de punta. Zyvan y Keesh conocían, y habían aprobado, el plan que estábamos siguiendo y, aparte de Amberley, yo no tenía conocimiento de ninguna autoridad superior en el planeta. Pero claro, en la eclesiarquía tendían a seguir sus propias reglas respecto a que se define como "*autoridad superi*or", así que comencé a preguntarme si

después de todo habría sido buena idea irrumpir en uno de sus reinos de bolsillo sin ser invitado. La acorazada mujer se giró, indicándonos que la siguiéramos, y rodeados como estábamos por fanáticas fuertemente armadas, es fácil de entender que yo no estaba dispuesto a discutir con ella**-. Si me acompañan, el inquisidor se lo explicará todo.**

CAPÍTULO XIV

-¿Inquisidor?-. Repetí perplejo, lanzándole, a mi pesar, una rápida mirada de reojo hacia Amberley, pero ella se mantuvo estoicamente en su papel de un cabo valhallano, y nadie más pareció darse cuenta de mi momentáneo lapsus. La Hermana Superiora asintió mientras yo caminaba a su lado, con el resto de su escuadrón formando alrededor de nuestro pequeño grupo de tal manera que, a pesar de la apariencia de una guardia de honor, no tenía ninguna duda de que nos ejecutarían en una intensa granizada de fuego en el mismo instante en que hiciéramos cualquier cosa que ellas interpretaran como indecorosa, y nos dirigimos a través de la pista de aterrizaje hacia la amplia entrada en uno de los edificios.

Recuerdo que el aire parecía increíblemente fresco, sin duda por nuestra proximidad al borde del césped, perfumado con las fragancias de la hierba recién cortada y de las flores de los árboles frutales, que eran fácilmente perceptibles incluso a través del aroma más mundano de Jurgen.

A aquella altitud, el sol era claro y brillante, proporcionando un poco de calor, aunque la brisa transportaba el suficiente frío como para justificar mi abrigo y los de mis compañeros. Los verdaderos valhallanos habrían despreciado tales prendas, claro está, prefiriendo quedarse en mangas de camisa hasta que se observara al menos una decente capa de escarcha a su alrededor, pero, misericordiosamente, las Hermanas parecían ignorantes de aquel hecho.

-Su presencia aquí es un secreto-, me explicó, como si eso fuera obvio**-. Estoy segura de que comprende la necesidad de discreción en estos asuntos.**

-En efecto-, dije, asintiendo gravemente con la cabeza, a pesar del torbellino de confusión en el que se acababa de sumergir mi mente. Amberley no parecía demasiado sorprendida por aquel sorprendente giro de los acontecimientos, lo que me llevó a sospechar, con bastante acierto, que ella había estado al tanto de la presencia de ese otro inquisidor en el planeta desde el principio. Por algunos de los comentarios que había hecho desde el comienzo de nuestra asociación, yo tenía la impresión de que no todo el mundo en la Inquisición seguía el mismo manual, por así decir, pero nunca se me había ocurrido hasta entonces que su verdadero objetivo sobre Periremunda podría ser uno de sus propios colegas. Si aquel era el caso, por supuesto.

Suprimí mi confusión lo mejor que pude, y traté de sonar tan calmado y natural como mi anfitriona.

-Hay batallas que han sido ganadas o perdidas por una palabra descuidada.

-Bien dicho-, dijo una nueva voz al entrar en un gran atrio de mármol adornado con iconos del Emperador y la inevitable flor de lis, de cuya vista ya comenzaba a sentirme un tanto harto. El orador era un hombre bien musculado, de pelo castaño y ojos marrones, que parecía de mediana edad, aunque había visto a demasiados centenarios que parecían tener la mitad de su edad gracias a un entusiasmo excesivo por los tratamientos de rejuvenecimiento como

para tomar su apariencia física como un indicador fiable de su edad real.

Cuando nuestro pequeño grupo entró en el edificio, se levantó de un banco, junto a un enrejado asfixiado con rosas de olor dulce y del color de la nieve recién caída, para saludarnos, sonriendo afablemente, y me tendió su mano para estrechar la mía**-. Veo que su reputación no es exagerada.**

-Más de lo que cree-, respondí, aceptando confiado su mano, ya que mis dedos augméticos serían más que adecuados para contrarrestar cualquier intento sutil de desconcertarme aplicando una excesiva presión. Sin embargo, su apretón de manos fue firme y decidido, sin más. Evidentemente nuestro peculiar anfitrión sintió que no tenía necesidad de recurrir a juegos infantiles para establecer su estatus. Para mi sorpresa, se rió cuando le solté la mano, como si yo acabara de decir algo desmesuradamente ingenioso.

-Lo cual es precisamente lo que se esperaría que dijera un hombre como usted-. Alisó el frontal de su negro atuendo, que se había arrugado un poco, y asintió a la Hermana Superiora**-. Hermana Cáritas, ¿podría ocuparse de que atiendan a los amigos del comisario? Debe haber en el refectorio algo aceptable para el paladar de los soldados.**

-Muy considerado-, dije, decidido a no parecer desconcertado en lo más mínimo por cualquier cosa que ocurriera, aunque era comprensiblemente reacio a separarme de Amberley en este momento.

Después de todo, ella sabía mucho más de lo que estaba pasando que yo**-. Pero no se los lleve demasiado lejos. Tenemos asuntos en la guarnición de las FDP, y los necesitaré para entonces.**

-Le estarán esperando cuando esté listo para irse-, me aseguró el extraño inquisidor. Asentí con la cabeza.

-Retírense-, le dije a Amberley, y ella volvió a saludar.

-Comisario-. Se volvió hacia los demás, adoptando el tono de un suboficial subalterno amonestando a sus subordinados con tanta precisión como si lo hubiera sido desde la Primera Fundación.

-Bien, todos somos invitados en la casa del Emperador, así que espero que actúen como tal. Mostrad el debido respeto a las Hermanas, cuidad vuestros modales y por supuesto, vuestro maldito lenguaje.

-Sí, cabo-, dijo Pelton con seriedad, y los demás asintieron con la cabeza, desempeñando su papel hasta el final. Mientras se formaban para salir, hice un gesto a Jurgen para que se quedara.

-Síganme por favor-, dijo la hermana Cáritas, con sus labios apretados en una delgada línea de desaprobación, y condujo al pequeño grupo de pseudovalhallanos y al resto

de su escuadrón, que para mí tácito alivio se retiró con ellos. El inquisidor miró a Jurgen, y arqueó una ceja.

-Jurgen es mi ayudante personal-, le expliqué suavemente**-. Su autorización de seguridad es tan alta como la mía.**

Tras un momento de vacilación, el hombre vestido de negro asintió, con una pizca de diversión en sus ojos**-. Por supuesto, no hay problema en que le acompañe.**

-Si estuviera en su lugar probablemente también me gustaría contar con un poco de apoyo -. Inclinó su cabeza hacia un arco que llevaba más adentro del complejo**-. Tal vez le gustaría almorzar mientras hablamos.**

-Ciertamente agradecería una explicación-, comenté, tratando de ocultar mis cartas. No tenía ninguna duda de que, a pesar de su comportamiento afable, aquel hombre era extremadamente peligroso, y sin Amberley para darme una pista, mi mejor opción sería animarlo a hablar, y esperar a que, con la ayuda del Trono Dorado, yo fuera capaz de encontrarle sentido a la situación sin revelar lo poco que realmente sabía de lo que estaba pasando**-. Quién es usted y por qué me ha desviado de mi ruta sería un buen comienzo.**

-Mi querido amigo, qué negligente he sido. Soy el Inquisidor Killian, del Ordo Heréticus.

Seguimos caminando mientras hablábamos, deambulando por un laberinto de pasillos lo suficientemente ancho como para que un Salamander pudiera circular sin apenas dificultad. Mi peculiar anfitrión me guió a través de una puerta hacia lo que evidentemente era un área de habitaciones para huéspedes, sorprendentemente bien decoradas para una institución tan presumiblemente austera. Grandes puertas deslizantes en uno de los extremos del salón daban a un césped bordeado de más rosales, y señaló hacia él un poco apresuradamente mientras Jurgen nos seguía hacia la habitación, precedido como siempre por su aroma personal**-. ¿Quizás le gustaría cenar al aire libre?**

-Como usted prefiera-, dije suavemente, siguiéndole hasta el jardín. Al hacerlo, algo pasó por encima de mi cabeza, un servocráneo sosteniendo incongruentemente una sopera de plata, y me di la vuelta para seguirla mientras se preparaba para depositar su carga sobre una mesa de hierro forjado en medio de un aromático cenador. Alguien ya estaba sentado allí, un tecno-sacerdote de rostro inexpresivo, que se puso de pie lentamente mientras nos acercábamos. Killian notó mi reacción con una sonrisa irónica.

-No se preocupe, estos son completamente inofensivos-, me aseguró. Señaló hacia el tecnosacerdote**-. Ya que insiste en que su asistente le acompañe, estoy seguro de que no le importará extenderme la misma cortesía.**

-Por supuesto que no-, le dije. Extendí mi mano, y para mi alivio el sacerdote me la estrechó con la suya, en lugar de usar una de los mecadendritas que oscilaban

suavemente sobre sus hombros**-. El escurridizo magos Metheius, supongo.**

Mi conjetura dio evidentemente en el clavo, ya que el tecnosacerdote dio un paso atrás mientras yo lo decía, y miró sorprendido a Killian desde debajo de la capucha de su túnica. No le quedaba suficiente carne en la cara para formar una expresión de sorpresa, pero después de una reacción como esa, tampoco es que hiciera falta.

-Entiendo que ha estado hablando con Lázurus-, dijo Killian, señalándome una de las sillas vacías alrededor de la mesa e invitándome con un gesto a que me sentara. Todavía jugando con la farsa de los buenos modales, le seguí el juego, aprovechando la oportunidad para asegurarme de que mi espada sierra estaba suelta en su vaina mientras la apartaba para sentarme. Killian se dio cuenta de mi pequeño gesto, pero decidió ignorarlo, señalando en su lugar a la selección de viandas que teníamos ante nosotros**-. ¿Puedo ofrecerle un trozo de pastel de cottleston?**

-Hemos intercambiado algunas palabras-, admití suavemente, rechazando la bandeja que me ofrecía**-. En la reunión informativa que su asesino interrumpió. Porqué deduzco que era uno de los suyos-.** Era una conjetura razonable, el Ordo Heréticus trataba normalmente con brujas y psíquicos rebeldes como algo natural, y era mucho más improbable que la mayoría de las otras instituciones Imperiales tuviesen acceso a ese tipo de “*recursos*”.

-Lo era-, admitió Killian, sin un avergonzarse ni un ápice. Quitó la tapa de la sopera, y se sirvió un tazón lleno de sopa de cola de Grox, que procedió a sorber apreciativamente**-. ¿Está seguro de que no quiere probar esto? Está bastante bueno. Le agregan una hierba local que crece de forma silvestre en algunas de las mesetas bajas. Será mejor que lo disfrutemos mientras podamos, supongo que no quedara mucho de ella ahora que los tiránidos han pasado por allí.**

-A riesgo de parecer un poco descortés-, dije cuidadosamente**-, no soy del todo optimista en cuanto a comer nada de lo que me ofrece un hombre que ya ha atentado contra mi vida en varias ocasiones.**

-No me siento ofendido-, me aseguró Killian**-. Pero si todavía le quisiera muerto, simplemente habría ordenado a las Hermanas que se ocuparan de ello tan pronto como hubiera descendido del transbordador. Dudo mucho que incluso un hombre de su formidable destreza en combate pudiera siquiera soñar en someter a todo el convento.**

Bueno, aquello sonó bastante razonable, y por otro lado, en aquel instante yo estaba hambriento, así que dejé mis dudas a un lado y empecé a comer, encontrando la comida tan sabrosa como mi extraño anfitrión me había prometido. Para mi sorpresa, Jurgen rechazó casi todo lo que no fuera carne fría con pan, permaneciendo lo suficientemente cerca de mi espalda como para decorarla con una constante llovizna de migas, su fusil colgando suelto sobre su hombro donde podía tomar la empuñadura y girarla para disparar desde la cadera en un instante, un pequeño truco que había tomado a más de un enemigo fatalmente por sorpresa en

otras ocasiones. Por supuesto, Metheius no probó bocado alguno.

-Me alegra oír que ha cambiado de opinión-, dije, deslizando una porción de pastel en mi plato. A esas alturas, él ya lo había probado, y aunque no era una indicación infalible de que fuera inofensivo, definitivamente parecía más seguro que cualquier cosa que yo no le hubiera visto tocar todavía**-. Aunque sigo estando bastante confuso sobre por qué quería matarme.**

Killian agitó una mano y se tragó una cucharada de sopa.

-Mi querido Caín, ambos somos hombres de la galaxia. No hay necesidad de fingir ignorancia, aunque estoy seguro de que Lázurus estaría encantado de escuchar lo diligentemente que usted se ha adherido a su papel. Él buscó su ayuda tan pronto como se dio cuenta de que estaba en Periremunda, ¿no es así?

-Si, contacto conmigo apenas puse un pie en el planeta-, dije con cuidado, manteniéndome lo más cerca posible de la verdad. Estaba tan seguro como podía estar que el afable lunático que tenía al otro lado de la mesa no era un psíquico, o sin duda habría reaccionado tan violentamente a la presencia de Jurgen como lo hacía Rakel, así que no tenía miedo de que fuera capaz de sacarme la información que quería directamente de mi mente. Pero sin duda sería tan hábil como Amberley en la lectura del lenguaje corporal, y no había forma de saber con qué sistemas de monitoreo biométrico podría haber sido mejorado Metheius, así que no tenía sentido tentar a mi

suerte con mentiras directas a menos realmente tuviera que hacerlo. Killian asintió pensativo**-. Parecía bastante ansioso por establecer el paradero de su amigo aquí presente.**

-Eso pensaba-, dijo, creyendo claramente, como yo había supuesto, que había estado en contacto con Lázurus algún tiempo antes de nuestra primera reunión en el edificio del Arbites, lo que en sí mismo era significativo-. También comprendí que no tenía idea de la presencia de Amberley en Periremunda**-. Sabía que usted había estado en Perlia, así que debe haber pensado que podía confiarle el secreto.**

-Sé un poco más de lo que debería sobre lo que encontré en el Valle de los Demonios-, admití. Le dirigí a Metheius una dura mirada**-. Y, evidentemente, sobre quién fue el responsable de todo aquello-.** Volví a centrarme en Killian**-. Aunque debo admitir que me sorprende encontrarle dando santuario a un traidor. Pensaba que la Inquisición y el Adeptus Mechanicus eran socios en el proyecto.**

-Parte de la Inquisición-, puntualizó Killian, untando mermelada de arándonos en una tostada. Dio un mordisco, y me miró sombríamente mientras masticaba y tragaba, evidentemente ordenando sus ideas**-. Es bastante difícil de explicar a un extraño, pero a pesar de lo que pueda creer, la Inquisición está lejos de estar tan unida como imagina en su batalla contra las fuerzas malignas que amenazan al Imperio-.** Por supuesto, yo ya lo sabía por Amberley, pero me las arreglé para parecer vagamente sorprendido, lo que, como yo quería, le animó a seguir adelante**-. El artefacto recuperado en Perlia fue**

entregado a la custodia del Ordo Xenos, que era el curso de acción correcto y apropiado en ese momento, pero después de que Metheius descubriera su propiedad más llamativa, claramente se convirtió en un asunto para el Ordo Hereticus.

-Me imagino que hubo algún debate sobre el asunto-, le dije, incitándole a continuar, y preguntándose de qué, en el nombre del Emperador, estaría hablando.

Metheius asintió.

-Lo hubo. Varios de los tecnosacerdotes estuvieron de acuerdo conmigo en que el Ordo Heréticus debía ser informado de inmediato, aunque la mayoría estaba a favor de mantener el apoyo del Ordo Xenos, no queriendo arriesgarse a una disputa jurisdiccional sobre el tema.

Su voz adquirió un timbre de agitación muy en desacuerdo con los tonos medidos que había mantenido hasta ahora.

-¡Apenas podía creer su estupidez! Finalmente teníamos frente a nosotros la clave para erradicar el azote del Caos de la galaxia, por fin al alcance de la mano, y aun así, ellos no fueron capaces de tomar decisión alguna. Así que me encargué de informar al inquisidor Killian de lo que habíamos descubierto, seguro por lo que sabía de él de que haría buen uso, y sin vacilación alguna, de aquella devastadora arma contra el Gran Enemigo.

-Entiendo que ya se habían conocido anteriormente-, deduje, preguntándome de qué estaría hablando en ese momento. Si realmente hubiera descubierto lo que hacía aquella cosa, el *Shadowlight*, y era tan peligrosa como parecía, usarla me parecía ciertamente una muy mala idea.

-Si, ya nos conocíamos-, confirmó Killian**-. Metheius me había ayudado a erradicar un culto herético entre los tecnosacerdotes de una estación astropática secundaria algunos años antes, y era consciente de mi compromiso de usar todas las armas posibles en nuestra lucha por la supervivencia.**

-Ya veo-, dije, las piezas comienzan a encajar por fin**-. Así que trató de intervenir, y desde el Ordo Xenos le dijeron que se lo dejara estar-.** Podría pensarse que era un comentario un tanto temerario por mi parte, pero he llegado una y otra vez a la conclusión, de que a menudo pinchar el orgullo de alguien con un comentario inesperado y directo puede hacer que este revele más de lo que pretendía.

-Mas o menos-, admitió Killian encogiéndose de hombros**-. Desafortunadamente, mi intervención no hizo más que avisarles de que algo estaba ocurriendo en el Valle de los Demonios y de que los tecnosacerdotes de dicha instalación estaban demasiado asustados para informar. Sin duda habrían enviado un equipo de inspección para resolver el asunto, si los orkos no hubieran invadido el lugar.**

-Lo recuerdo-, dije con tristeza. Incluso después de todos estos años, y todos los otros horrores que había visto desde

entonces, la desesperada lucha por la supervivencia que había experimentado en aquel infeliz mundo de vez en cuando todavía desvelaban mis sueños.

-Fue como una señal del mismo Emperador-, dijo Killian, con un brillo de locura en el fondo de sus ojos**-. No podía dejar que el artefacto cayera en manos de los orkos, y con el en mi poder sabía que podría limpiar la galaxia de una manera que los débiles y ciegos corazones de los líderes del Ordo Xenos nunca se atreverían a imaginar.**

-Así que fue y se apoderó del artefacto-, dije. Killian asintió, rociando migas de su pastel con casi tanto descuido como mi ayudante.

-**Fue por voluntad del Emperador-,** dijo simplemente**-. Contaba con los medios y la determinación. Asaltamos el lugar antes de que los cobardes y traidores supieran que llegábamos, y los aplastamos en Su santo nombre.**

-Usando para ello a las Hermanas-, dije, recordando las heridas de bolter que había visto en los cuerpos de los muertos y la precisión quirúrgica del asalto. A pesar de la calma de mi comportamiento exterior, mi sangre corría más fría que una lluvia de Valhallan ante aquella repentina revelación. Debía haber cientos de guerreras en el convento, todas ellas incuestionablemente leales a aquel maníaco. Si no iba con mucho cuidado, nuestras posibilidades de salir con vida eran tan grandes como enseñar a un orko a bailar.

Killian asintió.

-La Orden de la Rosa Blanca ha sido una leal aliada en nuestras purgas y guerras de fe durante milenios-, dijo**-. Hicieron, sin la menos vacilación, todo lo que se les pidió en nombre del sagrado Emperador.**

-Si me lo pregunta, no veo nada glorioso en matar a tiros a mecanos desarmados-, dije, y Metheius suspiró.

-Fue necesario. Todos los rastros de mi trabajo tenían que ser borrados, si queríamos continuar manteniendo el secreto con éxito.

-En Hell's Edge, claro-, dije, y Killian asintió con la cabeza, con una mirada tan absurdamente complacida como si acabara de realizar un pequeño truco de magia.

-Así que encontró nuestro viejo laboratorio secreto. Me impresiona usted, comisario.

-Desafortunadamente-, dije**-, para cuando llegué, los tiránidos lo habían encontrado primero.**

-Lo hicieron-, admitió Killian**-. Las Hermanas apenas pudieron sacarnos a tiempo.**

-¿Y los mineros?-, pregunté, aunque imaginaba la respuesta.

Killian agitó la cabeza con pesar.

-Sólo teníamos espacio para Metheius y su equipo. Muy desafortunado. Incluso tuvimos que disparar a algunos de los civiles que trataron de subir a sus hijos a bordo, y ya imaginara el resto.

-Qué angustioso para usted-, dije secamente. El Emperador bien sabe que hombres mucho mejores que yo han caído en el campo de batalla mientras yo cuidaba de mi miserable pellejo, en más ocasiones de las que puedo recordar, pero la pura insensibilidad del hombre me puso los pelos de punta, y no me importa admitirlo. Afortunadamente, tomó mi comentario en serio, pareciendo tan impermeable a la ironía como mi ayudante.

-El deber es a menudo un camino pedregoso-, citó alegremente, como si aquello lo excusara todo, aparentemente olvidándose del resto de la frase **(1).** Asentí con la cabeza, vertiendo un poco de recafeina recién hecha en una delicada taza de porcelana que donde apenas cabía un trago, agradecido por la distracción. Aunque me tentaba la idea de desenvainar mi espada sierra y arrancarle la cabeza de los hombros, ceder ante aquel impulso no sería muy sabio. Después de todo era un inquisidor, y yo no habría sido el primero en intentarlo. Y aunque lo lograra, ciertamente molestaría a las hermanas, que se sentirían obligadas a reaccionar de manera un tanto caprichosa, probablemente con algo que involucrase grandes cantidades de sangre y fuego.

(1) *La cita completa de Los preceptos de Santa Emilia, una obra a la que Caín muestra una sorprendente afición en varios pasajes de sus memorias, sería: "El camino del deber es a menudo pedregoso, sólo es sencillo desde la perspectiva de los demás".*

-¿Cómo las convenció primer lugar para que le dejaran instalarte allí?-, pregunté en su lugar. Cada vez estaba más claro para mí que Killian era uno de esos megalómanos que están absolutamente desesperados por contar con una audiencia, tan consumidos por los desvarios de su propia astucia que necesitan que alguien más aprecie su genio, y yo estaba seguro de que podría complacerlo para que hablara el mayor tiempo posible. Cuanto más lo dejaba divagar, más podía contarle a Amberley cuando la volviera a ver, y al menos mientras charlábamos, era poco probable que intentara matarme de nuevo.

-No tenía que hacerlo-, dijo simplemente**-. Hell's Edge era una colonia de Gavarrone, y los colonos estaban encantados de tener amigos del convento trabajando con ellos.**

-Entiendo-. Asentí pensativamente, sorbiendo la recafeída, y deseando que estuviera en una taza del tamaño adecuado. Aquello explicaba la sorprendente cantidad de literatura devocional que habíamos encontrado. Me preguntaba cuántos de los desafortunados colonos se habían arrepentido de su elección de amigos cuando las sagradas Hermanas los dejaron en manos de los tiránidos. Sentí que mi mandíbula comenzaba a apretarse de nuevo al pensar en ello, y probé a lanzarle otro anzuelo**-. Supongo que ha encontrado un lugar para continuar con sus investigaciones.**

-Desde luego que sí-. La voz de Metheius estaba tomando el timbre familiar del típico fanático de su trabajo, y que encima ardía en deseos de alardear de ello. Estaba empezando a ver por qué se llevaba tan bien con Killian**-. Las Hermanas han sido de lo más complacientes.**

-Estoy seguro de ello-, dije, tratando de proyectar un aire de calma. Si sus palabras realmente significaban lo que yo pensaba, la clave de todo el asunto estaba aquí mismo, en algún lugar del Convento de la Rosa Blanca. La pregunta era, ¿podría ser capaz de encontrarlo? El lugar era enorme, y el *Shadowlight* podría estar en cualquier parte.

Metheius asintió ansioso.

-¿Le gustaría verlo?-, preguntó.

CAPÍTULO XXV

-Naturalmente-, le contesté, con la mayor calma posible, incapaz de creer aquel repentino golpe de buena fortuna. Consciente de la fachada civilizada que tratábamos de mantener, miré a Killian, que seguía nuestra conversación con gran satisfacción**-. Si no tiene ninguna objeción, por supuesto.**

Agitó la cabeza, sonriendo, lo que, como sin duda apreciarán, no me tranquilizó en lo más mínimo.

-Ninguna en absoluto-, dijo, levantándose por fin de la mesa**-. Mas bien al contrario-**. Un aura de petulante pomposidad flotaba a su alrededor, tan palpable como el olor corporal de Jurgen.

Me levanté a su vez, y mientras lo hacía, el tenue estruendo del bombardeo orbital volvió a pasar sobre nosotros, como el presagio de una lluvia veraniega, y miré a Jurgen, intercambiando brevemente una mirada de incómoda comprensión. Habíamos comenzado nuestras largas e ignominiosas carreras juntos en una unidad de artillería, y si había sacado algo por mi experiencia durante aquellos años, era que aquella última salva había caído un poco más cerca que la anterior. Eso implicaba que un enjambre de tiránidos, lo suficientemente grande como para atraer la atención de las naves orbitales, incluso a pesar de las tormentas de arena que bloqueaban sus sensores, se estaba moviendo en nuestra dirección. Pero no había razón para creer que fuéramos su objetivo. Gavarrone estaba a mucha más altitud que cualquiera de las mesetas que los

errantes enjambres exploradores habían escalado antes de que llegara el grueso de la flota colmena, así que aparqué mi inquietud en el fondo de mi mente y volví a prestar atención al problema inmediato.

-Lázurus es un tonto-, dijo Killian, liderando el camino cruzando un inmaculado césped a la sombra de los susurrantes árboles**-, y en principio no pensamos que supusiera amenaza alguna para nosotros, pero un hombre de su conocida sagacidad era harina de otro costal. En el momento en supe que usted dirigía la búsqueda de enemigos ocultos, comprendí que sólo sería cuestión de tiempo antes de que nos localizara. Después, cuando Lázurus le reclutó, y le informó de lo que debía buscar, ya no hubo la más mínima posibilidad de que la *Alianza de los Benditos* pasara desapercibida como un grupo subversivo de poca importancia.**

-El culto al Caos-, confirme en voz alta, como si en realidad siempre hubiera sido consciente de ello, y Killian asintió, guiándonos a través de una sacristía repleta de iconos, en cuyo centro había una servoarmadura severamente dañada. A juzgar por el número de velas votivas que la rodeaban, se trataba claramente de una de las reliquias más veneradas de la orden, y empecé a prestar más atención a nuestro entorno, dándome cuenta de que ahora estábamos en lo más profundo del santuario interior del convento, más allá de donde se les habría permitido ir a la mayoría de los visitantes.

-En efecto-, estuvo de acuerdo Killian**-. Herramientas rudimentarias en el mejor de los casos, pero fáciles de engañar, y por supuesto totalmente sacrificables.**

Todavía no tenía ni idea de lo que estaba hablando, por supuesto, pero asentí como si le estuviera siguiendo, muy consciente de que solo me mantenía con vida el conocimiento que él parecía creer que yo poseía.

-**Sin embargo, eso es algo contra natura, me parece a mí-,** me arriesgue. Killian levantó la vista de otro de los motivos de la flor de lis que decoraban la cámara abovedada de barril, haciendo algo que yo no podía ver, oculto por su torso. Una sección de piedra se alejó de la pared, revelando un pasillo brillantemente iluminado, y el inquisidor se hizo a un lado para guiarnos a través de la abertura**-. Pensaba que era su deber eliminar la herejía dondequiera que la encontrase.**

-Sin rodeos y directo al grano-, dijo Killian, con una indulgente sonrisa**-. Estoy seguro de que son grandes virtudes en el universo castrense, pero las cosas rara vez son tan simples en las guerras entre las sombras que es donde los inquisidores debemos luchar**-. Me observó detenidamente, mientras su estado de ánimo cambiaba rápidamente a uno de intensa seriedad**-. Tiene miedo del caos, ¿verdad? En la medida en que tenga miedo de algo, por supuesto. Su valentía es demasiado conocida para dudar de ella-.**

Este último comentario lo hizo con un tono curiosamente aplacador, como si tuviera miedo de haber herido mis sentimientos.

Las palmas de mis manos comenzaron a picarme, mientras meditaba como responder a la pregunta. No se trataba de

una simple cuestión de coraje al enfrentarme al enemigo, de eso estaba seguro. De alguna manera, sabía que mi respuesta debería convencer a Killian de que había acertado al cambiar de opinión sobre querer matarme, o por el contrario, le persuadiría de que yo seguía siendo una amenaza potencial, y que su única opción sería eliminarme lo antes posible. Maldiciendo mentalmente a los pictonoticiarios por haberle dado la impresión de que yo era un peligro para sus trastornados planes, y tratando de ignorar la creciente sospecha de que aquella era precisamente la razón por la que Amberley me había puesto bajo los focos **(1),** me esforcé por inventar una respuesta plausible.

(1) *En ese momento, sólo pensé que tener un héroe célebre en los alrededores alejaría la atención de mis propias actividades. El efecto que esto tuvo en Killian, forzándole a mostrar abiertamente su mano, fue simplemente un premio adicional. Aunque no para Caín, Evidentemente.*

-No se trata de una simple cuestión de coraje o cobardía-, comencé a decir, aprovechando todas las habilidades diplomáticas que había adquirido a lo largo de los años**-. Me he enfrentado a las fuerzas del caos con demasiada frecuencia, y en muy distintas formas como para subestimarlas. Si quiere equiparar la precaución con el miedo, entonces es usted perfectamente libre de hacerlo, pero he visto a demasiados idiotas excesivamente confiados morir en el campo de batalla como para cometer el mismo error-.** Me encogí de hombros, fingiendo una confianza casual que no sentía**-. El Emperador es testigo, puesto que yo mismo he tenido que matar a bastantes de ellos.**

Esperé, listo para empuñar mis armas si era necesario, pero Killian asintió pensativo, con una silenciosa sonrisa en su cara, como si mi respuesta fuera exactamente la que esperaba oír.

-Me alegra ver que no me equivocaba con usted-, dijo, mientras la pared de piedra se deslizaba de nuevo bloqueando el acceso, y Metheius tomó la iniciativa, casi trotando por el iluminado pasillo en su afán por mostrar sus juguetes. En aquella zona, la piedra de las paredes era lisa, libre de iconografía, estatuas o esas malditas flores de tres hojas, y Jurgen miró a nuestro alrededor con su habitual expresión de vago desconcierto. Debo decir que si yo no hubiera estado controlando mis rasgos con la facilidad que dan tantos años de postureo y engaño, sin duda mi rostro hubiera transmitido esa misma sensación.

-¿Dónde estamos?-, pregunté, y Killian hizo un gesto a nuestro alrededor, señalando una serie de puertas cerradas, y las electroantorchas entre ellas que iluminaban más que adecuadamente nuestro camino.

-Nos encontramos en el corazón de la Orden de la Rosa Blanca-, explicó, sin duda encantado de tener algo más de lo que hablar**-. Preparado como un depósito oculto para sus relicarios más sagrados, si un enemigo estuviera a punto de tomar el convento, a fin de preservarlos de la profanación. Sólo la canonesa y la palatina saben de su existencia, o tienen los códigos de acceso necesarios-.** Tosió modestamente**-. Aparte de la Inquisición, por supuesto. A lo largo de los milenios, varios representantes del Ordo Hereticus han encontrado estas cámaras de lo más útiles.**

-Puedo imaginarlo-, dije**-. Pero entonces, ¿por qué molestarse en ir a Hell's Edge?**

Killian se rió.

-**Veo como los engranajes de su mente militar vuelven al trabajo, ¿verdad? Como usted comprenderá no podía traer aquí a los miembros de la *Alianza de los Benditos* para nuestra investigación-.** Se hizo a un lado para guiarnos a través de una puerta, no diferente a mis ojos que cualquiera de las otras que Metheius había atravesado un momento antes. Cuando crucé el umbral fui asaltado por una punzada momentánea de vértigo, y tropecé, hasta que Jurgen extendió una mano para ayudarme. El sentimiento disminuyó inmediatamente, y solté una maldición para mis adentros. De todas las ocasiones en que mi conmoción cerebral tuvo un regreso inesperado, aquella fue la peor posible. Killian me miró, con gesto de disculpa.

-Le sucede a la mayoría de la gente cuando se acercan al artefacto por primera vez-, dijo con simpatía**-. La sensación pronto pasará, no se preocupe-.** Se rio**-. O si no, puede que esté usted más bendecido de lo que se podría esperar.**

La verdad es que apenas oí aquel último comentario, y mucho menos tuve tiempo para intentar descifrar que narices quería decir, ya que acababa de echar mi primer vistazo a la habitación a la que habíamos llegado. Se trataba sin duda de los dominios de Metheius, al menos en teoría, y pude ver todos los accesorios habituales en el lugar

de trabajo de un tecnosacerdote: bancos de cogitadores que giraban y chasqueaban, montones de equipos que no tenían una función discernible que yo pudiera comprender, pero que claramente tomaban energía de algún lugar, y una dispersión de terminales de datos, varias de los cuales estaban conectadas a pantallas pictográficas u hololitos. La habitual marabunta de cables conectándolo todo, con la tradicional indiferencia de los tecnosacerdotes ante la posibilidad de atrapar a un tobillo incauto, la mayor parte de la cual parecía surgir de un zócalo de metal, soportando un objeto del tamaño de una placa de datos en el que me resultó difícil concentrarme.

Observé un icono del Omnissiah frente a un pequeño cofre de acero pulido, y me pregunté cómo reaccionaría Eglantine si alguna vez se llegara a enterar que un pequeño rincón de su santuario había sido consagrado a la versión del Mechanicus del Emperador de los tecnosacerdotes. Sospechaba que bastante mal.

Aunque nunca había visto el lugar antes, algo en su diseño provocó una vaga sensación de reconocimiento, que no se hizo evidente hasta que Jurgen verbalizó mis pensamientos.

-Es como el santuario que encontramos en Perlia-, dijo, y asentí al recordarlo. Por supuesto había algunas diferencias, pero la mayoría de los equipos parecían iguales, aparte de la ausencia de orificios de bolters. La otra gran diferencia era el peculiar objeto en el zócalo, yndi unos pasos hacia él, me abrí paso con cuidado a través de la maraña de cables mientras lo hacía, con la esperanza de verlo mejor. Desde cerca no parecía nada impresionante, sólo una lisa plancha de piedra tres veces más larga que

ancha, tan negra que parecía atrapar la luz de los electroantorchas de las paredes.

-Cuidado-, dijo Metheius, y me di cuenta de que me había acercado a aquel objeto mucho más de lo que me había propuesto**-. Hay un campo de energía disforme a su alrededor-.** Miró sus instrumentos, y pareció perplejo por un momento**-. Esto es extraño, parece estar disminuyendo. No, ha vuelto a su nivel habitual-.** Golpeó el terminal y se encogió de hombros, mientras yo veía a Jurgen dando un paso hacia atrás por el rabillo del ojo mientras yo me alejaba con cautela**-. Probablemente una conexión suelta. Ese es el problema con estas instalaciones provisionales.**

-¿Provisionales?-, pregunté, y Killian asintió.

-Me temo que Periremunda ya no es adecuada para nuestros propósitos. Necesitamos una población de tamaño razonable, con un culto al Caos organizado que en el que nos podamos infiltrar y controlar, para conseguir un suministro constante de sujetos para nuestros experimentos. ¿De qué otra forma podríamos encontrar tantos psíquicos latentes como necesitamos?

Sentí un escalofrío corriendo por mi espina dorsal mientras hablaba, y finalmente tuve una idea de lo que se trataba todo esto. Luché para contener el horror fuera de mi rostro. Si perdía el control, y aquel maníaco adivinaba mis verdaderos sentimientos sobre su monstruoso plan, estaría muerto al instante, o peor. En vez de eso, asentí pensativamente.

-Es comprensible. Los tiránidos han reducido mucho el número de tales individuos-. Me dirigí a Metheius, con la esperanza de que al dirigirle a él mi siguiente comentario podría evitar que Killian viera en mi interior con demasiada facilidad**-. No parece que tenga mucha suerte con los Xenos, me temo. Primero los orkos en Perlia, y ahora esto.**

-Oh, todo lo contrario-, dijo Metheius sorprendentemente alegre**-. Fue la llegada de los orkos lo que finalmente nos puso en el buen camino. El artefacto estaba completamente inerte hasta que el estallido de energía disforme que acompañó la llegada de su pecio espacial lo activó.**

Asentí, recordando cómo el portal del necrón dormido en Simia Orichalcae había sido activado por un fenómeno similar**-. Desafortunadamente, eran demasiado numerosos para desanimarse fácilmente.**

-Si, me di perfecta cuenta de ello-, dije. A pesar de mí mismo, miré el objeto que tenía que ser el *Shadowlight*, una losa negra sin rasgos, pues ejercía una horrible fascinación**-. ¿Ha averiguado para que se supone que sirve este artefacto?**

-¿Su función real?-, preguntó Metheius negando con la cabeza**-. Eso aun no lo sabemos, pero en realidad son sus efectos secundarios, por así decir, en los que estamos más interesados.**

-Evidentemente-, repetí, esperando que el efecto secundario en cuestión no fuera el que acababa de deducir**-. Solo las implicaciones de eso son asombrosas.**

Killian asintió con entusiasmo, un entusiasmo enfermizo ardiendo de nuevo tras sus ojos, renovando mis ya considerables dudas sobre su cordura.

-Más que asombroso-, dijo**-. ¡Que tiemble la Galaxia! ¡Piénselo, Caín, piense en las posibilidades! Si podemos incrementar de forma fiable los poderes psíquicos latentes de cientos, tal vez miles, de individuos en cada mundo del Imperio, ¡qué arma nos proporcionaría eso contra las hordas del Caos! ¡Podríamos aplastarlos con sus propias armas, limpiar el mismo Ojo del Terror de su asquerosa inmundicia! Y una vez que los Poderes Ruinosos estén derrotados y rotos ante el Trono Dorado, podremos barrer las razas de xenos de la faz de las estrellas, hasta que la galaxia pertenezca sólo a sus legítimos dueños: ¡una humanidad pura e inmaculada!**

-Es una embriagadora visión-, dije cuidadosamente, viendo claramente que estaba tan chiflado como los adoradores del Caos a los que se suponía debía perseguir**-. Pero hay muchos mundos en el Imperio, y sólo tiene uno de esos artefactos.**

-Por el momento, sí-. Coincidió el loco, como si acabara de anotar un punto de debate**-. Es por eso por lo que la investigación de Metheius es tan vital. Si puede**

determinar la naturaleza precisa, así como la frecuencia de la energía disforme que desencadena la transformación de psíquico latente a activo, podremos construir nuestros propios dispositivos para hacer lo mismo.

-También podremos refinar la técnica-, añadió Metheius, un tanto inseguro**-. Por el momento tan sólo funciona con un porcentaje muy pequeño de los psíquicos latentes expuestos a el. Para los demás es tan fatal como para un humano común y corriente.**

-Ya veo-, comenté mientras asentí pensativamente**-. Debe haber sido bastante difícil encontrar voluntarios, entonces.**

-Por eso subvertimos la *Alianza de los Benditos*-, explicó Methius**-. Estaban lo suficientemente locos como para asumir el riesgo, y los que sobrevivieron desarrollaron talentos realmente útiles, convirtiéndose en herramientas del Emperador sin siquiera darse cuenta.**

-Una deliciosa ironía, ¿no cree? -, siguió Killian dejándose llevar de nuevo por su fantasía**-. Los soldados rasos del propio enemigo, engañados para defender el Imperio que querían destruir.**

-Ya veo por qué le divierte tanto-, dije**-, y por qué tiene tantas ganas de seguir adelante con esta noble misión.**

Por supuesto utilicé la frase en su sentido coloquial, aunque si soy honesto abuse un poco del sarcasmo, pero Killian no lo captó y se entusiasmó con lo que creía haber entendido.

-¿Qué te decía? ¡Merecía la pena el riesgo de traerle aquí! -, exclamó exultante mientras miraba a Metheius.

Como sin duda apreciarán, no tenía palabras para expresar cómo me sentí en aquel momento. Me veía como si me estuviera caminando a través de una estrecha cornisa sobre un espeluznante abismo sin fondo.

Los mire pensativamente.

-Esperan que le transmita un mensaje a Lázurus de su parte. Algo que le haga desistir de seguir persiguiéndole.

-¡Exactamente!-, dijo Killian**-. Para que nuestro trabajo tenga éxito, debemos estar libres de interferencias externas. Nuestro transbordador saldrá dentro de una hora, y si les informara de que hemos sido asesinados, junto con todos los demás habitantes de la meseta, nadie lo pondría en duda, y menos si un hombre con su reputación confirma nuestra historia.**

Una helada congoja retorció mi estómago ante lo que implicaban sus palabras, y miré intranquilo a Jurgen.

-No estoy del todo seguro de seguirle-, dije, mientras el recuerdo de la masacre en el Valle de los Demonios volvía a

perseguirme de nuevo. Matar a todo el mundo en un remoto santuario del Mechanicus era una cosa, pero en Gavarrone debía de haber miles de personas, y cientos de guerreras Sororitas tan sólo en el convento. No entiendía cómo Killian pensaba eliminarlos a todos sin ayuda, y como adivinando mis cavilaciones, una expresión de trastornada astucia apareció en su cara.

-Las Hermanas me son leales, de eso no hay duda, pero demasiadas de ellas conocen nuestra presencia. Así que me he visto forzado a tomar ciertas precauciones-. Haciéndome una seña para que lo siguiera, salió del laboratorio, y obedientemente le seguí, con Jurgen pegado a mis talones, como siempre. Metheius se quedó, haciendo los preparativos que parecían necesarios para su inminente partida**-. Si usted se niega a ayudarnos, lo que me sorprendería, lamento decir que serán suficientes para asegurar también su silencio.**

-¿Qué precauciones?-, le pregunté, un poco sin aliento, cuando finalmente le alcancé. Killian se detuvo junto a otra de las puertas que bordeaban el pasillo.

-Esta-, dijo simplemente abriendo la puerta y mostrándome su interior.

Me eché para atrás sobresaltado, buscando mi espada por reflejo, al tiempo que Jurgen levantaba su fusil láser, vaciando el cargador de energía sobre mi hombro en modo automático. El Lictor tiránido que había dentro de la cámara retrocedió, gritando, y se estrelló contra el suelo, con un impacto que sacudió el polvo de las juntas de la piedra. Me adelanté con cautela, manteniéndolo sobre el bicho el cañón de mi pistola láser mientras Jurgen recargaba, y sólo

entonces me di cuenta de que ya había sido gravemente herido, y que se encontraba firmemente encadenado a la pared con cadenas que parecían lo suficientemente fuertes como para detener a un blindado.

-Oh, bravo, bravo-. Aplaudió Killian, mirando a Jurgen con cierto interés durante un momento, antes de devolverme su atención**-. Veo por qué insististe en mantener a este tipo cerca. Obviamente hay mucho más en él de lo que se ve a simple vista.**

-¿Qué demonios hace esta cosa aquí?-, pregunté incrédulo, demasiado sorprendido para seguir fingiendo que todos éramos personas razonables.

Killian me miró sorprendido, como si eso fuera obvio.

-Atraer al enjambre, ¿qué si no? -, dijo**-. Estas criaturas exudan feromonas que…**

-¡Ya sé lo que es!-, le corté casi gritando. Active mi comunicador**-. ¡Amberley! ¡Este lunático tiene un lictor como mascota escondido en las catacumbas!, ¡el maldito enjambre entero está en camino hacia aquí!**

-¡Traidor!-, gritó Killian, casi ahogado al reconocer el nombre de Amberley, mientras sacaba una pistola de plasma de debajo de su tabardo. Pero yo ya tenía mi pistola en la mano y apreté el gatillo antes de que él pudiera hacerla funcionar. En vez de caer, como esperaba, desapareció repentinamente, con un chasquido de la

implosión del aire al ocupar el volumen que anteriormente ocupaba el cuerpo de Killian.

-¡Maldita sea!-, dije enfadado al reconocer el efecto de un campo de desplazamiento. Amberley había usado uno en Gravalax, y yo sabía que el pequeño dispositivo de teletransportación no podría haberlo llevado lejos. Era hora de salir pitando, antes de que se arrastrara fuera del escondite al que el desplazador lo hubiera arrojado, y nos alcanzara de nuevo. No se porqué, pero dudaba que aun quisiera usarme como mensajero.

-¡Ciaphas!, ¿Qué está pasando?-, preguntó Amberley, con voz preocupada. Le informé lo mejor que pude mientras corría hacia la entrada de este extraño laberinto oculto, bendiciendo el innato sentido de dirección que generalmente me permitía orientarme en ambientes subterráneos **(1)**.

(1) *Un talento que mostró en muchas ocasiones y que siempre atribuyó a su educación en un mundo colmena.*

-Y localiza a Eglantine-, añadí**-. Esa desgraciada mujer es la única, aparte de Killian, que sabe cómo llegar hasta aquí.**

-Esa desgraciada mujer ya está al tanto de la situación-, me informó fríamente la canonesa, aparentemente después de haber escuchado todo el intercambio**-. La Inquisidora Vail reveló su identidad a la Hermana Cáritas en el momento en que estaba fuera del alcance de Killian, y exigió una reunión donde me convenció de su verdadera naturaleza.**

-Bueno, eso es una ventaja para nosotros-, dije, preguntándome cómo lo habría conseguido **(2)**, pero no tenía tiempo para especulaciones. Una ráfaga de luz en el pasillo que teníamos delante deslumbró mis ojos, y un rayo de plasma estalló contra la piedra, vaporizando un trozo del tamaño de mi cabeza. Para la mayor de nuestras desgracias, el campo de desplazamiento había dejado a Killian justo entre nosotros y la salida.

(2) *Un mandato inquisitorial tiende a impresionar a la gente, quizás por todos esos sellos que llevan; y he de reconocer que la expresión de sus caras fue algo digno de ver.*

CAPÍTULO XXVI

-¡Atrás!-, le advertí a Jurgen, quien apuntaba con su fusil, disparando en automático en la dirección en la que debía estar el inquisidor renegado, obligándole a buscar refugio en uno de los nichos cercanos a las puertas **(1).** Dada la poca cobertura existente en el desnudo pasillo de piedra, empecé a retroceder hacia el pasadizo del cruce más cercano, desde el que mi ayudante, que había llegado a la intersección un poco antes que yo, continuaba proporcionándome fuego de cobertura. Sonreí con tristeza cuando me uní a él**-. Nunca pensé que extrañaría esas horribles estatuas-,** dije, y Jurgen frunció el ceño confundido.

(1) *Los campos de desplazamiento nunca son completamente fiables, por lo que siempre es aconsejable presentar el perfil de objetivo más bajo posible, incluso si lleva uno activo.*

-¿Cuáles?-, preguntó.

-Olvídalo-, le dije, mientras otro rayo de plasma estallaba lo suficientemente cerca como para que el calor nos quemara la cara**-. Volvamos al laboratorio. Tenemos que conseguir el *Shadowlight* antes de que Metheius se las arregle para escapar de nuevo con el.** La idea de que algo así estuviera suelto por la galaxia era suficiente como para ponerme histérico, y en cualquier caso preferiría enfrentarme a un tecnosacerdote desarmado que a un inquisidor loco. Con un poco de suerte, seríamos capaces de atrincherarnos allí el tiempo suficiente para que Amberley acabara con él por nosotros, y salir a tiempo para llevarnos el mérito de recuperar el importantísimo artefacto.

-**Podría ser un poco difícil, señor-,** señaló Jurgen**-. Nos tiene bien inmovilizados. Si intentamos retroceder, nos alcanzará antes de que lleguemos al siguiente cruce-.** Comentó, con un leve tono de reproche entró en su voz**-. Si tuviera mi melta, podría acabar fácilmente con él.**

-No mientras aún tenga el desplazador-, señalé. Con esas palabras se me ocurrió una posible estrategia, y estabilicé mi objetivo, doblando el brazo izquierdo para que sirviera de apoyo al que sostenía la pistola**-. Corre hacia el siguiente cruce, y haz tanto ruido como puedas.**

-¿Señor?-, Jurgen parecía aún más desconcertado de lo habitual, pero como siempre siguió mis órdenes al pie de la letra, corriendo por el pasillo en el que nos habíamos refugiado. El sonido de sus pisadas resonó en el espacio confinado y, como esperaba, Killian mordió el anzuelo. Evidentemente, creyendo que ambos habíamos huido, apareció un momento después en el pasillo en el que nos habíamos escondido, con una expresión de malicia asesina en su cara.

-Disfruta del viaje-, le dije, disparándole en el centro de su pecho. Solo tuvo tiempo de mirarme sorprendido antes de desaparecer de nuevo, con otro estruendo por la implosión del aire. No había forma de saber lo lejos que podría haber llegado esta vez, por supuesto, así que me apresuré a ir tras Jurgen tan rápido como pude, alcanzándole justo cuando llegaba al laboratorio.

-¿Tan rápido de vuelta...?-, comenzó a preguntar Metheius, antes de mirar en nuestra dirección y empezar a

darse cuenta de que algo había ido muy mal**-. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está el inquisidor?**

-Sólo el Emperador lo sabe-, dije, apuntando mi pistola láser directamente a su cabeza. Probablemente su cabeza estaría repleta de implantes augméticos así que puede que no le causara tanto daño como pensaba si le disparaba, pero a buen seguro uno o dos disparos le arruinarían el día**-. Aléjese del *Shadowlight* y mantenga sus manos donde pueda verlas. Las mecadendritas también.**

-Cogeré la cosa de piedra-, dijo Jurgen, sujetando el fusil con una mano y extendiendo su sucia mano para recogerla.

Metheius nos miraba con un engreído aire vengativo, expectante mientras se mordía las uñas de los dedos, pero su actitud se transformó rápidamente en sorpresa y alarma.

-¡Lo ha desactivado!-, su cabeza giró para examinar sus instrumentos, su voz temblando de asombro**-. ¡Eso no debería ser posible! -.** Se volvió hacia mí**-. ¿Qué ha hecho?**

-Tal vez Lázurus no sea el tonto por el que lo tomas-, dije, metiéndome la mano en el bolsillo de mi abrigo y permitiendo que el abultamiento de la placa de datos perfectamente inocua que llevaba allí se hiciera visible por un momento. Obviamente creyó que había venido equipado con alguna pieza de tecno-hechicería proporcionada por su antiguo socio (que, por supuesto era precisamente lo que yo pretendía, ya que las peculiares habilidades de Jurgen eran algo sobre lo que ninguno de nosotros quería llamar más la

atención), y el tecnosacerdote renegado se acercó a mí, cuando su curiosidad venció al miedo a que le dispararan.

-¿Ha encontrado alguna forma de amortiguar el campo disforme?-. La voz de Methius era ávida e incrédula**-. Tiene que dejármelo ver. Esto podría abrir toda una nueva línea de investigación.**

-La cual discutiremos tan pronto como estemos a bordo de la nave estelar, en cuanto salgamos del sistema-, intervino Killian, apareciendo en la puerta, apuntándonos con su arma de plasma. Me miró fijamente, con el rechoncho cañón de su arma apuntando justo al centro de mi pecho**-. Sáquelo lentamente, y déselo a Metheius. No esperará que falle a esta distancia.**

-Probablemente no-, dije, proyectando toda la tranquilidad que pude, lo cual estoy seguro de que como comprenderán no fue nada fácil dadas las circunstancias. Afortunadamente, Killian se había tragado mi ficticia reputación a lo grande, lo que significaba que su propia expectativa de no poder intimidarme me ayudaría a mantener la fachada**-. Pero esa arma que lleva hace unos estropicios tremendos, ya se imaginara. Probablemente vaporizará el anulador junto con mi torso-**. Me encogí de hombros, manteniendo mi pistola láser apuntando al centro de la frente de Metheius, con toda la firmeza que mis dedos augméticos podían lograr**-. Y ya debe haber matado a suficientes personas para saber que mi dedo apretará el gatillo por acto reflejo antes de caer. Si me dispara, también matará a Methius-.** Me arriesgué a mirar rápidamente a Jurgen, pero todavía tenía el objeto en su mano derecha, y no podía alcanzar su arma.

Killian asintió pensativamente, como si aceptase lo inevitable**-. Bueno, siempre puedo conseguir otro tecnosacerdote-**, dijo lentamente**-, pero sólo hay un potenciador psíquico.**

Su dedo comenzó a apretar el gatillo, y ya me he enfrentado a suficientes locos en mi vida como para saber que no iba de farol. Un instante antes de que pudiera disparar, bajé el brazo.

-Muy bien, muy bien-, dije guardando mi arma. Todavía podría haberme disparado, por supuesto, por pura venganza, pero si le había calado bien hasta entonces, supuese que no lo haría. A los de su calaña siempre les gusta regodearse antes de matar a alguien, especialmente si creen que se van a salir con la suya. Saqué la placa de datos de mi bolsillo y la sostuve hacia él**-. Usted gana. Tome, tómelo.**

-No soy tan tonto-, me dijo Killian**-. Déselo a Metheius. Estoy seguro de que piensa atacarme en cuanto baje el arma.**

Bueno, por supuesto que tengo el suficiente sentido común para no comenzar a luchar contra un lunático armado con una pistola que puede asarnos a ambos si la dispara, pero nunca está de más mantener desequilibrado a un enemigo, así que simplemente me encogí de hombros.

-No me puede culpar por intentarlo-, dije. Le entregué la placa, guardada en su anónimo estuche militar de campo,

al tecnosacerdote, quién empezó a jugar con el cierre, sin duda deseoso de ver cómo era el milagroso aparato que su rival había creado**-. Sólo tiene que presionar el botón para abrir el cierre-,** añadí amablemente.

Metheius se quedó inmóvil, mirando la caja verde en su mano como si de repente esta hubiera empezado a hacer tictac.

-Por supuesto será una trampa-, dijo, mirándome con furia como si casi hubiera logrado engañarle, que era exactamente lo que yo había pretendido. Si se hubiera dado cuenta de lo que realmente contenía la caja, las cosas se habrían vuelto muy desagradables**-. Supongo que estará genéticamente codificado para su ADN, ¿no es así?**

-Usted es el experto-, le dije, dejando que su paranoia hiciera el trabajo por mí, y tratando de no dejar entrever lo aliviado que me sentí al verle guardar el estuche en algún bolsillo interior de su túnica sin ningún otro intento de examinarla**-. Ahora supongo que espera que le entreguemos el *Shadowlight*-,** le dije a Killian.

El trastornado inquisidor agitó la cabeza.

-No, prefiero matarlos a ambos y quitárselo de sus cadáveres-, contestó, disfrutando claramente de la perspectiva.

Preguntándome cuánto tiempo más iba a tardar Amberley, agité la cabeza compasivamente.

-Bueno, si estás seguro de que puede soportar recibir una descarga de plasma a quemarropa, adelante-, le contesté con calma, manteniendo mi mano lo más cerca posible de la culata de mi pistola laser.

-Por supuesto, si dispara primero a Jurgen tendré la oportunidad de ver si el anulador también afecta a su campo de desplazamiento. Debe estar bastante dentro de su radio de acción-. Miré a mi ayudante antes de continuar**-. Por otro lado, si me dispara a mí primero, él tendrá tiempo suficiente de soltar el artefacto y tomar su fusil láser.**

Una de las principales ventajas que me he encontrado de tener una reputación completamente inmerecida de inquebrantable integridad, es que a menudo cuanto más escandalosamente miento, más fácilmente se lo tragan, y Killian, no lo olviden, estaba loco de atar. Vi como la duda asomaba en su fiera expresión.

-Tú-. Dijo dirigiendo una atenta mirada a Jurgen, aunque manteniendo la pistola de plasma apuntando firmemente a mi pecho**-. Entrégale el artefacto a Methius, y deje muy despacio su arma en el suelo. Si veo el más mínimo indicio de traición, vaporizaré al comisario.**

Jurgen, como siempre, me miró buscando confirmación, y asentí.

-Haz lo que dice-, dije con franqueza**-. Siempre podemos recuperarlo más tarde.**

Killian soltó una carcajada burlona.

-No habrá un más tarde-, me recordó**-. Los tiránidos van a devorar esta meseta, ustedes incluidos.**

Aquel detalle no se me había pasado por alto, naturalmente, pero, como de costumbre en ese tipo de situaciones, sabía que lo mejor era concentrarme en el problema inmediato, sobre la base de que, si no lo hacía, estaría cómodamente muerto para cuando llegara la siguiente.

-Entonces será mejor que se ponga en marcha-, sugerí, mientras Metheius extendía una mecadendita tentativa para quitarle el *Shadowlight* a Jurgen. Cuando el misterioso artefacto dejó sus dedos, mi ayudante desenganchó su fusil laser con una expresión agresiva, evidentemente tentado de usarlo, pero como siempre, siguió mis órdenes al pie de la letra, dejando que el arma cayera al suelo. Metheius la cogió con su otro tentáculo mecánico, y se acercó trotando para unirse a Killian, pareciendo absurdamente contento consigo mismo**-. Se por experiencia que los tiránidos no son precisamente propensos a seguir el horario de otros.**

-Tiren también el resto de sus armas-, ordenó Killian, volviendo a centrar su atención en mí. Me desabroché el cinturón de mi arma, sintiéndome extrañamente desconcertado cuando el familiar peso cayó, y me alejé a un lado mientras mi pistola y mi espada sierra chocaban contra las losas del suelo. Metheius dudó por un momento, y entonces, como apenas me había atrevido a esperar, le

pasó el artefacto a Killian para retirar las armas del suelo sin acercarse demasiado a mí.

-Gracias-. Le dijo el enloquecido inquisidor, quien guardo el artefacto bajo su brazo libre, y dio un paso hacia la puerta**-. Me temo que no volveremos a vernos.**

-Sinceramente eso espero-, le dije, escuchando finalmente el sonido de las botas en el pasillo. Antes de que Killian se diera cuenta de que los refuerzos habían llegado, Amberley estaba dentro de la habitación, con su séquito pisándole los talones, asintiéndome con la cabeza con un saludo casual mientras Pelton, Simeon y Zemelda apuntaban con sus armas de fuego. Jurgen se adelantó de inmediato con expresión furiosa, para arrancar su fusil y mi cinturón con mis armas de las mecadendritas del aturdido tecnosacerdote.

-Ernst Stavros Killian-, dijo Amberley en voz alta y clara, levantando su mano para mostrar el electrotatuaje con la insignia inquisitorial que brillaba mientras hablaba**-. Ha sido declarado *Excommuniate Diabolus* por el Consilium Ravus del triunvirato Ordos, y por su autoridad se le ordena entregar su persona para responder por los cargos de traición y herejía que se le imputan.**

Sacó un rollo de pergamino del interior de su gran abrigo, y lo blandió en hacia él.

-Justo lo que esperaba de una pusilánime puritana -, se mofó Killian**-. Precisamente el tipo de debilucha de**

cortas miras que el Consilium elegiría enviar tras de mí.

-Una debilucha corta de miras, pero con más armas que tú-, señaló Amberley alegremente, mientras me devolvía mi cinturón de armas, y acto seguido, yo tomé mi pistola láser para enfatizar su argumento. Pareciendo extraordinariamente contento consigo mismo, Jurgen se unió al círculo de armas de fuego que apuntaban al acorralado inquisidor, ignorando aparentemente la forma en que Zemelda y Pelton ensancharon un poco el círculo mientras se les unía**-. Y mi mandato inquisitorial me otorga poder discrecional para una ejecución sumaria si se niega a cooperar.**

-Entonces no me deja otra opción-, dijo Killian con resignación, bajando por fin su pistola de plasma. Apenas tuve tiempo para un suspiro de alivio antes de que este apretara el gatillo, haciendo un agujero en el suelo a sus pies, y forzándonos a todos a dar un paso atrás tambaleándose bajo el brillante destello de la detonación.

-¡Allí abajo!-, gritó Amberley, mientras parpadeaba para ver tratar de centrar mi visión. Sin dudarlo, saltó por el agujero en pos de Killian, y Pelton y Simeon la siguieran casi de inmediato.

Extendí una mano para anticiparme a Zemelda mientras se acercaba al borde del abismo **-. Espera-,** le dije. Señalé a Metheius, que seguía asombrado, desorientado y notablemente chamuscado por su proximidad a la detonación, pero que sin duda se recuperaría pronto gracias

a sus componentes augméticos**-. Detenlo si puedes, en caso contrario dispárale. Jurgen, sígueme.**

Al no escuchar ruido de disparos, supuse que Amberley y sus amigos no le habían encontrado en la cámara de abajo, que parecía, por lo que pude ver, ser idéntica en tamaño y forma a ésta, aunque completamente vacía. Salté a través del agujero, que resultó ser una trampilla de piedra bastante más delgada que las losas que formaba el resto del piso. Aterricé con una sacudida que absorbí instintivamente, gracias a los reflejos perfeccionados en los cursos de asalto de la schola Progenium, mejorados por años de experiencia en el campo de batalla, apartándome justo a tiempo para evitar que Jurgen me cayera encima. Este miró a su alrededor, apuntando con su arma de fuego, escrutando las sombras en la oscuridad que nos rodeaba. Parecía que Killian no se había molestado en encender la iluminación aquí abajo, presumiblemente porque no creía que lo necesitaría, pero en un lugar como aquel, yo confiaba en mis viejos instintos de chico de colmena, así que preste atención a los sonidos, y enseguida percibí el golpeteo de pies corriendo y de los ecos que se solapaban entre sí.

-¿Por dónde, señor?-, preguntó Jurgen, justo cuando un agonizante e interminable grito de auténtico terror ahogaba el lejano estampido de pasos, antes de que el silencio volviera a adueñarse del lugar.

Señalé hacia la fuente del sonido.

-Por allí-, dije, liderando el camino a la carrera. Como suponía, la disposición de los pasillos era idéntica a la del

piso de arriba, y mi habilidad para orientarme en un entorno como aquel no me defraudó.

Al poco tiempo habíamos alcanzado a Amberley y a su equipo, que estaban mirando lo que quedaba de Killian a la luz de las linternas que evidentemente habían guardado en sus bolsas de equipo de la Guardia.

-¿Qué le ha pasado?-, preguntó Pelton, su rostro casi tan pálido como el de un auténtico valhallano**-. Estaba corriendo delante de nosotros, y luego se detuvo. Fue como si todo su cuerpo se retorciera-.** Se detuvo, incapaz o poco dispuesto a continuar, pero realmente no tenía necesidad de hacerlo.

El cadáver de Killian estaba tan deformado como el más vil de los mutantes, con huesos y músculos que aparentemente había fluido como la cera de vela derretida, hasta que incluso su propia alma le había sido arrancada de su carne.

-Es el efecto del *Shadowlight*-, dije, dirigiéndome directamente a Amberley, hablando a toda prisa desesperado por explicar el peligro que representaba aquel objeto**-. Funciona manipulando el campo de la disformidad. Pensaron que lo habíamos desactivado de alguna manera porque nos vieron cogerlo, pero tan pronto como Killian se lo quitó a Jurgen y salió corriendo, fuera del efecto que tiene Jurgen sobre los fenómenos psíquicos, quedó expuesto a plena potencia a los efectos de esa cosa.**

-Entiendo-, respondió Amberley, comprendiendo al instante lo que había sucedido**-. Necesitaremos una protección adecuada para transportarlo con seguridad.**

-Metheius se estaba preparando para guardarlo para el viaje-, le dije**-. Debe haber algo en el laboratorio que cumpla esa función.**

-Entonces será mejor que volvamos a buscarlo-, dijo Amberley. Señaló hacia la siniestra piedra negra y añadió**-. Jurgen, si no le importa, ¿podría llevarlo por mí?**

-Naturalmente, señorita-. Mi ayudante sonrió ampliamente, y salió corriendo para recuperar el maldito artefacto. Estaba empezando a dar un suspiro de alivio cuando la voz de Eglantine crujió en mi comunicador.

-Inquisidora Vail-, dijo**-. Los tiránidos están atacando.**

CAPÍTULO XXVII

LA CANONESA nos esperaba en la cámara por la que habíamos entrado al laberinto, de pie junto a la destrozada servoarmadura en su pedestal, rodeada por un equipo de guardaespaldas de las Hermanas Celestes **(1).** La Hermana Superiora al cargo de la escolta me resultó vagamente familiar, pero sólo cuando habló la reconocí como la líder de la unidad que casi había sido descuartizada en Aceralbaterra, y cuya estúpida temeridad estuvo a punto de costarnos la meseta. Sin embargo, la devolví el saludo cordialmente, ya que por alguna razón parecía estar encantada de verme, y por lo que pude deducir de la situación táctica a través de mi comunicador, iba a necesitar a todas las personas equipada con servoarmaduras que pudiera encontrar para situarlas entre los tiránidos y mi humilde persona, si es quería tener alguna oportunidad de salir de allí en una sola pieza.

(1) *NdT. Las Hermanas Celestes (Celestians, en el original) es el término empleado para las, las mejores guerreras de una orden, organizadas en escuadras especializadas.*

-Tengo con usted una gran deuda, comisario-, me dijo ella, con gesto avergonzado**-. Me recordó mi deber, cuando lo había descuidado dejándome llevar por un exceso de celo.**

-Bueno, ese es mi trabajo-, dije modestamente, aunque la mujer asintió con la cabeza, tomando mis palabras al pie de la letra.

-El Emperador le ha enviado para mostrarnos el verdadero camino, de eso no tengo ninguna duda. Haber dejado su templo indefenso mientras estaba siendo acosado por la escoria xenos... -. Suspiró agobiada al evocar dicha imagen**-. Habría sido un pecado muy grave que confesar ante el Trono Dorado.**

-Bueno, esperemos que no tenga que hacerlo hasta dentro de mucho tiempo-, le dije.

Eglantine, que hasta aquel momento me había estado ignorando, levantó la vista tras una veloz conversación con Amberley, y pude ver la gravedad de su expresión.

-Ninguna de nosotras espera sobrevivir a esta batalla-, dijo, con tanta calma como si simplemente hubiera estado hablando del tiempo**-. Tampoco nos lo merecemos. Nuestra orden ha sido el instrumento de la más vil de las blasfemias. Todo lo que podemos hacer es tratar de expiar ese pecado, y rezar al Emperador para que nuestro postrer sacrificio nos haga dignas de su perdón.**

-Killian le mintió a mucha gente-, dije, preguntándome por un momento si la locura del inquisidor había sido de alguna manera contagiosa**-. Ustedes siguieron sus órdenes de buena fe.**

-Eso no es un eximente, simplemente agrava nuestra culpa-, dijo Eglantine**-. Estábamos tan seguras de nuestro camino, y tan orgullosas de hacer Su Voluntad, que nunca pensamos en orar por la divina**

guía que hubiera abierto nuestros ojos y nuestros corazones a la verdad. Nuestra propia arrogancia ha sido la semilla de nuestra propia destrucción.

Todo aquello sonaba como el tipo de sermón que me aburría mortalmente cada vez que nos llevaban a la capilla de la schola, razón por la cual desde entonces me ha mantenido bien lejos de los templos, excepto en aquellas ocasiones en las que el protocolo, y mi posición dentro del Comisariado, se han confabulado para hacer que mi presencia fuera inevitable en algún que otro servicio.

Evidentemente no había modo de razonar con ella, así que no iba a perder el tiempo intentándolo. En vez de eso, simplemente asentí con la cabeza**-. El Emperador protege-,** dije, recurriendo a la trivialidad del conocido dicho del soldado de infantería, y la canonesa asintió, aparentemente animada por el buen uso que hice de dicha frase.

-Tendrá que hacerlo-, interrumpió Amberley con tristeza.

Recordando el asunto en cuestión, Eglantine cabeceo entristecida.

-El enjambre ya está invadiendo los muros exteriores-, dijo**-. La Hermana Bonica y sus Hermanas Celestes les escoltarán de vuelta a su trasbordador. Después de eso, nuestros destinos quedaran en manos del Emperador-.** Miró el maletín negro y liso que colgaba de la mano izquierda de Jurgen, mientras que sostenía su fusil láser con la mano derecha, con la cincha

colgada del hombro para poder disparar desde la cadera con cierta precisión**-. ¿Es esa la abominación causa de la profanación de nuestro santo convento?**

-Lo es-, confirmó Amberley.

Eglantine suspiró.

-Es terrible que algo tan pequeño haya causado tanto daño.

-Killian es el responsable-, dije, incapaz de resistirme echar un vistazo de Metheius, quien se estaba portando muy bien, animado de vez en cuando por un pinchazo con el cañón de la pistola de Zemelda**-. Lo importante ahora es deshacer lo que hizo ese loco.**

-Y tanto-. Dijo la canonesa volviendo su atención hacia Amberley**-. Tan pronto como estén en el aire nos reagruparemos, y trataremos de mantener al enjambre alejado de la ciudad. Los retrasaremos todo lo que podamos.**

-Si el Emperador lo desea, eso debería ser suficiente-, dijo Amberley.

-Rezaremos por ello-. Eglantine comenzó a guiar el camino de regreso a través de los amplios pasillos que habíamos atravesado no más de una hora antes, intercambiando enérgicos mensajes con sus subordinadas, que aparentemente estaban luchando en varios frentes.

Puse toda mi atención, pero poco de lo que escuché tenía sentido para mí. No estaba familiarizado con el diseño del convento, y las hermanas usaban sus propios protocolos y lenguaje de batalla. Sin embargo, pude reunir la suficiente información como para deducir que las cosas no iban nada bien.

Después de un rato nos desviamos de la ruta que yo recordaba, pasando por el cuarto de huéspedes de Killian, y empecé a ver los primeros signos de lucha: quemaduras en los frescos, impactos de bala en las estatuas y en las cortinas, algún cuerpo ocasional yaciendo allí donde había caído durante la batalla. Las profundas marcas en la coraza de ceramita del primer cuerpo destrozado de una hermana de batalla que encontramos me resultaron incómodamente familiares, y no me sorprendió encontrar los restos de varios genestealers amontonados en el siguiente cruce. Parecía que la mente de la colmena se aferraba a sus tácticas tradicionales, infiltrando exploradores delante del grueso del enjambre para debilitar las defensas a las que se enfrentaría, así que agarré con más fuerza tanto mi pistola laser como mi espada sierra mientras corríamos, rodeados por la reconfortante masa de armaduras negro y plata.

-Por ahí-, dijo por fin Eglantine, señalando un pasillo transversal al que acabábamos de llegar. Se volvió y miró a la hermana celeste, haciendo el signo del Aquila**-. Que el Emperador esté contigo, Bonica.**

-Y contigo-, respondió Bonica**-, hasta que nos volvamos a encontrar ante el Trono de Dorado.**

La última visión que tuve de Eglantine fue un borrón de movimiento, corriendo con toda la velocidad que la proporcionaban sus reforzados músculos blindados en dirección al distante tumulto de la batalla, y pude vislumbrar brevemente el caos en el patio más allá de su apresurada forma. El amplio corredor en el que nos encontrábamos nos llevó a lo que, poco tiempo antes, había sido un elegante y formal jardín, aunque ahora sus anchos céspedes y sus florecientes parterres habían sido pisoteados hasta quedar convertidos en un barrizal bajo un mar de seres quitinosos repletos de babeantes mandíbulas y Hermanas Sororitas que resistían obstinadamente, retrocediendo lentamente a medida que esa irresistible oleada de malignas bioformas se estrellaba contra su línea defensiva y pagando un enorme precio antes la maestría con que estas manejaban sus bolters y sus sarissae (**1).**

(1) *Un tipo de bayoneta preferida por el Adepta Sororitas.*

-Pontius-, dijo Amberley**-. Necesitamos una extracción urgente.**

-Estoy en ello, señora-, nos tranquilizó la voz de nuestro piloto, tan tranquilo como siempre, y empecé a sentir una leve llamarada de esperanza**-. Hay un patio a unos seiscientos metros de su posición actual al que aún no han llegado los tiránidos. Tiene un enorme mosaico en una de las paredes con escenas de la vida de un santo.**

-Se donde es-, aseguró Bonica, y empezamos a alejarnos de la batalla, aunque varias de las hermanas parecían muy

decepcionadas al no poder seguir a su canonesa hasta las fauces de la muerte (literalmente en ese caso).

-Estamos en camino-. Comunico Amberly a nuestro piloto de nuevo**-. Sigue escaneando la zona en caso de que tengamos que desviarnos-.** Saltó sobre otra Hermana de Batalla caída, a la que le faltaba la mayor parte de su cabeza**-. Hay signos de infiltración en el edificio.**

-Os tengo en el auspex-, le aseguró Pontius, lo que me pareció ideal.

Estábamos cruzando otro atrio cuando los genestealers cayeron sobre nosotros, surgiendo silenciosamente de entre las sombras de los nichos donde estaban las estatuas y los portales adornados con pan de oro que conducían a silenciosas capillas. Ya solo aquello ya habría sido bastante intimidante, pero por encima de todos ellos apareció la torva silueta de un Líder de Progenie, con sus afiladas zarpas totalmente extendidas mientras avanzaba hacia nosotros a la vanguardia de su grotescamente retorcida prole.

-Corran-, gritó Bonica, mientras las Hermanas abrían fuego con sus bolters, segando la primera fila de genetealers a medida que se acercaban. No necesité que me lo dijeran dos veces, esprinté como alma que lleva el demonio hacia la única salida clara que pude ver, con Jürgen pegado a mis talones**-. Les retendremos aquí.**

No por mucho tiempo, pensé, pues había demasiados de ellos, y Amberley evidentemente compartió mi opinión,

corriendo tan velozmente como yo por la puerta abierta hacia el pedazo de cielo azul más allá. Zemelda dudó, disparando un tiro a la horda, y Pelton se frenó para cogerla del brazo, poniéndola de nuevo en movimiento. Mientras su atención estaba momentáneamente distraída, Metheius aprovechó para salir corriendo a una velocidad asombrosa. Supongo que debe haber tenido piernas augméticas, ya que incluso se las arregló para alcanzarme, algo que no es fácil de hacer cuando estoy huyendo para salvar mi vida.

-¡In nomine Imperiator!-, gritó Bonica, blandiendo su espada y saltando hacia adelante para enfrentarse con el patriarca de frente. Para mi asombro, lo envió tambaleándose hacia atrás, herido antes de que se revolviera y la golpeara en el costado con un vicioso golpe que fracturó su armadura. Antes de que pudiera acabar con ella, otra de las Hermanas lo roció con su lanzallamas, formando una barrera de llamas que impedía que sus hermanos de progenie pudieran acercarse y consiguió alejarle de su pretendida víctima.

Nunca llegué a ver el resto del combate, porque por fin estaba al otro lado de la puerta, en el patio con el mosaico que Pontius había visto desde el aire, alabado fuera el Emperador, estaba nuestro Aquila. Este flotó suavemente a unos pocos metros sobre el suelo, y empezó a detenerse, mientras los rugidos de sus motores ahogaron los gritos de las celestes que morían a nuestras espaldas.

Tan concentrado estaba ante la perspectiva del rescate que no me di cuenta de una nueva amenaza que nos cogió por sorpresa, cuando una gárgola salió de la nada para atrapar a Metheius levantándole del suelo.

El sacerdote se retorció desesperadamente, tratando de librarse de las garras de aquel monstruo volante, al menos hasta que aquel le arrancó la cabeza de los hombros, salpicando las losas del suelo con una mezcla de sangre y lubricante. Después, dejó que el cuerpo cayera sobre un delicado banco de filigrana decorado con suficientes flores de lis de hierro forjado para que me diera por pensar en lo terriblemente incómodo que debía de ser para cualquiera que tuviera la desgracia de sentarse en el. La obscenidad alada se volvió hacia nosotros en busca de nuevas presas, y para mi horror pude discernir toda una bandada de aquellos viles engendros que se deslizaban por encima del muro hacia nosotros.

Si hubieran portado devoracarnes no tengo ninguna duda de que todo habría terminado en cuestión de segundos, pero estos, al parecer, habían sido criados para el combate cuerpo a cuerpo, confiando en sus garras y mandíbulas para despachar a sus enemigos. Eliminé al que había matado a Methius con un solo disparo de mi pistola laser, y Amberley me imitó, acabando con otro mientras se lanzaba hacia nosotros chillando como un demonio.

-¡Pelton! Que Jurgen suba a bordo-, ordenó empleando en su voz toda la autoridad de su rango inquisitorial**-. Os cubriremos.**

Sin embargo, mi ayudante se volvió hacia mí pidiendo mi confirmación a dicha orden, y asentí con la cabeza.

-Estaremos justo detrás-, le aseguré, con toda la convicción que pude reunir. En el mejor de los casos discutir

con Amberley no tenía sentido, y en aquellos momentos, sería un auténtico suicidio. Sólo me quedaba confiar en que ella sabía lo que se traía entre manos, y que una vez que el artefacto estuviera a salvo, podríamos abordar la nave. Disparando sus armas, Jurgen, Pelton y Zemelda avanzaron hacia la rampa, derribando al menos una docena de horrores en el aire, mientras que Amberley, Simeon y yo debimos conseguimos derribar incluso más que ellos **(1).**

(1) *Caín puede estar exagerando aquí, pero mis propios recuerdos de aquel enfrentamiento están demasiado fragmentados para afirmarlo.*

El antiguo comisario comenzó a girar de un lado a otro, rastreando objetivos y despachándolos con la velocidad y eficiencia de una batería Hydra, y apenas necesitaba vislumbrar las hinchadas y palpitantes venas de su rostro y manos para darme cuenta de que se había chutado una dosis masiva de drogas. Los reflejos y la agresividad aumentaron mucho más allá de lo que el cuerpo humano era capaz de soportar, asemejándose a un berserker de Khorne, una impresión que se agudizó cuando el cargador de su fusil láser finalmente se agotó.

En vez de poner un cargador nuevo, como habría hecho cualquier soldado avezado, simplemente articulo un aullido de frustrada ira y empezó a usar el arma como un garrote, golpeando a una de las gárgolas contra el suelo mientras se lanzaba hacia su cabeza, tratando de acabar con ella. Inevitablemente al concentrarse tan sólo en destrozar aquella criatura se olvidó por completo de todas los demás.

Aparentemente enloquecidas por la espantosa suerte de su compañera **(2)**, las demás gárgolas lo acosaron, desgarrándolo en pedazos de carne y hueso en un huracán de muerte.

(2) *O, más probablemente, la mente de la colmena lo señaló como la mayor amenaza entre nosotros.*

-¡Vamos!-, me gritó Amberly. Sintiera lo que sintiera por la espantosa muerte de su secuaz, Amberley fue lo suficientemente pragmática como para aprovecharse de la distracción. Mientras la atención de la bandada se concentraba en el desdichado Simeon, corrimos hacia la rampa de embarque, sin siquiera molestarnos en efectuar disparo alguno.

-¡Genestealers acercándose a toda velocidad!-, nos informó Pelton, mientras él y Jurgen empezaron a disparar sus fusiles láser desde lo alto de la rampa, ya que mi ayudante finalmente había dejado a un lado el anónimo estuche con el *Shadowlight*. (Supongo que en teoría cualquiera de nosotros podría haber cogido aquella cosa, ya que en aquellas momentos ya estaba debidamente aislada, pero nadie pareció particularmente dispuesto a intentarlo.) Después de un momento, Zemelda también se les unió, su cara más triste de lo que jamás había visto. Sospeché que su juego de inquisidores y herejes finalmente había dejado de ser divertido.

Me arriesgué a mirar detrás de nosotros, y ojalá no lo hubiera hecho. El enjambre de genestealers estaba ya por todo el edificio que habíamos dejado unos momentos antes, habiendo aparentemente salido corriendo en busca de más Sororitas que matar, y se estaban acercando rápidamente, aunque al menos el patriarca debía de haber sido eliminado. En el lado negativo, sin embargo, no quedaba suficiente de Simeón para mantener a las gárgolas supervivientes ocupadas, y estaban comenzando a alzarse de nuevo,

elevándose con grandes y lentos movimientos de sus membranosas alas. Galvanizado por un nuevo chorro de adrenalina, aceleré el paso hacia la bodega del Aquila, y el refugio que esta ofrecía, tratando de eliminar la fría certeza de que no iba a lograrlo.

-No hay problema-, dijo Pontius despreocupadamente, abriendo fuego por fin con los cañones láser ocultos en el morro, dispersando a la horda de genestealers, confundidos por los huecos que se abrían entre sus filas cada vez que un disparo destrozaba a uno de ellos, y obstaculizando el paso a los que les seguían, quienes tropezaban con los ardientes cadáveres de sus desafortunados congéneres. También una de las gárgolas quedó casi partida en dos por las salvas de los bolters pesados, cayendo pesadamente con el ala izquierda destrozada, para estrellarse en el charco viscoso dejado por los restos mortales de Simeón, aunque las demás fueron lo bastante ágiles como para evitar las mortíferas salvas.

La confusión del enjambre apenas duro un instante, pero este fue más que suficiente. Las suelas de mis botas golpearon por fin la chapa de acero de la rampa, y el Aquila comenzó a elevarse inmediatamente, mientras que todos, excepto Amberley, vaciábamos los cargadores en un último gesto de despedida. Amberly estaba hablando urgentemente con alguien a través de su vox, y tras el instante que me tomó sintonizar el canal, pude captar los últimos fragmentos de la conversación.

-Manténgase a la espera-, dijo una voz desconocida, y luego pregunto dubitativa**-. ¿Puede confirmar esas coordenadas?**

-Confirmado-, dijo Amberley, en el tono que usaba para intimidar a gobernadores planetarios, y volvió a prestar atención al campo de batalla que había debajo.

Mirando hacia abajo a través del hueco alrededor de la rampa que se cerraba rápidamente, sentí que me quedaba sin aliento en la garganta. Todo el convento estaba invadido por una marea de formas quitinosas, una negra masa de máquinas asesinas producto de la más loca bioingeniería cubría muros y edificios, y parecía no tener fin. Lo más aterrador de todo fue que, mientras nos alejábamos, pude ver que la mayor parte del enjambre continuaba escalando el precipicio por aquel lado de la meseta, una enorme masa de armadura, garras y mandíbulas, que se extendía hasta las profundidades más allá de lo que mi mirada conseguía abarcar.

-Las hermanas no tienen posibilidad alguna-, dije con tristeza, y Amberley agitó la cabeza.

-No, ninguna en absoluto-, me confirmó, mientras la rampa terminaba de cerrarse, impidiéndonos continuar observando aquel espeluznante panorama. Con expresión sombría, me acompañó de regreso al compartimento de pasajeros. Mis ojos fueron irresistiblemente atraídos por el panorama de destrucción más allá de las ventanillas, y al poco mi nariz me informó de que Jurgen se nos había unido, colocando sobre la mesa la maleta que contenía el *Shadowlight*.

Para mi sorpresa, parecía que algunas de las Sororitas aún sobrevivían, pequeñas bolsas de resistencia dentro del

convento que refulgían brevemente antes de ser desbordadas y vencidas, mientras escaso puñado de ellas intentaba seguir el plan de batalla de Eglantine, formando junto a los Rhinos, donde se habían reunido para montar un último y desesperado intento de contener la marea tiránida. Mis ojos se fijaron brevemente en un convoy de veloces puntos que se acercaba desde la dirección de la ciudad y que resultó ser, a medida que nuestra ruta nos llevaba por encima de ellos, una docena de camiones repletos de tropas de las FDP de la guarnición que pretendíamos haber visitado horas antes, aparentemente tan decididos como siempre a seguir el ejemplo de las Hermanas.

Pero ya era demasiado tarde para hacer nada, de aquello no me cabía duda alguna.

No me equivocaba. Al sobrevolar por última vez los restos del convento por última vez, las pocas Hermanas de Batalla que quedaban acabaron finalmente por ser abrumadas, cayendo bajo las mandíbulas y las garras de los tiránidos, tras defender lo que quedaba del convento hasta su último suspiro. Sin duda, las FDP, y sólo el Emperador sabían cuántos otros inocentes espectadores, estaban a punto de compartir su destino.

-A mi señal-, dijo Amberley con calma, y la voz con la que había estado hablando antes sonó confiada en mi comunicador.

-Aún a la espera, inquisidor. Coordenadas comprobadas y confirmadas.

Amberley se encogió de hombros.

-Entonces abran fuego-, le ordenó. Me puse tenso, preguntándome qué nuevo peligro había percibido, y esperé a que Pontius volviera a activar los cañones láseres, pero durante varios segundos no pareció ocurrir nada.

Sin previo aviso, voraces rayos de energía cayeron desde el cielo sobre nuestras cabezas, golpeando el suelo justo ante la vanguardia tiránida. Una columna de roca vaporizada y restos quitinosos se elevó en el aire, y nuestra pequeña y robusta lanzadera se estremeció cuando las ondas de choque del impacto nos alcanzaron. Jurgen tragó con fuerza.

-¡Han fallado!-, exclamé decepcionado, y de hecho por un momento parecía que las baterías de lanzas de las naves estelares en órbita habían hecho precisamente eso, simplemente destrozando la vanguardia de ataque del enjambre en lugar de disparar directamente a su centro como yo hubiera esperado. Amberley me sonrió.

-¿Eso crees?-, preguntó ella, con un toque de diversión en su voz. Un segundo más tarde, el resto de salvas de las fuerzas orbitales se abrieron paso a través de las nubes, deslumbrándome mientras sus poderosos rayos alcanzaban el lugar donde se encontraba el convento, evaporando edificios y afectando incluso hasta el lecho rocoso sobre el que este se había apoyado. El resto del enjambre empezó a moverse con incertidumbre, la inteligencia que los controlaba había quedado severamente perturbada por la ingente cantidad de bajas que había recibido en un instante.

-¡Brillantemente ejecutado!-, exclamó Zemelda asombrada, algo que supuse quería indicar que aprobaba el bombardeo orbital. Amberley asintió, mientras una enorme porción de la meseta se separaba de la misma y comenzaba a caer hacia las profundidades, desintegrándose a medida que caía, de modo que al cabo de un momento era imposible saber qué restos eran rocas y cuáles tiránidos. Un momento más tarde, el bombardeo terminó, y sólo pude echar un último vistazo a los camiones de las Fuerzas de Defensa Planetaria que se comenzaban a frenar hasta detenerse en el nuevo y aun fundido precipicio de la meseta, antes de que Pontius nos dirigiera hacia Principia Mons y desaparecieran de la vista.

-Muy satisfactorio-, se mostró de acuerdo Amberley**-. Hemos recuperado el *Shadowlight*, Killian está muerto, y también cualquier otra persona que supiera algo al respecto.**

Hizo una pausa para dedicarme una divertida sonrisa.

-Aparte de nosotros, claro está.

-**Por supuesto-,** dije, deseando que la idea no me hiciera sentir tan incómodo. Amberley volvió a sonreír y me entregó una copa de amasec, que bebí más rápido de lo que merecía un ejemplo tan fino del arte de la destilería.

-Hubiera sido bueno si hubiéramos tenido la oportunidad de interrogar a Metheius apropiadamente, pero al menos obtuvimos copias de sus datos de investigación-, añadió. Miró

especulativamente a la ominosa caja negra, que yacía en el centro de la mesa entre nosotros**-. Ahora que hemos encontrado algunos artefactos más en Perlia, tal vez tengamos una mejor idea de lo que se supone que esta cosa debe hacer.**

-Tal vez-, la conteste, pensando con cierto alivio que nunca más volvería a poner mis ojos en aquel infernal objeto. (Algo en lo que estaba completamente equivocado, por supuesto, pero en aquel momento todavía era felizmente ignorante de los eventos que sacudían la galaxia y que nos acechaban a todos en el cambio de milenio).

Amberley asintió pensativamente.

-¿Qué vas a hacer ahora?-, me preguntó con más familiaridad.

Me encogí de hombros.

-Volver al regimiento, supongo. Aun estaremos aquí un tiempo, acabando de limpiar este desastre, y como sabes, allá donde haya soldados ociosos, habrá trabajo para un comisario-. De repente se recordé algo y suspiré irritado**-. Jurgen-,** agregué**-, recuérdeme contactar con las FDP de Gavarrone y programé una nueva visita de inspección.**

Estaba claro que ahora ya no tenía ningún sentido, puesto que sabía que no tenía que preocuparme por ningún otro intento de asesinato, y su voluntad de enfrentarse a los tiránidos junto a las hermanas de batalla había resuelto

todas las dudas que pudieran quedarme sobre si habían sufrido o no una infiltración genestealer, pero cancelarla sin una razón tan solo daría lugar a preguntas, algo que estaba seguro no la haría mucha gracia a Amberly. Consideré la montaña de papeleo que resultaría de este inesperado retraso, y volví a suspirar. Un olor familiar me alcanzó por encima de mi hombro.

-Muy bien, señor-, dijo Jurgen, sosteniendo la jarra**-. ¿Le apetece otra copa?**

Sonreí perezosamente.

-Me acabas de leer la mente-, le dije.

-Espero que no-, dijo Amberley, con una incómoda mirada hacia el *Shadowlight*.

[Lo cual no es cierto, pues Jurgen era la persona menos capacitada de todo el imperio para desarrollar habilidades psíquicas, por obvios motivos, y para entonces yo era perfectamente consciente de ello. Sin embargo, con esta nota de humor, sarcasmos aparte, este extracto del Archivo de Caín llega a su natural conclusión.]

FIN


HISPANICUS TRANSCRIPTORUM